

PIERRE BROUÉ

LOS PROCESOS DE MOSCÚ



IZQUIERDA
revolucionaria 

LOS PROCESOS DE MOSCÚ

PIERRE BROUÉ

LOS PROCESOS DE MOSCÚ

Ediciones digitales *Izquierda Revolucionaria*
Transcripción de *Celula2*
Versión 26 de mayo del 2008

Agradecemos a *Topo* el habernos proporcionado este
y otros manuscritos para su transcripción

Puedes descargar otras obras en
www.marxismo.org

El golpe de teatro

Moscú, 1º de enero de 1936. Grandes carteles reproducen las declaraciones de Stalin: “La vida es mejor, la vida es más hermosa.” Los observadores occidentales no piensan desmentirlo: los almacenes de Moscú ofrecen al consumidor una extensa gama de productos industriales y agrícolas, las calles son hervidero, la circulación automovilística es intensa... El decimonoveno año de la revolución podría muy bien ser el inicio de una nueva era, marcar el fin de una prolongada guerra civil.

De 1930 a 1934, la U.R.S.S. ha vivido cuatro años terribles. Pero ha logrado sobrevivir, y al fin parece salir de la pesadilla. Se afloja la presión sobre los campesinos; se pone fin al racionamiento, a partir de enero de 1935. Se consolidan los progresos de la industria pesada, y la ambición comunista de “transformación del mundo” parece encontrar su justificación en el inicio de un cambio decisivo de este inmenso espacio atrasado en país industrial. A partir de 1935, el plan quinquenal ya no tiene como principal objetivo la construcción de altos hornos, fundiciones y presas, sino que prevé también la producción de bienes de consumo, el desarrollo de la industria ligera. La grandiosa realización del metro de Moscú, con sus mármoles y esculturas ofrecidos a los usuarios, parece ser el símbolo de este cambio: el encarnizado trabajo realizado durante los años negros encuentra hoy su recompensa y los comunicados de victoria se traducen tanto en la mejora de las condiciones de vida como en las estadísticas de producción industrial. Occidente empieza a tomarse en serio a este país donde millones de jóvenes dominan la naturaleza, crean, construyen, edifican, donde el progreso de la sanidad, de la enseñanza, del empleo, no son los únicos signos espectaculares de una transformación sin equivalente desde la gran expansión del capitalismo industrial del siglo XIX.

A estos índices de empuje material hay que añadir ciertas muestras de distensión. Algunas iglesias vuelven a abrir sus puertas, las campanas suenan de nuevo. Son abolidas algunas medidas de excepción promulgadas contra personas de origen burgués o noble, adoptadas durante los años de guerra civil. Los campesinos ricos, los kulaks deportados durante la época de la colectivización, son amnistiados después de años de trabajo “correctivo”. El optimismo de los observadores occidentales se ve reforzado con el anuncio, hecho por Molotov el 6 de febrero, de la próxima adopción de una nueva Constitución que pondrá fin a las medidas de discriminación en materia electoral, al instaurar el sufragio universal, indiscriminado, directo y secreto. Esta Constitución, “la más democrática del mundo”, “monumento de la sabiduría stalinista”, es adoptada por el Ejecutivo de los Soviets el 5 de mayo y publicada el 12 de junio: su texto, traducido a todos los idiomas, será difundido en el extranjero con el título Un pueblo feliz. Periodistas y comentaristas occidentales ponen de relieve el papel dirigente del partido comunista afirmado por el artículo 126 de la misma, pero al mismo tiempo se complacen en subrayar el carácter democrático-parlamentario de sus instituciones y de su funcionamiento, la afirmación del principio de libertad de conciencia, de expresión, de

prensa, de reunión, de asociación, de inviolabilidad de domicilio y de la correspondencia, la supresión de las sanciones y de la represión administrativas. En efecto, los aspectos “revolucionarios” desaparecen de la constitución de la U.R.S.S., que ya no tiene nada de propiamente “soviética”, aunque conserve la palabra “soviet” para designar las asambleas de tipo parlamentario. Precisamente este rasgo contribuye a que numerosos especialistas y una parte de la opinión pública mundial crean en una distensión real de la lucha postrevolucionaria, en el inicio de una fase de desarrollo armonioso. La U.R.S.S. ha pasado por una especie de locura de juventud revolucionaria: se dispone a sumarse al concierto de potencias cuyo respeto intenta obtener, a partir de este momento, a través de una serie de relaciones diplomáticas, en las que se presta a “hacer el juego”.

Sin embargo, pronto se impondrá una imagen muy distinta: el 14 de agosto, un comunicado oficial anuncia el comienzo de lo que será la era de los “procesos de Moscú”. En agosto de 1936, en enero de 1937, en marzo de 1938, van a tener lugar en público idénticas escenas ante el colegio militar de la Corte suprema de la U.R.S.S.; acusados que habían sido compañeros y colaboradores de Lenin, fundador del Estado y del Partido, dirigentes revolucionarios mundialmente conocidos, cuyos simples nombres evocan aún, para ciertas personas, la epopeya revolucionarla de 1917, se acusan de los peores crímenes, se proclaman asesinos, sabotadores, traidores y espías, todos afirman su odio hacia Trotsky, vencido en la lucha abierta en el partido a raíz de la muerte de Lenin, todos cantan alabanzas a su vencedor, Stalin, el “jefe genial”, que “guía al país con mano firme”.

Poco después de la ejecución de los condenados del primer proceso, el socialista austriaco Otto Bauer escribe: “Es una enorme desgracia para el movimiento obrero internacional.” Otros, el contrario, se alegran. Charles Maurras, en L’Action Française, proclama que el gobierno francés ya no puede ignorar que los trotskistas están “a sueldo de Alemania”. El fascista italiano Messaggero afirma: “Stalin tenía razón. Lo que sus adversarios consideraban como traiciones no eran más que concesiones, tan inevitables como necesarias, a la lógica.” Le alaba el haber restaurado “una economía que tiene en cuenta al individuo, una escala de valores, una tradición nacional”. La prensa de los emigrados rusos blancos se muestra satisfecha, y el fascista belga Léon Degrelle ataca al “judío Trotsky” en los siguientes términos: “No vería ningún inconveniente en que se le clavara entre los omóplatos un puñal de treinta centímetros a este hebreo con las patas manchadas de sangre de miles de obreros rusos.” Todos los partidos comunistas del mundo, todas las secciones de la Internacional Comunista, siguen el ejemplo del fiscal y de la prensa rusa. En la prensa comunista y simpatizante, los intelectuales compañeros de viaje toman también posición a favor de una verdadera campaña de terrorismo intelectual contra los que dudan, a los que acusan de convertirse en “abogados de Hitler y de la Gestapo”, al defender a Trotsky y a sus cómplices.

La causa abierta ante el tribunal de Moscú trasciende rápidamente al movimiento obrero y socialista. Las voces de los defensores de los acusados, militantes socialistas o sindicalistas, escritores independientes, las de Trotsky, Modigliani, Víctor Serge, Carlo Tresca, Rosmer, Dewey, pronto serán abogadas. De un proceso a otro, la gente parece acostumbrarse a lo inverosímil e incluso a lo sórdido, renuncia a hacerse preguntas y a veces a comprender. Los procesos no provocan ninguna crisis de conciencia en el movimiento obrero que, pocos años antes, se levantaba en defensa de Sacco y Vanzetti: los dirigentes comunistas se dedican a evitarlo, y los socialistas que no siguen el ejemplo se sirven de los procesos para intentar justificar lo que sin duda su propia política tiene de más criticable. Trotsky, refugiado en Méjico después de haber errado de un país a otro, envía a la prensa preguntas, declaraciones, testimonios, una auténtica suma, de la que sólo se publicará una pequeña parte. Pero el mundo tiene puesta su atención en otros lugares. Desde hace años, los obreros europeos están pendientes de Alemania, donde el triunfo del movimiento nazi de Adolf Hitler conduce a la destrucción del movimiento socialista y sindical, al reinado de una barbarie que algunas ilusiones reformistas habían creído desterrada para siempre de los “países civilizados” Mientras se desarrollan los dos primeros procesos, las miradas están fijas, desde hace semanas y meses, en el cerco de Madrid.

¿Qué les importa a muchos hombres de buena fe y escasa visión que algunos acusados que se proclaman culpables públicamente –“Si son inocentes, ¿quién les impide decirlo?”- sean fusilados en Moscú? Stalin suministra a la República española las armas que le hacen falta. ¿Qué importa que su GPU acose allí a los revolucionarios, extranjeros o españoles, trotskistas, libertarios o comunistas independientes?: el frente está en España. Georges Dimitrov, dirigente de la Internacional Comunista, resume en lenguaje de fiscal los lugares comunes puestos en circulación por los que saben o dudan, pero callan o gritan en vano.

Qué importa que pronto se haga evidente que la empresa stalinista es la contrapartida de toda ayuda y el reverso de la medalla. Qué importa que Stalin sólo conceda su ayuda con cuentagotas y abandone a su suerte a los combatientes españoles. Qué importa que los hombres que han encarnado en España el apoyo de la U.R.S.S., los Koltsov, Rosenberg, Stachevski, Antonov-Ovseenko, Goriev, sean llamados y fusilados en silencio, como si la “ayuda” a España hubiese sido una mala empresa que es preciso disimular. Pocos son los que lo saben. Menos aún los que lo dicen; y a éstos, por otra parte, no se les hace el menor caso. La guerra oculta el auténtico conocimiento de todos los actos que la han precipitado y hecho inevitable. Lo destruye todo. Los viejos bolcheviques de Moscú están bien muertos.

El mismo desarrollo de la guerra confirma este juicio. La heroica resistencia del pueblo ruso es atribuida al jefe que ha organizado los procesos, y “ha hecho abortar la 5.ª columna”: “Stalin ha sido lúcido, ha reaccionado a tiempo”, proclaman los observadores occidentales, que comprueban que el pueblo

ruso no ha tenido sus Quisling y quiere a Stalin porque lucha a muerte contra Hitler... “Stalin ha ganado la guerra: luego tenía razón”, concluyen estos mismos observadores para quienes la historia se reduce a registrar hechos consumados.

Será necesaria la crisis del mundo stalinista de la postguerra, el conflicto con Yugoslavia, los grandes procesos de Budapest, Sofía y Praga, para sacudir de nuevo las conciencias, plantear dolorosos interrogantes, desenterrar el cadáver de los procesos de Moscú. La propaganda comunista contribuye a ello muy a pesar suyo. “El proceso Rajk -escribe un enviado especial en Budapest- se parece a los procesos de Moscú como un proceso de traición a otro proceso de traición ante un Tribunal del Pueblo.” Muchos espíritus inquietos por la fragilidad de las tesis de la acusación habían admitido el “sacrificio del viejo bolchevique” o el sentimiento de culpabilidad inherente al “alma eslava” como explicación de acusaciones que exigían tener en cuenta Razón de Estado e Historia.

Estas hipótesis se revelan ahora como insuficientes. En Sofía, Traitcho Kostov niega ante la audiencia pública y no vuelve a aparecer. Mindszenty, que es un gran propietario, húngaro y, por añadidura, prelado, confiesa complaciente. En estos casos, el contexto internacional es distinto.

Los dirigentes comunistas yugoslavos, puestos en evidencia por el proceso de Rajk, se ven obligados a plantear nuevamente el significado de los procesos de Moscú. En el marco de la guerra fría, los procesos de Moscú -cuyo mito comienza a gestarse- se convierten en un arma. Se denuncia el estado de opresión, sin vergüenza alguna, tanto a derecha como a izquierda. Cuando, después de la muerte de Stalin, se reanudan las relaciones entre Moscú y los que hasta la misma víspera eran la “camarilla de Tito”, “continuadora de la obra de los provocadores trotskistas”, aparece la primera brecha y se entreatren los sumarios.

Creemos que ya es posible hacer punto y aparte. Los documentos son suficientemente numerosos y explícitos por sí mismos y por las relaciones que permiten establecer como para que sean objeto de estudio y no de polémica. Era necesario igualmente hacerlos revivir: en lo que concierne a nuestro trabajo, nos hemos esforzado en presentar al lector los fragmentos más amplios de las actas estenográficas de las audiencias públicas, evitando sin embargo las repeticiones fastidiosas, y también en dar comentarios lo bastante completos como para aclarar, en lo posible, los debates, sin que por ello hayamos intentado situarnos a cada momento en el lugar de los protagonistas del drama. Se ha omitido en parte, y deliberadamente, el proceso Zinoviev, con mucho el más conocido, y brillantemente analizado, no hace mucho, por Gérard Rosenthal, utilizándose con preferencia textos y ejemplos de los procesos posteriores de Piatakov y Bujarin. Habremos alcanzado nuestra finalidad si el lector tiene la sensación de que se le ha ofrecido la posibilidad de formarse una opinión personal. A nuestro entender, los procesos de Moscú constituyen uno de los acontecimientos más importantes de la primera mitad del siglo XX, y su interés sobrepasa ampliamente el marco de las preocupaciones del especialista en historia rusa.

1

El último acto

Moscú, 12 de marzo de 1938. Desde hace diez días, ante el tribunal militar de la Corte suprema de la U.R.S.S., dos jueces y el presidente V. V. Ulrich, tiene lugar el “tercer proceso de Moscú”. El día anterior el fiscal André Vychinski ha terminado su larga requisitoria contra los veintiún acusados:

El país entero, jóvenes y viejos, espera y reclama una sola cosa: ¡que los traidores y espías que vendían nuestra patria al enemigo sean fusilados como perros sarnosos!

Nuestro pueblo exige una única cosa: ¡que los malditos reptiles sean aplastados!

El tiempo transcurrirá. Las malas hierbas y los cardos invadirán las tumbas de los traidores execrados, objeto del desprecio eterno de los hombres soviéticos honestos, de todo el pueblo soviético.

Los diecinueve acusados, que, al principio del proceso, han rechazados los servicios de un abogado, han renunciado también a asumir su propia defensa. La realizan finalmente dos abogados como simples comparsas. A continuación, uno tras otro, los acusados, a la llamada del Presidente, se levantan para una última declaración:

KRESTINSKI: ... Mis crímenes hacia la Patria y la Revolución son inmensos, y aceptaré vuestro veredicto como bien merecido, por severo que sea. Cuando pronunciéis mi sentencia, os ruego, ciudadanos jueces, que tengáis en cuenta que he expuesto voluntariamente, sin necesidad de interrogatorios ni pruebas acusatorias, con toda sinceridad y hasta el final, mi comportamiento criminal y la actividad de mi organización. Asimismo, os pido que consideréis el hecho de que no he participado directamente en acciones violentas, terrorismo, actos de diversión, sabotaje, y que, en realidad, yo ignoraba estos actos. Finalmente, os ruego que recordéis mi antigua actividad revolucionaria, que reconozcáis que durante estos últimos nueve meses he experimentado un cambio radical y que, al perdonarme la vida, me ofrecéis la posibilidad de compensar de alguna forma, al menos en parte, mis graves crímenes.

RYKOV: ... Para terminar, quiero aprovechar mi última declaración para intentar persuadir, en la medida de mis fuerzas, a aquellos antiguos partidarios míos a los que no conozco o, simplemente, no recuerdo y que, quizás, aún no han sido detenidos y todavía persisten en

su actitud. Debido a mi antigua influencia, en realidad no tanta como dice Chernov, pero, en definitiva, cierta influencia, no dudo de que, si estas palabras se imprimen, serán leídas e influirán tal vez en algunos de mis antiguos partidarios. En este sentido, deseo, en primer lugar, que mis antiguos partidarios sepan que he denunciado, o he entregado, como se dice en los medios clandestinos, a todos aquellos a quienes recordaba.

Deseo, igualmente, que todos aquellos que aún no han sido denunciados ni han depuesto su actitud lo hagan inmediata y abiertamente. Quisiera que mi ejemplo les convenciera de la necesidad de este gesto y de la rapidez con que hay que realizarlo, cueste lo que cueste; que comprendiesen que ésta es la única forma de liberarse, a pesar del peligro de ciertas privaciones, e incluso del mismo encarcelamiento, de la carga monstruosa que proceso este proceso ha revelado.

JODJAEV: No niego que pido perdón. No puedo negarlo. Es posible que algunos digan que frases como: “No pido misericordia” producirían una impresión de dignidad; es cierto, pero no dichas por mí, que soy un hombre en la picota, sentado en este banco, pues una persona como yo, en esta situación, no tiene palabras dignas que pronunciar. ¿De dónde procedería esta dignidad? Soy consciente de que no entraremos en la historia como hombres que hayan prestado un servicio al pueblo o que hayan realizado cualquier tipo de actos útiles. Si lo hacemos, será en calidad de criminales encarecidos, de protagonistas de actos de bandolerismo, de hombres que han traficado con su honor y su conciencia. “Dignidad” es lo que califica a un hombre, al hombre verdadero, tal como lo ha descrito ese gran artista, ese gran hombre de nuestro país, que es Gorki. Pero, en boca de los que han participado en su asesinato o han tenido algo que ver con él, de aquellos que lo han conducido a la muerte, estas palabras suenan a falso pronunciadas por gente de nuestra calaña. Es cierto, mentiría si dijera, en este último momento, que no pido perdón. Quiero vivir. Quiero vivir porque he comprendido el alcance de mi caída, la gravedad de mis crímenes.

RAKOVSKI: Ciudadanos jueces, desde mi juventud había cumplido honesta y fielmente, con abnegación, mi deber de soldado de la causa de la emancipación del trabajo. Después de este claro período comenzó a aparecer zona oscura de mis actos criminales, de mi traición contra la Patria, la serie negra de los crímenes que hoy he resumido brevemente ante vosotros. Os he dicho y expuesto todo lo que sabía, no he ocultado ni disimulado nada, me arrepiento profunda y sinceramente y os ruego que me deis la posibilidad de

compensar mediante el trabajo, por modesto que sea y no importa en qué condiciones, una parte, aunque sólo sea ínfima, de mis faltas. He terminado.

ROSENGOLTZ: La lección y la conclusión que las innumerables masas de la Unión Soviética sacarán de este proceso consisten, en primer lugar, en la pureza absoluta de la línea general del Partido bolchevique. Desgraciado de aquel que se aparte, por poco que sea, de la línea general del Partido bolchevique. Quiero que se me crea, que se crea en la sinceridad de las palabras que acabo de pronunciar aquí.

Yo proclamo: pueda vivir, prosperar y afirmarse la grande, poderosa y hermosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que va de victoria en victoria, y sobre la cual resplandece el hermoso sol del socialismo.

BUJARIN: A priori, puedo suponer que Trotsky y mis demás aliados en estos crímenes, así como la II Internacional (...), intentarán defendernos, principalmente a mí. Yo rechazo esta defensa, pues estoy de rodillas ante el país, el Partido y todo el pueblo. La monstruosidad de mis crímenes no tiene límites, sobre todo en esta nueva etapa de la lucha de la U.R.S.S. Ojalá sea este proceso la última y penosa lección, y compruebe todo el mundo que la tesis contrarrevolucionaria de la estrechez nacional de la U.R.S.S. permanece suspendida en el aire como un miserable guiñapo. Todo el mundo ve la sabia dirección del país, asegurada por Stalin.

Con este sentimiento espero el veredicto. No hay que plantear la cuestión teniendo en cuenta las tribulaciones personales de un enemigo arrepentido, sino el desarrollo de la U.R.S.S.

IAGODA: Nuestro país, poderoso y fuerte como nunca, está limpio de espías, agentes de diversión, terroristas y otras deshonras, y os ruego, ciudadanos jueces, que, en el momento de pronunciar mi sentencia, consideréis la utilidad revolucionaria que, en este momento, pueda tener mi ejecución. No me atrevería a pedir perdón si no supiera que este proceso es la apoteosis del aniquilamiento del movimiento contrarrevolucionario, que el país ha destruido todos sus focos de agitación y que el país de los Soviets ha ganado, ha derrotado completamente la contrarrevolución. El mero hecho de que yo y mis coinculpados estemos aquí para responder desde el banquillo de los acusados, indica el triunfo, la victoria, del

pueblo soviético sobre la contrarrevolución. Y dirigió este ruego al tribunal: si podéis, perdonad.

Los demás acusados se golpean también el pecho, imploran a veces un indulto que admiten no merecer. Todos se declaran culpables e inclinan la cabeza en estos últimos momentos. Son las 21 h. 25. El tribunal se retira. No volverá a la sala hasta el 13 de marzo, a las cuatro de la madrugada, para leer el veredicto: muerte para diecinueve acusados.

Idénticas escenas habían tenido ya lugar en la misma sala en la noche del 20 de agosto de 1936 y en la del 29 de enero de 1937. El tercer proceso acaba, pues, como los dos primeros, con las mismas letanías de arrepentimiento. Sin embargo, se había iniciado con un golpe de teatro sin precedentes.

La resistencia de Krestinski

El dos de marzo, uno de los acusados, Krestinski, resiste:

EL PRESIDENTE: Acusado Krestinski, ¿se reconoce usted culpable de los hechos que le son imputados?

KRESTINSKI: No me reconozco culpable. No soy trotskista. Nunca he formado parte del “bloque de derechistas y trotskistas”, cuya existencia ignoraba. Tampoco he cometido ninguno de los crímenes que me son atribuidos; y, sobre todo, no me reconozco culpable de haber mantenido relaciones con el servicio de espionaje alemán.

EL PRESIDENTE: ¿Confirma usted las declaraciones que prestó en la instrucción previa?

KRESTINSKI: Sí, en la instrucción previa reconocí mi culpabilidad, pero nunca he sido trotskista.

EL PRESIDENTE: Voy a repetir mi pregunta: ¿se reconoce usted culpable?

KRESTINSKI: Antes de mi detención, yo era miembro del Partido comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., y continué siéndolo en la actualidad.

EL PRESIDENTE: ¿Se reconoce usted culpable de haber participado en actos de espionaje y terrorismo?

KRESTINSKI: Nunca he sido trotskista, no he formado parte del “bloque de derechistas y trotskistas”, no he cometido ni un solo crimen.

Interrogado el acusado Bessonov, confirma sus confesiones y acusa a Krestinski. Éste continúa resistiendo:

VICHINSKI: ¿Estuvo usted en contacto con Bessonov?

KRESTINSKI: Sí.

VICHINSKI: ¿Habló usted con él?

KRESTINSKI: Él era consejero de la Embajada de Berlín; en aquel momento desempeñaba las funciones de encargado de negocios. Me informó de la situación política alemana, del partido fascista, que, en aquella época, estaba ya en el poder, de su programa y de su actitud hacia la U.R.S.S.

VICHINSKI: ¿Y de asuntos trotskistas?

KRESTINSKI: No hablamos de ellos. Yo no era trotskista.

VYCHINSKI: ¿No hablaron nunca de esto?

KRESTINSKI: Nunca.

VYCHINSKI: Así, pues, Bessonov miente y usted dice la verdad. ¿Usted dice siempre la verdad?

KRESTINSKI: No.

VYCHINSKI: No siempre. Acusado Krestinski, debemos examinar con usted cuestiones serias, y no es conveniente que se exalte. En consecuencia, ¿Bessonov no dice la verdad?

KRESTINSKI: Así es.

VYCHINSKI: Pero usted tampoco, usted tampoco dice siempre la verdad. ¿No es cierto?

KRESTINSKI: No siempre he dicho la verdad en la instrucción del sumario.

VYCHINSKI: Y en las restantes ocasiones, ¿dice siempre la verdad?

KRESTINSKI: Digo la verdad.

VYCHINSKI: ¿Por qué esta falta de respeto hacia la instrucción? Usted no dijo la verdad durante la instrucción. Explíquese.

KRESTINSKI: *(Calla)*

VYCHINSKI: No oigo su respuesta. No tengo más preguntas que hacer.

Bessonov da nuevos detalles a instancias del fiscal, que se dirige de nuevo al recalcitrante acusado:

VYCHINSKI: Ya ha oído, Bessonov ha dado suficientes detalles acerca de sus entrevistas, que, desde luego, no presentan el carácter que usted quisiera atribuirles. ¿Qué tiene que decir respecto a esto?

KRESTINSKI: Nosotros no sostuvimos estas entrevistas, a pesar de que en el interrogatorio que se nos hizo en el mes de enero, reconocí, en parte, que había mantenido una entrevista.

VYCHINSKI: ¿Esto ocurrió durante su careo con Bessonov?

KRESTINSKI: Sí.

VYCHINSKI: ¿Así, pues, esta entrevista se llevó a cabo?

KRESTINSKI: No.

VYCHINSKI: Entonces, ¿hay que entender al revés las afirmaciones de Bessonov.

KRESTINSKI: No siempre.

VYCHINSKI: ¿Y lo que usted reconoció?

KRESTINSKI: Durante la instrucción del sumario, presté declaraciones falsas en diversas ocasiones.

VYCHINSKI: Usted dijo: “Yo no he pertenecido al grupo trotskista de una manera formal”. ¿Es cierto esto o no?

KRESTINSKI: No pertenezco en absoluto.

VYCHINSKI: Usted declaró que no había pertenecido formalmente. ¿Hasta qué punto es esto cierto o falso? ¿Es completamente cierto o, por el contrario, completamente falso? ¿O es, simplemente, una verdad a medias? ¿Qué proporción, cuántos gramos de verdad hay en todo ello?

KRESTINSKI: No formaba parte del grupo trotskista porque no era trotskista.

VYCHINSKI: ¿Usted no era trotskista?

KRESTINSKI: No.

VYCHINSKI: ¿No lo ha sido nunca?

KRESTINSKI: Sí, fui trotskista hasta 1927.

EL PRESIDENTE: Al comienzo de la audiencia, respondió a una de mis preguntas que nunca había sido trotskista.

KRESTINSKI: Declaré que no soy trotskista.

VYCHINSKI: ¿Así, hasta 1927 usted fue trotskista?

KRESTINSKI: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y a partir de qué momento, en 1927, dejó de ser trotskista?

KRESTINSKI: Antes del XV Congreso del Partido.

VYCHINSKI: Recuérdeme la fecha.

KRESTINSKI: Creo que mi ruptura con Trotsky y los trotskistas se produjo el 27 de noviembre de 1927, cuando envié a Trotsky, por mediación de Serebriakov, que se encontraba en aquellos momentos en Moscú, de vuelta de América, una carta redactada en términos violentos, que contenía una dura crítica...

VYCHINSKI: Esta carta no está incluida en el sumario. En cambio, existe otra de parte de Trotsky.

KRESTINSKI: La carta de la que hablo está en poder del juez de instrucción, pues fue requisada en mi casa durante el registro, y solicito que esta correspondencia sea incluida en el sumario.

VYCHINSKI: En el sumario existe una carta del 11.VII.1927, que fue requisada durante el registro efectuado en su casa.

KRESTINSKI: Existe también una del 27.XI...

VYCHINSKI: No, no está.

KRESTINSKI: Es imposible...

VYCHINSKI: En estos momentos estamos en la audiencia del tribunal y usted no declaró siempre la verdad durante la instrucción del sumario. En la instrucción previa declaró que no pertenecido al centro trotskista de una manera formal. Es decir, que usted reconoció que efectivamente, en términos generales, formó parte del centro trotskista. ¿Lo reconoció en la instrucción previa, sí o no?

KRESTINSKI: No, yo no lo reconocí.

VYCHINSKI: En sus declaraciones (ff. 9 y 10) dijo: “Yo no he pertenecido de una manera formal...” Se entiende, pues, que usted perteneció al centro trotskista, aunque no de manera formal. ¿Es cierto?

KRESTINSKI: No pertenecí al grupo trotskista de ninguna forma.

VYCHINSKI: ¿Entonces, usted ha prestado declaraciones falsas?

KRESTINSKI: Acabo de decir que las declaraciones que presté en aquel momento no correspondían a la realidad.

VYCHINSKI: ¿Cuándo le interrogué durante la instrucción previa, ¿me dijo la verdad?

KRESTINSKI: No.

VYCHINSKI: ¿Por qué no dijo la verdad? ¿Le pedí que no dijera la verdad?

KRESTINSKI: No.

VYCHINSKI: ¿Le pedí que dijera la verdad?

KRESTINSKI: Sí, usted me lo pidió.

VYCHINSKI: Entonces, ¿por qué, cuando le pido que diga la verdad, se obstina en decir mentiras, las hace registrar por el juez de instrucción y después las firma? ¿Por qué razón?

KRESTINSKI: Antes de que usted me interrogara hice declaraciones falsas en la instrucción previa.

VYCHINSKI:... ¿y las mantuvo posteriormente?

KRESTINSKI: ...las mantuve porque -estaba convencido de ello por mi propia experiencia- ya no iba a tener ocasión de retractarme de estas declaraciones hasta que se efectuara la audiencia ante este tribunal -si es que, efectivamente, ésta se llevaba a cabo.

VYCHINSKI: Y ahora, ¿cree que ha conseguido retractarse?

KRESTINSKI: No, en estos momentos ya no importa. Lo importante es que yo declaro no ser trotskista. Yo no soy trotskista.

VYCHINSKI: Usted declaró que se encontraba en una situación conspiradora especial. ¿Qué significa: “situación conspiradora especial?”

KRESTINSKI: Usted sabe que...

VYCHINSKI: Haga el favor de no citarme como testigo. Le pregunto qué significa “situación conspiradora especial”.

KRESTINSKI: Ya lo indiqué en mi declaración...

VYCHINSKI: ¿No quiere contestar a mis preguntas?

KRESTINSKI: La frase en que dije encontrarme en una situación conspiradora especial consta en mi declaración del 5 o del 9 de junio, que es falsa del principio al fin.

VYCHINSKI: No es esto lo que le pregunto, y le ruego que no se precipite en sus respuestas. Le pregunto qué significa: me encuentro en una situación conspiradora especial.

KRESTINSKI: Esto no corresponde a la realidad.

VYCHINSKI: Lo veremos después. Ahora deseo averiguar el significado de la declaración en la que decía encontrarse en una situación conspiradora especial.

KRESTINSKI: Si esto fuera cierto, querría decir que, siendo realmente trotskista, habría tomado una serie de medidas para ocultar mi pertenencia al trotskismo.

VYCHINSKI: Perfecto; y para ocultarlo, es necesario negar su trotskismo.

KRESTINSKI: Sí.

VYCHINSKI: Ahora declara no ser trotskista. Pero, ¿y no será con la intención de ocultar que es realmente trotskista?

KRESTINSKI (después de un silencio): No, yo declaro no ser trotskista.

Otros acusados, dóciles, Rosengoltz, Bessonov, Grinko, y de nuevo Rosengoltz, acusan a instancias del fiscal:

VYCHINSKI (*dirigiéndose a Rosengoltz*): Acusado Rosengoltz, ¿sabía usted que Bessonov era trotskista?

ROSENGOLTZ: No, no lo sabía.

VYCHINSKI: ¿Piatakov se lo había recomendado?

ROSENGOLTZ: No hablé con él de este tema.

VYCHINSKI: Pero, ¿usted sabía que Bessonov era trotskista?

ROSENGOLTZ: Lo sabía por Krestinski.

VYCHINSKI: ¿Qué le había dicho Krestinski de Bessonov?

ROSENGOLTZ: Que era trotskista y que le ayudaba en su actividad trotskista.

VYCHINSKI: ¿Quién se lo había dicho?

ROSENGOLTZ: Krestinski.

VYCHINSKI: ¿El propio Krestinski?

ROSENGOLTZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Se acuerda usted del año en que sucedió esto?

ROSENGOLTZ: No podría asegurarlo exactamente.

VYCHINSKI: ¿Hacia 1935?

ROSENGOLTZ: Sí, aproximadamente este año.

VYCHINSKI: ¿En qué circunstancias y ocasión se lo dijo?

ROSENGOLTZ: Hablaba de los colaboradores del Comisariado el pueblo para Asuntos Exteriores que le ayudaban en su trabajo, y entonces citó entre otros a Bessonov.

VYCHINSKI: Acusado Krestinski, ¿ha oído esta declaración?

KRESTINSKI: La niego.

VYCHINSKI: ¿La niega?

KRESTINSKI: La niego.

VYCHINSKI: ¿Totalmente?

KRESTINSKI: Totalmente.

VYCHINSKI: ¿He comprendido bien?

KRESTINSKI: Sí, es esto lo que he pretendido decir.

VYCHINSKI: No tengo nada más que preguntar.

Por la tarde, la resistencia continúa. Grinko de nuevo, y a continuación Rykov, abruma a Krestinski.

VYCHINSKI: Afirman ustedes que Krestinski también estaba al corriente de sus actividades en el partido ilegal, y sin embargo él lo niega; de ello se deduce que Rykov no dice la verdad, mientras que usted, acusado Krestinski, dice la verdad.

KRESTINSKI: Digo la verdad.

VYCHINSKI: ¿Desde cuándo ha comenzado a decir la verdad?

KRESTINSKI: ¿Sobre este asunto?

VYCHINSKI: Sí.

KRESTINSKI: Hoy digo la verdad.

VYCHINSKI: ¿Desde esta tarde?

KRESTINSKI: Sí, en el transcurso de la audiencia del Tribunal.

Veinticuatro horas después del inicio del interrogatorio de los acusados, a continuación de la declaración de Racovski, a primeras horas de la tarde, Krestinski empieza a ceder:

VYCHINSKI: Si lo que Racovski ha declarado es cierto, ¿va a continuar usted engañando al tribunal y negando la exactitud de sus declaraciones durante la instrucción previa?

KRESTINSKI: Confirmando totalmente las declaraciones prestadas durante la instrucción previa.

VYCHINSKI: No tengo nada más que preguntar al acusado Racovski. Deseo efectuar una nueva pregunta a Krestinski. ¿Qué significa su declaración de ayer, que sólo puede considerarse como una provocación trotskista al proceso?

KRESTINSKI: Ayer, bajo el influjo de un repentino y agudo sentimiento de falsa vergüenza, debido al ambiente y a que me encuentro en el banquillo de los acusados, así como a la amarga impresión que me produjo la lectura del acta de acusación, todo ello agravado además por mi estado enfermizo, no pude decir la verdad, declarar que era culpable. Y en lugar de decir: sí, soy culpable, he respondido casi maquinalmente: no, no soy culpable.

VYCHINSKI: ¿Maquinalmente?

KRESTINSKI: No estaba en condiciones de decir la verdad frente a la opinión pública mundial, de declarar que en todo momento he participado en la lucha a favor del trotskismo. Ruego al Tribunal que haga constar mi declaración, en el sentido de que me reconozco culpable, completamente y sin reserva, de todos los puntos de la acusación que pesa sobre mí, y que reivindico la plena responsabilidad de mi deslealtad y de mi traición.

VYCHINSKI: De momento, no tengo más que preguntar al acusado Krestinski.

El orden vuelve a reinar. Este proceso, como los precedentes, será, a partir de este momento, el de los hombres que confiesan.

2

Hombres que confiesan

El espectáculo del dócil grupo sentado en el banquillo de los acusados como una especie de rebaño resignado a su suerte no sorprende a nadie. Desde agosto de 1936, la opinión mundial se ha familiarizado con este tipo de escenas tan similares unas a otras. Veteranos revolucionarios, compañeros de Lenin, viejos bolcheviques, han confesado públicamente haber cometido los peores crímenes, y reclamado de los jueces una estricta severidad, a la vez que proclamaban su odio hacia Trotsky y alababan a Stalin, el jefe tan amado, a quien, sin embargo, la mayoría de ellos había combatido y servido alternativamente.

Veteranos gloriosos

En 1917, estos hombres eran, desde hacía años, revolucionarios profesionales, organizadores de círculos obreros, de sindicatos, dirigentes de huelgas y manifestaciones, teóricos del marxismo revolucionario. En los años postrevolucionarios, durante la guerra civil, fueron considerados por el público ruso y extranjero como figuras destacadas del régimen, el corazón del partido, el núcleo dirigente de la Internacional.

El primer proceso tiene lugar del 19 al 24 de agosto de 1936. Grigori Zinoviev es, indiscutiblemente, su personaje central. Nacido en 1883, militante desde los diecisiete años, es un bolchevique de la primera hora. Organizador de la fracción bolchevique de San Petersburgo, publica el órgano de prensa de la fracción y es elegido miembro del Comité central clandestino en 1908. En esta época es el brazo derecho de Lenin, con quien comparte las responsabilidades del partido en la emigración. Su estrella comienza a palidecer durante la revolución, cuando dirige un grupo de oposición a la política de Lenin y combate la decisión de éste de pasar a la insurrección, aunque continúa siendo miembro del Comité central, y más tarde, desde su creación, del Comité ejecutivo. Ha sido también presidente del soviet de Petrogrado, "la Comuna del Norte", y presidente del Ejecutivo de la Internacional comunista, el partido comunista mundial. Su compañero Kamenev pertenece a la misma generación. Miembro del partido en 1901, dirige, siendo aún estudiante, la organización bolchevique en el Cáucaso, colabora con Lenin durante la emigración y es director de la Pravda legal de 1913 a 1914. Detenido y deportado, puesto en libertad por la Revolución, es también miembro del Comité central y del Comité ejecutivo, vicepresidente del Consejo y presidente del soviet de Moscú durante la guerra civil. Según la opinión pública rusa, ambos hombres siguen a Lenin y Trotsky en la jerarquía de dirigentes, a la muerte de Lenin. Junto a ellos hay otros curtidos revolucionarios, dirigentes de primer plano: Iván N. Smirnov, nacido en 1881, obrero y miembro del partido desde 1899, miembro del Comité central en tiempos de Lenin, y más tarde miembro del Comité militar revolucionario, comisario político del V Ejército Rojo que soviétizó Siberia y más tarde comisario

del pueblo: en 1922, está a punto de convertirse en secretario del Comité central y sólo en el último momento -al considerarle Lenin indispensable en Siberia- se elige a Stalin. Evdokimov, nacido en 1881, obrero, leñador, marinero y revolucionario profesional, bolchevique desde 1903, ha sido comisario del ejército, dirigente de los sindicatos de Petrogrado y miembro de la comisión central del partido. Algo más joven -nacido en 1887- Bakaiev, sublevado en 1905 El primer acusado es Iuri Piatakov, de cuarenta y siete años, ha pasado seis años en prisión durante la dominación zarista. Comisario político del frente de Petrogrado, dirige la Checa durante la guerra civil y ha sido también miembro de la Comisión central de control.

El segundo proceso tiene lugar del 23 al 30 de enero de 1937. El primer acusado es Iuri Piatakov, de cuarenta y siete años. Hijo de un rico industrial, ha recibido una sólida educación, habla diversos idiomas y posee una vasta cultura. Anarquista desde los dieciocho años, bolchevique a los veinte, se ha distinguido por sus escritos teóricos durante la emigración, y ha sido un destacado activista en la etapa revolucionaria: presidente del consejo de comisarios del pueblo de Ucrania en 1917, organiza la lucha clandestina contra los rusos blancos, es detenido, condenado a muerte y puesto en libertad por los guardias rojos en vísperas de su ejecución. Dirige la expedición de Crimea de manera “tan genial como intrépida”, como dirá más tarde Klara Zetkin. Después del triunfo de la Revolución, se convierte en uno de los más importantes técnicos de la economía soviética, y en uno de los principales dirigentes de la lucha por la reconstrucción. Es uno de los seis bolcheviques citados por Lenin en su “Testamento”, el único, con Bujarin, de la generación joven. Ha sido vicepresidente del consejo de economía nacional, presidente del Tribunal supremo y miembro del Comité central a partir de 1921.

Karl Radek tiene cincuenta y dos años. Veterano del movimiento socialdemócrata polaco y alemán, ha sido en este último, el principal organizador de una oposición de izquierda. Durante la guerra se aproxima a Lenin, y, a partir de abril de 1927, asegura los enlaces internacionales de los bolcheviques. En 1919, durante su estancia en Alemania para asistir a la fundación del Partido comunista, es detenido después de las jornadas de enero y permanece varios meses en prisión. Aunque no pertenezca formalmente al partido hasta 1917, ha sido miembro del Comité central -de 1919 a 1924- y del Comité ejecutivo de la Internacional, como “mentor” del partido alemán.

Grigori Sokolnikov, cuarenta y nueve años. Un auténtico viejo bolchevique: hijo de un médico, miembro del partido a los diecisiete años, emigra a París, donde realiza brillantes estudios de derecho y economía política. Compañero de Lenin en Suiza, regresa con él a Rusia y poco después dirige Pravda, en unión de Stalin. Durante la guerra civil es comisario político en diversos frentes y destaca como especialista en cuestiones financieras -es comisario del pueblo de Hacienda en 1918, y de 1922 a 1927 dirige la

nacionalización de la banca y lleva a cabo la reforma financiera. Pertenece al Comité central desde agosto de 1917.

Leónidas Sérébríakov es también, a los cuarenta y nueve años, un veterano. Obrero a los nueve años, bolchevique a los diecisiete, en 1912, en unión de Ordjonikidze, emisario de Lenin, se pone en contacto con los diversos grupos clandestinos, con el fin de organizar la famosa conferencia de Praga, de donde surge el partido bolchevique que triunfará en 1917. Detenido a su regreso, cuenta en su haber tantos años de prisión como de actividad clandestina. Destacado combatiente durante la guerra civil, sus cualidades humanas contribuyen a su designación como secretario del Comité central, función delicada, si las hay, que asume de 1920 a 1921.

Parece que el desfile de personajes de la vieja guardia bolchevique por el banquillo de la infamia haya terminado después del tercer proceso, del 2 al 13 de marzo de 1938, y de la aparición ante el Tribunal de Nicolás Bujarin, a quien Lenin llamó “el niño mimado del partido”. Nacido en 1888, hijo de maestros, es un estudiante brillante y un militante precoz: bolchevique desde 1906, es arrestado en diversas ocasiones, pero logra evadirse, y, finalmente, emigra en 1910. Convertido en revolucionario profesional, vive en Polonia y más tarde en Austria, de donde es expulsado al producirse la declaración de guerra; se refugia en Suiza y posteriormente en Noruega y, en octubre de 1916, pasa a Estados Unidos, donde edita Novy Mir y entra en contacto con Trotsky, que colabora en dicha publicación. Después de febrero de 1917, se traslada a Rusia pasando por Japón y Siberia, desde su regreso, es uno de los dirigentes bolcheviques. En agosto de 1917 es elegido miembro del Comité central, en diciembre pasa a desempeñar el cargo de redactor jefe de Pravda y, a partir de 1919, es miembro del Comité ejecutivo. Durante los años 20 el partido le considera como su principal teórico.

Alexis Rykov: cincuenta y siete años. Hijo de campesinos, estudiante, es detenido por primera vez a los diecinueve años por haber organizado una manifestación el 1º de mayo. Es de los primeros militantes profesionales de Iskra, partidario de Lenin y bolchevique de la primera hora, después de la escisión de 1903. Organizador de comités clandestinos, en 1905 participa en el congreso de Londres; a los veinticuatro años es elegido miembro del Comité central. Más tarde regresa a Rusia, donde lleva a cabo una infatigable labor organizadora que precipita su detención; liberado por la Revolución de 1905, es diputado del soviet de San Petersburgo; detenido de nuevo en varias ocasiones, logra al fin evadirse. En agosto de 1917 es miembro del Comité central y, al estallar la revolución, comisario del pueblo en el ministerio del Interior; en 1918 pasa a ocupar el cargo de presidente del consejo de Economía nacional y en 1923 es designado miembro del Comité ejecutivo.

Nicolás Krestinski: cincuenta y tres años. Comienza a militar a los dieciocho años, durante su época de estudiante; viejo bolchevique desde 1903 sufre también los efectos de la represión: permanece varios años

encarcelado y vive en el exilio. En 1914 milita en la organización comunista de la fábrica Putilov. En 1917 dirige a los bolcheviques del Ural y en agosto del mismo año se le elige miembro del Comité central. De 1919 a 1921 es secretario del Comité central y miembro del Comité ejecutivo.

Christian Racovski, setenta años, destaca más como revolucionario europeo que ruso. Nacido en Bulgaria, militante socialista a los dieciséis, realiza brillantes estudios de medicina en Francia. Es una conocida figura de la II Internacional; desde 1893, está personalmente ligado tanto a Jules Guesde como a Rosa Luxemburg y, a partir de 1913, a Trotsky. Diputado en Rumania, redactor-jefe del periódico socialista rumano, polemiza contra los socialistas franceses durante la guerra. La Revolución lo saca de la cárcel: en 1919 es designado miembro del Comité central y, hasta 1923, desempeña el cargo de presidente del Consejo de comisarios del pueblo de la República soviética de Ucrania.

Junto a estos personajes de primer plano, los demás acusados no representan, sin embargo, el papel de meros comparsas: al lado de Zinoviev y Kamenev se sientan, en 1936, hombres como Mrachkovski, nacido en prisión, bolchevique desde 1905, dirigente de un grupo de activistas durante la guerra civil, y más tarde comandante de la región militar del Volga, Dreitser, oficial durante la guerra civil y uno de los jefes del ejército rojo que luchó contra Kolchak. En 1937 comparecen, en unión de Piatakov, Muralov, agrónomo convertido en revolucionario profesional, antiguo combatiente de 1905, jefe de los guardias rojos que ocuparon el Kremlin en 1917; Boguslavski, viejo bolchevique, destacado activista durante la guerra civil y más tarde presidente del consejo restringido de la R.S.F.S.R.; y Drobniş, zapatero, militante a los quince años, con seis años de cárcel, dos condenas a muerte y... una ejecución por parte de los rusos blancos durante la guerra civil, ejecución a la que sobrevivió después de haber sido acribillado a balazos. En 1938, durante el tercer proceso, comparece junto a Bujarin un grupo de hombres con una historia similar: Rosengoltz, cuarenta y nueve años, militante desde los once, detenido a los dieciséis, delegado al congreso del partido a los diecisiete, organizador del Ejército Rojo, miembro del comité militar revolucionario y comisario del pueblo, Iagoda, miembro del partido a los diecisiete años, deportado a los veintiuno, uno de los responsables de la organización militar del partido en 1917, uno de los fundadores y más tarde dirigentes de la Cheka, que se convertirá en GPU y luego en N.K.V.D.; Fayzulla Jodiaev, uno de los primeros comunistas en tierras musulmanas, Zelenski, responsable del partido en la capital inmediatamente después de la insurrección victoriosa, y los antiguos comisarios del pueblo Grinko y Chernov.

Al lado de este núcleo de responsables, comparecen también otros comunistas más jóvenes, los verdaderos comparsas: Ter Vaganian, armenio, veinticuatro años en 1917, considerado por Lenin como un teórico, los obreros bolcheviques Chbestov y Livchitz, militantes clandestinos convertidos en ingenieros en las universidades obreras después de la guerra. Finalmente, otros hombres de los que únicamente se conoce lo que

dicen de sí mismos, simples desconocidos que adquieren, sin embargo, cierta importancia durante el proceso: un tal Arnold, que dice haber recibido “la marca ignominiosa del bastardo” y que ha sido, sucesivamente, vagabundo, desertor del ejército ruso y luego del americano, y condenado por robo, y que, al volver a la U.R.S.S. en 1023, se afilia al partido, al propio tiempo que se declara francmasón y protestante; o un tal Hrasche, austriaco o checo, comunista en el 17, que desaparece para regresar más tarde en un convoy de prisioneros rusos.

Personalidades diversas

Sólo la pátina originada por el paso del tiempo, que da uniformidad a los matices y atenúa los contrastes, permite mostrar a los hombres de la vieja guardia bolchevique como gloriosos veteranos con idénticas biografías, hombres cortados por el mismo patrón y estrechamente unidos. En realidad, el partido bolchevique era, en tiempos de Lenin, un organismo vivo, agitado por conflictos ideológicos, por desacuerdos sobre la estrategia, el análisis de la situación y las tareas de la organización. Cada uno de estos hombres participaba sin reservas en la lucha política, tomaba partido por tesis opuestas: se enfrentaban entre sí con violencia, ninguno se sometía fácilmente. Sus relaciones personales eran el resultado de un largo pasado de discusiones y polémicas, de luchas y compromisos, de acuerdos y antagonismos, de rencores y fraternidad en la victoria o en la derrota.

En 1905, Rykov está al frente del grupo de militantes profesionales venidos de Rusia a los que Lenin bautiza con el nombre de “camitards”: se opone a éste y en diversas ocasiones consigue que esté en minoría en el congreso. A partir de 1908, el partido y la fracción bolchevique entran en crisis: Bujarin simpatiza con los “izquierdistas” de la fracción “otzovista”, que pretenden boicotear elecciones y sindicatos, mientras que Rykov y Sokolnikov, entre otros, son los cabecillas de la tendencia “conciliadora” de los “bolcheviques del partido”, próximos a las posiciones de Trotsky, que impondrá a Lenin una efímera unificación. Cuando estalla la guerra, Zinoviev apoya la postura “derrotista” de Lenin, pero Kamenev, durante su proceso público en Rusia, se desentiende de ello. Piatakov y Bujarin polemizan con Lenin sobre la cuestión nacional y el problema del Estado. Lenin tiene palabras muy duras para ellos, al igual que para Racovski y Radek, ya muy cerca de él, pero separados todavía por algunas divergencias. En abril de 1917 Lenin, apoyado por Zinoviev y Bujarin, se muestra contrario a la línea “conciliadora” aplicada por el partido en su ausencia: sus “tesis de abril” serán duramente combatidas por Kamenev y Rykov. En octubre, Zinoviev y Kamenev atacan la decisión inspirada por Lenin de preparar la insurrección y la toma del poder. El Comité central rechaza su expulsión, reclamada por Lenin: Stalin aboga por la conciliación. Al año siguiente, en 1918, Bujarin, Piatakov y Radek, entre otros, forman la oposición llamada de los “comunistas de izquierda”, en relación con el tratado de paz separada con Alemania, que llevará al partido al borde de la escisión. Los hombres que en 1917 se opusieron a Lenin están con él esta vez. En 1920,

durante la discusión sobre los sindicatos, los viejos bolcheviques vuelven a dividirse: Zinoviev, Kamenev, Sokolnikov y Rykov apoyan las tesis de Lenin, mientras que I. N. Smirnov, Krestinski y Piatakov, entre otros, se muestran partidarios de las presentadas conjuntamente por Trotsky y Bujarin.

Estas discusiones se producían a diario en la vida interna del partido, donde la crítica de los dirigentes se consideraba como el primer deber: Lenin estimaba que la principal virtud de un militante consistía en el hecho de “no poder decir ni una palabra que fuera contraria a su conciencia”. La vida política resolvía los desacuerdos. Rykov y Sokolnikov, tras combatir para conseguir la unidad con los mencheviques, cosa que pronto se muestra impracticable, están junto a Lenin para organizar la escisión de 1912. Zinoviev y Kamenev se oponen primero a la insurrección porque temen un combate prematuro. Más tarde, cuando se hace patente que nadie quiere aliarse con los bolcheviques, renuncian a reclamar un gobierno de coalición. A finales de 1918, Bujarin reconoce que sus temores de un abandono de la revolución mundial eran injustificados y se une a la revolución. Nadie les echará en cara su oposición en el pasado: en estas querellas circunstanciales, las contradicciones desaparecen por sí mismas cuando el partido soluciona los problemas que estas mismas contradicciones habían planteado.

Sin embargo, este modo de vida no se prolongará más allá de 1923. Durante la guerra civil y los duros años de crisis que siguen a la victoria del Ejército Rojo, el partido, lentamente y de modo casi imperceptible al principio, cambia de naturaleza: ahora está dominado por un aparato de funcionarios nombrados desde arriba y que maneja a su antojo la masa dócil y pasiva de los nuevos adeptos. El X Congreso parece tomar conciencia de esta evolución: adopta una resolución respecto a la “democracia obrera” que sólo será letra muerta, en tanto que la prohibición de las fracciones, propuesta por Lenin por temor a una fatal escisión en un momento de extremo peligro, se convierte en el argumento esgrimido por los secretarios para abogar todo tipo de discusión y condenar cualquier tendencia como “fraccional”. El aparato controla los votos e impone a sus hombres. Sin embargo, deberán transcurrir muchos años para que su triunfo sea definitivamente asegurado por la autoridad de un hombre en quien se encarnan a la vez sus virtudes y sus vicios: José Stalin, viejo bolchevique, secretario general desde 1922. En 1923, cuando Lenin se ve afectado por la enfermedad que le mantendrá alejado de la política y finalmente le ocasionará la muerte, se trama una alianza en torno al control del aparato: la troika de los viejos bolcheviques Zinoviev, Kamenev y Stalin logra dominar el partido y se convierte en el blanco de los ataques de la oposición encabezados por Trotsky y el grupo llamado de los 46. En el debate sobre el Curso Nuevo, a fines de 1923, Ter-Vaganian, Rosengoltz, Mrachkovski, Krestinski, Muralov, Serebriakov, Piatakov, Radek y Racovski apoyan a Trotsky en sus tesis sobre la restauración de la democracia en el partido, Bujarin, Rykov, Sokolnikov, Bakaiev y Evdokimov apoyan a Zinoviev, Kamenev y Stalin, para quienes

no existe ningún peligro de burocratización del aparato, y que acusan a los disidentes de poner en peligro la unidad del partido. Finalmente, vence la troika, y Zinoviev parece ser el verdadero sucesor de Lenin, a pesar de que Rykov le sucede en la presidencia del consejo de comisarios del pueblo. De hecho, es el secretario general quien, en realidad, controla el poder. Zinoviev y Kamenev se dan cuenta de ello en 1925, cuando constituyen la Nueva Oposición, a la que arrastran a Sokolnikov, Bakaiev y Evdokimov. En el XIV Congreso sólo obtendrán los votos de la organización del Partido que controlan directamente -la de Leningrado- y serán eliminados de todos los puestos clave. Las distintas oposiciones se reagrupan: Zinoviev, Kamenev y Trotsky serán los portavoces de la Oposición unificada, en lucha contra lo que llaman "fracción Stalin-Bujarin". Resultan derrotados en verano de 1927, y Zinoviev y Trotsky son expulsados, incluso antes de celebrarse el congreso. La última discusión abierta ha terminado. En los meses siguientes se inicia la última batalla, esta vez semisecreta, dirigida por Bujarin y Rykov, contra la colectivización forzosa de la agricultura y los planes de industrialización a ultranza.- cuando, en diciembre de 1929, capitulan los dirigentes de la Oposición de Derecha, se abre una nueva era en el partido, desde este momento domesticado y burocratizado, enteramente sometido a Stalin.

Disidentes resignados o arrepentidos

Un hecho nuevo en la historia del partido desde 1923: los disidentes, de ahora en adelante, ya no claudicarán de buen grado. Los problemas que los han llevado a la oposición, en lugar de solucionarse, se han agravado. La esclerosis se convierte en burocratización, la manipulación de los votos aboga toda expresión de oposición. A partir de este momento, los disidentes ven amenazada la continuidad de sus cargos y, más tarde, su libertad. Zinoviev y Kamenev, que habían combatido a Trotsky en 1923, reconocen, en 1926, que éste les había atacado con razón: la adhesión de dirigentes prestigiosos se traduce, sin embargo, en una constante disminución del número de disidentes que pueden temer la expulsión, el cambio o, en todo caso, el encarcelamiento.

Al no poder convencer a los disidentes como lo hiciera Lenin, el aparato opta por eliminarlos. En 1924, Zinoviev pide a Trotsky que admita que sus críticas eran erróneas y que el Comité central tuvo razón al actuar contra él. Trotsky rehúsa esta capitulación que lo desacreditaría, y la vinda de Lenin protesta contra esta "exigencia inadmisible". Tres años más tarde, Stalin exigirá la misma capitulación a Zinoviev... Aquel que renuncia a sus ideas cree tal vez poder jugar con la historia: sin duda, está convencido de que, al permanecer en el partido, asegura su futuro político personal y su derecho a hablar y, sobre todo, de que preserva la sacrosanta "unidad" del partido y lo refuerza contra los enemigos que quieren explotar las disidencias. Un hombre como Chestov rompe con la Oposición en 1924 y reniega de las ideas que había defendido: Livchitz lo imita en 1926, Pickel denuncia a Zinoviev en 1927. La presión sobre los dirigentes de la oposición se hace cada vez más fuerte: de los excluidos en 1927, capitula la mayoría de

“zinovievistas”, entre ellos Zinoviev, Kamenev, Evdokimov y Bakaiev. El resto es deportado a Siberia o a Asia central. Trotsky permanece irreductible: para merecer su reintegración, Zinoviev y Kamenev lo denuncian como “escisionista” en enero del 28. Al año siguiente es expulsado de la U.R.S.S.: uno tras otro, sus amigos políticos, bautizados con el nombre de “trotskistas”, renuncian a la lucha, se unen a Stalin y afirman que su política es la justa y la única posible: Rosengoltz, Krestinski, Piatakov lo hacen en 1928, Karl Radek, Boguslavski, Drobnis, Serebriakov y Smirnov en 1929, y Racovski, tras una detención en condiciones durísimas, en 1934. Todos estos antiguos desidentes, como Zinoviev, Kamenev y Bujarin, son readmitidos después de haber lanzado anatemas contra Trotsky y sus ideas y proclamado a coro su aprobación de la “línea general” del partido dirigido por Stalin.

A casi todos se los destina a funciones técnicas más o menos importantes. En principio, todos ellos son excluidos del Comité central, pero Bujarin y Piatakov volverán a reintegrarse después a él. Rykov es comisario del pueblo de Correos y Telecomunicaciones, Rosengoltz de comercio exterior, Piatakov adjunto de Ordionikidze en la Industria pesada. Zinoviev y Kamenev realizan funciones subalternas en instituciones culturales, pero Radek vuelve a la redacción de Pravda, Bujarin dirige Izvestia, Krestinski es embajador y más tarde vicecomisario de Asuntos Exteriores, Sokolnikov representante de la U.R.S.S. en Londres y París, y Racovski jefe de misión en Japón. Otros se transforman en simples técnicos u ocupan cargos administrativos, “spetz” como se decía entonces: Muralov es agrónomo en Siberia donde Mrachkoski dirige la construcción del ferrocarril, Serebriakov llega a ser un alto funcionario de los ferrocarriles y en calidad de tal visita los USA, Boguslavski y Drobnis son directores administrativos de complejos industriales, e Iván Nikítich Smirnov dirige la fábrica de automóviles de Nijni Novgorod.

Ninguno de estos hombres consigue salir indemne de la prueba del tiempo y de la terrible batalla política en que se desgastaban desde 1917. A partir de entonces no pueden ya representar para los militantes la imagen de Epinal que habían encarnado inmediatamente después de la revolución.

Los principales protagonistas han sido alcanzados por las polémicas públicas que a menudo ellos mismos habían desencadenado. Zinoviev y Kamenev sacan a colación hasta la saciedad los ataques de Trotsky contra Lenin y los severos juicios de Lenin contra Trotsky antes de 1917. Pero Trotsky primero, y más tarde Stalin, repiten suficientemente el episodio de la oposición que ellos los habían dirigido contra Lenin en vísperas de la insurrección como para que su aureola de “lugartenientes de Lenin” se rompa definitivamente. En su lucha interna, todos ellos recriminaron a sus adversarios por su pasada oposición a Lenin: todos, en uno u otro momento, resultan marcados con el signo -infamante desde la muerte de Lenin- de “actividad antileninista”, que sólo Stalin, prudente y poco inclinado a las batallas ideológicas, sabe evitar hasta el final.

La lucha implacable que se origina después del esfuerzo sobrehumano de la revolución y de la guerra civil desgasta los sistemas nerviosos, arruina la salud corporal y pone de manifiesto, inexorablemente, las debilidades de cada uno. Entre 1917 y 1923, sólo un pequeño núcleo de iniciados sabía que Zinoviev, gran orador y enérgico organizador, era, en realidad, y cada vez más, un ser débil y versátil, influenciabile, vacilante, paralizado frente a la acción, abrumado por el recuerdo de su “error” de 1917. Hoy en día todo el mundo sabe que cambió tres veces de actitud en tres años y que se consideraba a sí mismo como un hombre acabado, dispuesto a sufrir cualquier humillación. El Comité central sabía que Kamenev, de inteligencia mucho más aguda, era ante todo un intelectual, que rehuía tanto las rupturas como los enfrentamientos bruscos, que intentaba siempre “limar aristas” y negociar compromisos aceptables. Pero ligó su destino político al de Zinoviev, y sus respectivas flaquezas se sumaron para desacreditarlos. Bujarin era muy estimado, a pesar de que Lenin le había reprochado en su testamento tener algo de escolástico y no haber comprendido nunca verdaderamente la dialéctica. ¿Fue quizás este motivo, y la intención de “reconciliarse”, lo que indujo a Bujarin, izquierdista empedernido hasta aquel momento, a erigirse más tarde en defensor de la política de conciliación respecto a los campesinos ricos? Stalin supo atraerse muchas simpatías al acusar a Zinoviev y Kamenev de querer “la sangre de Bujarin”; Bujarin fue el primero que amenazó con la cárcel a los disidentes. Se sabía -y Lenin lo escribió en su testamento- que Piatakov, demasiado propenso a enfocar los problemas administrativamente, no era, por este motivo, digno de confianza para una tarea política seria: al abandonar la política, se convirtió en un verdadero administrador, el más conocido de estos viejos bolcheviques que prestaron sus servicios al parecer sin ningún tipo de reservas. Radek nunca fue tomado en serio en los medios dirigentes del partido: se le reprochaba su versatilidad, su servilismo, su cinismo y, a menudo, su grosería. En el momento del proceso se le acusa de haber denunciado a Stalin, y no se le perdona el haber realizado “declaraciones” humillantes y dar ejemplo de baja.

¿Qué piensan unos de otros estos hombres que han tomado parte en el mismo combate antes de lanzarse a la lucha “fratricida”? Al parecer, nada bueno. Subsisten pequeños núcleos, desde 1923, Zinoviev, Kamenev, Evdokimov y Bakaiev, siguen el mismo itinerario, pero se ignora si han estado siempre de acuerdo, si las decisiones sucesivas y contradictorias de su grupo no son el resultado de profundos desgarramientos internos que han dejado hondas cicatrices. ¿Qué relaciones mantienen con Sokolnikov, que estuvo con ellos de 1925 a 1926 y los abandonó? ¿Cuáles son sus sentimientos respecto a aquellos que han denunciado a todos los que, durante cierto tiempo, han seguido a Trotsky después del XV Congreso? Las trayectorias políticas de Rykov y Bujarin son, en líneas generales, idénticas, pero, ¿no se ha dicho que Rykov, al capitular ante el Comité ejecutivo, en febrero del 29, hizo imposible la resistencia que Bujarin quería continuar? ¿Qué relaciones sostienen todos estos hombres con Iagoda, del que se decía que simpatizaba con la derecha, pero cuyos servicios de policía llevaron a cabo, durante años, la represión contra los disidentes, tanto de derecha como de izquierda? El pasado, y sobre todo después de una derrota política,

sólo puede levantar entre ellos un muro de rencores y recriminaciones. Kamenev sabe perfectamente que Bujarin, en la época en que apoyaba a Stalin, lo consideraba como un nuevo “Gengis Khan”. Bujarin sabe que Radek y Smirnov esperaban de su condena su propia rehabilitación. Todos los antiguos amigos de Trotsky han capitulado, pero en fechas distintas: entre la capitulación de Smirnov y la de Racovski transcurren cinco años de deportación en Astrakán, bajo el clima infernal de Barnaul: un abismo. Los viejos bolcheviques que comparecen, a partir de agosto de 1936, ante el Tribunal supremo tienen esencialmente en común su derrota. Quizá compartan también el rencor contra su vencedor, pero, en todo caso, a partir de 1934, el terror es su común denominador.

Hombres amenazados

A partir de 1930, la U.R.S.S. atraviesa una crisis de excepcional gravedad. La colectivización forzosa choca con la feroz oposición de los campesinos que sabotean, destruyen el ganado y las cosechas y son deportados en masa, como kulaks (campesinos ricos) y enemigos del régimen, a los campos de Siberia. La mano de obra opone una resistencia pasiva y obstinada a la aceleración de los ritmos del trabajo. La GPU, policía política, amplía su campo de acción a todo el país y, en primer lugar, al partido. Las ciudades conocen de nuevo la carestía de la vida y el espectro del hambre. En varias ocasiones, el país está al borde de la catástrofe.

El descontento se manifiesta de formas muy diversas: conversaciones de pasillo, imprecaciones impotentes de los viejos, ilusiones terroristas de los jóvenes. Entre los mismos colaboradores de Stalin, se organizan “complots”, combinaciones parlamentarias para conseguir que esté en minoría en el Comité central, e incluso “revoluciones de palacio”. El asunto Syrtov-Lominadze en 1931 y el asunto Riutin en 1932 ponen de manifiesto que el descontento ha alcanzado las esferas superiores del partido y del Estado. En todo caso, parece -recientes revelaciones confirman los rumores antiguos- que en el Comité ejecutivo una mayoría dirigida por Kirov, líder del partido en Leningrado, rehusa entregar a Stalin la cabeza de Riutin, culpable de haber intentado reagrupar en una plataforma común todas las antiguas oposiciones. Mientras tanto, en el exilio, Trotsky continúa la lucha, y mantiene con la U.R.S.S. importantes relaciones, puestas de manifiesto por la riqueza de las informaciones contenidas en su Boletín de la Oposición. Critica la estrategia de la Internacional, y, detrás de ella, a Stalin; denuncia su responsabilidad en el aniquilamiento de la clase obrera alemana y en la victoria de Hitler, y traza al mismo tiempo las bases de una IV Internacional que pretende disputar a la de Stalin su influencia sobre los obreros revolucionarios. Stalin teme su prestigio, su autoridad y su capacidad. Kamenev escribe en su diario íntimo que Trotsky tenía razón; informados él y Zinoviev del intento de reagrupamiento de la oposición emprendido por Riutin, no lo denuncian. Iván Smirnov, que se halla cumpliendo una misión en Berlín, encuentra a León Sedov, hijo de Trotsky, y acepta remitirle, para su Boletín, informes sobre la situación económica, el estado de ánimo de

los medios dirigentes y los sentimientos populares. Pronto es arrestado, junto con otros antiguos trotskistas, mientras que aquellos que están a punto de cumplir su condena son de nuevo condenados administrativamente de manera automática. Parece ser que, en esta ocasión, la línea represiva de Stalin es discutida en las esferas dirigentes, y que la política de apaciguamiento en el campo y de relativa "liberalización" esbozada a partir de 1934 está inspirada por Kirov: la eliminación posterior de la mayoría de los elegidos para el Comité central designado por el XVII Congreso en enero-febrero de 1934, puede ser considerada como un indicio de desacuerdo en el seno del grupo dirigente sobre la manera de hacer frente a una situación difícil y de descontento general. No es menos cierto que, en el transcurso del período de apaciguamiento, se ponen en funcionamiento los organismos de represión y se produce la subida a los puestos clave de los hombres que iban a encarnarla, Ejov, Vychinski y Malenkov, en primer lugar. La señal de partida para la represión en masa la da, sin duda -el hecho está cargado de presunciones en este sentido-, el asesinato de Kirov.

Serge Kirov es asesinado el 1 de diciembre de 1934 por un miembro de las Juventudes comunistas llamado Nicolaiev. Aquella misma tarde, un decreto priva de los derechos ordinarios de la defensa a las personas acusadas de terrorismo. Stalin dirige personalmente la investigación. Se inicia la represión en masa: setenta "blancos" son condenados a muerte y ejecutados, según Pravda, el 4 y el 6 de diciembre. El 28 y 29 son juzgados a puerta cerrada doce miembros de las Juventudes comunistas, entre ellos Nicolaiev: condenados a muerte, son inmediatamente ejecutados. Poco después, el 15 de enero, se abre el primer proceso a puerta cerrada contra un grupo de viejos bolcheviques: Zinoviev, Kamenev, Bakaiev, Evdokimov y quince militantes y responsables de la organización de Leningrado son acusados de haber constituido un "Centro de Moscú": al parecer, han confesado su responsabilidad moral en el asesinato de Kirov y reconocido que las ideas que habían expresado durante el tiempo en que pertenecieron a la Oposición han inspirado a los asesinos de Kirov. El 19 son condenados a diversas penas de cárcel: al mismo tiempo, la N.K.V.D. (ex G.P.U.) condena administrativamente, es decir, sin juicio, a un centenar de comunistas de Leningrado. Finalmente, el 23 de enero, los responsables de la N.K.V.D. de Leningrado son condenados, por complicidad en el mismo asesinato, a diversas penas de cárcel. Los arrestos y las condenas administrativas se multiplican, y llegan continuamente a Siberia trenes repletos de "asesinos de Kirov", como les llaman -no sin ironía- los veteranos de los campos.

Desde este momento se hace patente que Stalin va a asestar duros golpes. Pravda se hace eco de pretendidas confesiones de Nicolaiev según las cuales habría actuado por instigación de Trotsky, quien le habría mandado dinero por mediación de un diplomático extranjero. Leyes draconianas castigan la posesión de armas blancas, estableciendo la responsabilidad colectiva familiar. La sociedad de viejos bolcheviques es

disuelta el 25 de mayo de 1935 y el examen de sus archivos es confiado al joven Malenkov, que pertenece al secretariado personal de Stalin. En junio, le toca el turno a la Sociedad de ex presidiarios y prisioneros políticos, cuya investigación se encarga a Ejov, nuevo secretario del Comité central. Basándose en un informe del mismo Ejov, el Comité central expulsó, el 7 de junio, a uno de los más antiguos compañeros de Stalin, el georgiano Eñukidze, hasta entonces secretario del Comité ejecutivo de los soviets; los nuevos miembros, Kruschov i Jdanov, se encargan de explicar al público que Eñukidze estaba “políticamente degenerado”. Kamenev es juzgado otra vez a puerta cerrada y condenado a cinco años de cárcel en un proceso donde su hermano es el principal testigo de cargo. Al mismo tiempo, numerosas circulares prescriben la retirada de las bibliotecas públicas de todas las obras de los antiguos disidentes, Trotsky, Zinoviev, Kamenev. Otras prevén la depuración del partido por medio de la verificación de la “calidad” de todos sus miembros. En Siberia, llueven las condenas sobre los “trotskistas” irreductibles, y el líder de la joven generación opositorista, Solntsev, muere en enero de 1936, después de una huelga de hambre. El 5 de enero de ese mismo año, Pravda anuncia la lucha para “aniquilar a los enemigos del pueblo, los monstruos y las furias trotskistas”. Los arrestos se multiplican. Se produce denuncia tras denuncia. Finalmente, el 19 de agosto, se abre el primer proceso público.

El exterminio de los viejos bolcheviques

Los tres procesos públicos de Moscú retienen durante mucho tiempo la atención de los observadores de este período. Hoy se sabe que sólo representan un aspecto, cuantitativamente menor, de una gigantesca depuración bautizada por los rusos con el nombre de “Ejovchina”, derivado del nombre de su organizador, el fiel discípulo de Félix Dzerjinski y enviado de Stalin, el valiente bolchevique Nicolás Ejov, como escribe Pravda el 21 de diciembre de 1937. Durante este período perece la casi totalidad de los viejos bolcheviques, eliminándose seguidamente sus nombres de los libros de historia, aunque en la actualidad vuelven a aparecer en las reediciones, seguidos de la cita “caído víctima de las calumnias del enemigo”: casi todos los dirigentes de la revolución y sus familias, la mayoría de los miembros del Comité central de 1917 a 1923, los tres secretarios del partido entre 1919 y 1921, la mayoría del Comité ejecutivo entre 1919 y 1924 108 miembros de los 139 del Comité central designado en 1934.

De momento, hay que renunciar a indicar, como no sea a grandes líneas, el desarrollo de los conflictos provocados en el seno del aparato a causa de la ampliación y profundización del exterminio.¹ Al primer proceso sigue un sobreesimiento para algunos viejos bolcheviques denunciados por los acusados, Bujarin y Rykov. Tomski se suicida. Stalin interviene por medio de un telegrama desde Crimea, donde se halla pasando las vacaciones. Iagoda, jefe de la N.K.V.D., es sustituido por Ejov, y sus principales colaboradores son detenidos. La preparación del proceso contra Piatakov provoca la oposición de algunos viejos

¹ Pravda, 21 de agosto de 1936

bolcheviques, hasta aquel momento stalinistas: el presidente de la Sociedad, Nevski, es detenido y el comisario del pueblo, antiguo compañero de Stalin, “Sergo” Ordjonikidze se suicida el 18 de febrero. Después del segundo proceso (8-31 de enero de 1937) se inicia, con un artículo de Pospelov, una campaña de denuncia contra Bujarin y sus amigos “derechistas”. Es verosímil que fueran detenidos en esta fecha, así como Iagoda. De febrero a marzo de 1937, se manifiestan, al parecer, nuevas oposiciones en el Comité central, entre ellas la de Postychev, hasta aquel momento stalinista de obediencia estricta.

La N.K.V.D. asesta seguidamente sus golpes contra los jefes militares: el jefe de los servicios políticos del Ejército, Gamarnik, se suicida el 31 de mayo. El 12 de junio, una breve nota oficial anuncia la condena a muerte y la ejecución de ocho jefes militares, “espías y saboteadores”, “convictos de traición militar, de sabotaje de la defensa de la U.R.S.S., de espionaje en favor de la Alemania fascista y de preparación de la derrota militar de la Unión Soviética”: se trata del mariscal Tujachevski, de los generales Iakir, Uborevich, Kork, Primatov, Putna, Feldmann y Eidemann. El 14 de junio, una orden del día del mariscal Vorochilov afirma que “los traidores han sido sorprendidos en flagrante delito” y que han confesado: recuerda los veredictos pronunciados en los dos procesos de Moscú contra la “chusma” que obedecía a “Trotsky, ese feroz fascista” e indica que los condenados pertenecían a la categoría de los “conspiradores aún no desenmascarados” por el primer proceso.

En julio, dos viejos bolcheviques georgianos, Budu Mdivani y Micha Okudjava, son juzgados a puerta cerrada, condenados a muerte y ejecutados. Se producen detenciones a diario, en los medios más diversos, y parece ser que en septiembre son detenidos los principales dirigentes de entre los que habían protestado en marzo contra la amplitud de la purga. El 20 de diciembre, un breve comunicado anuncia el juicio a puerta cerrada, la condena a muerte y la ejecución, entre otros, del ex diplomático León Karajan y de dos viejos bolcheviques georgianos, Enukidze y Orachelachvili. El 21 de diciembre, el vicecomisario del Interior, Frinovski, precisa las acusaciones que pesan contra ellos: Enukidze era miembro de “la organización de espionaje y de terrorismo contrarrevolucionario trotskista-bujarinista”, Karajan “vendió importantes secretos de Estado al servicio del espionaje fascista”, mientras que Orachelachvili, “nacionalista y contrarrevolucionario burgués, trabajaba en estrecho contacto con el estado mayor de una potencia extranjera (...), se entregaba a una labor de diversión y sabotaje”. El proceso, tanto tiempo esperado, de Bujarin y de sus “cómplices” precede en poco al final de la “Ejovchina” que, en lo esencial, no se lleva a cabo en público, ni siquiera ante los tribunales a puerta cerrada, sino en los calabozos de las cárceles, al borde de los ríos y los taludes, en las cercanías de los campos de concentración.

No es posible un estudio de los procesos de Moscú al margen del contexto de esta gigantesca depuración. Por su pasado de viejos bolcheviques y opositoristas, los principales acusados están, de hecho, condenados desde la apertura del primer proceso, y nada puede salvarlos. A este respecto, nada es más significativo que la declaración hecha por Iuri Piatakov en el transcurso del proceso Zinoviev:

Después del aire fresco y puro que respira nuestro magnífico y próspero país socialista, he aquí que, de repente, se ha extendido el desagradable hedor de este depósito de cadáveres políticos. Hombres que, políticamente, están muertos desde hace tiempo, se descomponen y pudren, infectan el aire que los rodea. Pero, precisamente en el último estadio de descomposición, se han convertido no sólo en algo pestilente, sino en un peligro desde el punto de vista social. Al perder todo honor, todo sentimiento humano, este grupo de asesinos, de asesinos sin honor y sin principios, ha atentado contra lo que nos es más querido, contra la vida de nuestros jefes. El camarada Kirov, tan querido, el brillante tribuno, honesto entre los honestos, joven y ardiente, ha caído bajo las balas de estos malvados. La sangre se hiel a crímenes. Todo nuestro vasto y magnífico país, todo nuestro partido de vanguardia, el partido de Lenin-Stalin, sigue hacia adelante y estrecha filas alrededor de sus queridos jefes, y en lugar en torno a Stalin. Nuestro más ardiente amor roa nuestros jefes. Todos estamos orgullosos de que el país dictadura del proletariado, el país del socialismo, posea semejantes jefes. Los obreros de todo el mundo conocen y aman Stalin y están orgullosos de él. Bajo la dirección de nuestros jefes, el país va de victoria en victoria.

Este entusiasta estalinista será el acusado número uno del segundo proceso: esta misma declaración ya constituía, en aquella época, un auténtico presagio.

3

La acusación

En los tres procesos, la acusación contra los dirigentes del partido de Lenin y sus “comparsas” es sostenida por Andrei Vychinski.

Este hombre pertenece a la generación de los acusados. Cuando la mayoría de ellos eran ya revolucionarios profesionales, él era abogado. De 1902 a 1907 fue miembro del partido obrero socialdemócrata, en su fracción menchevique. Durante este último año parece que renunció a la política para dedicarse a su profesión. En los meses que precedieron a la revolución, era miembro, en Moscú, del segundo plan del partido menchevique, adversario de los bolcheviques. Sus biografías oficiales son extremadamente discretas respecto a su actividad y a su papel durante la guerra civil; según la hipótesis más favorable, se puede admitir que mantuvo una prudente neutralidad. Fue admitido en el partido comunista, como otros muchos antiguos mencheviques, a fines de la guerra civil, y pareció limitarse a funciones puramente técnicas de especialista en derecho. Fue sucesivamente lector y profesor de la Universidad de Moscú, y en 1928, después de la derrota de la oposición, rector. En los años en que se impone la autoridad de Stalin, asciende con gran rapidez: director de enseñanza superior, fiscal de la R.S.F.S.R. en 1931, fiscal adjunto de la U.R.S.S. en 1933 y fiscal general en 1935, sucesivamente. Lleva a cabo la interpelación contra los viejos bolcheviques en los procesos a puerta cerrada, y su primera requisitoria, contra los acusados de agosto de 1936, da el tono de lo que serán las demás e indica la pauta a seguir en los comentarios de la prensa oficial. Denuncia a los viles aventureros que han intentado pisotear con sus sucios pies las flores más perfumadas de nuestro jardín socialista, embusteros e histriones, miserables pigmeos que semejan perrillos insignificantes arremetiendo contra un elefante. Acaba su requisitoria contra los más próximos lugartenientes de Lenin afirmando: Un final triste e infame espera a estos hombres que pertenecieron a nuestras filas, pero que nunca se distinguieron ni por su firmeza ni por su abnegación por la causa del socialismo. Tenemos ante nosotros a criminales peligrosos, inveterados, crueles, despiadados respecto a nuestro pueblo, a nuestros ideales, respecto a los dirigentes de nuestra lucha, a los jefes del país soviético y a los obreros de todo el mundo. No se puede perdonar al enemigo pérfido. Todo el pueblo se levanta, se estremece, se indigna. Yo, en tanto que representante de la acusación del Estado, uno mi voz al fragor de millones de voces, a la indignación de los hombres soviéticos y obreros de todo el mundo; mi voz indignada de acusador del Estado.

Exijo que todos estos perros sean fusilados, sin excepción.

La acusación contra Zinoviev y Kamenev

El acta de acusación contra los dieciséis acusados de 1936 declara lo siguiente:

A finales de 1932 tuvo lugar la unificación de los grupos trotskistas y zinovietistas, organizadores de un centro unificado que contaba con Zinoviev, Kamenev y Bakaiev entre los zinovietistas, y Smirnov, Ter Vaganian y Mrachkovski entre los trotskistas. De las declaraciones de Zinoviev, Kamenev, Evdokimov, Mrachkovski y Bakaiev se deduce que el único motivo de la organización de dicho bloque era el deseo de hacerse con el poder a cualquier precio, y que la organización de actos terroristas contra los más eminentes jefes del partido y del gobierno fue elegida como único medio decisivo de alcanzar este fin.

El Centro unificado es, pues, acusado de crímenes concretos:

Para estos fines se organizaron grupos terroristas especializados, que tomaron todas las medidas necesarias para llevar a cabo el asesinato de Stalin, Vorochilov, Kaganovich, Kirov, Ordjonikidze, Jdanov, Kossior, Postychev y otros. Uno de estos grupos realizó, por orden directa de Zinoviev y Trotsky y bajo la inmediata dirección del Centro Unificado, el péfido asesinato de Kirov. Después del fracaso del centro trotskista-zinovievista, en relación con el asesinato de Kirov, Trotsky, que se había hecho cargo personalmente de la dirección de las actividades terroristas en la U.R.S.S., se dedicó a preparar hasta el último detalle la organización del asesinato de Stalin y de Vorochilov y, con este fin, tomó importantes medidas para: rehacer los grupos terroristas en la U.R.S.S. (...) enviando a expertos agentes.

Entre estos agentes se encontraba Olberg, que llegó a la U.R.S.S. provisto de un pasaporte de ciudadano de la República de Honduras, obtenido gracias a la ayuda de la Gestapo (...). El grupo terrorista presidido por Moïse Lurie fue, en efecto, organizado por Franz Weitz, activo fascista alemán, agente de Himmler, actual jefe de la Gestapo.

El acta de acusación contra Piatakov, Radek y los demás

El acta de acusación contra los diecisiete acusados del proceso Piatakov, declara que la instrucción del primer proceso ha probado que, paralelamente al centro (...), existía otro llamado de reserva, organizado por indicaciones directas de L. D. Trotsky, por si la actividad terrorista trotskista-zinovievista fuera descubierta por los organismos del poder soviético (...). La instrucción previa de este asunto ha probado que el llamado centro de reserva era, en

realidad, un Centro trotskista paralelo. Tenía como fin principal el derrocamiento mediante la violencia del gobierno soviético, con el fin de cambiar el régimen social y político existente en la Unión Soviética. L. D. Trotsky y, siguiendo sus instrucciones, el Centro trotskista paralelo, intentaban hacerse con el poder mediante la ayuda de Estados extranjeros, con el fin de restablecer el capitalismo en la U.R.S.S.

L. D. Trotsky y sus cómplices del Centro paralelo sostuvieron negociaciones con agentes extranjeros para conseguir la caída del gobierno soviético con la ayuda de una intervención militar. La instrucción ha probado que L. D. Trotsky sostuvo negociaciones con un dirigente del partido nacionalista alemán para llevar a cabo una lucha en común contra la Unión Soviética (...) L. D. Trotsky y sus cómplices en la U.R.S.S. tenían puestas sus esperanzas de alcanzar el poder en la derrota de la Unión Soviética en el transcurso de la guerra que se avecinaba contra los Estados imperialistas. Por este motivo (...) L. D. Trotsky en persona y el Centro paralelo (...) se esforzaron con todos sus medios en precipitar la agresión de estos Estados contra la U.R.S.S.

Para llevar a cabo los compromisos adquiridos con los representantes de Alemania y Japón, el Centro trotskista paralelo organizó, en numerosas empresas industriales y en los transportes ferroviarios, grupos terroristas cuyas tareas consistían en realizar actos de sabotaje. (...) Para realizar su actividad en colaboración con los agentes de los servicios de espionaje extranjeros y provocar descarrilamientos, explosiones e incendios de minas y empresas industriales, los acusados (...) no desdeñaban los medios de lucha más innobles, se decidían premeditada y conscientemente por crímenes tan monstruosos como la intoxicación y la muerte de los obreros, con el fin de provocar descontento entre ellos. El Centro trotskista paralelo, en la lucha contra la Unión Soviética, concedía una gran importancia a la organización del espionaje en beneficio de los servicios extranjeros. Trotsky, agente del fascismo, daba instrucciones a la organización trotskista que preparaba una serie de atentados terroristas contra los dirigentes del partido comunista de la Unión Soviética y del gobierno soviético. (...) Así, en 1934 (...) los terroristas trotskistas atentaron (...) contra la vida del camarada V. M. Molotov, provocando un accidente de automóvil.

El acta de acusación califica a los acusados de trotskistas, despreciables mercenarios fascistas grupo de bandidos y espías aislados y destinados a la bancarrota política, señalados con el desprecio general del pueblo soviético.

La acusación contra los 21

Los 21 acusados del proceso Bujarin son acusados de haber organizado, siguiendo las directrices de los servicios de espionaje de Estados extranjeros hostiles a la Unión Soviética, un grupo de conspiradores con el nombre de “bloque de derechistas y trotskistas”, que tenían como principal finalidad realizar actos de espionaje en favor de Estados extranjeros, llevar a cabo actos de sabotaje, diversión y terrorismo, minar el poder militar de la U.R.S.S., desmembrar la U.R.S.S., separando Ucrania, Bielorrusia, las Repúblicas de Asia central, Georgia, Armenia, Azerbaiján y la Provincia marítima de Extremo Oriente en beneficio de dichos Estados extranjeros; y, por último, de derribar el régimen socialista de la sociedad y del Estado existente en la U.R.S.S., y de restaurar el capitalismo y el poder de la burguesía.

Muchos de los dirigentes de esta conspiración eran desde hacía tiempo agentes de los servicios de espionaje extranjero. (...) La instrucción ha establecido de una manera clara que Trotsky estuvo ligado al servicio de espionaje alemán desde 1921 y al Intelligence Service británico desde 1926. En lo concerniente a los acusados de este proceso, la mayoría de ellos son, desde hace tiempo y según sus propias declaraciones, espías. (...) La colusión (...) era también facilitada por el hecho de que algunos conspiradores y acusados de este proceso eran provocadores, y agentes de la Ojra zarista.

Los conspiradores (...) organizaron en las Repúblicas, territorios y regiones de la U.R.S.S. una tupida red de focos de diversión y sabotaje. Después de haber firmado un acuerdo con los medios fascistas, cuyos términos señalaban que debían abrirse traidoramente nuestros frentes a los ejércitos de estos Estados fascistas durante la guerra, los participantes en el complot de derechistas y trotskistas tenían preparada la ruina de la industria de defensa. (...) Los conspiradores, siguiendo órdenes de los servicios de espionaje fascistas, debían provocar en nuestro país un movimiento de bandolerismo y motines. Sin embargo, al perder toda esperanza de derrocar al régimen soviético por los métodos de espionaje, sabotaje, diversión y organización de sublevaciones de *kulaks*, los conspiradores derechistas y trotskistas, guiados por su cólera y odio hacia la U.R.S.S., pasaron a la preparación y realización de actos terroristas contra los dirigentes del Gobierno y del Partido comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. La infame actividad terrorista de los traidores y conspiradores derechistas y trotskistas no se limitó al asesinato de S. M. Kirov. Como la instrucción puso de manifiesto, A. M. Gorki, V. R. Menjinski y V. V. Kuibychev cayeron víctimas de actos de terrorismo ejecutados por orden del centro unificado del “bloque de derechistas y trotskistas”.

El acta concluye así:

Estos monstruosos crímenes no han sido debidos al azar, ni por parte de los trotskistas ni por la de los derechistas. La instrucción ha probado que, ya en 1918, al concluirse la paz de Brest-Litovsk, Bujarin y su grupo llamado de los “comunistas de izquierda”, al igual que Trotsky y sus seguidores, habían organizado conjuntamente con los socialistas revolucionarios “de izquierda” un complot contra Lenin “para” hacer fracasar la paz de Brest-Litovsk, derrocar el gobierno de los Soviets, arrestar a V. I. Lenin, J. V. Stalin y I. M. Sverdlov, y formar un nuevo gobierno.

La escalada ha terminado. Los hombres que Stalin hace juzgar son ahora acusados hasta por su pasado, ya que los crímenes que se les atribuyen son anteriores a su actividad oposicional. Al acusarlos de haber querido asesinar a Lenin, Stalin intenta dar una base a la afirmación de la propaganda diaria que hace de él el único “compañero de armas” de Lenin. La historia de los bolcheviques deberá escribirse desde este momento teniendo en cuenta la trama de la requisitoria pronunciada por el ex fiscal menchevique. Los partidos comunistas de los países occidentales, obligados a justificar a Moscú ante la opinión pública, asumen una ardua tarea. Ésta es particularmente difícil para el partido francés, que se esfuerza en incorporar a sus filas a socialistas e intelectuales que disponen de todos los medios para tener una visión clara de la historia rusa: su dirección confiará a un historiador profesional el trabajo de explicar que Stalin se ha visto obligado a revisar la historia porque Trotsky es un traidor. En Moscú, los viejos bolcheviques prestarán testimonio contra ellos mismos y contra Trotsky, y sus confesiones serán los documentos básicos para la nueva versión de la historia de la revolución.

Las declaraciones: Trotsky o la conspiración permanente

El esquema según el cual se desarrollan los tres procesos es casi rigurosamente idéntico. En el transcurso de su interrogatorio, los acusados, guiados por el fiscal, confirman las declaraciones y el acta de acusación, y aportan, a veces con complacencia, precisiones y complementos.

Zinoviev y Kamenev proclaman su culpabilidad

Las declaraciones de los principales acusados constituyen el fundamento del acta de acusación.

ZINOVIEV: Estábamos llenos de odio contra el Comité central del Partido y contra Stalin. Estábamos convencidos de que era necesario a cualquier precio que los dirigentes fueran sustituidos, y sustituidos por nosotros de acuerdo con Trotsky.

KAMENEV: El complot terrorista fue organizado y dirigido por mí, por Zinoviev y por Trotsky (...). Quedaban dos alternativas: o liquidar honesta y completamente la lucha contra el partido, o continuarla, pero sin utilizar el menor apoyo de las masas, sin plataforma política, sin bandera, es decir, por medio del terror individual. Escogimos el segundo camino. Lo que nos condujo hasta aquí era un odio sin límites contra la dirección del partido y del país.

El fiscal ayuda a Kamenev a precisar sus móviles:

VYCHINSKI: ...¿Los únicos motivos que le movieron a actuar fueron la bajeza y la sed de poder personal?

KAMENEV: Sí, la sed de poder de nuestro grupo.

VYCHINSKI: ¿No le parece a usted que esto no tiene nada que ver con los ideales sociales?

KAMENEV: Existe el mismo parecido que entre la revolución y la contrarrevolución.

VYCHINSKI: ¿Está usted a favor de la contrarrevolución?

KAMENEV: Sí.

Otros acusados confiesan haber contribuido a asegurar la conexión con Trotsky: Smirnov declara haber establecido contacto con Sedov en Berlín, en mayo de 1931; en otoño le sucedió Dreitser,

entrevistándose con el hijo de Trotsky en un café. En 1932, Goltzman se entrevistó asimismo con Sedov y, a instancias suyas, se trasladó a Copenhague para encontrarse con Trotsky, habiendo concertado la cita con Sedov en el hotel Bristol. Un testigo, el periodista de Tass, Romm, declara asimismo haber servido de intermediario después de un encuentro con Trotsky en el Bois de Boulogne de París, a fines de julio de 1933.

Piatakov y las relaciones de Trotsky con los nazis

Durante el segundo proceso Iuri Piatakov dará los detalles esenciales sobre la relación de los conspiradores con Trotsky y de éste último con los dirigentes hitlerianos.

PIATAKOV: En 1931, estaba en Berlín cumpliendo una misión de servicio. Varios trotskistas estaban conmigo, entre ellos Smirnov y Loguinov. También me acompañaban Moskalev y Chestov. A mediados del verano, Iván Nikitich Smirnov me informó en aquel momento se volvía a iniciar con nuevo empuje la lucha trotskista contra el gobierno soviético y la dirección del Partido; que él, Smirnov, había tenido una cita en Berlín con el hijo de Trotsky, Sedov, quien le había dado, por encargo de su padre, nuevas directrices, según las cuales era necesario renunciar a los métodos de lucha de masas; que el método esencial de lucha era el terrorismo.

(...) Smirnov ha declarado que una de las causas de la derrota de la oposición trotskista en 1926-1927 fue que nos habíamos limitado a un solo país, que no habíamos buscado el apoyo del exterior. Sobre este asunto, me informó que Sedov tenía grandes deseos de verme, y él mismo me recomendó encontrarme con Sedov en su nombre, dado que Trotsky le había encargado una misión especial para mí.

Acepté esta entrevista. Smirnov comunicó a Sedov mi teléfono, y por este procedimiento nos pusimos de acuerdo sobre la entrevista. El sitio elegido era el café “Am Zoo”, no lejos del parque zoológico, en la plaza. Fui allí y vi a Lev Sedov sentado a una mesa. Ya de antiguo nos conocíamos bien. Me dijo que no me hablaba en su nombre sino en el de su padre, Trotsky; que Trotsky, al enterarse de que yo estaba en Berlín, le había pedido insistentemente que fuera a mi encuentro, me viera personalmente y hablara conmigo.

Piatakov relata seguidamente cómo tuvo conversaciones con Sedov sobre sabotaje y terrorismo, y el medio de hacer financiar sus actividades por empresas alemanas. Las instrucciones que le dio Sedov fueron confirmadas por cartas de Trotsky, y las llevó a la práctica, juntamente con los demás miembros del Centro paralelo. Después, a requerimiento de Vychinski, explica cómo se había encontrado con Trotsky.

VYCHINSKI (a Piatakov): Exponga en qué circunstancias se marchó al extranjero. ¿Cuál era el motivo oficial de este viaje y qué ocurrió extraoficialmente?

PIATAKOV: Ya he dicho que a finales de 1935, en una conversación que sostuve con Radek, se planteó la cuestión de la necesidad de entrevistarse con Trotsky por el procedimiento que fuese. Como ese año yo estaba encargado de una misión de servicio en Berlín que me ocuparía algunos días, se decidió que haría lo posible para ver a Trotsky; entonces Radek me recomendó dirigirme, en Berlín, a Bujartsev, que estaba en contacto con Trotsky, a fin de que me ayudara a organizar esta entrevista. Me trasladé a Berlín y me entrevisté con Bujartsev.

VYCHINSKI: ¿Cuándo sucedía esto, más o menos?

PIATAKOV: Era el 10 de diciembre. En la primera quincena de diciembre, este mismo día o al siguiente, encontré a Bujartsev que, aprovechando un momento oportuno en que no había nadie, me dijo que se había enterado de mi llegada, y que hacía algunos días se lo había comunicado a Trotsky, cuya opinión sobre el asunto esperaba aún. Al día siguiente, Trotsky mandó un enviado, con el que Bujartsev me puso en contacto, literalmente durante dos minutos, en una de las avenidas del Tiergarten. Me entregó una corta nota de Trotsky, que contenía sólo unas pocas palabras: “Y L., puede Vd. fiarse perfectamente del portador de esta nota.” La palabra “perfectamente” estaba subrayada, por lo que comprendí que el hombre que venía de parte de Trotsky era de confianza. Ignoraba su auténtico nombre; se hacía llamar, aunque ahora no puedo precisarlo, Henri, o quizá Gustave, me parece que era Gustave, algo así como un apodo, o quizá Henri; me dijo que Lev Davydovich le había encargado que organizase mi encuentro y mi visita a Trotsky, dado que Trotsky tenía mucho interés en sostener una conversación conmigo. (...)

Me preguntó si estaba dispuesto a hacer el viaje en avión. Le dije que sí, aunque sabía que esta operación era muy arriesgada. (...)

Al día siguiente, muy de mañana, me fui a la entrada del aeropuerto; allí estaba y me invitó a seguirle; en primer lugar, me enseñó el pasaporte que se había preparado para mí. Era un pasaporte alemán. Él se había ocupado de todas las formalidades aduaneras, de manera que yo sólo tuve que firmar.

Subimos al avión y nos fuimos; a las tres horas aproximadamente, bajamos, sin haber hecho escala, en el aeropuerto de Oslo. Nos esperaba un coche; subimos y arrancamos. El trayecto duró probablemente unos treinta minutos, y llegamos hasta las afueras. Bajamos

del coche y entramos en una casa pequeña, bastante bien amueblada, donde se encontraba Trotsky a quien no había visto desde 1928. Allí tuvo lugar nuestra entrevista.

VYCHINSKI: ¿Asistió alguien más a esta entrevista?

PIATAKOV: Absolutamente nadie, ya que, tanto por su parte como por la mía, se habían mantenido estrictas medidas de seguridad, hasta tal punto que el que me había llevado hasta la puerta no entró. Allí no hubo nadie aparte de nosotros.

VYCHINSKI: ¿Cuánto tiempo duró la entrevista?

PIATAKOV: Unas dos horas.

VYCHINSKI: Dígame qué temas se abordaron en la entrevista.

PIATAKOV: Comencé por informarle. Le conté lo que había realizado hasta el momento el centro trotskista-zinovievista. Por aquellas fechas Trotsky ya había recibido una carta de Radek y estaba muy excitado. En el transcurso de la conversación, me interrumpía, lanzaba toda clase de palabras y réplicas virulentas contra el espíritu de conciliación, contra la incomprensión del actual estado de cosas, con frases de este tipo: “Vivís a la manera antigua” y otras similares. Manifestaba síntomas de descontento.

Cuando pasamos a tratar del sabotaje, lanzó una filípica, llena de hiriente sarcasmo, por ejemplo: “No podéis desprenderos del ombligo stalinista, confundís la edificación stalinista con la edificación socialista”.

Entonces, muy violentamente, quizá por primera vez, formuló de manera clara y precisa su punto de vista sobre el sabotaje. Quizás ésta era la causa de que prodigara palabras desagradables. Declaró que era imposible edificar el socialismo en un solo país, y que el hundimiento del Estado stalinista era algo completamente inevitable. Por una parte, el capitalismo se reponía de la crisis, empezaba a fortalecerse, y naturalmente no podría tolerar por más tiempo la consolidación progresiva de la capacidad defensiva del Estado soviético, y sobre todo de su industria de guerra. Los conflictos militares serían inevitables; y si manteníamos una actitud pasiva a este respecto, la ruina del Estado stalinista arrastraría consigo a todos los cuadros trotskistas. Por este motivo, creía que el método de sabotaje no era simplemente un procedimiento de lucha aguda, que se puede aplicar o dejar de aplicar, sino una cosa absolutamente inevitable que se desprendía de la misma naturaleza de la situación. Se trataba de saber qué posición debían ocupar los cuadros trotskistas: ¿debían ligar su suerte a la del Estado stalinista, o pasar a la oposición y organizarse para llevar a cabo otras tareas, para tratar de derrocar al gobierno y preparar la subida al poder de otro gobierno, del gobierno trotskista?

Hasta aquí he repetido lo que me dijo sobre este asunto, que se puede considerar análogo a lo que expuse en la instrucción. En otros tiempos, nosotros, los socialdemócratas, y Struve, y Tugan-Baranovski, considerábamos el desarrollo del capitalismo, en su tiempo, como un fenómeno de progreso, como un hecho positivo. Pero existe una diferencia entre la posición de Struve, la de Tugan-Baranovski y la nuestra. Struve y Tugan-Baranovski recomendaban servir al capitalismo; mientras que para la socialdemocracia se trataba de otra cuestión, teníamos otras tareas: organizar la lucha contra el capitalismo, para preparar a sus enterradores. Y he aquí que hoy debemos ponernos precisamente al servicio del Estado stalinista, no para ayudar a edificar el Estado, sino para convertirnos en los sepultureros de este Estado: ésta es precisamente nuestra tarea.

Seguidamente, dijo que muchos de nosotros, trotskistas, habíamos sido arrastrados hasta aquella situación por la ilusión de que se podrían emplear ciertos métodos de lucha a fin de organizar a las masas. La organización de la lucha de masas era imposible, en primer lugar porque las masas obreras y las masas campesinas, esencialmente, se encontraban en aquellos momentos hipnotizadas por la prodigiosa transformación que se llevaba a cabo en el país, y que ellas consideraban como la edificación del socialismo. Cualquiera que fuera nuestra tentativa en esta dirección, sería una tentativa completamente desesperada; conduciría pronto al hundimiento total, a la liquidación de los cuadros trotskistas, relativamente poco numerosos, con que contábamos en el país. Por esto, se trataba de otra cosa; se trataba la plena aceptación de la palabra, de un golpe de Estado, con todas las consecuencias que pudieran desprenderse, tanto en el terreno de la táctica como en el de los procedimientos de lucha.

Es evidente que, como él había dicho anteriormente, al adoptar esta postura no podíamos renunciar a los procedimientos inherentes a su apreciación de la situación general y de la orientación general, procedimientos que debían permitir resolver del modo más efectivo este problema, es decir el de derrocar mediante un golpe de Estado al gobierno existente e instaurar otro gobierno. Insistió sobre este tema en varias ocasiones. Yo sólo puedo referir lo esencial de la conversación, pues en estos momentos me es muy difícil exponerla con exactitud estenográfica. Insistió varias veces sobre este tema, diciendo: diferís demasiado las cosas, no se nos han concedido muchos plazos; se trata de plazos relativamente cortos; si sobrepasamos estos plazos, si dejamos escapar el momento, se planteará, por una parte, el problema de la liquidación total del trotskismo en el país, y por otra la persistencia de la monstruosa existencia, así dijo, durante decenas de años, del

Estado stalinista, que se apoya en ciertas realizaciones económicas y sobre todo en los nuevos cuadros jóvenes, que han crecido y se han educado en la idea de que este Estado es una cosa que funciona por sí misma, un Estado soviético socialista, y que nunca han soñado con otro Estado y no pueden imaginárselo; nuestra tarea consiste, pues, en oponernos nosotros mismos a este Estado.

Tal es la filosofía de Trotsky.

VYCHINSKI: ¿Y la práctica?

PIATAKOV: Ambas están estrechamente unidas. Trotsky decía que la guerra estaba próxima; que sabía perfectamente que la cuestión no se resolvería en cinco años, sino en un breve espacio de tiempo. Entonces me dijo que ocurriría en el año 1937; era evidente que él no se había inventado esta información. Por todo ello, los cuadros de saboteadores y de agentes de diversión no tenían que prepararse de una manera general, sino para trazar una línea de demarcación entre el Estado stalinista y la organización trotskista, para poder decir, llegada la ocasión: nosotros no somos el Estado soviético, ésta debe ser nuestra primera tarea; la otra -más práctica- debe consistir en formar cuadros para una guerra eventual, es decir, preparar agentes de diversión y de destrucción, auxiliares para la ofensiva fascista contra la Unión Soviética.

VYCHINSKI: ¿Era ésta la parte práctica?

PIATAKOV: En realidad, ambas son prácticas: sólo que la segunda parte es más infame. Sobre este tema, desarrolló dos nuevas variantes.

Esta vez me habló de un modo más concreto y abierto, ya que no se trataba de un documento escrito, sino de una exposición oral. Precisamente por este motivo me habló más abiertamente; sin embargo, me previno de que no juzgaba útil ni posible hacer público lo que iba a decirme, y ni siquiera comunicarlo a los medios trotskistas más o menos amplios; a su modo de ver, sólo, había que iniciar a un grupo de personas lo más restringido posible. Por otra parte, esto era evidente porque, como se verá con toda claridad por lo que voy a exponer, se trataba de una alta traición no disimulada.

VYCHINSKI: ¿De qué modo se manifestaba esto?

PIATAKOV: Voy a relatarlo. Quien conoce a Trotsky sabe que se complace en repetir ciertas frases que le encanta redondear. Me dijo: “¿se acuerda de nuestra discusión sobre la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país?: está perfectamente claro que en estas discusiones éramos nosotros los que teníamos razón, y no Stalin.”

En cuanto a la situación internacional, se trataba, en gran de liquidar el movimiento revolucionario proletario y triunfar el fascismo. En aquellos momentos las fuerzas reales estaban constituidas en primer lugar por los fascistas, y si teníamos la intención de llegar al poder, de todos modos tendríamos que entablar relaciones, de un modo u otro, con estas fuerzas, mantener estas relaciones y asegurarnos la actitud favorable de los demás países, llegado el caso de que consiguiéramos hacernos con el poder sin la guerra, y sobre todo en caso de guerra o de derrota de la U.R.S.S., cosa que Trotsky consideraba como segura. Después de esto, me declaró que estaba al corriente de las conversaciones que mantenían Radek y Sokolnikov. Trotsky se mostró descontento de que su actividad fuese insuficiente, de que hubiesen dado pruebas de excesiva prudencia; me comunicó las tareas que había emprendido especialmente.

VYCHINSKI: ¿De qué conversaciones habla usted? ¿Con quién?

PIATAKOV: Me refiero a las conversaciones que Radek y Sokolnikov sostuvieron con personalidades representantes de ciertos Estados extranjeros, de los cuales me ha prohibido hablar el ciudadano Presidente.

VYCHINSKI: ¿Respecto a estas conversaciones?

PIATAKOV: Sí. Por su parte, Trotsky me dijo: es evidente que por ahí discutís demasiado toda clase de cuestiones internacionales-, en verdad, haríais mejor en ocuparos de los asuntos que van mal en nuestro país -se refería a los actos de terrorismo, sabotaje y diversión-. En cuanto a los asuntos internacionales, comprendo su alcance y haré más que todos vosotros en este sentido y me contó... no sé, no puedo garantizar que se me haya contado todo lo que había hecho, puedo sólo decir lo que él me dijo.

VYCHINSKI: ¿Le dijo a usted que hablaban y discutían mucho, en lugar de ocuparse prácticamente de actos de diversión y sabotaje?

PIATAKOV: Y de terrorismo...

VYCHINSKI: Así, pues, ¿trataron una vez más específicamente de la necesidad de que se ocuparan de esta actividad?

PIATAKOV: No se discutió especialmente este asunto; pero la conversación estuvo llena de toda clase de manifestaciones de descontento; y soltaba palabras e improperios que dejaban entender que, en este sentido, en lo referente a la actividad terrorista de sabotaje y diversión, no habíamos hecho gran cosa; esto me lo dijo en respuesta a mi información sobre lo que se hacía en nuestro país.

VYCHINSKI: Después de decir que se habían hecho pocas cosas, ¿de qué más habló?

PIATAKOV: En el plano internacional, Trotsky planteaba con una agudeza particular la cuestión relativa a la preparación de cuadros de activistas. Nos reprochaba el no ocuparnos con suficiente energía de actos de diversión, de sabotaje y terrorismo.

Dijo haberse puesto de acuerdo, de un modo muy preciso, con el gobierno fascista alemán y el gobierno japonés, en cuanto a su actitud favorable en caso de que el bloque trotskista-zinovievista llegase al poder. Luego hizo la reserva de que, evidentemente, esta actitud favorable no era producto de un amor especial por parte de estos gobiernos hacia el bloque trotskista-zinovievista. Era simplemente producto de los intereses reales de los gobiernos fascistas y de lo que habíamos prometido hacer por ellos, en caso de acceder al poder.

VYCHINSKI: ¿Y qué había prometido?

PIATAKOV: Ante todo, debo dar aquí una pequeña explicación. Trotsky declaró sin ambages que, bajo este ángulo -el de las negociaciones que llevaba a cabo y de los resultados que ya había conseguido-, lo más importante era aumentar las fuerzas activas concretas, reales. Me dijo entonces que desde hacía tiempo estaba en contacto con el vicepresidente del partido nacionalista alemán, Hess. En verdad, no puedo determinar si existía un acuerdo firmado por él o si se trataba simplemente de acuerdo verbal; Trotsky me hablaba de todo esto como de un acuerdo existente que, en verdad, aún debía establecerse oficialmente, por mediación de algunas otras personas de las que hablaré en la audiencia a puerta cerrada.

¿A qué se refería propiamente este acuerdo, para decirlo brevemente? Primer punto: los fascistas alemanes prometían al bloque trotskista-zinovievista una actitud favorable y su apoyo en caso de que el bloque ocupara el poder, tanto en tiempo de guerra como antes de ella. A cambio de eso, los fascistas recibirían la siguiente compensación: una actitud general favorable a los intereses alemanes y al gobierno alemán en todas las cuestiones de política internacional; se concretaban asimismo algunas concesiones territoriales, que deberían llevarse a cabo; se trataba, en particular, de concesiones territoriales bajo una forma velada, a saber, la “no resistencia a las fuerzas nacionales burguesas ucranianas, en caso de su autodeterminación”.

VYCHINSKI: ¿Qué quiere decir esto?

PIATAKOV: Quiere decir, implícitamente, lo que ya ha señalado aquí Radek: que, si los alemanes instalaban un gobierno ucraniano -gobernando no por medio de un gobernador general alemán, sino quizá por medio de un atamán-, serían ellos los que

“autodeterminarían” Ucrania, y el bloque trotskista-zinovievista no se opondría a ello. En el fondo, se trataba del inicio de la desmembración de la U.R.S.S.

El siguiente punto del acuerdo se refería a la forma en que el capital alemán tendría la posibilidad de explotar en la U.R.S.S. las fuentes de materias primas que necesita. Se trataba de la explotación de minas de oro, de petróleo, de manganeso, de los bosques, de la apatita, etc.

En una palabra, se había decidido, en principio, entre Trotsky y Hess, que el capital alemán sería admitido y recibiría la ayuda económica necesaria; pero que las formas concretas de esta participación serían, evidentemente, objeto de un estudio complementario.

El último punto que recuerdo trataba de las concesiones; sí, creo que era esto.

VYCHINSKI: ¿Y lo Concerniente a los actos de diversión, en caso de guerra?

PIATAKOV: Es el último punto. Lo recuerdo muy bien. Y, en fin, el punto más penoso, el que, de modo general, muestra a las claras nuestra fisonomía, sin disfraz, fue formulado igualmente al realizarse el acuerdo entre Trotsky y Hess. En realidad, hoy no puedo afirmar si entraba o no en los términos del acuerdo citado -era, desde luego, un acuerdo especial, aparte, pero el punto entraba, sin duda, en la concepción general del acuerdo, puesto que Hess y Trotsky habían discutido los temas de la guerra y de un golpe de Estado militar, el acceso al poder, es decir, la derrota de la U.R.S.S., mas era evidente que Hess había planteado la cuestión: vosotros dirigís la lucha allí, pero nosotros, en cualquier circunstancia, representamos a una fuerza mucho más organizada y mejor armada. La cosa está clara: en tanto que se trata de un acuerdo, debe haber entendimiento en todos los sentidos. En caso de agresión militar, hay que coordinar las fuerzas de zapa de la organización trotskista, que actuarán en el interior del país, y las fuerzas exteriores, que actuarán bajo la dirección del fascismo alemán. El trabajo de diversión y sabotaje que realiza en la U.R.S.S. la organización trotskista-zinovievista, debe hacerse siguiendo las indicaciones de Trotsky, las cuales deben concertarse con el estado mayor general alemán.

Hacia el final de la entrevista se trató el siguiente tema: con la ayuda de tales o cuales fuerzas exteriores, el bloque trotskista-zinovievista accede al poder, y somos nosotros, por ejemplo, quienes ocupamos el poder. Entonces se plantearía el problema de las concesiones previstas, más algunas otras que también se habían examinado, junto a la necesidad de apaciguar de alguna manera las fuerzas que habríamos movilizadas para llevar a cabo la

lucha contra Stalin, es decir, las fuerzas hostiles. Se trata de las fuerzas hostiles, de la clase formada por los *kulaks*. Teniendo en cuenta esto, y por consideraciones de orden interno, sería necesario operar un notable retroceso, aparte de las concesiones exteriores. Radek tuvo razón al hablar de un cierto retroceso en la ciudad y en el campo, como la autorización del comercio capitalista, etc. En suma, Trotsky planteaba la cuestión de tal manera que se trataba de un retroceso muy serio; dijo exactamente: tú y Radek estáis aún bajo la influencia de las viejas ideas de 1925-1926 y no veis que, en el fondo, la llegada al poder significaría un fuerte retroceso hacia el capitalismo. A este respecto, Trotsky decía que, en el fondo, nuestro programa se confundía con el de los derechistas, en la medida en que ellos habían aceptado el programa de actos de diversión y de sabotaje y consideraban que había que retroceder hacia el capitalismo. Trotsky manifestó gran satisfacción cuando le conté las entrevistas que Sokolnikov, y más tarde yo mismo, habíamos sostenido con Tomski, y los contactos que teníamos Radek y yo con Bujarin. Dijo que esto no era sólo una medida táctica es decir, la unión en la lucha contra un único y mismo enemigo, sino que se trataba de una unión con cierta importancia en el terreno de los principios.

VYCHINSKI: Entonces, ¿qué novedades había en lo que dijo Trotsky en 1935, en comparación con lo que le había dicho antes y que les servía de inspiración en su actividad criminal?

PIATAKOV: La novedad, si usted quiere, fue formulada de una manera bastante clara: la organización trotskista se transformaba, en el fondo, en apéndice del fascismo.

Karl Radek y el programa de los trotskistas

Las declaraciones de Radek, en el mismo proceso, son más políticas. A diferencia de Piatakov, se remonta a la época en que era uno de los dirigentes de la oposición de izquierda.

VYCHINSKI: Cuéntenos brevemente su actividad trotskista pasada.

RADEK: En 1923, durante la lucha en el seno del partido, me adherí a la oposición trotskista; formé parte de esta oposición y de su dirección hasta que fui deportado en enero de 1928. Una vez deportado, me mantuve en la oposición trotskista hasta que hice mi declaración al Comité central del partido comunista de la U.R.S.S., en julio de 1929. Durante todo este tiempo pertenecía al centro político de la organización trotskista.

VYCHINSKI: ¿Qué motivó su declaración?

RADEK: Mi declaración fue motivada, en primer lugar, por la convicción que se creó en mí cuando mi deportación, durante la cual pude meditar respecto a todo el pasado y los

errores de la plataforma general del programa de Trotsky. En lo relativo a las bases de principio del trotskismo sobre la imposibilidad de edificar el socialismo en un solo país, abandoné desde entonces estas posiciones.

La segunda razón que me indujo a declarar fue la convicción de que la acusación lanzada contra el Comité central del Partido de conducir el país hacia un Thermidor no tenía fundamento, y que el programa del plan quinquenal significaba un gran paso hacia adelante.

Pero debo decir que continuaba estando en desacuerdo con el Partido, sobre todo respecto a las cuestiones relativas a la democracia interna; cuando volví de nuevo al Partido, ya no me planteé, provisionalmente, estas cuestiones, aunque me parecía que no se habían resuelto en el curso de los acontecimientos. Estaba convencido de que, en el futuro, el desarrollo del plan quinquenal llevaría consigo un aumento de la democracia interna del Partido, impulsada de buen grado por la voluntad de la dirección, o, en caso contrario, conduciría a la ruptura del Partido.

Así, al hacer un balance de mi vuelta al seno del Partido, debo reconocer que, dado que mi regreso no se basaba en la plena concordancia de mis concepciones con las de la dirección, encerraba elementos de reticencia, de duplicidad, a pesar de que al reingresar en el Partido no tenía la intención de combatirlo.

VYCHINSKI: En consecuencia, ¿volvió usted al partido, manteniendo parte de sus antiguas convicciones trotskistas? ¿Y no lo dijo?

RADEK: No. En la declaración firmada por mí, por Smilga y Preobrajenski aludíamos a esto. La dirección del Partido nos o entonces y nos indicó estas alusiones. Tienen ustedes aquí pequeñas ligaduras y, de no cortarlas, permanecerán atados a ellas. Se nos dijo literalmente esto. Para precisar, debo decir que estos vestigios subsistían, pero yo volvía sin intención de luchar contra el Partido.

VYCHINSKI: ¿Hasta cuándo continuó esto así?

RADEK: Al volver, cometí un error, que fue la base de todo lo que siguió. Una corriente de una suma de concepciones implica una serie de relaciones humanas, y no se puede romper con una corriente sin romper con los hombres junto a los cuales se ha combatido para lograr fines hostiles al Partido.

Durante el período en que pertencí al bloque trotskista, había entablado relaciones muy estrechas con un gran número de participantes en esta lucha; algunas de ellas se remontaban a un período mucho más antiguo, pero entonces se fortalecieron. Por ejemplo, mis relaciones con el acusado Piatakov. Después de nuestra vuelta al Partido, mantuvimos

nuestras relaciones, sin ocultarlo a nadie; nunca las he negado; al contrario, íbamos constantemente uno a casa del otro y esto se transformó en una dificultad imprevista, pues gran número de trotskistas ingresados en el Partido trabajaban en los principales sectores y en las distintas regiones del país, en el momento en que la lucha por el plan quinquenal se había agravado y tomado -en ciertas partes del país- un carácter de conflicto agudo con los *kulaks* y con los elementos del campesinado que actuaban guiados por ellos; entonces me empezaron a llegar informes muy pesimistas, procedentes de mis antiguos compañeros de lucha, informes que repercutieron de un modo nefasto sobre mi apreciación de la situación del país.

VYCHINSKI: ¿En qué año era esto?

RADEK: Era en 1930, 1931. Y todos estos pecados, que habrían justificado mi procesamiento aunque no me hubiese adherido al bloque, contribuyeron a que, debido a las conversaciones sostenidas y al conocimiento que tenía de sus dudas -que ya eran más que dudas- no juzgase posible informar de ello a la dirección del Partido. Así, si me preguntan sobre mi responsabilidad, por ejemplo, en el asesinato de Serge Mironovich Kirov, debo decir que esta responsabilidad no empieza en el momento en que pasé a formar parte de la dirección del bloque, sino en el momento en que, en 1930, un hombre personalmente próximo a mí, Safarov, intentó convencerme, con cara compungido, de que el país caminaba hacia su perdición. Y no dije nada; ¿cuáles fueron las consecuencias? Safarov estaba ligado a Kotolynov; si yo hubiese dicho al Partido el estado de ánimo en que se hallaba Safarov, el Partido hubiera podido localizar al grupo de ex dirigentes de las juventudes comunistas de Leningrado, que más tarde se convirtieron en los instigadores del asesinato de Kirov. Afirmando, pues, que mi responsabilidad no se remonta sólo al momento en que me adherí al bloque, sino que este crimen tiene sus raíces en las concepciones trotskistas de las que no había podido librarme del todo y con las cuales volví al Partido; tiene sus raíces en las relaciones que conservé con los cuadros trotskistas-zinovievistas.

VYCHINSKI: ¿Con qué trotskistas guardó relaciones?

RADEK: Era amigo de Mrachkovski; una vieja amistad me ligaba a I. N. Smirnov; estaba ligado a Dreister y a su ayudante más cercano, Gaievski, sin hablar de mis viejos amigos personales: Piatakov, Preobrajenski, Smilga, Serebriakov. A los que más unido estaba era a los que, entre nosotros, en el centro trotskista, llamábamos -en el período 1924-1927- el “segundo piso”.

VYCHINSKI: ¿Era en 1930, 1931?

RADEK: Sí, era en 1930 y 1931. Yo veía la situación de la siguiente manera: las conquistas del plan quinquenal son enormes, se ha dado un paso muy serio hacia la industrialización, los koljoz son ya, en cierta medida, una realidad; pero, al mismo tiempo, basándome en las informaciones de que disponía y en la apreciación de la situación que había recibido a través de los economistas que me eran próximos -voy a citar a Smilga y Preobrajenski- consideraba que la ofensiva económica se llevaba a cabo en un frente excesivamente amplio, que las fuerzas materiales de que se disponía: número de tractores, etc., no permitirían una colectivización general; que si no se frenaba esta ofensiva general, sucedería lo que definíamos con una frase de moda: “esto acabará como la marcha sobre Varsovia”: la industrialización, emprendida a un ritmo rápido, no daría resultados, y ocasionaría enormes gastos.

Ya en aquella época, 1931, creía que era necesario frenar la ofensiva, que era necesario concentrar los recursos sobre determinados sectores del frente económico. En una palabra, no estaba de acuerdo en la cuestión fundamental, es decir, en la continuación de la lucha para la realización del plan quinquenal. Si hay que dar a este desacuerdo una caracterización social, es evidente que la táctica que yo consideraba justa era la mejor táctica comunista. Pero si se me pide la explicación social de semejante fenómeno, debo decir que, por ironía de la historia, sobreestimaba la fuerza de resistencia y la capacidad de los *kulaks*, e incluso de los campesinos medios, para llevar a cabo una política independiente; tuve miedo de las dificultades, reflejando así la existencia de fuerzas hostiles al proletariado.

Fue entonces cuando, en este terreno, se me planteó de cara el problema de la democracia interna en el partido. La gente sólo discute acerca de la democracia cuando no está de acuerdo sobre los puntos esenciales; es cuando se está en desacuerdo cuando se siente la necesidad de una democracia amplia, esto se entiende perfectamente.

Radek explica que fue una carta de Trotsky lo que provocó su vuelta a la actividad trotskista a través del terrorismo.

RADEK: Sí, en febrero de 1932 recibí una carta de Trotsky.

VYCHINSKI: ¿Qué le escribía, pues, Trotsky?

RADEK: Trotsky me informaba de que, basándose en las noticias de que disponía, había llegado a la conclusión de que yo me había convencido de que él tenía razón; que si no se llevaban a cabo las reivindicaciones trotskistas, la política terminaría en un callejón sin

salida. Más adelante, Trotsky escribía que, conociéndome como a un hombre activo, estaba convencido de que reemprendería la lucha.

VYCHINSKI: Así, pues, Trotsky le impulsaba a la lucha?

RADEK: La carta de Trotsky acababa más o menos así: “Debes tener en cuenta la experiencia del período anterior y comprender que para ti no se trata de una vuelta al pasado: que la lucha ha entrado en una nueva fase y que el elemento nuevo en esta fase consiste en que, o bien seremos aniquilados al mismo tiempo que la Unión Soviética, o bien, en caso contrario, hay que considerar la supresión de la dirección.” No utilizaba la palabra terrorismo, pero cuando leí “supresión de la dirección” comprendí claramente en qué pensaba Trotsky.

VYCHINSKI: ¿Contestó usted la carta?

RADEK: No.

VYCHINSKI: ¿Cómo acogió usted esta carta?

RADEK: Trotsky anunciaba que no sólo los trotskistas, sino también los zinovievistas, estaban resueltos a reemprender la lucha, y que se habían establecido contactos con vistas a una unificación. No contesté, porque creí conveniente meditar la cosa a fondo. Hacia finales de septiembre, o en octubre de 1932, decidí reemprender el camino de la lucha.

VYCHINSKI: Está claro que lo meditó; ¿le aconsejó alguien?

RADEK: No me aconsejó nadie.

VYCHINSKI: ¿Qué hizo usted en concreto en relación con su decisión de reemprender la lucha?

RADEK: Sabía perfectamente que los dirigentes de la organización también esperaban y que darían algunos pasos; que Trotsky les había hecho saber que me había escrito, y yo esperaba un encuentro. Naturalmente, suponía que vendría a verme Iván Nikitich Smirnov, o bien Serguei Vitalievich Mrachkovski.

VYCHINSKI: ¿Fueron a su encuentro?

RADEK: Sabía que uno de los dos vendría; vinieron y recibieron mi respuesta afirmativa.

VYCHINSKI: ¿Qué pasó entonces?

RADEK: Tuve una conversación con Mrachkovski, a quien pregunté dónde querían actuar y de qué forma. Estábamos a fines de octubre o a principios de noviembre de 1932.

VYCHINSKI: ¿Hizo usted preguntas a Mrachkovski y él a usted?

RADEK: Me preguntó: “¿Has recibido una carta del Viejo?”

VYCHINSKI: ¿Quién es el Viejo?

RADEK: Se refería a Trotsky. “¿Qué has decidido?” Le contesté: “Si no hubieras supuesto lo que he decidido, no me habrías hecho esta pregunta. He decidido unirme a vosotros”. Yo le pregunté, a mi vez, cómo concebían la lucha y en qué punto se hallaba su acercamiento con los zinovievistas.

VYCHINSKI: ¿Qué le contestó Mrachkovski?

RADEK: Me contestó de forma muy precisa que la lucha había entrado en la fase terrorista y que, para llevar a cabo esta táctica, nos habíamos unido a los zinovievistas e íbamos a iniciar el trabajo de preparación.

RADEK: Es evidente que, desde el instante en que la nueva posición era el terrorismo, el trabajo de preparación debía consistir en reunir y formar cuadros terroristas. Más tarde Mrachkovski me dijo que la lucha debía ser muy aguda y los sacrificios enormes, y que deseaban reservar algunos cuadros para el caso de una derrota, es decir, en caso de detenciones, y me dijo: “Por este motivo no te hemos introducido en el primer centro.”

Radek dice haber recibido cartas de Trotsky con instrucciones precisas.

VYCHINSKI: Acusado Radek, exponga al tribunal el contenido de su correspondencia con Trotsky respecto a las cuestiones, si se pueden llamar así, de política exterior.

EL PRESIDENTE: Debo prevenir al acusado Radek que no está permitido dar nombres de instituciones extranjeras oficiales ni de sus colaboradores en la sesión pública de este Tribunal. RADEK: ¿Y Se puede dar el nombre de los Estados?

EL PRESIDENTE: Repito: no está permitido dar nombres de instituciones extranjeras oficiales, ni de sus colaboradores, ya que se trata de una sesión pública.

RADEK: Recibí tres cartas de Trotsky: en abril de 1934, en diciembre de 1935, y en enero de 1936. En la carta de 1934, Trotsky planteaba la cuestión del siguiente modo: la llegada al poder del fascismo en Alemania cambia radicalmente toda la situación. Significa la guerra como perspectiva próxima, una guerra inevitable, sobre todo teniendo en cuenta que al mismo tiempo se está agravando la situación en Extremo Oriente. Trotsky no dudaba de que esta guerra acabaría con la derrota de la Unión Soviética. Esta derrota, escribía, creará unas condiciones reales para el acceso del bloque al poder. De ello sacaba la conclusión de que el bloque tenía interés en agravar los conflictos. Reprochó a Sokolnikov el comprometernos de un modo excesivamente personal en la lucha por la paz, pero dijo que, si estábamos obligados a ello, no había nada que hacer. Pero no se explicaba por qué Sokolnikov, en su entrevista con un representante de una potencia de Extremo Oriente, no

había dado una respuesta suficientemente clara, mostrando así su solidaridad con las gestiones realizadas por Trotsky con esta potencia. Trotsky indicaba en esta carta que había realizado un contacto con cierto Estado de Extremo Oriente y con cierto Estado de Europa central, y que había dicho abiertamente a los círculos oficiosos de estos Estados que el bloque era partidario de una transacción con ellos, y que estaba dispuesto a hacer importantes concesiones de orden económico y territorial; en su carta exigía que utilizásemos, en Moscú, la posibilidad de confirmar a los representantes de los Estados correspondientes nuestro acuerdo con las gestiones de Trotsky. Comunicqué el contenido de la carta a Piatakov y le pregunté si él, Piatakov, estaba al corriente de la entrevista sostenida por Sokolnikov con los diplomáticos de Extremo Oriente y que había provocado el descontento de Trotsky. Piatakov me respondió que no sabía nada.

VYCHINSKI: ¿Qué fue, entonces, lo que provocó el descontento de Trotsky en relación con esta entrevista?

RADEK: La carta daba a entender que yo conocía la instrucción de Kamenev. Personalmente, comprendí que, de modo visible, Sokolnikov se limitaba a confirmar el mandato, y pensé que Piatakov sabía en concreto más cosas sobre el asunto. Aquí hay una pequeña divergencia con Sokolnikov. En todo caso, en julio de 1934, Sokolnikov vino a visitarme a la redacción de "Izvestia" y me informó de lo tratado en la conversación que había tenido lugar entre él y M... Sokolnikov me dijo: "Figúrese usted que llevo a cabo negociaciones oficiales en nombre del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. Al acabar la salida, cuando hubieron salido los intérpretes, el representante oficial de un Estado extranjero, M..., se puso ante mí y me preguntó si estaba al corriente de las propuestas que Trotsky había hecho a su gobierno. Respondí -continuó Sokolnikov- que estaba al corriente; que estas propuestas eran serias, y que tanto mis partidarios como yo estábamos de acuerdo sobre este asunto." Sokolnikov me dijo también que Kamenev le había prevenido, con anterioridad, sobre la posibilidad de que representantes de una potencia extranjera se dirigieran a él o a mí; que en aquel momento, por lo que recuerdo, esto era en cierto modo lo que aconsejaba Trotsky a propósito de la situación en Extremo Oriente. Entonces, Sokolnikov, que, en general, era muy discreto -y dado que sólo manteníamos una relación personal, se mostraba aún más reservado conmigo-, manifestó gran nerviosismo y me dijo: "¿Cómo imagina Trotsky que están las cosas? ¿Cómo puedo yo, comisario del Pueblo adjunto de Asuntos Exteriores, realizar este tipo de conversaciones? Es una situación totalmente imposible". No recuerdo exactamente los términos que empleó, pero desaprobaba en gran manera estos consejos. Le contesté: "No

se ponga nervioso. Aparentemente Trotsky no comprende esta situación.” De todos modos, Piatakov y yo llegamos a la conclusión de que no podíamos hacer otra cosa que refrendar el mandato de llevar a cabo las negociaciones. No podíamos realizar aquí las negociaciones, en primer lugar, porque teníamos que hacerlo a través de terceras personas; en segundo lugar, porque ignorábamos qué había dicho Trotsky exactamente; y por último, porque no creíamos que fuera prudente conducir las negociaciones sujetos a la vigilancia de los organismos del Comisariado del Pueblo del Interior. Consideramos estas condiciones desfavorables para las negociaciones, y decidimos que yo se lo escribiría a Trotsky.

Siguiendo esta línea llegó a aceptar el entrar en contacto con un agente alemán:

RADEK: En otoño de 1934, durante una recepción diplomática, el representante de una potencia centroeuropea, a quien conocía, se sentó junto a mí y entabló conversación. Comenzó a hablar de un modo nada convencional (hablaba en alemán): “Esto me da asco. Cada día se reciben periódicos alemanes que os tratan muy duramente; se reciben los periódicos soviéticos, en los que arrastráis a Alemania por el barro. ¿Qué hacer, en general, en semejante situación?” Y prosiguió: “Nuestros dirigentes (en realidad fue más concreto) saben que el señor Trotsky intenta un acercamiento con Alemania. Nuestro jefe pregunta: ¿Qué significa esta idea del señor Trotsky? ¿Quizá es la idea de un emigrado en una noche de insomnio? ¿Quién está detrás de estas ideas?” Estaba claro que se me interrogaba sobre la actitud del bloque. No podía admitir que esto fuera un eco de algún artículo de Trotsky, porque yo leía todo lo que Trotsky escribía, seguía todo lo que publicaba en la prensa americana y en la francesa. Estaba completamente informado de lo que Trotsky escribía, y sabía que en ninguna parte había preconizado en sus artículos la idea de un acercamiento con Alemania. Si este representante decía conocer el punto de vista de Trotsky sobre estas cuestiones, significaba que este representante -que por su situación no era un hombre a quien su jefe hubiera podido hacer confidencias- era, en consecuencia, un representante a quien se había encargado- de interrogarme. Por descontado, las pocas palabras que me había dirigido habían durado aproximadamente unos dos minutos. Las condiciones en que se desarrollan las recepciones diplomáticas no permiten hablar extensamente. Debía tomar una decisión literalmente en un segundo, y darle una contestación; y le dije que las controversias entre ambos países, incluso de sistemas sociales completamente opuestos, eran una cosa estéril, pero que sería un error tener sólo en cuenta estas controversias de periódicos. Le dije que los políticos realistas en la U.R.S.S. comprendían la importancia de

un acercamiento germano-soviético y estaban dispuestos a hacer las concesiones necesarias para este acercamiento. Este representante comprendió que, si le hablaba de políticos realistas, era porque existían en la U.R.S.S. políticos realistas y políticos no realistas: los no realistas formaban parte del gobierno soviético; los realistas, del bloque trotskista-zinovievista. Y el sentido de lo que había dicho estaba claro: si el bloque accedía al poder, haría concesiones para un acercamiento con su gobierno y con el país que representaba. Al contestar así, yo comprendía que estaba cometiendo un acto inadmisibles como ciudadano de la Unión Soviética.

Traidores y conspiradores

El 2 de marzo de 1938, al iniciarse el último proceso, el acusado Bessonov, uno de los más prolijos, da nuevos detalles de la entrevista que dice haber sostenido con Trotsky:

BESSONOV: A finales de julio de 1934, llegué a París en el tren diurno y me marché en el siguiente tren diurno. La entrevista tuvo lugar en uno de los hoteles donde se alojaba siempre Iohanson. Trotsky dijo que me conocía muy bien por las cartas de Piatakov y por lo que le había dicho de mí N. N. Krestinsky.

VYCHINSKI: ¿De qué habló con Trotsky al conversar sobre sus tareas trotskistas ilegales?

BESSONOV: A aquellos partidarios suyos que trabajaban en la carrera diplomática les fijó como tarea el orientarse hacia el sabotaje de los acuerdos oficiales, a fin de estimular el interés de los alemanes hacia los acuerdos no oficiales con los grupos de oposición. “Vendrán a nuestro encuentro”, decía Trotsky hablando de Hess y Rosenberg. Decía que no debíamos preocuparnos por este asunto, y que Hess y Rosenberg podían aportarnos una ayuda verdadera, realmente sería. No debemos dudar, decía, en hacer importantes concesiones territoriales.

VYCHINSKI: ¿Cuáles, concretamente?

BESSONOV: Consentiríamos en ceder Ucrania, decía Trotsky; tenedlo en cuenta en vuestra actividad y en vuestras conversaciones con los alemanes; escribiré a Piatakov y Krestinski sobre este tema. Luego se demoró en las cuestiones referentes a la actividad de las organizaciones trotskistas en la Unión Soviética, y recalcó de un modo particular que, en aquella situación, con la guerra que maduraba y se hacía inevitable, la única posibilidad que tenían los trotskistas de llegar al poder tenía por base la derrota de la Unión Soviética. Habló después de los métodos de trabajo de las organizaciones trotskistas en la Unión Soviética, recalcando con especial fuerza la necesidad del recrudescimiento de los métodos

de lucha ultraterrorista. Fue entonces cuando dijo las palabras que figuran en el acta de acusación y que hoy han sido leídas: sería evidentemente una imperdonable debilidad por nuestra parte que nosotros, sus partidarios en la U.R.S.S., no pasáramos inmediatamente a la eliminación, a la supresión de Stalin y de todos sus más próximos partidarios.

De un modo inesperado para mí, se hizo referencia, a este respecto, a Máximo Gorki, caracterizando su papel como absolutamente excepcional, dada su influencia no sólo en la Unión Soviética, sino también, y sobre todo, en el extranjero; insistió en el hecho de que estaba muy ligado a Stalin y que las declaraciones de Máximo Gorki le restaban a él, Trotsky, muchos partidarios entre los intelectuales europeos y los aproximaba a la posición ocupada por la dirección del Partido. Y llegó a la conclusión -me lo dijo abiertamente- de que era necesario suprimir a Gorki; entonces dijo las palabras a que se ha hecho referencia aquí sobre la necesidad de suprimir físicamente a Gorki a cualquier precio. Ésta era la consigna.

VYCHINSKI: ¿Y usted la transmitió?

BESSONOV: Sí. Poco después, en otoño de 1934, fui a Moscú y relaté detalladamente a Piatakov esta conversación.

VYCHINSKI: ¿Y luego?

BESSONOV: En realidad, esto es cuanto puedo decir acerca de mi entrevista con Trotsky en 1934.

Rosengoltz da detalles sobre las entrevistas que, al parecer, sostuvo con Sedov en 1933 y 1934, y sobre las instrucciones de Trotsky para preparar un golpe de Estado.

ROSENGOLTZ: En 1933, Krestinski recibió una carta procedente del extranjero. Más tarde, cuando el mismo Krestinski se encontraba en el extranjero, tuve una entrevista. En 1933, me trasladé al extranjero y en Felden, Austria, vi a Sedov; sostuve con él algunas largas entrevistas no lejos de la casa donde yo habitaba. Más tarde, en 1934, vi a Sedov en Karlsbad.

VYCHINSKI: ¿De qué trataban en estas entrevistas?

ROSENGOLTZ: Sedov me transmitió las instrucciones esenciales de Trotsky. Expongo aquí las que recibí en el momento de mis conversaciones con Sedov y las que se me comunicaron por mediación de Krestinski. Coincidían en lo esencial. Se referían a la

colaboración con los derechistas. Se recomendaba estrechar las relaciones con los derechistas y realizar el trabajo en contacto con ellos.

VYCHINSKI: ¿Con quién concretamente?

ROSENGOLTZ: No se me dijo. Krestinski me informó, pero no citó nombres, excepto el de Tujachevski.

VYCHINSKI: ¿Pero quiénes se suponía que eran?

ROSENGOLTZ: Krestinski comunicó que tenía instrucciones concernientes a Rykov y Rudzutak. Sedov había hablado en muchas ocasiones de la necesidad de ligarse lo más estrechamente posible a Tujachevski; éste y el grupo militar deberían ser, según Trotsky, la fuerza decisiva en caso de una acción contrarrevolucionaria. En el transcurso de estas conversaciones pude también comprobar que Trotsky desconfiaba de las tendencias bonapartistas de Tujachevski. Durante una conversación, Sedov comunicó que Trotsky temía incluso que, si Tujachevski conseguía realizar un golpe de Estado militar, no le dejaría entrar en Moscú; a este respecto, insistía sobre la necesidad de que nosotros desplegáramos el máximo de vigilancia. Para realizar estas instrucciones relativas a la colaboración...

VYCHINSKI: ¿En qué debía consistir esta vigilancia?

ROSENGOLTZ: Trotsky proponía que, en el momento del golpe de Estado, se situara en los puestos principales a gente suya, fiel al trotskismo y con cuya vigilancia se pudiera contar. No quiero hablar de una serie de detalles técnicos que aquí no tienen ninguna importancia.

Para llevar a cabo esta orden, Krestinski sostuvo relaciones con Tujachevski. A lo largo de todo un período que va de 1933 a 1937, estuve en relación con Rykov y Rudzutak. Lo esencial de estas negociaciones con Sedov era la cuestión de la composición del futuro gobierno.

VYCHINSKI: Este tema puede ser tratado más adelante. De momento, cuente en qué consistió su actividad criminal.

ROSENGOLTZ: Estoy enumerando las cuestiones más importantes. Sedov me comunicó también las órdenes de Trotsky para organizar la actividad terrorista indicando que, durante este período, y por consideraciones conspirativas, las instrucciones sobre esta actividad no nos debían atañer de modo práctico e inmediato ni a mí ni a Krestinski, pues a este respecto se habían transmitido instrucciones especiales a la organización terrorista ya existente de Iván Nikitich Smirnov. También en 1933, se recibieron instrucciones e indicaciones concernientes al sabotaje en el terreno del comercio exterior. Como Sedov nos

informó del acuerdo concluido por Trotsky con los medios alemanes correspondientes, la cuestión del sabotaje tenía, desde este punto de vista, mucha importancia, para Trotsky, para el mantenimiento de su autoridad y del acuerdo concluido por él. El sabotaje consideraba principalmente la posibilidad de sostener, a través del comercio exterior, los intereses de Alemania y Japón. Seguidamente se planteó, en varias ocasiones y con mucha insistencia por parte de Trotsky y Sedov, la cuestión de la financiación del movimiento trotskista por el canal del comercio exterior. Durante los años 1935-1936, también tuvimos conocimiento de la existencia de una correspondencia sobre estas cuestiones entre el extranjero y Moscú y viceversa. Voy a detenerme con más detalle en la carta dirigida a Krestinski en 1937, ya después del proceso de Piatakov.

VYCHINSKI: ¿Ya ha llegado usted al año 1937?

ROSENGOLTZ: Sí, sí.

VYCHINSKI: ¿Y antes? Quisiera detenerme, por ejemplo, en 1935, o incluso en 1934, en la segunda entrevista que sostuvo en Karlsbad.

ROSENGOLTZ: Ya he hablado de ello.

VYCHINSKI: Ya lo sé. ¿Cómo se planteaba entonces la cuestión de la guerra?

ROSENGOLTZ: Respecto a la guerra, la postura de Trotsky era favorable a la derrota.

VYCHINSKI: ¿Se suponía que habría guerra? ¿Y cuándo?

ROSENGOLTZ: En 1935 y 1936.

VYCHINSKI: Así, Trotsky suponía que la guerra estallaría en 1935-1936 y, en consecuencia...

ROSENGOLTZ: Se planteaba el problema del golpe de Estado. Además, entonces se produjo un cambio en la postura adoptada, pues, en un principio, se consideraba oportuno y necesario hacer coincidir el golpe de Estado militar con el posible inicio de la guerra. La diferencia podía ser de varias semanas. Más tarde, cuando se comprobó que el estallido de la guerra se retrasaba, pareció más conveniente precipitar el golpe de Estado -estábamos ya en 1937- sin esperar los acontecimientos militares.

VYCHINSKI: Bien. Así, en 1934, en el transcurso de la entrevista con Sedov, ¿se examinó la cuestión de la guerra para 1935-1936 y la necesidad de confiar en la derrota?

ROSENGOLTZ: Sí, Sí.

VYCHINSKI: ¿No habló usted, en 1934, de este mismo tema con uno de los dirigentes del bloque?

ROSENGOLTZ: No me acuerdo con suficiente precisión de lo referente al año 1934; es difícil acordarse de lo que pasaba en tal o cual fecha.

VYCHINSKI: Pero, ¿se encontró con Rykov en 1934?

ROSENGOLTZ: Cierto, nos encontramos. En todo caso, después de estas instrucciones, tuvieron lugar intercambios de puntos de vista y diversos contactos.

VYCHINSKI: ¿Sí?

ROSENGOLTZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y después?

ROSENGOLTZ: En 1937...

VYCHINSKI: Antes de llegar a 1937, una pregunta más: ¿no sostuvo usted una entrevista sobre este tema con Rykov, también en 1936?

ROSENGOLTZ: Durante todo este período tuvieron lugar entrevistas sobre este tema, en 1934, en 1935, en 1936.

VYCHINSKI: ¿Proseguían los preparativos?

ROSENGOLTZ: Sí, sí. Y Rykov confiaba ante todo en el levantamiento de los campesinos, en el que había puesto su principal esperanza.

VYCHINSKI: Esto era antes de 1936; pero, en 1936, ¿dónde estaban depositadas las esperanzas?

ROSENGOLTZ: En un golpe de Estado militar del grupo Tujachevski.

VYCHINSKI: ¿Se acuerda usted de la actitud de Rykov cuando vio que se aplazaba la fecha fijada para el desencadenamiento de esta acción contrarrevolucionaria?

ROSENGOLTZ: Consideraba completamente contraproducente cualquier retraso de la acción directa.

VYCHINSKI: ¿Se ponía nervioso?

ROSENGOLTZ: Se ponía muy nervioso, como puede comprenderse. Rykov y los demás temían que este retraso provocara el descubrimiento de numerosos conspiradores.

VYCHINSKI: ¿Le dijo Rykov que Tujachevski prometía actuar pero que nunca actuaba?

ROSENGOLTZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y de quién más hablaba?

ROSENGOLTZ: Krestinski también hablaba de ello y Sedov comunicaba la opinión de Trotsky. Éste era el principal y constante tema de las entrevistas.

Krestinski, que el 2 de marzo negaba la acusación hecha por Bessonov sobre un encuentro con Trotsky en septiembre de 1933, da, al día siguiente, toda clase de detalles:

VYCHINSKI: Explíquenos cómo fue organizada su entrevista con Trotsky en Meran.

KRESTINSKI: Yo estaba de paso por Berlín, donde me detuve algunos días. Entonces desempeñaba el cargo de consejero de Embajada en Berlín uno de nuestros hombres, el trotskista Bessonov, de quien yo sabía que estaba en relación con Trotsky, pues cuando se trasladó a Berlín, en mayo de 1933, le pedí que organizara este contacto.

VYCHINSKI: ¿Usted se lo había encargado?

KRESTINSKI: Sí, le había encargado que organizara este contacto porque en aquel momento Iakubovich y Stern ya se habían marchado de Alemania y mi contacto se había roto. Piatakov mantenía el contacto por medio de sus hombres, que iban a hacerse cargo de los pedidos que entraban en Alemania, pero no existía una regularidad; se trataba de organizar el contacto a través de nuestra embajada en Berlín, para poder utilizar el correo diplomático. Esto fue lo encargado a Bessonov. Le había dicho que había que hacer saber a Trotsky que yo deseaba verlo.

VYCHINSKI: ¿Así, Bessonov nos ha dicho la verdad estricta?

KRESTINSKI: Sí.

VYCHINSKI: Sin embargo, usted intentó negarlo.

KRESTINSKI: Pero esto era en un momento en que, en general, yo lo negaba todo; ya he expuesto los motivos.

VYCHINSKI: No le hago a usted ningún reproche. Simplemente quería dejar bien sentado el hecho.

KRESTINSKI: Cuando, el primer día, negaba mi culpabilidad, incapaz de reconocerla públicamente, era natural que negara las declaraciones de Rosengoltz y Bessonov; era una consecuencia lógica.

VYCHINSKI: Pero reconozca que con esto colocaba a Bessonov en situación de embustero.

KRESTINSKI: ¿Y qué más daba? También yo mentía. Si pude llegar yo mismo a la situación de embustero, ¿por qué iba a hacer remilgos con los demás?

VYCHINSKI: Tal es su lógica.

KRESTINSKI: Cuando le dije que quería ver a Trotsky, me contestó que la cosa era posible; le dije que permanecería en Kissingen hasta finales del mes de septiembre, y en Meran hasta el 10 de octubre aproximadamente; le di la dirección del sanatorio de Kissingen donde tenía costumbre de alojarme y también mi dirección en Meran. Había estado en el mismo hotel en dos ocasiones y suponía que continuaba existiendo. Le dije que sería fácil encontrarme en aquella dirección (viajaba con mi verdadero nombre). Estaba aún en Kissingen cuando Bessonov me telefoneó para comunicarme que la entrevista

tendría lugar en Meran. Durante este tiempo, me había hecho confirmar, por mi parte, que el hotel en que me había hospedado hacía ocho años existía aún; era el hotel Baviera. Trotsky llegó a Meran hacia el 10 de octubre; le acompañaba Sedov. Según Bessonov, Raich no fue con él. Al menos, yo no oí hablar de ello. Sólo vi al padre y al hijo.

VYCHINSKI: ¿Y al espíritu santo?

KRESTINSKI: No lo vi. El espíritu santo...

VYCHINSKI: ¿Volaba encima de usted?

KRESTINSKI: O estaba en París, si es que puede considerarse a Raich como al espíritu santo.

Trotsky vino, según me dijo, con un pasaporte francés falso, siguiendo el itinerario de que había hablado Bessonov, es decir, por la frontera franco-italiana, y no por Suiza y Alemania. Las cuestiones que nos preocupaban en Moscú, Trotsky las daba como definitivamente resueltas, y él mismo abordó la exposición de sus instrucciones sobre este tema. Declaró que, puesto que nuestra organización se había convertido, desde 1929, en una organización subversiva, la toma del poder sólo podía realizarse, evidentemente, por la fuerza. Pero, sola, nuestra organización era incapaz de realizar un golpe de Estado. Era indispensable que nos pusiéramos de acuerdo directamente con algún país burgués. Recalcó que nuestro acuerdo con la Reichswehr podía considerarse como el embrión de un acuerdo de este tipo, pero que en modo alguno podía satisfacer ni a los trotskistas ni a los alemanes, y esto por dos motivos. En primer lugar porque, llegado el caso, trataríamos sólo con la Reichswehr, y no con el gobierno alemán en su conjunto. Y, si durante los gobiernos anteriores la Reichswehr jugaba un papel decisivo y se podía tratar con ella como con el mismo gobierno, desde la subida al poder de Hitler -y dados los esfuerzos que Hitler hizo por someter a la Reichswehr y la actitud de desconfianza que algunos dirigentes de la Reichswehr adoptaron frente a la penetración de Hitler en ella- ya no se le podía identificar con el gobierno alemán; desde entonces había que intentar tratar con el gobierno alemán en conjunto. Primer punto.

Segundo. ¿En qué consistía nuestro acuerdo con la Reichswehr? Nos pagaban cierta cantidad no muy grande, y a cambio les hacíamos llegar determinadas informaciones de espionaje que les iban a ser indispensables en caso de agresión militar. Pero el gobierno alemán, y Hitler en particular, querían no sólo informaciones de espionaje, sino también colonias, territorios. En lugar de colonias, para las que debería hacer la guerra con Inglaterra, América y Francia, estaba decidido a conformarse con el territorio de la Unión

soviética. En cuanto a nosotros, no eran los 250.000 marcos oro lo que nos hacía falta; necesitábamos fuerzas armadas alemanas para hacernos con el poder mediante una acción rápida-, era en este sentido en el que había que trabajar. Este trabajo consistía en el acuerdo de traición con un gobierno extranjero, con la finalidad de utilizar sus fuerzas armadas para vencer al Ejército Rojo y abrir así a los trotskistas el camino al poder. Pero, incluso en el caso de que se produjera una agresión contra la Unión Soviética, por ejemplo por parte de Alemania, nos resultaría imposible hacerlos con el aparato del poder si no preparábamos para ello ciertas fuerzas en el interior del país; ahora bien, los trotskistas, solos, no eran lo suficientemente numerosos y fuertes para constituir por sí mismos semejante organización. Había que tener un apoyo tanto en las ciudades como en el campo, entre la pequeña burguesía y los *kulaks*; y son sobre todo los derechistas quienes tienen allí relaciones. En fin, había que tener un apoyo, una organización en el Ejército Rojo, entre los jefes, para que, llegado el momento, al reunir nuestras fuerzas, pudiéramos ocupar los puntos más importantes y tomar el poder, destituir al gobierno actual, que debería ser encarcelado, y colocar en su lugar a nuestro propio gobierno, preparado con anterioridad.

De todo ello se deducía: una primera orientación dirigida a un acuerdo con los gobiernos extranjeros, y una segunda encaminada a organizar, en la Unión Soviética, la unidad entre las fuerzas trotskistas y los grupos de militares conspiradores.

Al hablar de los derechistas, al tratar de la necesidad de establecer con ellos lazos de organización, Trotsky subrayaba que no era necesario limitarse a Rykov, Bujarin y Tomski, pues, aunque fueran los jefes reconocidos de los derechistas, estaban ya bastante comprometidos y vigilados; según él, teníamos que utilizar a Rudzutak para estrechar relaciones. Durante años había formado parte del gobierno soviético junto a Rykov, en calidad de suplente, sin que nadie hubiera tenido nunca conocimiento de desacuerdos entre él y el Partido; por ello era la persona más indicada para que estableciéramos contactos con él.

Al hablar de los militares, Trotsky citó un solo nombre, el de Tujachevski, a quien definía como un aventurero de tipo bonapartista, un ambicioso que intentaba jugar un papel no sólo militar sino también político-militar; éste sería el hombre que con toda seguridad se uniría a nosotros.

A continuación, Trotsky desarrolló su idea sobre la necesidad de llevar a cabo actos de terrorismo, sabotaje y diversión; consideraba los actos de diversión y sabotaje desde el punto de vista de su empleo en tiempo de guerra, y también como medio de desorganizar la defensa del Ejército Rojo, de desorganizar el gobierno con vistas al momento del golpe de Estado. Por otra parte, estos actos de terrorismo y diversión deberían crear, según Trotsky, una base más sólida, así como una mayor seguridad en las negociaciones con los gobiernos extranjeros, al poner de manifiesto la fuerza y la actividad de sus partidarios en la Unión Soviética.

Él se encargaba de las negociaciones con los alemanes. En cuanto a los japoneses, decía que eran una fuerza con la que también era necesario entenderse, pero subrayaba que, de momento, le sería difícil ponerse directamente en relación con ellos, que se deberían entablar negociaciones con Moscú, utilizando con este fin a Sokolnikov, que trabajaba en el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores y se ocupaba precisamente de los asuntos de Oriente. Dado que la entrevista debía tener lugar solamente con una personalidad oficial y que esta primera entrevista debía tener como único objetivo tantear el terreno, se podía prometer, para empezar y en términos generales, que en caso de que llegara al poder en la Unión Soviética un gobierno salido del bloque de las agrupaciones de oposición, este gobierno sería favorable a los japoneses y, cuando se examinaran y solucionaran las diferencias existentes entre el gobierno soviético y el japonés, se tendrían en cuenta los deseos formulados por los japoneses. Me pidió que me pusiera en contacto con Piatakov para tratar de esta plataforma estratégica, y en particular de la necesidad de entrar en contacto con los japoneses. Por otra parte, aunque Piatakov ya hubiera hablado con Tujachevski y Rudzutak, me pidió que también yo los viera, pues podría ponerlos al corriente de nuestra entrevista y hablarles de mi impresión inmediata, lo cual podría influirles algo más en este sentido.

Los demás acusados confirmaron en sus respectivas declaraciones las confesiones hechas por los acusados de los anteriores procesos: los nombres de Piatakov, Smirnov, Radek, el contenido de sus declaraciones ante los jueces, son citados en diversas ocasiones en el transcurso de debates como los de Tujachenski, Enukidze y Mdivani, juzgados a puerta cerrada, y el de Rudzutak, cuya suerte, hasta el momento, se desconoce. Los acusados de los procesos públicos confirman la tesis de la acusación: una

conspiración permanente, animada por el Judas Trotsky, para entregar a la patria soviética a la esclavitud de los bandidos fascistas.²

² Editorial de *Pravda*, 28 de febrero de 1938.

Las declaraciones: los actos de terrorismo

El asesinato de Kirov es el punto de partida de las acusaciones de terrorismo contra los viejos bolcheviques. La mayoría de los acusados del primer proceso reconocen haber participado directamente en su preparación.

Los asesinos de Kirov en 1936

Seis acusados del proceso de agosto de 1936 admiten, en efecto, haberse reunido en casa de Kamenev, en Moscú, durante el verano de 1934, para preparar el asesinato de Kirov. Kamenev, a sugerencias de Evdokimov, encargó a Bakaiev la supervisión, en Leningrado, de los preparativos. Kotolynov confirmó a Bakaiev que Nikolaiev estaba dispuesto a llevar a cabo el acto terrorista. Declara haber dado cuenta de su misión a Kamenev y a Zinoviev. El fiscal intenta precisar la responsabilidad de este último.

VYCHINSKI: Se puede afirmar que usted no sólo fue el organizador y el inspirador del asesinato de Kirov, sino también el organizador de la rápida realización de todo este plan terrorista.

ZINOVIEV: En aquel momento yo intentaba acelerarlo.

Kirov fue la única víctima, pero, según el fiscal y los acusados, muchos otros dirigentes debían correr la misma suerte: por supuesto, Stalin, pero también Vorochilov, Kaganovich, Ordjonikidze, Jdanov, Kossior, Postychev. Zinoviev dice que Reingold, Dreitser y Pickel habían preparado un atentado contra Stalin que Pickel situaba en octubre de 1932. Bakaiev admite haber preparado otro en 1934, pero no indica las razones del fracaso. Berman-Iurin y David confiesan haber preparado dos atentados contra Stalin: uno en la XIII asamblea plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional -Stalin no acudió, Berman-Iurin permaneció en la puerta y David no pudo disparar-. Olberg fue detenido cuando preparaba, según dice, un atentado contra Stalin para el 1 de mayo de 1936. N. Lurie renunció a matar a Vorochilov porque su coche iba demasiado rápido, pensaba acabar con Ordjonikidze en una ceremonia a la que no asistió, y no pudo disparar contra Jdanov el 1 de mayo porque estaba “demasiado lejos”.

El asesinato político en el segundo proceso

El asesinato de Kirov sale a relucir de nuevo en el segundo proceso. Las declaraciones de los acusados amplían aún más el círculo de los responsables, convirtiendo casi la preparación de dicho asesinato en un asunto público.

RADEK: En cuanto a Kirov, los preparativos se plantearon en los siguientes términos: en abril de 1933, me preguntó si yo podía indicarle, entre los trotskistas de Leningrado, a un hombre que se encargara de organizar un grupo de terroristas.

VYCHINSKI: ¿Contra quién?

RADEK: Contra Kirov, claro está.

VYCHINSKI: ¿Pidió su ayuda?

RADEK: El hecho de dar el nombre de una persona supone ayuda, es evidente.

VYCHINSKI: ¿Y entonces?

RADEK: Le di el nombre de esta persona.

VYCHINSKI: ¿Se lo dio?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿De quién se trataba?

RADEK: De Prigojin.

VYCHINSKI: ¿Prigojin? ¿Él podía encontrar a un asesino?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Esto sucedía en abril de 1933?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y cuándo fue asesinado Kirov?

RADEK: Kirov fue asesinado en diciembre de 1934.

VYCHINSKI: Por lo tanto, muchos meses antes de someterse este infame crimen, usted, Radek, sabía que los trotskistas preparaban el asesinato de Kirov.

RADEK: Y aún hay más. Sabía, de un modo general, que los zinovievistas preparaban la cosa, porque desde el momento en que decidió atacar a los dirigentes -Kirov era el dirigente más destacado, y los zinovievistas tenían su centro principal en Leningrado- era evidente que su organización terrorista se preparaba para atacar a Kirov. Además, Mrachkovski me había dicho: no tenemos a nadie en Leningrado. Los zinovievistas se están preparando allí y es evidente que debemos tener nuestra propia organización. Me habló de este modo, sin decirme lo que iba a pasar, ni cuándo tendría lugar; pero me indicó también que los

zinovievistas preparaban un atentado en Leningrado, y yo sabía perfectamente, sin la menor duda, que se trataba de Kirov.

VYCHINSKI: Cuando dice que Mrachkovski le informó sobre el papel de Bakaiev, ¿qué significa esto para usted?

RADEK: Que Bakaiev dirigía de modo directo el asesinato de Kirov; no me lo dijo, pero me lo presentó como el dirigente de todos los grupos terroristas zinovievistas. Yo ignoraba si Bakaiev iba a cometer este asesinato o si lo haría otro; pero para mí era evidente que la preparación dependía de Bakaiev.

VYCHINSKI: ¿Y en Moscú?

RADEK: En cuanto a los zinovievistas y al hecho de que Reingold era el dirigente en Moscú, me había informado el mismo Dreitser. Cuando, por orden de Mrachkovski, Dreitser tuvo que venir a mi encuentro para orientarme concretamente, yo le pregunté: ¿qué haces? “Esto y aquello...”

VYCHINSKI: ¿Qué significa “esto y aquello”?

RADEK: Me informó sobre lo que habían hecho los trotskistas hasta el momento, y me dijo que las cosas estaban en el estadio de la formación de los cuadros: estamos organizando, continuó diciéndome, una serie de grupos, y nos hemos asignado como tarea la lucha en común con los zinovievistas, tarea que consiste en utilizar a estos grupos cuando haya terminado el período de organización. Le pregunté: “¿Quién preparará, por parte de los zinovievistas, este trabajo en Moscú?” Me contestó: “Bakaiev es el responsable de la dirección general por parte de los zinovievistas, del mismo modo que Mrachkovski lo es por la nuestra; en Moscú, el dirigente principal es Reingold.”

VYCHINSKI: Así, pues, ¿usted estaba totalmente informado de la actividad de estos grupos terroristas?

RADEK: Evidentemente; como miembro del Centro, yo estaba completamente informado.

VYCHINSKI: ¿Y estaba informado sobre la preparación práctica del asesinato?

RADEK: Sobre la preparación práctica, sobre la reunión de los cuadros, sobre la organización de estos cuadros, sobre la instrucción de estos cuadros, estaba informado como miembro del bloque trotskista-zinovievista, desde su inicio.

VYCHINSKI: ¿Al igual que como participante en los actos de terrorismo, uno de los cuales fue el asesinato de Kirov?

RADEK: Y también de los actos de terrorismo, uno de los cuales fue el asesinato de Kirov.(...)

SOKOLNIKOV: Yo sabía, desde principios de otoño o finales del verano de 1934, no lo recuerdo exactamente, que se preparaba un atentado contra Kirov en Leningrado. En cuanto a quién iba a llevarlo a cabo, lo ignoraba. No se me había dado detalles sobre esta cuestión. Pero en 1932 había oído hablar de la composición del centro de Leningrado.

EL PRESIDENTE: Así, pues, usted confirma sus declaraciones en el sentido de que conocía la existencia de un centro terrorista en Leningrado y, principalmente, que formaban parte de este centro Levin, Kotolynov, Mandelstam y otros. ¿Lo confirma?

SOKOLNIKOV: Sí, lo confirmo, en 1932 sabía esto.

EL PRESIDENTE: ¿Sabía que Bakaiev había asumido la dirección inmediata de los preparativos de un acto de terrorismo contra el camarada Kirov?

SOKOLNIKOV: No se me dijo de un modo directo, pero sabía que se había confiado a Bakaiev la dirección de los preparativos de un acto terrorista.

EL PRESIDENTE: ¿En qué medida estaba usted ligado a Reingold en lo relativo a su actividad?

SOKOLNIKOV: Reingold dirigía los grupos terroristas de Moscú. Me entrevista con él, pero nunca me informó del trabajo que hacía. En cuanto a las funciones que se le habían encargado, lo sabía por Kamenev.

EL PRESIDENTE: ¿Reingold estaba más directamente relacionado con usted que con Kamenev?

SOKOLNIKOV: Pero no me suministraba ninguna información sobre su actividad.

EL PRESIDENTE: Reingold le visitaba a menudo, le hablaba de sus asuntos mucho más a usted que a Kamenev. ¿Cómo podía ignorar usted su actividad?

SOKOLNIKOV: Nos veíamos, pero no me informaba de su actividad terrorista y no puedo decir nada sobre los detalles de su actividad.

EL PRESIDENTE: Si ignora los detalles de la actividad terrorista de Reingold, ¿cómo sabe usted que en noviembre de 1934 Bakaiev se trasladó a Leningrado con la finalidad de preparar directamente el asesinato de Kirov?

SOKOLNIKOV: Yo no tenía ninguna relación con los preparativos del asesinato de Kirov, a excepción de que, como miembro de la organización, tengo la responsabilidad de todos los actos y de todos los crímenes de la organización. Si estaba informado sobre la actividad de Bakaiev era porque Kamenev me lo había dicho. Conocía a Bakaiev desde hacía bastante tiempo y seguramente fue Kamenev quien, en el transcurso de una entrevista, me habló de Bakaiev.

EL PRESIDENTE: ¿Entonces fue Kamenev quien le dijo, en 1934, que en noviembre de este mismo año Bakaiev se había trasladado a Leningrado para preparar un acto de terrorismo contra Kirov?

SOKOLNIKOV: No puedo recordar si esto sucedió en noviembre. Me parece que fue un error de mi primera declaración. Kamenev me había hablado de ello a principios del otoño y aparentemente había nombrado a Bakaiev. No recuerdo ninguna entrevista posterior. Fue Kamenev quien me proporcionó estos datos. (...)

VYCHINSKI: ¿Sostuvo usted una entrevista sobre el tema del asesinato de Sergio Mironovich Kirov?

MURALOV: Sí, comentamos las impresiones que este acto produjo en el mundo entero, y comprobamos que la consigna, por lo menos, había comenzado a ponerse en práctica, puesto que ya se había suprimido a una persona.

VYCHINSKI: ¿Se había suprimido a una persona! Y Piatakov dijo que entonces les había llegado el turno a los demás, ¿verdad?

MURALOV: No habló del turno de los otros, al contrario, dijo que debía hacerse de un modo organizado. En general, no habíamos decidido si debía hacerse sucesiva o simultáneamente, pero, en todo caso, convinimos en que debíamos prepararnos. A este respecto, me hizo algunos reproches, al decirme que no se debía actuar abiertamente, como lo haría un soldado, sino con prudencia, de un modo organizado, etc.

VYCHINSKI: Prudentemente, de un modo organizado, ¿pero se debía actuar?

MURALOV: Sí.

VYCHINSKI: En el transcurso de la instrucción previa, cuando usted fue interrogado hizo la siguiente declaración. Permítame que lea esta declaración (tomo XXV, f. 109):

“En 1934, después del asesinato de Sergio Mironovich Kirov, tuve en Moscú una entrevista con Piatakov, que me declaró en el transcurso de la conversación: Ya hemos acabado con uno de los que estaban designados en el plan, y ahora le ha llegado el turno a los demás. Pero no hay que precipitarse.”

¿Es esto exacto?

MURALOV: Lo confirmo, esto fue lo que dijo.

VYCHINSKI: ¿Fue exactamente así como lo dijo?

MURALOV: A mi entender, no hay contradicciones con lo que yo he dicho.

VYCHINSKI: Contradicción, no, pero es sólo para precisar.

MURALOV: La única palabra distinta es “plan”. Ya que él es especialista en materia de planificación.

VYCHINSKI: Esto juega cierto papel. ¿Lo confirma?

MURALOV: Sí, lo confirmo.

VYCHINSKI: Quiero hacerle una pregunta a Piatakov. Acusado Piatakov, ¿qué tiene que decir sobre este tema?

PIATAKOV: Las declaraciones de Muralov son en general bastante exactas. En cuanto a sus palabras, traducen su terminología particular, su modo de expresarse, pero, en el fondo, son exactas. Hablamos sobre todo de lo que ya dije en mi declaración, que no se trataba de hechos aislados, sino de una preparación organizada.

VYCHINSKI: No se trata de las palabras, sino del sentido, lo que es muy distinto. Se ha dicho aquí que se había acabado con uno de los que se había designado en el plan. Se trataba del infame asesinato de Sergio Mironovich Kirov. Acusado Muralov, ¿es esto cierto?

MURALOV: No respondo de las palabras, pero el significado era exactamente éste.

VYCHINSKI: Si no nos detenemos en las palabras, al menos ¿cuál era su significado?

MURALOV: El significado era que Kirov formaba parte de las cuatro personas señaladas por las directrices de Trotsky y que uno de los asesinatos que figuraba en el programa ya se había cometido.

VYCHINSKI (*a Piatakov*): ¿Era éste el significado?

PIATAKOV: Es exacto en cuanto al fondo.

Como en el primer proceso, las denuncias y confesiones de proyectados atentados se entrecruzan: Stalin era uno de los designados por diversos grupos terroristas, y con él Jdanov, Eije, Beria, Kaganovich, Vorochilov, Postychev. De hecho, ninguno de estos atentados llegó ni a iniciarse. Sólo se mencionan de paso, sin ningún detalle sobre su preparación y las causas de su fracaso.

No sucede lo mismo con el atentado contra Molotov, curiosamente exceptuado en los proyectos de 1936, pero que en esta ocasión será considerado como presunta víctima. Los organizadores del atentado se prestan a dar detalles:

MURALOV: Hubo un atentado contra Molotov, pero el accidente de automóvil que se había proyectado no tuvo éxito.

VYCHINSKI: Haga el favor de explicar detalladamente cómo se organizó este atentado contra el camarada Molotov, a quién encargó usted este trabajo y quién lo había organizado.

MURALOV: Se lo encargué a Chestov. Me dijo que el grupo, a cuya cabeza se encontraba, según parece, Cherepujin, estaba ya preparado, y que había encontrado a un chófer dispuesto a sacrificar su vida para acabar con la de Molotov; pero, en el último momento, el chófer dudó y de este modo Molotov pudo salvarse.

VYCHINSKI: ¿Cómo debía realizarse este atentado?

MURALOV: El automóvil debía precipitarse a toda velocidad por un pequeño precipicio. En estas condiciones el automóvil volcaría a causa de la fuerza de la inercia, el coche resultaría destrozado y los ocupantes...

VYCHINSKI: ¿Se llevó a cabo el intento de hacer volcar el coche por el precipicio?

MURALOV: El intento se llevó a cabo, pero el conductor tuvo miedo, de manera que el coche no cayó por el precipicio.

VYCHINSKI: ¿Y quién era el chófer?

MURALOV: Creo que se trataba de Arnold.

VYCHINSKI: ¿Había encargado a Chestov que organizara este asunto?

MURALOV: Sí.

VYCHINSKI (*al Presidente*): Permítame hacer una pregunta a Chestov. Acusado Chestov, ¿confirma usted esta parte de la declaración de Muralov?

CHESTOV: Sí. La primera entrevista tuvo lugar el mes de noviembre de 1931. En aquella ocasión, Muralov únicamente me propuso llevar a cabo un acto de terrorismo contra el secretario del Comité del Partido del territorio de Siberia occidental, Eije. Más tarde, cuando le hube informado de que el grupo terrorista de Prokopievsk estaba dispuesto a realizar actos de terrorismo, Muralov me planteó una tarea mucho más amplia, relativa a actos de terrorismo. Me dijo que se debía preparar al grupo terrorista de Prokopievsk para llevar a cabo actos terroristas no sólo contra Eije, sino también contra otros miembros del gobierno, si éstos llegaban a la región de Kuznietsk. Esto sucedía en el mes de mayo de 1933.

En verano de 1934 sostuve una entrevista con Muralov en Novosibirsk. En aquella ocasión, Muralov me dijo que, como en años anteriores, era de esperar la visita de ciertos miembros del gobierno; indicó que, en particular, se esperaba la llegada de Molotov -no sé de dónde había obtenido esta información- y que, por este motivo, se debía llevar a cabo

un acto de terrorismo contra Molotov. Aún recuerdo que a principios de junio de 1933 le dije a Muralov que se esperaba la llegada de Ordjonikidze a la cuenca de Kuznietsk, y entonces me dio la orden de realizar un acto de Terrorismo contra él.

VYCHINSKI: ¿Recibió esta orden de Muralov?

CHESTOV: Sí.

VYCHINSKI: Después de que Muralov le encargara directamente la preparación de actos terroristas, ¿qué hizo usted en la práctica?

CHESTOV: En cuanto tuve conocimiento de la llegada de Molotov, di orden a Cherepujin de venir inmediatamente a Prokopievsk para que dirigiera personalmente el acto terrorista contra molotov. Nada más llegar, me dijo que había encargado a Arnold la ejecución de este acto terrorista. El plan de preparación de este acto terrorista preveía la ejecución de un atentado por medio de un accidente de automóvil, y se habían elegido dos lugares propicios. Para los que conocen Prokopievsk, uno de estos lugares se encontraba cerca del pozo número 5 en dirección a las oficinas de la mina, y el otro, entre la ciudad obrera y el pozo número 3. No se trataba de un “pequeño precipicio”, como ha dicho Muralov, sino de un barranco de 15 metros de profundidad.

VYCHINSKI: ¡Un pequeño precipicio de 15 metros! ¿Quién escogió este lugar?

CHESTOV: Cherepujin y yo.

VYCHINSKI: ¿Escogió usted mismo este lugar?

CHESTOV: En aquella época yo trabajaba en Prokopievsk, y conocía perfectamente el estado del terreno de aquella comarca.

VYCHINSKI: ¿Usted escogió dos sitios, y la orden que dio a los ejecutores del atentado era: en uno u otro?

CHESTOV: Sólo en estos dos sitios; no podía hacerse en otros.

VYCHINSKI: ¿Quién habló de estos lugares a los ejecutores del atentado?

CHESTOV: Cherepujin. Me dijo que había convencido a Arnold de que condujera el coche.

VYCHINSKI: ¿Y a qué se dedicaba entonces Arnold?

CHESTOV: Arnold dirigía un garaje. Era un chófer con experiencia. Además, según me señaló Cherepujin, había tomado precauciones complementarias por si Arnold tuviera miedo por cualquier razón. Un camión, que circularía en dirección contraria, debía chocar con su coche, de tal modo que los dos se precipitaran por el barranco.

Efectivamente, Arnold condujo a Molotov, pero, al virar, desorientó al conductor del camión quien, seguro de que el coche de Arnold caería por el barranco, encontró inútil

chocar contra él. En efecto, Arnold giró hacia el barranco, pero no con bastante brusquedad, y los guardias que acompañaban al coche consiguieron, literalmente, agarrarlo cuando ya caía. Molotov y las demás personas que viajaban con él -incluido Arnold- salieron del coche una vez que éste hubo volcado. Esto es lo que me contó Cherepujin a este respecto.

Al analizar la situación con Cherepujin, llegamos a la conclusión de que Arnold no había acelerado suficientemente ni había girado con toda la brusquedad necesaria.

VYCHINSKI: ¿A qué velocidad debía efectuarse el viraje?

CHESTOV: A gran velocidad, pero no se hizo de este modo.

VYCHINSKI: ¿Y el coche bajó lentamente?

CHESTOV: Lentamente, no, pero dado que el chófer giró con demasiada lentitud, el coche no volcó con la velocidad prevista; si el viraje hubiese sido brusco, no hubiera podido ser detenido a tiempo por el coche que venía detrás.

VYCHINSKI: Los que iban detrás tuvieron tiempo de prestar ayuda. ¿Quién le ha contado esto?

CHESTOV: Cherepujin.

VYCHINSKI: ¿Y Arnold?

CHESTOV: Arnold me contó lo mismo, inmediatamente después del suceso.

VYCHINSKI: ¿Y concordaba?

CHESTOV: Sí.

VYCHINSKI (*al Presidente*): Permítame interrogar a Arnold. Acusado Arnold, usted ha oído la declaración de Chestov. ¿Sucedió todo como él ha declarado?

ARNOLD: La parte técnica ha sido descrita de un modo insuficiente...

VYCHINSKI: Pero en el fondo, ¿el hecho se produjo?

ARNOLD: Sí.

VYCHINSKI: ¿Lo confirma usted?

ARNOLD: Sí.

EL PRESIDENTE: Volvamos al interrogatorio del acusado Muralov.

MURALOV: Permítame algunas palabras sobre las explicaciones dadas por Chestov. No voy a entablar una discusión con Chestov para saber si se trataba de un pequeño foso o de un barranco...

VYCHINSKI: ¿Estuvo usted personalmente en el sitio donde se encontraba situado el foso?

MURALOV: No, no fui.

VYCHINSKI: ¿De modo que usted no lo vio?

MURALOV: No, pero en Prokopievsk hay muchos barrancos, todo son barrancos y colinas.

VYCHINSKI: Si no ha visto el sitio, no puede discutir.

MURALOV: No voy a iniciar una discusión. (...)

El ejecutor confiesa el intento y el fracaso.

VYCHINSKI: ¿Cuándo organizó usted actos de terrorismo?

ARNOLD: El primero en 1934, a principios de año, más exactamente en primavera.

VYCHINSKI: ¿Contra quién?

ARNOLD: Contra Ordjonikidze.

VYCHINSKI: ¿En qué consistió?

ARNOLD: Cherepujin me había dicho: “Ordjonikidze debe llegar mañana. Estáte atento, deberás llevar a cabo un acto terrorista. Cueste lo que cueste.”

VYCHINSKI: Bien, ¿y después?

ARNOLD: Acepté esta proposición. Al día siguiente fui a la estación en coche; conducía yo mismo, pues como jefe de garaje y miembro del Partido estaba fuera de sospechas. Ordjonikidze, Eije y Rujimovich tomaron asiento. Los conduje a la colonia alemana. Luego me rogaron que los llevara a Tyrkan; subimos la cuesta y me hicieron detener en la cima para contemplar Prokopievsk. Más tarde, nos detuvimos en los pozos números 7-8-9. Cherepujin me había dicho que todo estaba preparado: “Verás en aquel lugar un obstáculo, ¡lánzate contra él!” Cuando bajaba de la loma -iba a bastante velocidad, 70-80 kilómetros por hora- vi el obstáculo a unos 1.500 metros de distancia.

En seguida comprendí que se trataba del lugar donde debía provocar el accidente. Al no conocer el sitio, no sabía lo que me iba a pasar... Disminuí la velocidad y giré a la izquierda, por el puente, en lugar de seguir recto.

VYCHINSKI: ¿No se decidió usted?

ARNOLD: No pude hacerlo.

VYCHINSKI: ¿No pudo, no se decidió a hacerlo? Fue una suerte para nosotros. ¿Y el segundo caso?

ARNOLD: Una mañana, Cherepujin llegó a la oficina y me dijo: “Hoy llegará Molotov. Ten cuidado de no fallar el golpe esta vez.” Le dije: “No lo fallé.” Y me contestó: “Sí, ya sé

cómo no lo fallaste.” Entonces comprendí que alguien me vigilaba. Le contesté que lo haría. Llevé el coche ante la Exposición. Conocía muy bien el lugar donde debía provocar el accidente. Había una curva muy cerca del número 3. A lo largo de ésta existe no un foso como decía Chestov, sino lo que nosotros llamamos un talud, con una pendiente de 8 a 10 metros y una inclinación casi vertical. Cuando llegué en coche a la estación, Molotov, Kurganov, secretario del Comité regional del Partido, y Griadinski, presidente del Comité ejecutivo de los Soviets del territorio, subieron al coche... Me rogaron que los llevara a la ciudad obrera, a la calle Komsomolskaia. Cuando iba a salir del atajo para enfilear la calzada, un coche vino de repente a mi encuentro. No era el momento de pensar, debía llevar a cabo un acto de terrorismo. Y de repente vi un segundo coche que se lanzaba en la dirección que yo seguía. Entonces comprendí que Cherepujin no me había creído y había enviado un segundo coche. No tuve tiempo de pensar. Fui presa de pánico. Logré girar hacia el foso, pero en aquel momento Griadinski me agarró y me dijo: “¿Qué haces?”

VYCHINSKI: ¿Qué lo detuvo?

ARNOLD: El miedo.

VYCHINSKI: ¿Y esto hizo cambiar sus planes criminales?

ARNOLD: Sí.

De hecho, el balance de las víctimas del terrorismo político es ínfimo: el fiscal, para dar a su requisitoria todo el peso de la sangre con que quiere cargar a los acusados, prefiere evocar los cadáveres de los obreros muertos en los actos de sabotaje en las fábricas. En estos momentos, por lo que se refiere a víctimas de los “trotskistas” y de los derechistas, sólo se cuenta con los chichones de Molotov y sus compañeros y con el cadáver de Kirov, que ya ha sido exhaustivamente utilizado.

El asesinato de Kirov

El proceso Bujarin aporta nuevos elementos a este respecto: Iagoda, Jefe de la G.P.U. en la época en que fue asesinado Kirov, confirma su complicidad en el transcurso del interrogatorio de Bujarin, el 5 de marzo de 1938.

VYCHINSKI: ¿Tomó usted, personalmente, algún tipo de medidas para que se llevara a cabo el asesinato de Sergio Mironovich Kirov?

IAGODA: ¿Personalmente?

VYCHINSKI: Sí, como miembro del bloque.

IAGODA: Di la orden...

VYCHINSKI: ¿A quién?

IAGODA: En Leningrado, a Zaporjets. Pero las cosas no sucedieron en absoluto de este modo.

VYCHINSKI: Hablaremos de ello más tarde. De momento debo esclarecer la participación de Rykov y Bujarin en este crimen.

IAGODA: Di una orden a Zaporjets. Cuando Nikolaiev fue detenido...

VYCHINSKI: ¿La primera vez?

IAGODA: Sí, Zaporjets vino a informarme de que un hombre había sido detenido...

VYCHINSKI: ¿Qué llevaba en su cartera?

IAGODA: Una pistola y un diario personal. Me indicó también que lo habían puesto en libertad.

VYCHINSKI: ¿Y usted lo aprobó?

IAGODA: Tomé nota de ello.

VYCHINSKI: ¿Dio usted seguidamente la orden de no poner obstáculos al asesinato de Sergio Mironovich Kirov?

IAGODA: Sí, la di... Pero no de esta manera.

VYCHINSKI: ¿De un modo algo distinto?

IAGODA: No de esta manera, pero esto no tiene importancia.

VYCHINSKI: ¿Dio usted la orden?

IAGODA: La había confirmado.

VYCHINSKI: La había confirmado. Siéntese.

A lo largo de su propio interrogatorio, Iagoda añade interesantes detalles:

IAGODA: En primer lugar, está el asesinato de Kirov. ¿Cómo sucedieron las cosas? En verano de 1934 Enukidze me informó de la decisión tomada por el centro del “bloque de derechistas y de trotskistas”, relativa a la organización del asesinato de Kirov. Rykov había tomado parte directa en esta decisión. Este comunicado me dio a conocer, sin lugar a dudas, que grupos trotskistas-zinovievistas terroristas preparaban concretamente este asesinato. Es inútil decir que intenté poner algunas objeciones; aduje una serie de argumentos sobre la inanidad, sobre la inutilidad de este acto terrorista. Incluso llegué a formular el argumento de que, en relación con este acto de terrorismo perpetrado contra la persona de un miembro del Gobierno, yo sería el primero sobre quien recayeran las responsabilidades, puesto que era el responsable de la salvaguardia de los miembros del

Gobierno. No hace falta insistir sobre el hecho de que mis objeciones no fueron tenidas en cuenta, que no tuvieron ningún efecto. Enukidze insistía para que yo no opusiera ningún obstáculo al acto terrorista, el cual, decía, sería ejecutado por un grupo trotskistazinovievista. En consecuencia, fui obligado a invitar a Zaporojets, que ocupaba el cargo de jefe adjunto de la Sección del Comisariado del pueblo de Asuntos Interiores, en Leningrado, a no poner obstáculos a la ejecución de un acto de terrorismo contra la persona de Kirov. Al cabo de cierto tiempo, Zaporojets me informó de que miembros del Comisariado del pueblo para Asuntos Interiores habían detenido a un tal Nikolaiev, que llevaba consigo una pistola y el itinerario de Kirov. Nikolaiev fue puesto en libertad. Poco tiempo después, Kirov era asesinado por el mismo Nikolaiev.

Bulanov revela al tribunal ciertas confidencias de Iagoda:

En la primera mitad de 1936, supe por primera vez que Iagoda había tenido conocimiento, en su día, del modo en que había sido organizado el asesinato de Kirov.

Un día entré, como hacía siempre, sin hacerme anunciar, sin avisar, en el despacho de Iagoda; lo encontré en un estado de extrema excitación, después de una conversación con Molchanov.

Cuando Molchanov se hubo marchado, Iagoda irritado exclamó: “Tengo la impresión de que Ejov va a desenterrar también el asunto de Leningrado.” Luego, más calmado, aunque generalmente no me ocultaba nada, me advirtió de la necesidad de guardar rigurosamente en secreto la confidencia que iba a hacerme, y, después de haberme prometido veinte o cuarenta veces que me haría saltar los sesos “si hablaba”, me dijo que había estado al corriente de los preparativos del atentado contra S. M. Kirov; me dijo que tenía en Leningrado a un hombre seguro, al corriente de todo -el jefe adjunto de la Sección del Comisariado del pueblo de Asuntos Interiores para la región de Leningrado, Zaporojets. Me dijo que éste había organizado las cosas de forma que el asesinato de Kirov por Nikolaiev fuera cometido con la anuencia y por tanto el apoyo de Zaporojets.

Recuerdo que Iagoda me dijo, entre otras cosas, que había reprendido a Zaporojets por su falta de habilidad; pues por poco no se descubrió todo entonces; algunos días antes del asesinato de Kirov, la guardia detuvo por error a Nikolaiev, en cuya cartera se encontró una libreta de notas y una pistola. Zaporojets ordenó que se le pusiera en libertad inmediatamente.

Iagoda me contó después que Borissov, colaborador de la sección de Leningrado del Comisariado del pueblo de Asuntos Interiores, estaba mezclado en el asesinato de Kirov. Cuando los miembros del Gobierno -que se habían trasladado a Leningrado- hicieron venir a Smolny a Borissov para interrogarlo como testigo del asesinato de Kirov, Zaporojets, inquieto, y temiendo que Borissov denunciara a los que estaban detrás de Nikolaiev, decidió matar a Borissov. Por indicación de Iagoda, Zaporojets se las arregló para que el coche que debía llevar a Borissov a Smolny sufriera un accidente. Borissov fue asesinado, y de este modo se libró de un peligroso testigo. Entonces comprendí las excepcionales precauciones que tomó Iagoda, cuando Medved, Zaporojets y los demás colaboradores fueron detenidos y citados ante la justicia. Recuerdo que me había encargado que me ocupara de la familia de Zaporojets y de la de Medved; también recuerdo que los hizo deportar de un modo poco corriente, no en un vagón celular sino en uno especial que iba directo al punto de destino. Antes de la partida, hizo venir a Zaporojets y Medved.

Los asesinatos de Gorki, Menjinski y Kuibychev

El hombre que durante tanto tiempo había sido el jefe de policía declara a continuación haber organizado personalmente los asesinatos de su predecesor Menjinski, del dirigente Kuibychev y del escritor Máximo Gorki.

IAGODA: En aquella época se llevó a cabo el asesinato de Menjinski. Niego que me guiaran motivos personales en el asesinato de Menjinski. Aspiraba al puesto de jefe de la O.G.P.U. no por consideraciones de índole personal, ni con la intención de hacer carrera política, sino en beneficio de nuestra organización de conspiradores. La decisión del centro respecto a este asunto me la comunicó Enukidze en persona. Se habían utilizado médicos en ambos casos, lo que ofrecía grandes garantías en cuanto a la imposibilidad de ser descubiertos.

Cuando Enukidze me transmitió la decisión del centro sobre el asesinato de Kirov, expresé mi temor de que un acto de terrorismo directo podía no sólo descubrirme a mí sino a toda la organización. Indiqué a Enukidze un procedimiento menos peligroso, y le recordé cómo Menjinski había sido asesinado con la ayuda de médicos. Enukidze respondió que el asesinato de Kirov debía ejecutarse tal como se había decidido, que los trotskistas y zinovievistas habían tomado a su cargo este asesinato, y que nosotros no debíamos poner obstáculos.

En cuanto al método del asesinato sin riesgos con la ayuda de médicos, Enukidze me dijo que, dentro de poco, el centro decidiría qué dirigentes del Partido y del Gobierno serían asesinados en primer lugar por este procedimiento.

En efecto, al cabo de cierto tiempo, en el transcurso de mi siguiente entrevista con Enukidze, éste me informó de que el centro había decidido emprender una serie de actos terroristas contra miembros del Comité ejecutivo y, además, contra la persona de Máximo Gorki. Comprendí la decisión respecto a Kuibychev, pero no podía comprender en absoluto la necesidad de cometer un acto de terrorismo contra la persona de Máximo Gorki. Enukidze me explicó que el “bloque de derechistas y de trotskistas” -que tenía como proyecto inmediato el derrocamiento del poder de los Soviets- veía en la persona de Gorki a una peligrosa figura. Gorki era un partidario incondicional de la dirección stalinista, y estaba claro que, en caso de que el complot se llevara a cabo, levantaría su voz para protestar contra los conspiradores, contra nosotros. Teniendo en cuenta la inmensa autoridad de Gorki tanto dentro como fuera del país, el centro, según decía Enukidze, había tomado la categórica decisión de suprimirlo físicamente.

Ante mi firme negativa, Enukidze me ordenó que le enviara a Levin.

Así lo hice y después del regreso de Levin de casa de Enukidze, le confirmé la orden recibida. Más tarde, sostuve varias conversaciones con Levin y, a instancias suyas, convoqué a Pletnev.

Yo declaro que Rykov, Bujarin y los demás acusados que se, encuentran aquí, en el banquillo de los acusados, tienen la absoluta responsabilidad de estos actos terroristas. Declaro que estos actos fueron realizados siguiendo sus decisiones. En cuanto al modo en que se llevó a cabo este asunto, los médicos podrán decirlo mejor que yo.

Existe otro hecho sobre el que quiero llamar la atención del tribunal.

Se trata del intento, por parte del grupo de conspiradores, de envenenar a Ejoy.

Después del nombramiento de Ejoy para el puesto de Comisario del pueblo de Asuntos interiores, se vio claramente que toda la actividad de nuestro grupo, así como la del “bloque de derechistas y de trotskistas” iba a ser descubierta. Ejoy ya había empezado a crear serias dificultades a ciertos núcleos de conspiradores y, naturalmente, podía llegar al núcleo de la organización, y principalmente a mí.

Entonces, para salvar nuestra organización, para salvar a Rykov, a Bujarin y a los demás, decidimos matar a Ejoy. Bulanov procedió al envenenamiento; ya lo ha contado aquí. Niego algunos párrafos de sus declaraciones, aunque no cambian en absoluto los hechos, en el fondo no cambian nada.

El acusado Kriuchkov da detalles sobre el asesinato de Pechkov, hijo de Gorki, cometido, según él, por orden de Iagoda, y también sobre el asesinato de Gorki. Los doctores Pletnev, Kazakov, Levin y el ex secretario de Kuibychen, Maximov-Dikovski, cuentan con toda clase de pormenores los preparativos y ejecución de estos asesinatos médicos. Finalmente, el profesor Burmin, "Maestro Distinguido de la ciencia", da lectura a un informe de cinco expertos de la medicina soviética que confirman la acusación y las declaraciones respecto a los asesinatos de Gorki, Kuibychen, Mejinski y Pechkov y el "envenenamiento" de Ejov. Se reconoce la culpabilidad de los acusados en estos cuatro asesinatos: en total, con el de Kirov, cinco cadáveres, víctimas del terrorismo político de los trotskistas y de los derechistas.

6

Las declaraciones: el sabotaje

Hasta el segundo proceso -después del proceso de Novosibirsk- no aparecen de un modo preciso acusaciones y confesiones de sabotaje económico. Piatakov da la línea general de las acciones emprendidas. Después de él, sus coacusados ilustran sus afirmaciones con ejemplos sacados de su actividad concreta.

Sabotaje en Kemerovo

El ex trotskista Drobnis era uno de los dirigentes del combinat de Kemerovo. Presta declaración el 25 de enero de 1937.

DROBNIS: Uno de los principales objetivos del sabotaje en el ámbito de la planificación consistía en invertir los fondos en la construcción de empresas secundarias. Otro objetivo consistía en entorpecer la construcción de modo que las principales empresas no pudieran ponerse en funcionamiento en los plazos fijados por el gobierno.

VYCHINSKI: ¿O sea, que se trataba de impedir que se cumplieran los plazos fijados?

DROBNIS: Sí.

VYCHINSKI: ¿Principalmente en lo que concierne a las empresas que trabajaban para la defensa nacional?

DROBNIS: Sí. Se trataba de poner en práctica modificaciones en los proyectos y de aplazar los pagos a las organizaciones encargadas de realizarlos para que, como consecuencia de todo ello, los proyectos llegaran con gran retraso. Esto, claro, retrasaría el ritmo y la marcha de la construcción. Hay que decir que todo esto se hacía de un modo suficientemente habilidoso. Por ejemplo, para los edificios principales del combinat de abonos nitrogenados, existían unos proyectos, mientras que para las partes consideradas secundarias -pero que, sin embargo, tenían una considerable importancia para el pleno funcionamiento de la empresa en todos los detalles deseados, tales como conducciones de gas, conducciones de vapor, etc.- los proyectos no se elaboraban a tiempo; además, los constantes embrollos en cuanto a la liquidación de las cuentas con las organizaciones que planeaban los proyectos daban como resultado que éstos llegasen con grandes retrasos...

(...) La central eléctrica del distrito estaba totalmente preparada para que se pudiese, llegado el caso, inundar los pozos, si se recibía esta orden de sabotaje. Además, era casi imposible poner en funcionamiento la calefacción de la central eléctrica, porque los

carbones utilizados no respondían a las condiciones técnicas exigidas, con lo que se provocaban continuas explosiones. Todo esto se realizaba con completo conocimiento de causa.

Éstas son, aproximadamente y a grandes rasgos, las medidas de sabotaje que se habían tomado y que llegaron a aplicarse.

Por otra parte, se trataba de originar averías. Hubo dos averías muy importantes. Sin consecuencias mortales, es cierto; pero algunos obreros sufrieron graves heridas.

Con respecto a las empresas auxiliares, es decir, al terreno que me concernía directamente, el sabotaje se centraba en los transportes. Se trataba principalmente de tener parados a los vehículos el máximo tiempo posible, de reducir el funcionamiento del parque; además, en la construcción de viviendas, el trabajo se realizaba a tal ritmo, que ni siquiera los ingenieros, el personal técnico y los obreros recibían alojamientos, lo que, en período de explotación, habría motivado una penosa y difícil situación. Esto es más o menos todo cuanto puede decirse sobre la planificación y realización de los actos de sabotaje. (...)

VYCHINSKI: Provocar la cólera de los obreros en contra del poder de los soviets: ¿era ésta su tarea?

DROBNIS: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y, para ello, usted consideraba que se podían utilizar todos los medios, incluso el asesinato de obreros?

DROBNIS: Sí.

Sabotaje en las minas

Chestov habla extensamente sobre los crímenes cometidos en las minas, siguiendo sus órdenes.

CHESTOV: La característica esencial del plan consistía en que la actividad de diversión y de destrucción sería ejecutada, por una parte, por Stroilov y, por otra, por la organización trotskista que yo iba a crear. Stroilov debía llevar a cabo el siguiente plan:

- 1) Sabotear la construcción de nuevas minas y la reconstrucción de las antiguas.
- 2) Esforzarse en organizar los trabajos de construcción y reconstrucción de las minas de manera que sólo pudieran ser explotadas por secciones. Pretendíamos impedir que llegaran a cumplirse los rendimientos proyectados.
- 3) Aplicar sistemas de extracción de la hulla que comportaran el máximo de pérdidas y provocaran incendios subterráneos.

4) Sabotear conscientemente la preparación de nuevos filones y nuevos yacimientos con el fin de acabar definitivamente, no sólo con la industria minera de la cuenca de Kuznetsk, sino también con la metalurgia del Ural y de la Siberia Occidental.

5) Trabajar deliberadamente los trabajos preparatorios con la finalidad de desensamblarlos de los trabajos de desescombro.

6) Apoyar del modo más efectivo la destrucción de las máquinas, en particular de las máquinas de cargar, transportar y volcar la hulla. Por medio de estos actos queríamos no sólo boicotear el plan de extracción de la hulla, sino también exasperar a los obreros.

7) Por último, poner en práctica el sabotaje del trabajo de choque y, más tarde, el sabotaje del movimiento estajanovista; así como las vejaciones a los obreros.

(...) Finalmente, en todas las minas, en Prokopievsk, Anjerka y Leninsk se organizó el sabotaje del movimiento estajanovista. Se dieron instrucciones de exasperar a los obreros. Antes de que el obrero llegara a su lugar de trabajo debía renegar en contra de la dirección, una y mil veces. Se crearon unas condiciones de trabajo insostenibles. Era imposible trabajar no sólo siguiendo los métodos estajanovistas sino siguiendo simplemente los ordinarios.

Sabotaje en los ferrocarriles

Durante el mismo proceso, ingenieros y administradores se acusan.

SEREBRIAKOV: A principios de 1934, o quizás a finales de 1933, al llegar a Moscú, pasé por el Comisariado del pueblo de Comunicaciones para entrevistarme con A. M. Arnoldov, con el que ya había tenido relaciones en 1926 y 1927. Se mostró completamente dispuesto a encargarse de la realización y dirección del sabotaje en los transportes. Ambos establecimos unos objetivos muy claros y concretos: desorganizar el tráfico y disminuir los cargamentos diarios, mediante la prolongación de trayectos de vagones vacíos, la limitación del recorrido de determinados trenes, el empleo restringido de la potencia de tracción de las locomotoras, etc.

En 1934, por indicación de Piatakov, Livchitz, que era jefe del ferrocarril del sur, vino a verme a la dirección central de transportes ferroviarios. Le informé de mi conversación con Arnoldov. Me dijo que su ayudante en el ferrocarril del sur, Zorin, podría llevar a cabo este trabajo. En el mismo año 1934, induje a participar en el sabotaje de los transportes al jefe del ferrocarril de Tomsk, Mironov, a quien había conocido en el

Comisariado del pueblo de comunicaciones, en 1926-1927, y que finalmente aceptó. También en 1934, me llegaron noticias de que Fufrianski, que trabajaba en el Comisariado del Pueblo de Comunicaciones y Emchanov, jefe adjunto del ferrocarril MoscúDonbass, habían entrado a formar parte de la organización. Se decía que Kniazev también lo había hecho.

En 1935, cuando L. M. Kaganovich fue nombrado para un cargo en transportes, me asaltó la duda del posible descubrimiento de todo el grupo; Arnoldov me tranquilizó, diciéndome que el sabotaje estaba muy bien camuflado por las “normas”, que las “normas límites” habían recibido, por decirlo de algún modo, derecho de ciudadanía en los transportes. Aunque las “normas límites” hubiesen recibido derecho de ciudadanía, lo cierto es que Kaganovich las desenmascaró rápidamente. (...)

Además de los actos cometidos por las organizaciones tanto en el centro como en provincias -actos que debían comenzar por establecer el desorden y la confusión en el funcionamiento de los transportes-, se debía garantizar asimismo la posibilidad de ocupar, en los primeros días de la movilización, los principales núcleos ferroviarios, creando embotellamientos en ellos. (...)

VYCHINSKI: Tomemos un ejemplo concreto: ¿Organizó Kniazev catástrofes ferroviarias?

LIVCHITZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Dio usted instrucciones a Kniazev para que organizara estas catástrofes?

LIVCHITZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿A pesar de ser quien era?

LIVCHITZ: A pesar de ser adjunto del Comisariado del pueblo.

VYCHINSKI: De modo que es cierto que dio instrucciones para organizar catástrofes ferroviarias. ¿Habló usted con Kniazev sobre las víctimas inevitables que ocasionarían dichas catástrofes?

LIVCHITZ: No recuerdo que tratáramos este tema de una manera especial, pero si se provocan catástrofes ferroviarias, ya sea en trenes de viajeros, militares o de mercancías, es natural que estas catástrofes produzcan víctimas.

VYCHINSKI: ¿No dudó usted en provocar víctimas?

LIVCHITZ: No.

VYCHINSKI: ¿Con premeditación?

LIVCHITZ: El hecho de que diera las órdenes para provocar catástrofes, significa que preveía las consecuencias. (...)

EL PRESIDENTE: ¿Dio usted normas concretas a Kniazev para organizar catástrofes, principalmente cuando se tratara de convoyes militares o de trenes militares?

LIVCHITZ: No le di instrucciones concretas; sólo generales.

EL PRESIDENTE: ¿Le informó Kniazev de que en una estación había conseguido provocar una catástrofe en la que perecieron veintinueve soldados del Ejército Rojo y otros veintinueve resultaron heridos?

LIVCHITZ: Sí, lo sabía.

EL PRESIDENTE: ¿Y puede saberse cuál fue el informe de Kniazev? ¿Le felicitó usted o lo amonestó?

LIVCHITZ: No lo amonesté.

EL PRESIDENTE: ¿Ni lo felicitó?

LIVCHITZ: Ni lo felicité ni lo amonesté.

EL PRESIDENTE: Entonces, ¿tomó simplemente nota de ello?

LIVCHITZ: Sí. (...)

(...) VYCHINSKI: Se produjo un choque muy importante, con numerosas víctimas, soldados rojos muertos, soldados rojos heridos, y usted, jefe de la red, ¿no sabe si estaban heridos gravemente o tan sólo de manera leve?

KNIAZEV: En aquel momento sin duda lo sabía.

VYCHINSKI: Si entonces lo sabía, debería usted recordarlo; ¿o es que quizá se produjeron en su misma red otros choques? No eluda la respuesta.

KNIAZEV: Hubo otras catástrofes ferroviarias, pero no tan importantes como ésta.

VYCHINSKI: ¿No se acuerda usted? ¿Estos veintinueve soldados rojos resultaron gravemente heridos?

KNIAZEV: Quince de ellos resultaron mal heridos.

VYCHINSKI: ¿En qué consistía la gravedad de las heridas?

KNIAZEV: Brazos rotos, conmociones cerebrales...

VYCHINSKI: ¿Conmociones cerebrales, brazos rotos, costillas rotas, piernas rotas?

KNIAZEV: Sí, así fue.

VYCHINSKI: ¿Y todo ello “gracias” a usted y a sus cómplices?

KNIAZEV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y sabe usted cómo se organizó la preparación de este choque? ¿Cómo se dispusieron las fuerzas, cómo se organizó el choque propiamente dicho?

KNIAZEV: El empleado de servicio de la estación, Rykov, recibió de nuestro agente en Cheliabinsk la comunicación de la llegada del tren militar, y transmitió al jefe-guardagujas Kolesnikov la orden: “Prepárese para la recepción.”

VYCHINSKI: ¿Qué dijo Rykov?

KNIAZEV: Rykov dijo que el tren militar iba a llegar, que debíamos provocar el choque y que, con este fin, debía realizarse un itinerario que produjera una “falsa preparación”.

VYCHINSKI: No una “falsa preparación”, sino una falsa recepción.

KNIAZEV: Una falsa preparación asegura una falsa recepción.

VYCHINSKI: ¿No se expresó usted tal vez de un modo más sencillo: “Hay que volcar el tren”? (*Kniazev no contesta*).

¿No se acuerda?

KNIAZEV: No lo recuerdo.

VYCHINSKI: Permítame que se lo recuerde (*lee*): “2 o 3 bloques antes de la estación de Chumija, el empleado de servicio de la estación, Rykov, recibió del empleado de servicio de la estación de Cheliabinsk el comunicado de que el tren 504 estaba en camino hacia la estación de Chumija. Después de recibir este comunicado, Rykov informó a Markevich de que el tren iba a llegar y de que en aquel momento ellos empezaban a actuar.”

“Después de esto Rykov llamó al jefe-guardagujas Kolesnikov y le advirtió de que el tren militar llegaba y que debía hacerlo descarrilar.”

No se dijo “preparar la recepción”, sino directamente y de un modo preciso y concreto: “Hacer descarrilar el tren.” En consecuencia, se dio realmente la orden siguiente: “Prepárense para el asesinato en masa.” ¿Y a quién se utilizó para ello?

KNIAZEV: A la aprendiz de guardagujas Chudinova.

VYCHINSKI: ¿También ella formaba parte de los conspiradores?

KNIAZEV: No.

VYCHINSKI: ¿Entonces envió a una aprendiz, con una experiencia de dos semanas, para recibir el tren militar? ¿Está esto permitido por el reglamento del servicio de ferrocarriles?

KNIAZEV: Está totalmente prohibido.

VYCHINSKI: ¿Es decir, se infringió la ley, se infringió el reglamento delante de todo el mundo?

KNIAZEV: Exactamente.

VYCHINSKI: ¿Pero por qué se podían infringir las reglas del servicio de ferrocarriles? ¿No sería porque el personal dirigente de la estación estaba en relación con los trotskistas? (...)

KNIAZEV: En el depósito Kurgan se habían puesto en servicio unas potentes locomotoras “F D”. Aprovechando que en el depósito apenas se conocía este tipo de locomotora, la administración redujo conscientemente la calidad del control de las reparaciones corrientes, obligando a los mecánicos a utilizar a menudo locomotoras no reparadas por completo. Asimismo, se dejaban estropear casi todos los aparatos indicadores. Como consecuencia de esta negligencia, en enero de 1936, en el recorrido Roza-Vargachi, explotó una caldera. Por lo que recuerdo, el ayudante del mecánico y el fogonero resultaron muertos, mientras que el mecánico salió despedido hacia fuera, yendo a caer a unos 30 metros del lugar del accidente. La locomotora resultó completamente destruida.

El mismo ingeniero reconoce otras “catástrofes”. El 7 de febrero de 1936 en el recorrido Edinover-Berdioche, más tarde en el de Yajtino-Ust-Katav, el 27 de febrero en Chistaia, en Chumlak, en Logovuchke, el 13 de mayo en la línea Roza-Vargachi; en total: 63 muertos y 103 heridos en dos años gracias a él...

EL PRESIDENTE: ¿Livchitz le dio órdenes completas sobre la organización de accidentes ferroviarios?

TUROK: Sí. Me dijo que tendríamos que organizar accidentes con víctimas.

EL PRESIDENTE: ¿Eso dijo?

TUROK: Sí.

EL PRESIDENTE: ¿No le preguntó usted por qué tenía que haber obligatoriamente víctimas?

TUROK: No se lo pregunté, porque Mariassin me había hablado de lo mismo y de un modo más detallado, al invocar la necesidad de provocar descontento contra el gobierno.

EL PRESIDENTE: Después de las órdenes dadas por Mariassin, Livchitz y Piatakov, ¿aumentó en su red el número de accidentes provocados por su organización?

TUROK: En verdad, en estos momentos no estoy en condiciones de dar una estadística, pero, en todo caso, organizamos una serie de importantes accidentes en trenes de mercancías y un accidente en un tren de pasajeros.

EL PRESIDENTE: ¿Cuántos accidentes organizaron premeditadamente los miembros de su organización trotskista?

TUROK: Se podría decir, por ejemplo, unos 40 accidentes.

EL PRESIDENTE: ¿En qué período de tiempo?

TUOK: Desde finales de 1934 hasta el día en que fui arrestado.

EL PRESIDENTE: ¿Y hubo víctimas?

TUOK: Sí, hubo víctimas. En los trenes de mercancías, principalmente entre el personal empleado; además, en trenes de pasajeros.

EL PRESIDENTE: ¿Cuántas víctimas hubo?

TUOK: Un muerto, 5 heridos de gravedad y 15 heridos leves.

Sabotaje en la industria química

Otros acusados admiten haber organizado actos de sabotaje en la industria química. En 1937, confiesan Rataichak y Loguinov.

RATAICHAK: Siguiendo las órdenes que yo había dado a Puchin, se provocaron tres averías o acciones de diversión en la fábrica de Gorlovka, y otras dos más: una en la fábrica Nevski y la otra en el combinat químico de Voskresensk.

El curso del interrogatorio revela que se produjeron 3 muertos en el primer caso, ninguno en el segundo, 2 en el tercero, y 17 muertos en Voskresensk.

LOGUINOV: De acuerdo con Yanovski, director del trust “Koksojimmontage”, actuamos de tal modo que conseguimos que los nuevos laboratorios químicos se pusieran en funcionamiento uno o dos años después de los hornos de cok (...). En la fábrica Mariupol (...) los hornos de cok (...) fueron puestos en funcionamiento sin ningún servicio auxiliar, es decir, sin un solo depósito de carbón (...) sin talleres auxiliares, sin laboratorios de química (...) En la fábrica de productos químicos de Novo-Enakievsk y en la fábrica Krivoi-Rog (...) se hizo subir considerablemente la temperatura por encima de los 1.400 grados y así se destruyeron los regeneradores de los hornos de cok.

Actos de sabotaje reconocidos en el tercer proceso

En el tercer proceso, el acusado Jodiaev completa el cuadro hablando de los actos de sabotaje cometidos en el sector agrícola:

JODIAEV: ...En la agricultura, el sabotaje consistía en equivocar las rotaciones de cultivos. Esto ocurrió en el transcurso del primer y segundo períodos quinquenales.

En las tierras de regadío y de secano del Uzbekistán no existen rotaciones de cultivos. Nuestra finalidad consistía en dificultar la selección de semillas. Este objetivo se consiguió, pero, gracias a las medidas tomadas por el Comité central del Partido comunista

(bolchevique) de la U.R.S.S. y por el gobierno de la U.R.S.S., la situación respecto a las semillas de algodón se ha normalizado en la actualidad; sin embargo, en lo que concierne a los otros cultivos, se puede decir que han continuado en el mismo estado en que los dejamos. Nuestra tarea se centraba en provocar el descontento de la población campesina a través de medidas administrativas vejatorias y exageradas. Hasta cierto punto, conseguimos nuestra finalidad. Ya he hablado de los planes ficticios para el cultivo de algodón, de los planes erróneos establecidos en los diversos distritos, de las diferencias entre Bujara y Ferghana por una parte, entre Samarcanda y Tachkent por otra. Como resultado de nuestros actos de provocación conseguimos que se produjeran una serie de tensiones.

Por otra parte, logramos provocar un daño considerable en la ganadería. Ya he explicado de qué modo actuamos. Quisiera citar un ejemplo concreto. En 1936, de acuerdo con la decisión del Partido y del Gobierno, debíamos enviar a los campesinos koljozianos unas 130.000 terneras ovejas y otro ganado. Lo entregamos todo en un año. Pero el resultado del censo ganadero en el segundo semestre de 1936 y en el primer semestre de 1937 mostró que de estas 130.000 cabezas de ganado, sólo quedaban aproximadamente de 30.000 a 40.000. Quisiera referirme en especial al ganado joven. ¿Dónde fue a parar el resto? En primer lugar, una parte de este ganado no llegaba generalmente a los campesinos. Nuestros hombres, situados en los distritos y provincias, se apropiaban de estas terneras y ovejas, las mataban y las vendían. En segundo lugar, no hicimos lo necesario para que el ganado joven se conservara en los koljoz. Pues esto, como ya se sabe, exige grandes cuidados. No hace falta insistir en el fracaso de las medidas destinadas a multiplicar los animales de raza, la aplicación de medidas zootécnicas, etc. Creo que este ejemplo concreto es suficiente para que no deba insistir más en este asunto.

En cuanto a la sericultura, aplicamos la acción de sabotaje que referiremos a continuación. Mientras que en 1928 se producían de 7 a 8.000 toneladas aproximadamente de seda cruda, en la actualidad se obtienen solamente de 10 a 12.000 toneladas. Ahora bien, las posibilidades de producción de Uzbekistán, según cálculos realistas, se elevan a 22 o 23.000 toneladas aproximadamente. Sin duda se habrían podido alcanzar estas cifras si no hubiésemos llevado a cabo cierto tipo de medidas. El Tribunal sabe, naturalmente, que se está procediendo a la mecanización de la agricultura, es decir, que se están introduciendo tractores, maquinaria. Pero en aquella región las parcelas no son grandes y están cruzadas por acequias y por pequeños canales para regar las tierras. En Uzbekistán no hay ni un solo canal de riego, por pequeño que sea, que no esté bordeado de moreras, árboles cuyas hojas sirven para alimentar a los gusanos de seda. Existe un plan según el cual se puede cortar

anualmente del 1 al 2 % de las moreras viejas, con la condición de que se proceda, por otra parte, a repoblar con nuevas plantas. Sin embargo, con el pretexto de que no podía mecanizarse la agricultura ni podían utilizarse tractores cuando no existían amplios espacios de terreno, con la excusa de que no resultaba rentable, de que no ofrece ventajas, cortamos el 10 % de las moreras, invocando la mecanización. De este modo, destruimos la base de la sericultura. Si los hombres que realizaron este tipo de acciones no hablaron de ello aquí, si los especialistas koljozianos, más versados que nadie en esta materia, no dijeron nada, es debido sin duda a que en general resulta difícil descubrir que hayamos cometido este acto de sabotaje. Es un hecho que cometimos este acto, dándole una apariencia de medida útil. En cuanto a aquellos que decían que no era necesario cortar las moreras, les contestábamos, simplemente: “¿Acaso estás en contra de la mecanización, estás en contra de la política del Partido? ¡Eres un oportunista y habrá que tomar medidas contra ti!” Tales son las medidas de sabotaje que aplicamos en Uzbekistán.

No voy a extenderme sobre la cuestión de la alfalfa, que acompaña al algodón y es uno de los principales elementos en las rotaciones de cultivos. La alfalfa fue casi completamente destruida como resultado de nuestras medidas de sabotaje. Su cultivo se ha restablecido desde hace sólo dos años, bajo la presión directa del Comité central del Partido comunista (bolchevique) de la U.R.S.S. En los últimos tiempos recibíamos cada semana varios telegramas firmados por Stalin que decían: “¿Por qué os retrasáis con la alfalfa? ¿Por qué no sembráis?” Fue sólo debido a estas presiones que nos vimos obligados a tratar de solucionar la situación en que se encontraba el cultivo de la alfalfa.

El acusado admite también, respecto a la región de Uzbekistán, la realización de actos de sabotaje contra dos presas, tres centrales eléctricas, un combinat de nitrógeno, una fábrica de cemento y una mina de azufre.

Zelenski describe, con ayuda de numerosos ejemplos, el sabotaje en el sector del comercio.

ZELENSKI: ...He aquí en qué consistía el trabajo de sabotaje: los derechistas organizaban cortes en el abastecimiento de mercancías de uso corriente. Se organizaron acciones de este tipo, por ejemplo, en el comercio del azúcar, en la región de Kursk, durante el primer trimestre de 1936. Numerosos almacenes se quedaron sin azúcar durante una o dos semanas. Se organizaron también actos similares de sabotaje en la región de Leningrado, en el comercio de tabaco. En verano de 1936 se produjeron restricciones en el abastecimiento

de pan en una serie de localidades campesinas de la República soviética socialista de Bielorrusia, situadas cerca de la frontera.

Para dar una idea de estas restricciones, voy a indicar el siguiente hecho: de los 30.000 almacenes inspeccionados por las secciones comerciales-cooperativas de los Soviets y por la Inspección comercial, 3.700 no tenían sal en el transcurso del primer trimestre de 1936. En 2.000 almacenes sobre 42.000 faltó el azúcar. En el tercer trimestre de 1936, no había tabaco en 1.600 almacenes de un total de 36.000. No se trataba de fenómenos aislados, sino que estaban bastante extendidos.

Vychinski inicia un interrogatorio implacable:

VYCHINSKI: Usted quiere explicarme la técnica, y yo quiero esclarecer el fondo del asunto. En la instrucción previa usted dijo que el carácter de sabotaje del trabajo realizado residía en el hecho de aplicar la escala que se utilizaba para determinar la calidad de la mantequilla de tal modo que sólo se entregaba mantequilla de alta calidad, mientras que faltaba mantequilla barata.

ZELENSKI: Esto es lo que ahora quería explicar...

VYCHINSKI: ¿Es esto verdad, sí o no?

ZELENSKI: Es cierto.

VYCHINSKI: En consecuencia, esto repercutía en el presupuesto del consumidor. ¿No es verdad?

ZELENSKI: Sí, así es.

VYCHINSKI: ¿Y esto producía satisfacción o descontento entre la población?

ZELENSKI: Descontento.

VYCHINSKI: ¿Y es esto lo que se pretendía?

ZELENSKI: Sí, esto pretendíamos.

VYCHINSKI: ¿Era esto lo que pretendía su organización?

ZELENSKI: Sí.

VYCHINSKI: Y la mantequilla que entregaban, ¿era siempre de buena calidad? ¿o se esforzaban también en hacerla de mala calidad?

ZELENSKI: Sí, era eso último.

VYCHINSKI: ¿Se dio el caso de que miembros de su organización encargados del almacenaje de la mantequilla pusieran cristal triturado en ella?

ZELENSKI: Algunas veces se encontró cristal machacado en la mantequilla.

VYCHINSKI: No me refiero a aquellos casos en que se “encontró”, sino a aquellos en que se puso cristal triturado. Ya comprende la diferencia: se ponía cristal triturado. ¿Se dieron casos de este tipo, sí o no?

ZELENSKI: En algunas ocasiones se puso cristal triturado en la mantequilla.

VYCHINSKI: ¿Se dieron casos en que sus colaboradores, sus cómplices del criminal complot contra el poder soviético y el pueblo soviético, echaron clavos en la mantequilla?

ZELENSKI: Sí, esto sucedió.

VYCHINSKI: ¿Con qué finalidad? ¿Para darle “mejor gusto”?

ZELENSKI: Me parece que está demasiado claro.

VYCHINSKI: Se trata, pues, de la organización de un trabajo de sabotaje y diversión. ¿Se reconoce usted culpable?

ZELENSKI: Sí.

VYCHINSKI: Pero usted dice, sin embargo: “No nos ocupamos de esto, no es asunto de las cooperativas.”

¿Es usted miembro del bloque de conspiradores derechistas y trotskistas?

ZELENSKI: Sí, soy miembro.

VYCHINSKI: ¿Participó en el trabajo de sabotaje, diversión, terrorismo y espionaje llevado a cabo por este bloque?

ZELENSKI: He participado en el trabajo de sabotaje y diversión.

VYCHINSKI: ¿No dice usted nada del espionaje? (*Silencio*). ¿Asume la responsabilidad de toda la actividad criminal del grupo?

ZELENSKI: Sí.

VYCHINSKI: ¿Incluida la actividad de diversión?

ZELENSKI: También asumo la responsabilidad de actos de diversión.

VYCHINSKI: De mezclar clavos y cristal machacado en la mantequilla, desgarrando la garganta y el estómago del pueblo.

ZELENSKI: Asumo la responsabilidad. ¿Puedo continuar?

EL PRESIDENTE: Se lo ruego.

Ikramov habla del sabotaje en Tachkent:

IKRAMOV: Voy a exponer un caso de sabotaje cometido en la construcción. Tachkent está dividida en dos partes: la ciudad vieja y la ciudad nueva. En la parte vieja de la ciudad no existen canalizaciones; hay allí grandes espacios de terreno en los que no se pueden

construir casas. Además, existen numerosas zanjas donde es difícil encontrar suelo firme. Cuando se inició la construcción del nuevo edificio del Comisariado del pueblo de Correos y Telecomunicaciones se encontraron diecinueve de estos fosos y se tuvo que excavar hasta treinta o cuarenta metros de profundidad para poder construir los cimientos.

También se sabotó la economía municipal de Bujara. Se demolió parte de la ciudad, y se especulaba con la venta de viviendas. Se exigían a los habitantes impuestos exagerados; éstos, al fin, abandonaban las casas, que seguidamente eran puestas en venta. Se reducían y se malgastaban conscientemente los fondos otorgados por el Gobierno de la Unión para las obras públicas locales.

Hacia 1937, las construcciones inacabadas se valoraban en 34 millones de rublos.

VYCHINSKI: ¿Y todo ello era debido a la malversación de fondos?

IKRAMOV: Sí. Los responsables eran Karimov y Faizulla Jodiaev.

VYCHINSKI: ¿Y usted?

IKRAMOV: Yo no participaba personalmente en ello, pero está claro que mi responsabilidad no es menor.

VYCHINSKI: ¿Sabía que se hacía esto?

IKRAMOV: Claro está. Y si hubiese querido habría podido revelarlo todo. Un sabotaje de la misma amplitud, y ante el cual cerramos los ojos, tuvo lugar en los talleres del Comisariado del pueblo de industria ligera, en las fábricas de algodón y en las fábricas de seda. No me acuerdo de las cifras, pero se invirtieron gran cantidad de fondos en trabajos de construcción que se aplazaban de un año para otro. Salvo error, el proyecto de obras del Comisariado del pueblo para la industria ligera preveía para la industria de la seda una suma de 300 millones de rublos. De esta cantidad, 80 millones fueron invertidos en los trabajos de construcción; en cuanto al resto, los fondos pasaban de año en año al presupuesto del siguiente ejercicio. En Namangan, se había empezado a construir una fábrica de hilados de seda. Después de haber invertido 1.500.000 o 2 millones de rublos, se declaró a mediados de año que dicha empresa no se podría continuar. Me quedé muy sorprendido, pues no conocía los condicionamientos técnicos de esta industria. Me dijeron que haría falta medio millón de rublos para que no funcionara, y en efecto el Comisariado del pueblo de la industria ligera asignó 500.000 rublos para este fin.

Se gastaron cinco millones de rublos para la construcción de una fábrica de descortezamiento de algodón en Bujara. La fábrica está a punto, pero no puede entrar en servicio, a pesar de que se ha adquirido ya toda la maquinaria. ¿Por qué? Pues porque no hay prensas.

VYCHINSKI: ¿Cuánto cuesta una prensa?

IKRAMOV: De 100.000 a 200.000 rublos, aproximadamente. Incluso se habían construido viviendas para los obreros y empleados, pero la fábrica no llegó a funcionar y en la actualidad sirve solamente de depósito.

VYCHINSKI: ¿Y quién es el responsable?

IKRAMOV: En especial el Comisariado del Pueblo para la industria ligera. Pero yo, que cerré los ojos ante todo esto, también soy responsable, evidentemente.

El sabotaje como “justificación”

En la requisitoria pronunciada el 11 de marzo de 1938, Vychinski utiliza como testigo de cargo contra los acusados todas las dificultades económicas que atraviesa el país, tan conocidas por los habitantes de la U.R.S.S.

VYCHINSKI: En un país como el nuestro, rico en recursos de todo tipo, no podía ni puede suceder que escasee cualquier producto. La tarea de toda esta organización de sabotaje consistía precisamente en impedir la abundancia de productos en nuestro país; en mantener el mercado y las necesidades de la población en un estado de tensión continua. Voy a limitarme a recordar aquí un episodio de la actividad de Zelenski, el de los 50 vagones cargados de huevos que Zelenski destruyó a propósito para dejar a Moscú sin este producto alimenticio de primera necesidad.

Ahora queda claro por qué existen restricciones por todos lados; por qué, a pesar de la abundancia de productos, de repente carecemos de cualquiera de ellos. La falta incumbe precisamente a estos traidores. Esto les ha permitido crear un estado de opinión hostil al sistema de planificación de nuestra economía, al conjunto del sistema del poder soviético. Atentar contra las necesidades vitales de la población significa, en realidad, poner en práctica la antigua norma de Riabuchinski, que se proponía utilizar el espectro del hambre para ahogar la Revolución proletaria. ¡Pero la operación ha fracasado!...

(..) Este es el indignante y monstruoso catálogo de hechos de este sistema profundamente meditado y minuciosamente organizado -eso hay que reconocérselo a estos criminales-, sistema rigurosamente planificado de actos de sabotaje y diversión, que tendían no sólo a minar la capacidad defensiva y la potencia económica de nuestro país, sino también a provocar el descontento y la irritación de amplias masas de la población, con ayuda de métodos difíciles de desenmascarar.

Las declaraciones: espionaje y traición

Las acusaciones y declaraciones de espionaje y traición se van sucediendo en una progresión similar. Durante el primer proceso sólo los comparsas, Olberg y Lurie, confiesan sus relaciones con agentes alemanes y en especial con la Gestapo, mientras los acusados principales proclamaban, no sin ambigüedad, su vergüenza por estar sentados en los mismos bancos que estos hombres. En los procesos siguientes, la acusación va mucho más lejos. El acusado Radek admite haber cometido un acto de traición de este tipo, en el transcurso de una entrevista con una personalidad cuyo nombre no es citado.

VYCHINSKI: Su entrevista en noviembre de 1934 con este señor, representante de uno de los Estados de Europa central, si no me equivoco, tuvo lugar...

RADEK: Con intención de traicionar a la patria.

VYCHINSKI: ¿Y usted aceptó esto? ¿Continuó la entrevista?

RADEK: He sido yo quien le he informado de esta entrevista; en consecuencia, fui yo quien la sostuvo.

VYCHINSKI: ¿Se trataba de una traición a la patria?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y esto no le causó consternación?

RADEK: Para qué hablar de ello. Es evidente que esto me consternó. ¿O acaso se imagina que estoy habituado a traicionar a la patria? Me alteró profundamente.

VYCHINSKI: ¿Pero usted continuó manteniendo su posición, es decir, la ya citada posición de la derrota?

RADEK: Sí, mantenía esta postura: cumplir las órdenes de Trotsky?

VYCHINSKI: ¿Aunque estas órdenes significaran traición a la patria?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: Así, pues, en este caso, ¿se trataba de una traición a la patria, lo mismo que en 1935?

Lo que ahora me interesa saber es qué diferencia establece usted en la forma de plantear la cuestión de la traición a la patria, no en cuanto al número de veces que esto haya ocurrido, sino desde un punto de vista cualitativo.

RADEK: Ciudadano fiscal, ya ha sacado usted mismo la conclusión.

VYCHINSKI: ¿Reconoce usted que el hecho de haber sostenido una entrevista con M... en noviembre de 1934 fue una traición a la patria?

RADEK: Fui consciente de ello en el momento de la entrevista y ahora pienso igual que entonces.

VYCHINSKI: ¿Que fue una traición?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: Y el hecho de que Piatakov le comunicara la orden, ¿es también una traición a la patria?

RADEK: Es también una traición a la patria.

Las declaraciones de los “espías” en el proceso Piatakov

Sin embargo, los que confiesan su relación con los servicios de información extranjeros son simples comparsas. Así, Stroilov, antiguo alto funcionario del Consulado de Berlín, se convirtió en espía alemán a través de una relación profesional, mantenida con von Berg.

STROILOV: Sostuve una entrevista con von Berg sobre asuntos relacionados con el desarrollo de nuestro país. Von Berg me recomendó la lectura del libro de Trotsky del que hablé ayer.

Cuando regresé a la U.R.S.S. -a finales de noviembre o principios de diciembre de 1930- von Berg se encontraba también en Moscú. Me rogó insistentemente por teléfono que fuera a verlo. No fui. Entonces me rogó que le enviara una nota para decirle cuándo volvería a Alemania; así lo hice. Cuando regresé a Alemania, tuve varias entrevistas con von Berg. En el transcurso de una de nuestras conversaciones, me dijo que en la U.R.S.S. sabían de los servicios que yo había prestado a las casas “Walram” y “Eichhof”. En nuestra segunda entrevista añadió que se me vigilaba y que en la U.R.S.S. se conocían mis actividades antisoviéticas; en consecuencia, debía quedarme en Alemania. A finales de marzo de 1931 me puse en contacto con Wüster, que me había sido recomendado por von Berg, para organizar mi marcha a Checoslovaquia y Francia con el fin de dilucidar algunas cuestiones referentes a la explotación de grandes yacimientos de carbón. Wüster me dijo: “Esto se puede arreglar, pero, como usted no es alemán, necesitamos cualquier documento que certifique que es de los nuestros y que no abusará de nuestra confianza.” Entonces le di el documento del que ya he hablado, es decir, mi consentimiento de no entrar en la U.R.S.S., de continuar trabajando en Alemania y de llevar a cabo la misión encomendada.

Tres o cuatro días más tarde, el 2 de abril, fui a su casa, Armstrasse n.º 59, creo que era el segundo piso. Wüster me dijo: “Usted no necesita ya plantear si se va a quedar en Alemania, o se va a ir a Francia o a Checoslovaquia.” Confieso que me quedé atónito y me

apresuré a decirle que esto no era honesto. Me contestó: “No hay nada deshonesto, señor Stroilov. Usted ha entregado un documento y en consecuencia debe ejecutar nuestras instrucciones tal y como se ha comprometido a hacerlo.” Y con un tono altivo declaró que esta vez no me hablaba en su nombre, sino en el de ciertos medios políticos que podían hacerme dos cosas: o bien encarcelarme en Alemania a causa de los datos que suministré sobre la agitación que, al parecer, había promovido, o bien hacerlo en una cárcel soviética debido al documento que había firmado. Acepté llevar a cabo las instrucciones de Wüster, es decir, hablando claramente, convertirme en traidor.

Durante esta misma entrevista me indicó que mi misión inmediata consistía en ayudar a los especialistas alemanes, en particular a los que vendrían a traerme, según la consigna convenida, un “saludo de Wüster”. Debía ayudarlos por todos los medios a conseguir empleos en determinadas actividades en la U.R.S.S. y ayudarlos en su trabajo, sin tener en cuenta sus insuficiencias técnicas.

Además, me indicó que debería tomar ciertas medidas dirigidas a frenar el desarrollo de la industria hullera en la U.R.S.S. En concreto, se trataba de una orden de sabotaje.

El técnico alemán Stein lo confirma.

STEIN: En 1932 llegaron los ingenieros Wurm y Sommeregger. El ingeniero Wurm vino a verme a mi casa como quien se encuentra con un compatriota, y con este pretexto trabamos relaciones. El ingeniero Wurm me dijo: no hemos venido a la Unión Soviética para ayudar a los bolcheviques. Estamos aquí para ayudar al Estado alemán, a las empresas alemanas.

Lo que debía hacerse era averiar a cualquier precio las máquinas importadas de Alemania para así tener la posibilidad de importar otras nuevas. Para ello era necesario destruir las máquinas de manera que esto no pudiera atribuirse a su falta de calidad sino a la incapacidad de los obreros rusos. Se debía empezar por estropear las máquinas rusas.

Me dijo que éste era deber de cada alemán, y el que no lo hiciera así no tendría derecho a ser considerado alemán.

Por la misma época, en 1932, llegó el ingeniero Flessa. Me preguntó si ya había realizado algún acto de sabotaje. Le contesté que no. Entonces me trató de cobarde y traidor a Alemania.

VYCHINSKI: ¿Quién?

STEIN: El ingeniero Flessa. Entonces me comunicó claramente que debía empezar el trabajo. Tenía que establecer contacto con el jefe de la mina, Chestov...

Los acusados Kniazev y Turok reconocen abiertamente su culpabilidad.

VYCHINSKI: ¿Y usted, Kniazev, desde cuándo formaba parte del servicio de espionaje japonés?

KNIAZEV: Entré en septiembre de 1934.

VYCHINSKI: En septiembre de 1934, ¿y cuál era su misión en el servicio de espionaje japonés?

KNIAZEV: Estaba en relación con los japoneses.

VYCHINSKI: Y era agente del servicio de espionaje japonés.

KNIAZEV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y usted se lo dijo a Livchitz? ¿Él lo sabía?

KNIAZEV: Sí.

VYCHINSKI: Cuando usted habló con Livchitz sobre la organización de catástrofes ferroviarias, ¿le dijo que el servicio de espionaje japonés le exigía que organizase estas catástrofes?

KNIAZEV: Voy a explicar cómo le expuse este asunto. Entré en relación con un agente japonés, seis meses después de haberme puesto en contacto con los trotskistas, pues desde las primeras entrevistas que tuve con este agente...

VYCHINSKI: ¿Aparece este hombre en el acta de acusación? ¿con qué nombre? ¿Ha leído usted el acta de acusación?

KNIAZEV: La he leído.

VYCHINSKI: ¿Cómo aparece este agente? ¿Como espía?

KNIAZEV: No, es el señor X...

VYCHINSKI: No X, sino H... Y este "Grigori Ivanovich", ¿quién es?

KNIAZEV: Es su hombre de confianza.

VYCHINSKI: ¿De dónde es?

KNIAZEV: Me parece que es de origen ruso.

VYCHINSKI: ¿Y usted?

KNIAZEV: Ruso también.

VYCHINSKI: Así, pues, "Grigori Ivanovich" era un agente del servicio de espionaje japonés y usted también lo era; continúe. (...)

VYCHINSKI: Acusado Turok, ¿sabía usted que el servicio de espionaje japonés pagaba los informes?

TUROK: No, no los pagaba, pero recibíamos dinero para organizar actividades trotskistas de diversión.

VYCHINSKI: ¿De quién?

TUROK: Del servicio de espionaje japonés.

VYCHINSKI: ¿De modo que el servicio de espionaje japonés pagaba en letras de cambio y, además, recibían dinero en especies?

TUROK: Yo daba dinero...

VYCHINSKI: No se precipite en darlo. Diga, primero, si lo recibía.

TUROK: Sí, lo recibía.

VYCHINSKI: ¿Del servicio de espionaje japonés?

TUROK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Cuándo recibió usted dinero?

TUROK: En enero de 1935, 35.000 rublos.

VYCHINSKI: ¿Qué hizo usted con este dinero?

TUROK: Me quedé con 20.000 rublos para mi organización y di 15.000 a la organización de Kniazev.

El acusado Hrasche admite pertenecer al mismo tiempo a dos servicios de espionaje rivales:

HRASCHE: Entré en contacto con el trotskismo por mis actividades como espía y saboteador.

VYCHINSKI: ¡Vaya, vaya! Así, pues, del espionaje al trotskismo y no al revés. En este caso, es mejor que cuente al Tribunal cómo se convirtió usted en un agente de espionaje. ¿De qué servicio de espionaje?

HRASCHE: Cuando llegué por primera vez...

VYCHINSKI: ¿De qué servicio de espionaje?

HRASCHE: La última vez...

VYCHINSKI: ¿De qué servicio de espionaje era usted agente?

HRASCHE: Del servicio de espionaje alemán.

VYCHINSKI: ¡Vaya, vaya! ¿En qué año?

HRASCHE: En 1932.

VYCHINSKI: ¿Y antes de 1932? Díganos dónde trabajó, en qué instituciones.

HRASCHE: En 1932, nada más llegar, empecé a trabajar en el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública...

VYCHINSKI: ¿En el Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública?

HRASCHE: Sí.

VYCHINSKI: ¿En calidad de qué?

HRASCHE: Trabajaba en el servicio de información, como colaborador del “Boletín de la escuela única”. Después trabajé en el Komintern como traductor de checoslovaco.

VYCHINSKI: ¿En el Komintern?

HRASCHE: Sí.

VYCHINSKI: ¿En qué año?

HRASCHE: De mayo de 1931 a mayo de 1932.

VYCHINSKI: Y antes de esta fecha, ¿realizó usted algún acto de espionaje?

HRASCHE: Sí, debo decir...

VYCHINSKI: Conteste simplemente si hizo o no hizo espionaje. ¿Antes de esta fecha hizo usted espionaje?

HRASCHE: Me limitaba a recibir instrucciones.

VYCHINSKI: ¿Había tenido ya alguna responsabilidad como espía?

HRASCHE: Sí.

VYCHINSKI: Cuando entró a formar parte del Comisariado del Pueblo de Instrucción Pública, ¿estaba ya ligado a la organización de espionaje?

HRASCHE: Sí.

VYCHINSKI: Y, sin embargo, usted acaba de decir aquí que hasta 1932 no se convirtió en agente de espionaje. Le voy a plantear claramente la pregunta: en 1920, ¿vino a la U.R.S.S. como espía?

HRASCHE: Sí, así fue.

VYCHINSKI: ¿Y por este motivo utilizó la operación de los prisioneros de guerra? ¿Fue para llevar a cabo más fácilmente su misión de espía?

HRASCHE: Sí.

VYCHINSKI: Bueno, ahora todo está aclarado. ¿Desde qué año perteneció definitivamente al servicio de espionaje alemán?

HRASCHE: Pasé a formar parte del servicio de espionaje alemán en 1932.

VYCHINSKI: Y antes de esta fecha, ¿con qué servicio de espionaje estaba en contacto?

HRASCHE: Con el servicio de espionaje checoslovaco.

VYCHINSKI: ¿Cuál es, pues, su principal profesión?

HRASCHE: Me parece que es inútil contestar.

VYCHINSKI: Es necesario que conteste. Usted dice que es profesor y no lo es; después dice que es economista y tampoco lo es; seguidamente ha rectificado diciendo que es periodista, y ahora veo que tiene otra profesión. ¿Cuál?

HRASCHE: La de espía.

Los “espías” en el proceso Bujarin

Chernov explica cómo se convirtió en espía después de una entrevista con el emigrado menchevique Dan: detenido a causa de una riña en un autobús, cayó en la trampa que le tendieron.

CHERNOV: Sucedió que tres alemanes me cogieron; detuvieron el autobús, me metieron en un taxi y me llevaron al Polizei-Praesidium.

En el Polizei-Praesidium protesté y exigí que me dejaran en libertad. Me dijeron que tenía que esperar hasta la mañana siguiente, hasta que llegara el jefe. Pasé la noche allí. Por la mañana apareció un funcionario que hablaba bien el ruso y al que dirigí mis protestas. Me dijo que tenía que presentar un informe al jefe. Al cabo de cierto tiempo, apareció un hombre. Se hacía llamar coronel Oberhaus. Sacó un acta y me la tradujo. Era acusado de haber provocado daños a ciudadanos alemanes, por cuyo motivo tenía que responder como un criminal de derecho común. Me indicó que se enviaría una copia de esta acta a nuestra Embajada; y seguidamente me propuso que me convirtiera en agente del servicio de espionaje alemán. Yo rehusé. Entonces Oberhaus me dijo que conocía algunas cosas de mis asuntos en Alemania. Le pregunté: “¿Qué cosas?”. Me contestó: “Estoy al corriente de sus entrevistas con Dan”, y me enseñó algunas fotografías que reproducían mis encuentros con Dan en Koenigstein y en Berlín. Finalmente, resumió el contenido de mi conversación con Dan.

VYCHINSKI: ¿Qué conversación?

CHERNOV: La conversación que sostuve con Dan. Durante su exposición repitió exactamente las palabras pronunciadas por Dan. Entonces comprendí claramente que la caza a que se me sometía en Alemania estaba organizada por el servicio de espionaje alemán con la colaboración y total complicidad de Dan, y que Dan era, sin ningún género de dudas, un agente del servicio de espionaje alemán, al igual que Kibrik.

VYCHINSKI: ¿Lo que le enseñaron en la policía correspondía a la realidad?

CHERNOV: ¿El acta? Estaba redactada de una forma tendenciosa, yo no era capaz de hacer daño a nadie.

VYCHINSKI: ¿Y en lo que se refiere a su entrevista con Dan?

CHERNOV: Correspondía exactamente a lo que Dan y yo habíamos hablado.

VYCHINSKI: ¿En presencia de quién tuvo lugar su conversación con Dan?

CHERNOV: En Koenigstein estuvimos solos los dos durante la entrevista. Kibrik me llevó a la habitación de Dan, y después salió.

VYCHINSKI: ¿Entonces sólo Dan o usted pudieron informar al funcionario de la policía de esta entrevista?

CHERNOV: Sí.

VYCHINSKI: Entonces, si usted no informó a la policía de esta conversación, lo hizo Dan; y si Dan comunicó a la policía esta conversación, es porque Dan colaboraba con la policía.

CHERNOV: Sí, de lo contrario no habría podido informarles.

Después de esto acepté y me convertí en espía alemán.

El acusado pasa a continuación a precisar su papel y las informaciones que le pedía su inmediato superior en la organización, un corresponsal alemán en Moscú.

CHERNOV: En aquel momento yo era, me parece recordar, Comisario del Pueblo - adjunto o miembro del Colegio del Comisariado del Pueblo de Comercio. Un día telefonearon desde el despacho de informaciones del Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores para decirme que Paul Scheffer, corresponsal del periódico alemán *Berliner Tageblatt*, deseaba hablar conmigo para tratar sobre diversos asuntos de información, y que se me autorizaba a entrevistarme con él, siempre que no le comunicara ningún tipo de información considerada como secreta. En efecto, al cabo de cierto tiempo, Scheffer se presentó en mi casa, me dijo que venía de parte del coronel Oberhaus y me dio la contraseña "Reinold". Era mi nombre de espía alemán. Le pregunté a Scheffer qué quería de mí el coronel Oberhaus. En principio quería información sobre la vida interna del Partido, sobre el estado del trabajo entre los grupos derechistas y trotskistas y sobre la situación en el campo. Además, exigía datos específicos sobre los stocks de productos industriales. Lo que más le interesaba eran las mercancías industriales almacenadas en las ciudades. Exigía información sobre la marcha del almacenaje y sobre las reservas de granos previstas en caso de guerra. Una parte de los datos exigidos -los referentes a la situación en

el Partido y al trabajo entre los derechistas- se los proporcioné en aquel momento verbalmente; en cuanto a las cifras que pedía, se las comunicué algunos días más tarde.

A partir de entonces, tuve varios encuentros periódicos con Scheffer. Transmitía informaciones al servicio de espionaje alemán, al mismo tiempo que recibía a través de Scheffer indicaciones sobre la organización del sabotaje. Tuve una conversación particularmente larga con Scheffer sobre la organización del sabotaje contra los almacenajes de granos y el abastecimiento de pan. La orden esencial que me dio entonces el servicio de espionaje alemán consistía en organizar la deterioración de los granos en el país. Para ello había que retrasar la construcción de silos y elevadores, creándose así una desproporción entre los crecientes stocks y la capacidad de los silos, y obtener con ello -como decía Scheffer- dos cosas: en primer lugar, que los granos se estropearan; y en segundo lugar, ocasionar el descontento de los campesinos, que sería inevitable cuando se dieran cuenta de que los granos se echaban a perder. También se debía organizar la infección masiva de los graneros de trigo mediante insectos nocivos, especialmente mediante los gorgojos. Scheffer exigía sobre todo que se organizara la infección de las reservas destinadas a la movilización mediante el empleo de insectos nocivos y de gorgojos. Por mi parte, cumplí todos los trabajos que me había encargado Scheffer.

Los acusados Ivanov y Zelenski declaran haber entrado al servicio de la Ojrana zarista en 1911. El acusado Zubarek declara haber entrado al servicio de la policía en 1908, y al servicio de información alemán en 1936, por mediación de Ivanov. El acusado Charangovich se declara espía polaco desde 1921. Rosengoltz y Krestinski confiesan también:

VYCHINSKI: ¿Además de proporcionar dinero a Trotsky, suministraba usted a Seeckt informaciones de espionaje?

ROSENGOLTZ: Sí, sí, esto sucedió en 1923.

VYCHINSKI: ¿Y posteriormente?

ROSENGOLTZ: A partir de 1931, suministré información de los pedidos que se hacían al extranjero.

VYCHINSKI: ¿Informaciones confidenciales? ¿Secretos de Estado?

ROSENGOLTZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Trabajó usted durante mucho tiempo para el servicio de espionaje extranjero?

ROSENGOLTZ: Estuve proporcionando informes de 1931 a 1935-1936.

VYCHINSKI: ¿Y en 1937?

ROSENGOLTZ: No lo hice.

VYCHINSKI: ¿Por qué?

ROSENGOLTZ: Estoy describiendo las cosas tal y como sucedieron.

VYCHINSKI: ¿Pero por qué fue así? ¿Por qué no transmitió ningún dato en 1937?

ROSENGOLTZ: No tuve ninguna entrevista.

VYCHINSKI: ¿Ninguna ocasión favorable?

ROSENGOLTZ: Así fue, ninguna ocasión.

VYCHINSKI: Y en 1923, siguiendo las instrucciones de Trotsky, ¿transmitió usted informaciones de espionaje al general Seeckt?

ROSENGOLTZ: Sí, Sí.

VYCHINSKI: ¿Sabe de alguien más que transmitiera entonces un tipo de información parecida al general Seeckt?

ROSENGOLTZ: Sabía que Krestinski estaba en relación clandestina con la Reichswehr.

VYCHINSKI: ¿En qué época?

ROSENGOLTZ: Más o menos en la misma época, o quizá un poco más tarde, no lo recuerdo exactamente; pero ignoro de qué naturaleza eran estas relaciones.

VYCHINSKI: ¿Quizá Krestinski podrá decírnoslo? Acusado Krestinski, ¿qué relaciones mantenía usted con la Reichswehr?

KRESTINSKI: En 1921, Trotsky me propuso que aprovechara una entrevista con Seeckt, durante unas conversaciones oficiales, para pedirle que proporcionara a Trotsky una subvención regular, con la finalidad de que pudiera desarrollar su actividad trotskista ilegal; y me advirtió que, en caso de que Seeckt me pidiera a cambio ciertos servicios de espionaje, yo podía y debía consentir. Después hablaré de mi conversación con Trotsky sobre este tema. Le planteé este asunto a Seeckt y le pedí 250.000 marcos oro, es decir, 60.000 dólares al año. El general Seeckt, después de haber consultado a su adjunto, el jefe de estado mayor, aceptó en principio, pero a condición de que Trotsky le suministrara, ya en Moscú, o por mediación mía, y aunque sólo fuera irregularmente, ciertas informaciones importantes y confidenciales, relativas a la defensa nacional. Además, debíamos ayudarle a obtener visados para algunos hombres que debía enviar a territorio soviético como espías. Se aceptaron las condiciones del general Seeckt y el acuerdo entró en vigor a partir de 1923.

VYCHINSKI: ¿Era usted quien transmitía las informaciones de espionaje?

KRESTINSKI: No lo hacía yo en particular, sino nosotros, los trotskistas rusos. Sin embargo, en algunas ocasiones transmití personalmente determinados datos al general Seeckt.

VYCHINSKI: ¿Los transmitía personalmente?

KRESTINSKI: Sí, y también en dos o tres ocasiones cobré yo mismo el dinero.

VYCHINSKI: ¿De quién cobró el dinero?

KRESTINSKI: Del general Seeckt

VYCHINSKI: ¿Dónde?

KRESTINSKI: En mi despacho. Luego yo enviaba el dinero a Trotsky en persona, cuando iba a Moscú.

VYCHINSKI: ¿Lo hacía personalmente?

KRESTINSKI: Sí, sin ningún intermediario.

VYCHINSKI: ¿En qué año tuvieron lugar estas conversaciones con Seeckt?

KRESTINSKI: Fue en la primavera de 1922. En el acta de acusación consta que fue en 1921; esto no tiene demasiada importancia, pero la primera entrevista oficial que Trotsky me indujo a utilizar tuvo lugar en el transcurso del invierno de 1921-1922.

VYCHINSKI: ¿Y aprovechó usted esta entrevista?

KRESTINSKI: Al enterarse de la existencia de estas entrevistas, Trotsky me propuso utilizar la última, que tuvo lugar a finales de la primavera o a principios del verano de 1922. Por otra parte, en cuanto a mi acusación, esto no tiene ninguna importancia.

VYCHINSKI: ¿Desde el invierno de 1921-1922, es decir, a partir de 1921, entró usted en contacto con la Reichswehr en la persona del general Seeckt?

KRESTINSKI: La relación criminal se estableció a partir de 1922.

VYCHINSKI: Al principio, usted sólo organizó la relación, ¿y después?

KRESTINSKI: Después se convirtió en relación criminal.

VYCHINSKI: Así, ¿se convirtió en relación criminal?

KRESTINSKI: Sí, fue una relación criminal a partir de 1922.

VYCHINSKI: Puede sentarse.

Es decir que usted, Rosengoltz, estuvo en relación con el servicio de espionaje alemán desde 1923.

ROSENGOLTZ: En relación directa con Seeckt.

VYCHINSKI: ¿Hay alguna diferencia?

ROSENGOLTZ: Lo decía simplemente para precisar.

VYCHINSKI: En conclusión, acusado Rosengoltz, ¿desde 1923 suministraba usted informaciones de espionaje a Estados extranjeros?

ROSENGOLTZ: Exactamente.

Racovski confiesa estar al servicio del Intelligence Service:

VYCHINSKI: Dígame en qué circunstancias se enroló, en qué circunstancias se convirtió en agente del Intelligence Service en 1924?

RACOVSKI: Volveré a hablar de este asunto; después de la caída del gobierno MacDonald, en noviembre de 1924, Armstrong y Leckart, a quienes había conocido con anterioridad por otros asuntos, vinieron a verme.

VYCHINSKI: Como quiera. Y después, ¿cómo se enroló! Comprendo que quizá no le sea muy agradable hablar de ello en este momento, pero es indispensable.

RACOVSKI: Ya expuse todo esto en la instrucción previa y también aquí.

VYCHINSKI: Entonces, hable concretamente de este asunto, de este hecho. ¿Cómo se enroló usted?

RACOVSKI: Armstrong me dijo: “Le tenemos a usted mucha simpatía y queremos prevenirle contra un peligro que le amenaza.” Sacó un papel de su bolsillo y me lo enseñó.

VYCHINSKI: ¿Qué era ese papel?

RACOVSKI: Era una carta dactilografiada con mi firma apócrifa.

VYCHINSKI: ¿Dice usted apócrifa?

RACOVSKI: Apócrifa.

VYCHINSKI: ¿Y a quién iba dirigida esta carta?

RACOVSKI: No llevaba destinatario.

VYCHINSKI: ¿A quién iba destinada?

RACOVSKI: Hablaré de su contenido.

VYCHINSKI: ¿No quiere usted que le haga preguntas?

RACOVSKI: No, no tengo derecho.

VYCHINSKI: Tiene usted derecho.

RACOVSKI: Hágame preguntas por favor, quizá usted me pregunte lo que yo quiero decir y contestaré con gusto.

VYCHINSKI: ¿A quién iba destinada la carta?

RACOVSKI: Esta carta iba dirigida a Alemania, no llevaba la dirección del destinatario.

VYCHINSKI: ¿Iba dirigida a Alemania?

RACOVSKI: Por su contenido se desprendería que iba dirigida al gobierno alemán.

VYCHINSKI: ¿Al servicio del espionaje alemán?

RACOVSKI: Posiblemente.

VYCHINSKI: ¿Qué se decía en esta carta?

RACOVSKI: Se decía más o menos lo siguiente: “Les envío la lista adjunta de las casas comerciales y de las redacciones de los periódicos rumanos que hay que ganar a la causa alemana para que Rumania intervenga en la guerra al lado de Alemania.”

VYCHINSKI: ¿Qué significa el contenido de esta carta?

RACOVSKI: El contenido de esta carta significa que yo mantenía relaciones con el servicio de espionaje alemán, o bien con el gobierno alemán o una organización alemana cualquiera.

VYCHINSKI: ¿Y que usted colaboraba con Alemania para reclutar ciudadanos rumanos en la misma Rumania para ayudar a Alemania?

RACOVSKI: Exactamente.

VYCHINSKI: ¿Es esto?

RACOVSKI: Exactamente.

VYCHINSKI: Y dígame, ¿estaba usted en Rumania en la época a que se refiere la carta?

RACOVSKI: ¿En la época a que se refiere?

VYCHINSKI: Sí.

RACOVSKI: La carta estaba fechada en Berna, en octubre de 1915. En aquella época yo no estaba en Berna.

VYCHINSKI: ¿Y estaba usted en Rumania?

RACOVSKI: Estaba allí. Participaba en el movimiento obrero rumano.

VYCHINSKI: Deje de lado al movimiento obrero. No le estoy hablando del movimiento obrero, sino de que, según se desprende de sus propias declaraciones, usted hizo traición en 1924. ¿Decía usted, pues, que en 1924 se convirtió en agente del servicio de espionaje inglés?

RACOVSKI: Sí, me convertí en espía.

Más adelante Racovski precisa que Trotsky estaba embarcado en la misma causa que él.

VYCHINSKI: Explique lo que sepa sobre las relaciones de Trotsky con el Intelligence Service.

RACOVSKI: Fue poco antes de la deportación de Trotsky a Alma-Ata. Primero lo iban a deportar a Astraján, pero consiguió que lo enviaran a Alma-Ata. Estando una vez en su casa, calle Granovski, lo encontré muy satisfecho de haber podido cambiar Astraján por Alma-Ata. Me sorprendí. En efecto, se necesitaban varios días para ir de Alma-Ata a Frunzé (entonces no había ferrocarril). Pero él contestó: En cambio, está más cerca de la frontera china, y me enseñó un paquete de mapas. Me hizo comprender que pretendía huir. Entonces pregunté cómo se podía huir por la China occidental, a través de desiertos de arena, de montañas, y sin recursos. El Intelligence Service me ayudará, me dijo Trotsky, y me confesó con gran secreto que estaba en contacto criminal con el Intelligence Service desde 1926.

En su última declaración el acusado afirma lo siguiente:

Soy un espía por partida doble. En 1924 establecí relaciones criminales con el Intelligence Service, y en 1934 con el servicio de espionaje japonés. En 1927 entré en contacto con ciertos grupos capitalistas franceses de derecha, cuya finalidad era, en último término, igualmente hostil a la Unión Soviética.

Todas estas declaraciones reunidas harán que Vychinski, en su pedimento fiscal, pueda afirmar:

VYCHINSKI: Aquí, en el banquillo de los acusados, no está sentado un solo grupo antisoviético, la agencia de un servicio de espionaje extranjero, sino una serie de grupos antisoviéticos, que representan la agencia de los servicios de espionaje de toda una serie de Estados extranjeros hostiles a la U.R.S.S.

En este *affaire* están implicados los escombros de todas las fuerzas, grupos y organizaciones antisoviéticos, están implicados, como lo ha establecido con toda precisión la instrucción judicial, al menos cuatro servicios de espionaje extranjeros: japonés, alemán, polaco e inglés, y también, claro está, todos los demás servicios de espionaje extranjeros que mantienen con los servicios de espionaje citados un contacto amistoso, un contacto diríamos operativo.

Denegaciones y resistencias

Sin embargo, este derroche de confesiones complacientes, esta sucesión de preguntas y respuestas perfectamente encajadas para formar un conjunto coherente -a veces demasiado coherente para ser verosímil- no se desarrolla sin fallos ni sorpresas. El acta del primer proceso resume, sin transcribirlas, las denegaciones de Smirnov. La del último proceso no disimula en absoluto la resistencia de Krestinski. Pero hay otras dificultades. De improviso, sin que nada lo haga presumir, un acusado se enfada, niega una declaración, replantea un punto que parece no tener importancia, o calla obstinadamente. A veces el fiscal se irrita, amenaza o llama al orden, o, por el contrario, tranquiliza y apacigua al hombre enloquecido, que se debate o se encierra en un mutismo inesperado: durante algunos minutos -a veces menos- se entabla un curioso diálogo con doble sentido, en el que ambos interlocutores parecen aludir a una secreta regla del juego que se denuncia o que no se quiere violar.

Las resistencias de Piatakov

En el proceso de los diecisiete, Piatakov provoca diversos incidentes. Así, el primer día, niega las afirmaciones de Chestov, que Vychinski quería utilizar contra su versión de los acontecimientos:

VYCHINSKI: ¿Confirma usted lo que acaba de exponer el acusado Piatakov en cuanto a la entrevista con Sedov?

CHESTOV: Sí, lo confirmo.

VYCHINSKI: ¿Fue precisamente esto lo que le dijo Piatakov en aquella ocasión?

CHESTOV: Sí, aunque lo hizo mucho más detalladamente.

VYCHINSKI: ¿En qué sentido dio estos detalles?

CHESTOV: Decía que la industrialización realizada por Stalin no resiste crítica alguna.

VYCHINSKI: ¿Y quién le decía esto?

CHESTOV: Fue Piatakov quien me lo dijo.

VYCHINSKI: ¿Eran palabras tuyas o simplemente transmitía las palabras de Sedov?

CHESTOV: Yo lo interpreté en el sentido de que Piatakov me transmitía sus propias palabras, y esto concordaba con lo que ya sabía por mi conversación con Sedov.

VYCHINSKI: ¿Quién había sostenido esta conversación?

CHESTOV: Yo mismo.

VYCHINSKI: Ya hablaremos de ello más adelante. Ahora dígame qué sabe usted de la entrevista entre Piatakov y Sedov.

CHESTOV: En aquel momento, Piatakov me dijo que la construcción de grandes minas y la idea de Stalin de un combinat Ural-Kuznetsk eran castillos de arena. Para probar lo que decía puso a calcular, lápiz en mano (había cogido realmente un lápiz), lo que costaría una tonelada de metal extraído de la Magnitka, con la hulla de la cuenca de Kuznetsk, una tonelada de metal de la fábrica de Kuznetsk, extraída del mineral...

VYCHINSKI: ¿Y a qué conclusión llegó?

CHESTOV: Llegó a la conclusión de que estas fábricas no serían rentables.

VYCHINSKI: ¿Quién opinaba esto?

CHESTOV: Comprendí que era la opinión de Yuri Leonidovich.

VYCHINSKI: Al exponerle su conversación con Sedov, ¿Piatakov se solidarizaba con él o sólo le transmitía la conversación fotográficamente?

CHESTOV: Se solidarizaba con él, sin reservas.

VYCHINSKI: ¿Intentó convencerle a usted?

CHESTOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Aún no estaba convencido en aquellos momentos?

CHESTOV: Sí, estaba suficientemente convencido después de mi entrevista con Sedov, y más tarde tuve dos entrevistas con Smirnov.

VYCHINSKI: Si he comprendido bien, ¿estaba Piatakov completamente de acuerdo con el punto de vista de Sedov cuando le comunicó a usted su entrevista con él?

CHESTOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿E intentó influir sobre usted para que aceptara su punto de vista?

CHESTOV: Sí.

VYCHINSKI: No tengo nada más que preguntar a Chestov. Permítame hacer una pregunta a Piatakov. Acusado Piatakov, ¿está usted de acuerdo con lo que Chestov acaba de decir?

PIATAKOV: Quizá Chestov habló con alguien, pero no conmigo, cuando dice que, lápiz en mano, calculamos el precio del mineral. Esta conversación no la tuvo conmigo.

VYCHINSKI: Cuando le contaba a Chestov su entrevista con Sedov, ¿daba usted a su relato el carácter de una simple transmisión o, al hacerlo, expresaba su propia opinión?

PIATAKOV: Tanto con Chestov como con Vladimir Loguinov se trataba de llevar a cabo esta orden.

VYCHINSKI: Si he comprendido bien, en 1931, en Berlín, usted vio a Sedov y hablaron de la lucha realizada contra el Gobierno soviético y el Partido; ¿expresó usted su punto de vista sobre el fracaso de la industrialización, etc.?

PIATAKOV: En cuanto al fracaso de la industrialización, no expresé aún en aquel momento mis opiniones, pero, en todo caso, hablé de la reanudación de la lucha contra la dirección y sobre este tema sí expuse mi punto de vista.

VYCHINSKI: ¿Creía que era necesario reemprender la lucha?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Cómo se explica que usted consintiera tan pronto en reemprender esta lucha contra el Partido y el Gobierno soviético?

PIATAKOV: La causa no fue mi entrevista con Sedov; él sólo me dio el empujón definitivo.

VYCHINSKI: En consecuencia, ¿ya entonces se manifestaba su vieja posición trotskista?

PIATAKOV: Es verdad que conservaba mis viejas tendencias trotskistas que, más tarde, fueron progresivamente en aumento.

Al día siguiente, Piatakov se resiste a admitir los fundamentos políticos de la acusación. Niega asimismo que la actividad "trotskista" que ha declarado poco antes fuera conscientemente fascista. Vychinski le recuerda sus declaraciones: Piatakov calla y el Fiscal se conforma, finalmente, con una respuesta ambigua:

VYCHINSKI: ¿Hasta aquel momento usted no se dio cuenta?

PIATAKOV: Fue entonces cuando lo vi claro.

VYCHINSKI: ¿Pero usted se daba cuenta de que todo cuanto hacía era un crimen de Estado muy grave?

PIATAKOV: No lo tenía claro en el transcurso de aquella conversación.

VYCHINSKI: En 1931, cuando usted recibió la orden de emprender el camino del terrorismo, ¿era o no era éste uno de los más graves crímenes de Estado?

PIATAKOV: Sí, seguramente.

VYCHINSKI: En 1932 le fue confirmado esta orden y usted se encargó de llevar a cabo esta tarea. ¿Era esto uno de los más graves crímenes de Estado?

PIATAKOV: Exactamente igual.

VYCHINSKI: ¿Es decir?

PIATAKOV: Era uno de los más graves crímenes contra el Estado.

VYCHINSKI: ¿La orden de sabotaje le fue transmitida por mediación de Radek o bien directamente?

PIATAKOV: Me la transmitieron a mí personalmente.

VYCHINSKI: ¿Y la aceptó?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Cómo califica usted esto?

PIATAKOV: Exactamente igual.

VYCHINSKI: ¿Es decir?

PIATAKOV: Como uno de los más graves crímenes contra el Estado.

VYCHINSKI: ¿Recibió la orden de cometer actos de diversión?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Cómo califica usted esto?

PIATAKOV: Exactamente igual.

VYCHINSKI: ¿Le dieron alguna orden sobre terrorismo?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Cómo califica usted esto?

PIATAKOV: Exactamente igual.

VYCHINSKI: ¿Le dieron una orden sobre espionaje? ¿Cómo lo califica usted?

PIATAKOV: Exactamente igual.

VYCHINSKI: ¿A favor de quién?

PIATAKOV: No voy a decir aquí a favor de quién.

VYCHINSKI: ¿A nombre de quién y con qué finalidades políticas? Cuando aceptó en 1931 la orden sobre sabotaje, cuando aceptó la orden sobre los actos de diversión, cuando aceptó la orden sobre espionaje y las relaciones con los servicios de espionaje de ciertos Estados extranjeros, ¿estaba todo claro para usted o bien no sabía adónde conducía todo esto? ¿Cómo califica esta serie de hechos?

PIATAKOV: Si lo hubiera visto todo claro, es probable que las cosas hubiesen sucedido de otro modo.

VYCHINSKI: Sin embargo, ya es usted un hombre mayor. Procedamos en sentido inverso. Al aceptar la orden sobre terrorismo, ¿no comprendió que se trataba del asesinato de los dirigentes de nuestro Partido?

PIATAKOV: Lo comprendí, por supuesto.

VYCHINSKI: ¿Y no es esto uno de los mayores crímenes contra el Estado?

PIATAKOV: Evidentemente, claro está.

VYCHINSKI: ¿Por qué dice entonces que esto no estaba claro para usted?

PIATAKOV: No se trata de este aspecto de la cuestión.

VYCHINSKI: Es este aspecto el que me interesa como Fiscal. ¿Cómo puede decir que esto no estaba claro? ¿Qué hay en ello de oscuro: va a la U.R.S.S., organiza allí grupos terroristas, organiza el asesinato de los dirigentes del Partido y del Gobierno. ¿Está claro o no?

PIATAKOV: Evidentemente, está claro.

VYCHINSKI: ¿Qué es, pues, lo que no está claro para usted?

PIATAKOV (*calla*).

VYCHINSKI: Para mí está muy claro, igual que para todo nuestro pueblo y, probablemente, para usted también.

PIATAKOV: Pero ya le he dicho que lo vi claro más tarde.

VYCHINSKI: Es lo que le pregunto: ¿está claro para usted?

PIATAKOV: Es evidente que está claro.

VYCHINSKI: ¿Existía la orden de precipitar la guerra?

PIATAKOV (*calla*).

VYCHINSKI: Ayudar al agresor, ¿es ayudar al fascismo?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Quien ayuda al fascismo es un agente del fascismo?

PIATAKOV: No siempre.

VYCHINSKI: ¿Y en este caso?

PIATAKOV: En este caso, completamente.

VYCHINSKI: ¿Está, pues, esto claro? No tengo más preguntas que hacer.

El 25 de enero de 1937, la sesión se inicia con la deposición del testigo Loguinov. Habla de ciertas instrucciones para él en la relación con los servicios de información alemanes y compromete a Rataichak, quién a continuación lo confirma, y, a su vez, trata de cubrirse a costa de Piatakov.

VYCHINSKI: Acusado Piatakov, ¿confirma esta deposición?

PIATAKOV: La confirmo en lo esencial.

VYCHINSKI: ¿En qué consiste lo esencial? ¿En que usted dio la instrucción a Rataichak de ponerse en contacto con los agentes del servicio de espionaje alemán?

PIATAKOV: No recuerdo ninguna conversación en concreto sobre el servicio de espionaje alemán, pero en tanto que transmití a Loguinov y a Rataichak mis instrucciones y las de Trotsky, relativas a la necesidad de que su organización trotskista entrara en contacto con cualquier fuerza enemiga de la U.R.S.S., en consecuencia se incluían también este tipo de relaciones.

VYCHINSKI: Así, pues, ¿se trata de las relaciones de que habla Rataichak?

PIATAKOV: Di mis instrucciones de una manera que podríamos llamar algebraica, abstracta, de una forma general, sin concretar, porque se trataba también de restos de antiguos grupos de saboteadores además de los especialistas y otros...

VYCHINSKI: No es esto lo que me interesa. Sé muy bien lo que significa para usted el álgebra; en este momento no me voy a ocupar del álgebra sino de los hechos.

PIATAKOV: De todos modos, yo no puedo, en cada caso particular, concretarlo todo. Pero confirmo que es verdad.

VYCHINSKI: Le ruego que también me comprenda a mí: yo no puedo limitarme a escuchar, debo también verificar.

PIATAKOV: Precisamente por esta razón he empezado por declarar que estas declaraciones son ciertas.

VYCHINSKI: Al referirse a usted, Loguinov ha dicho que Rataichak le había pedido ayuda para encontrar a un hombre por mediación del cual sería posible ponerse en contacto con los agentes del servicio de espionaje alemán. En lo que a usted concierne, ¿ha dicho la verdad Rataichak?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: En consecuencia, puedo llegar a la conclusión de que usted dio a Rataichak la orden de intentar establecer contactos con el servicio de espionaje alemán.

PIATAKOV: Yo no dije en realidad “Intenta establecer contactos con el servicio de espionaje alemán”, ni di semejantes instrucciones, sino que ya tenía previstos tales contactos. VYCHINSKI: ¿Tenía previsto que intentaría lograr contactos con el servicio de espionaje alemán?

PIATAKOV: Sí.

La tarde del 26 de enero, el acusado Livchitz, otro viejo compañero de Piatakov en Ucrania, dice que se enteró por éste de la preparación de un atentado contra Stalin. Piatakov lo niega categóricamente. Será necesaria la intervención de Radek y una referencia al acta del interrogatorio fechada el 17 de enero

para que Piatakov admita la posibilidad de que Livchitz sacara esta conclusión y Vychinski se muestre satisfecho.

VYCHINSKI: Quiero hacer una pregunta a Piatakov sobre este tema, ya que Serebriakov alega un fallo de memoria. Acusado Piatakov, ¿confirma todo esto?

PIATAKOV: No informé de modo especial a Livchitz, pero él estaba al corriente de las instrucciones sobre actos de terrorismo y de todo el plan; sin embargo, no le informé concretamente de tales o cuales preparativos.

VYCHINSKI: No se trata de una información especial. Livchitz ha dicho que se enteró por usted de que se estaba preparando un acto terrorista contra Stalin. ¿Le habló usted de ello?

PIATAKOV: No lo recuerdo.

VYCHINSKI: ¿Le habló a Livchitz de actos de terrorismo?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Le dijo contra quién se estaba preparando este acto terrorista?

PIATAKOV: Hablé con Livchitz sobre la actividad terrorista, pero no le dije contra quién se preparaba este acto en concreto.

VYCHINSKI: ¿Lo confirma usted?

PIATAKOV: Lo confirmo. Pero no en lo que se refiere a la preparación de un acto terrorista contra Stalin.

VYCHINSKI: Livchitz dice que se enteró de que el Centro preparaba un acto terrorista contra Stalin. ¿Lo confirma usted?

PIATAKOV: No.

VYCHINSKI: Entonces, ¿no habló de ello con Livchitz?

PIATAKOV: Me parece que no.

VYCHINSKI: Pero Livchitz dice que se enteró por usted. ¿No lo confirma usted?

PIATAKOV: No, no lo confirmo.

VYCHINSKI: Permítame preguntarle entonces si se preparaba un acto terrorista contra Stalin.

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Participaba usted en su preparación?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Entonces, ¿lo que Livchitz ha dicho sobre un acto terrorista contra Stalin es cierto?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Entonces, ¿se puede deducir que Livchitz se pudo enterar por cualquier otra persona?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Pero confirma usted que se preparaba un acto terrorista?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI (*a Livchitz*): Serebriakov y Piatakov confirman que no sostuvieron ninguna entrevista con usted. ¿Quizá no habló usted con Piatakov o Serebriakov, pero lo hizo con alguna otra persona? ¿Quizá con Sokolnikov o con Radek?

LIVCHITZ: No hablé con Sokolnikov; en cuanto a Radek, lo he conocido aquí, en el banquillo de los acusados.

VYCHINSKI: Por consiguiente, usted ignoraba su existencia, ¿no sabía que Radek existía?

LIVCHITZ: Sí, sabía que existía, pero no lo conocía personalmente.

VYCHINSKI: Hablemos objetivamente: si Piatakov y Serebriakov niegan, ¿quién, pues, de entre los que están sentados en el banquillo, o que quizá lo estarán mañana, lo sabe? ¿Quién lo sabía y pudo decírselo a usted?

LIVCHITZ: Puedo responder que ninguno de los dos lo recuerda. Yo no he hablado con nadie más sobre este tema; de modo que, si lo sé, sólo he podido enterarme por ellos.

EL PRESIDENTE (*a Radek*): ¿Ha levantado la mano? ¿Quiere decir algo al respecto?

RADEK: Sí.

EL PRESIDENTE: Se lo ruego.

RADEK: Cuando nosotros, los miembros del Centro, hablábamos con miembros de la organización, con miembros tan responsables como Livchitz, no tratábamos cuestiones de detalle. No hablábamos ni del lugar, ni del grupo, ni de la fecha. Señalábamos al grupo de personas contra las cuales se preparaba los atentados. Es posible que el malentendido tenga su origen en que Serebriakov o Piatakov no hayan dicho: el acto será cometido hoy, o dentro de un mes, o de seis meses; pero insisto en que, ante miembros de la responsabilidad de Livchitz, no hablábamos de estas cosas; y es precisamente por esto por lo que Livchitz no puede decir lo que no es verdad sobre una cuestión tal como el atentado contra Stalin.

VYCHINSKI: Acusado Livchitz, usted fue sometido a un careo con Piatakov el 17 de enero de 1937. A propósito, esto también concierne al acusado Piatakov, por lo que le

ruego que esté atento a esta declaración. Durante dicho careo, se trató de actos terroristas.
(Lee):

Pregunta a Piatakov: ¿Dio en aquella ocasión órdenes a Livchitz sobre la realización de actos terroristas de sabotaje?

Respuesta: Es difícil que recuerde exactamente en qué momento di estas instrucciones a Livchitz.

Pregunta a Piatakov: ¿Hay que deducir de ello que usted dio instrucciones de este tipo sólo en un sentido general?

Piatakov: Evidentemente esta entrevista tuvo lugar.”

Y, para terminar:

Pregunta a Piatakov: ¿Informó a Livchitz del trabajo que se llevaba a cabo para preparar actos de terrorismo contra los dirigentes del P. C. de la U.R.S.S.?

Respuesta de Piatakov: ¿Si hablé de ello concretamente? Pues, en realidad, no me acuerdo. En todo caso, Livchitz conocía la actividad terrorista del Centro.”

¿Responde esto a la realidad?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Por lo tanto, ¿confirma usted que Livchitz estaba al corriente de la preparación de actos terroristas contra los dirigentes de nuestro Partido y de nuestro Gobierno, y, en consecuencia, contra Stalin?

PIATAKOV: Confirmando que iban dirigidos contra ciertas personalidades, entre ellas Stalin.

VYCHINSKI: ¿Cómo lo sabía Livchitz?

PIATAKOV: Por mí, entre otros.

VYCHINSKI: ¿Se puede, pues, entender que Livchitz podía decir que él lo sabía?

PIATAKOV: No.

VYCHINSKI: Para mí el asunto está claro. ¿Le habló Livchitz de la actividad terrorista?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Le dijo que el Centro paralelo preparaba actos terroristas?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: ¿Que se preparaban actos terroristas contra los dirigentes del partido comunista de la U.R.S.S. y en consecuencia contra Stalin?

PIATAKOV: Sí.

VYCHINSKI: Así, pues, ¿tuvo lugar esta entrevista con Livchitz?

PIATAKOV: Es evidente.

VYCHINSKI: Entonces Livchitz pudo suponer que, al hablarle de un acto terrorista, le informaba de que este acto terrorista se preparaba asimismo contra Stalin.

PIATAKOV: Eso es lo que he dicho.

VYCHINSKI: Creo que está bien claro.

Radek, chantaje y alusiones

La actitud de Radek es, a primera vista, aún más desconcertante. Durante el interrogatorio de Piatakov, niega algunas declaraciones y pide que se tengan en cuenta los “documentos de la instrucción previa”:

RADEK: Piatakov confunde todas las fechas.

VYCHINSKI: ¿Existen divergencia entre ustedes?

RADEK: Existen divergencias en lo que está anotado en los documentos de la instrucción previa.

VYCHINSKI: Los documentos de la instrucción previa sólo contienen hechos citados por ustedes mismos.

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: Los documentos de la instrucción previa son igualmente los suyos.

RADEK: Afirmo que ninguno de nosotros desmiente los documentos de la instrucción previa. Se ha dicho que la orden de Trotsky para llevar a cabo un acto de terrorismo contra varias personas a la vez llegó en enero de 1936.

Vychinski le obliga a reconocer que conocía con anterioridad los preparativos terroristas de ciertos grupos.

VYCHINSKI: ¿Dónde está, pues, la diferencia?

RADEK: La diferencia se puso de manifiesto más tarde. Mire, la existencia de estos grupos, su creación con miras a la ejecución de actos terroristas contra varias personas a la vez, ...creo que no es de ningún interés para la acusación el que yo explique aquí cómo se llevaron a cabo estos actos y, además, no se corresponde con las ideas que expongo ante el tribunal.

VYCHINSKI: Estas ideas me interesan mucho menos que las que usted tenía entonces.

RADEK: Pero usted no quiere escucharme.

El diálogo se torna sibilino:

VYCHINSKI: En el lenguaje del Código Penal, esto se llama asesinato, calificado por el artículo 58-8.

Así, pues, en el transcurso del año 1935 y principios de 1936, ¿se preparaba un acto terrorista contra todo un grupo de personas? ¿Sí o no?

RADEK: No conozco el Código Penal; por este motivo no puedo utilizar su lenguaje.

VYCHINSKI: Me parece que después del proceso conocerá muy bien el Código.

RADEK: Y a mí me parece que después del proceso ya no tendré ocasión de conocer el Código...

VYCHINSKI: Esto dependerá de la sentencia que dicte el tribunal. En todo caso, sabrá más cosas de las que sabe ahora.

Durante su interrogatorio, el 24 de enero, Radek provoca un incidente al intentar hablar -a propósito del derrotismo- de una entrevista que las convenidas reglas del juego prohíben citar -en nombre de la seguridad-, pues parece ser que se trata de un diplomático extranjero:

RADEK: Me pregunta si hablamos sobre el tema de la derrota de la U.R.S.S. Debo decir, para concretar, que entre Sokolnikov y yo no había, en general, un intercambio de ideas sobre este tema. Le comuniqué las instrucciones y le hice preguntas sobre el hecho concreto relativo a...

EL PRESIDENTE: Acusado Radek, ¿es esto una provocación por su parte?

RADEK: En absoluto. No lo haré más.

VYCHINSKI: Semejante actitud ante el interrogatorio por parte del acusado Radek me pone en una situación sumamente difícil...

EL PRESIDENTE: Tiene usted razón.

VYCHINSKI: ...y temo que esta conducta de Radek continúe, y entonces no tendré la posibilidad de hacer más preguntas sobre este tema. Es usted un político con la suficiente experiencia como para que comprenda que, cuando durante el proceso se prohíbe hablar de ciertas cosas, hay que considerar esta prohibición como una ley.

RADEK: Discúlpeme. No lo volveré a hacer.

EL PRESIDENTE: Si Radek persiste en esta actitud, creo que habrá que trasladar esta cuestión a una sesión a puerta cerrada.

RADEK: Repito que no lo volveré a hacer.

VYCHINSKI: Le ruego que se ajuste a los hechos y así le será más fácil mantener su promesa.

Radek parece conceder mucha importancia a ciertas fechas.

VYCHINSKI: Así, pues, se puede sacar la siguiente conclusión: en tanto que usted consideraba que el socialismo, en nuestro país, era débil, pensaba aceptar la derrota de la U.R.S.S., etc. Y cuando se dio cuenta de que el socialismo era lo suficientemente fuerte y sólido, decidió que no eran posibles ni la guerra ni la derrota.

RADEK: Sabe usted leer con mucha profundidad en el alma humana, pero de todos modos debo comentar mis pensamientos con mis propias palabras.

VYCHINSKI: Ya sé que posee usted un arsenal suficiente de palabras tras las cuales esconder sus pensamientos, y que le es muy difícil a un hombre, aunque sepa leer con mucha profundidad en el alma humana, comprenderle y hacerle decir lo que realmente piensa. Pero quiero pedirle que aquí hable, no como un periodista que se ha especializado en cuestiones internacionales, sino como un acusado de alta traición. Y desde este punto de vista voy a hacerle la siguiente pregunta: ¿en 1934 era usted partidario de la derrota?

RADEK: Ya he contestado a esta pregunta.

VYCHINSKI: Repítalo si es que no le resulta difícil.

RADEK: En 1934 consideraba inevitable la derrota.

VYCHINSKI: ¿En 1934 era partidario de la derrota?

RADEK: Consideraba inevitable la derrota.

VYCHINSKI: ¿Era partidario de la derrota?

RADEK: Si hubiese podido evitar la derrota, habría estado contra ella.

VYCHINSKI: ¿Consideraba que no podía evitarla?

RADEK: La consideraba como un hecho ineludible.

VYCHINSKI: No contesta con precisión a mi pregunta.

(...)

VYCHINSKI: Así, pues, ¿en 1934 no estaba en contra de la derrota sino a su favor?

RADEK: Sí, ya lo he dicho.

VYCHINSKI: Necesito que lo repita aún una vez más.

En los últimos minutos, Radek provoca un incidente al hacer una alusión a la policía. El Fiscal reacciona vivamente.

VYCHINSKI: ¿Debía ir al Comité central a entregarse, pero no fue?

RADEK: No fui.

VYCHINSKI: ¿Y después fue usted detenido?

RADEK: Me detuvieron, pero lo negué todo del principio al fin. ¿Quizá me pregunte usted por qué?

VYCHINSKI: Ya sé que usted encuentra siempre una respuesta. Le detuvieron e interrogaron. ¿Qué declaró?

RADEK: Lo negué todo del principio al fin.

VYCHINSKI: Usted lo sabía absolutamente todo, tenía la posibilidad de ir y contarlo todo.

RADEK: Sí, pero decidí que sólo lo haría cuando fuese detenido por los organismos del Comisariado del Pueblo del Interior.

VYCHINSKI: Camarada Presidente, le ruego que haga que el acusado responda a las preguntas, en lugar de pronunciar discursos.

EL PRESIDENTE: Acusado Radek, podrá usted pronunciar discursos en dos ocasiones: una, durante la defensa, otra, en su última declaración.

VYCHINSKI: No tengo intención de rivalizar con el acusado Radek a fuerza de voces. Le interrogo, le hago preguntas; si quiere, conteste a las preguntas, pero no pronuncie discursos. Le ruego que no hable más alto que yo y que no trate temas que no conciernan al asunto.

El interrogatorio termina con una nueva insolencia del acusado al recordar que sus declaraciones son la base de la acusación:

VYCHINSKI: Un hecho está claro: usted, que deseaba explicarlo todo y no lograba decidirse a entregar a sus agentes a la justicia, cuando estuvo usted mismo en manos de la justicia, lo negó todo categóricamente. ¿Es esto cierto?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y esto no hace poner en duda la certeza de lo que ha dicho sobre sus dudas, sus indecisiones?

RADEK: Sí; si se omite el hecho de que únicamente por mí se ha enterado del programa y de las instrucciones de Trotsky, entonces, evidentemente, se puede dudar de lo que he dicho.

Finalmente, en la última declaración, Radek recuerda la endeblez de los argumentos de la acusación y de las conclusiones del proceso:

El hecho es que este proceso ha puesto de manifiesto dos cosas importantes: la relación entre las organizaciones contrarrevolucionarias y todas las fuerzas contrarrevolucionarias del país. Éste es el primer hecho. Pero este hecho es una prueba objetiva de enorme valor. El sabotaje puede realizarse por expertos técnicos; fueron tantas las personas que participaron en la actividad terrorista, que sus declaraciones no sólo suministran suficientes elementos de convicción, sino que trazan un cuadro absolutamente completo. Pero el proceso tiene dos puntos centrales; tiene, además, una enorme importancia desde otro punto de vista. Ha puesto de manifiesto la fuerza de la guerra y ha demostrado que la organización trotskista se ha convertido en la agencia de las potencias que preparan la nueva guerra mundial.

¿Cuáles son las pruebas de este hecho? Las pruebas son las declaraciones de dos hombres: las mías, en las que he reconocido haber recibido instrucciones y cartas -que desgraciadamente quemé- de Trotsky y las de Piatakov, que habló con Trotsky. Las demás declaraciones descansan sobre las nuestras. Si ustedes no han tenido relación más que con simples criminales de derecho común, con soplones, ¿cómo pueden saber que lo que hemos dicho es la pura verdad, la verdad incontrovertible?

Un acusado al que hubo que apaciguar

El 26 de enero de 1937 por la tarde, el acusado Livchitz, que hasta entonces se había mostrado complaciente, se enfrenta al Fiscal, que pretende confundirle con las declaraciones del testigo Loguinov.

VYCHINSKI: Acusado Livchitz, puesto que, además de sus confesiones anteriores, hoy, ante este tribunal ha reconocido abiertamente su culpabilidad en materia de espionaje, es decir, ha reconocido como justas todas las acusaciones formuladas contra usted, ¿no querrá ahora, tal vez, suministrar informaciones más detalladas sobre la actividad terrorista? Por ejemplo, ¿no le concretó Loguinov de qué modo se preparaba el atentado contra Kossior y Postychev y quién lo preparaba?

LIVCHITZ: No, no lo sé.

VYCHINSKI: ¿Loguinov sólo le dijo que se preparaba el atentado o le dijo algo más concreto?

LIVCHITZ: Ayer, Loguinov, en el transcurso de su declaración como testigo, dijo que estas instrucciones sólo se dieron de un modo general. Confirмо lo que dije en la instrucción previa. VYCHINSKI: ¿Entonces no hubo ninguna conversación más precisa ni recibió datos más concretos? ¿Loguinov no le nombró a nadie?

LIVCHITZ: No.

VYCHINSKI: ¿Y en lo relativo al atentado contra el camarada Stalin en 1935?

LIVCHITZ: Tampoco; no hablamos de ello.

VYCHINSKI: ¿No se acuerda, por ejemplo, de que Serebriakov le haya dicho quién preparaba el atentado?

LIVCHITZ: No.

VYCHINSKI: No tiene demasiado sentido el saber simplemente que se preparaba. Es usted un miembro bastante importante de una organización. O bien era necesario no decirle absolutamente nada, o era necesario iniciarle, y entonces con una finalidad práctica. Si no, todo aquello no tenía sentido.

LIVCHITZ: Si lo supiera lo diría.

Livchitz se va calmando poco a poco:

VYCHINSKI: Bueno. En cuanto a Glebov-Avilov, ¿sabía usted que se dedicaba a realizar actos terroristas?

LIVCHITZ: Me lo dijo él mismo.

VYCHINSKI: Así, pues, ¿lo sabía por él mismo?

LIVCHITZ: Sí, Sí.

VYCHINSKI: No se enfade. Estoy verificando las declaraciones que hizo en la instrucción previa. Es mi deber.

LIVCHITZ: No me enfado, lo comprendo.

VYCHINSKI: No se ponga nervioso.

LIVCHITZ: No me pongo nervioso.

VYCHINSKI: Se puede, pues, afirmar que, en Rostov, Glebov-Avilov y Beloborodov preparaban actos terroristas.

LIVCHITZ: Sabía por Glebov-Avilov que Beloborodov preparaba un acto terrorista.

VYCHINSKI: ¿Contra quién preparaba un acto terrorista?

LIVCHITZ: Contra Stalin.

VYCHINSKI: ¿Lo sabía usted?

LIVCHITZ: Sí.

VYCHINSKI: Así, Glebov-Avilov y Beloborodov preparaban un acto terrorista contra el camarada Stalin, y Loguinov contra...

LIVCHITZ: Contra Kaganovich y Postychev.

VYCHINSKI: Después se enteró por Piatakov y Serebriakov de que se preparaba un acto terrorista contra el camarada Stalin. ¿Y no le dijeron, sin embargo, por medio de quién y cómo se preparaba?

LIVCHITZ: No.

VYCHINSKI: ¿Y no intentó usted informarse por sí mismo?

LIVCHITZ: No.

VYCHINSKI: ¿Y por Beloborodov?

LIVCHITZ: No lo conozco.

VYCHINSKI: ¿Lo que sabía de Beloborodov era a través de Glebov-Avilov?

LIVCHITZ: Sí.

VYCHINSKI: ¿Tendremos que informarnos por Beloborodov?

LIVCHITZ: Sí.

VYCHINSKI: A pesar de todo, tiene usted en su haber una pequeña colección de hechos ligados a la acción terrorista.

LIVCHITZ: Toda esta colección consta en las actas de la instrucción previa.

VYCHINSKI: Comprendo.

Las reticencias de Rykov

El mismo Rykov, que asume enormes responsabilidades en el campo del sabotaje, se irrita ante las acusaciones de traición.

VYCHINSKI: Así, pues, cuando Bujarin dice que está en contra de la posición derrotista, ¿dice o no la verdad?

RYKOV: Sobre este punto, no comprendí ni comprendo a Bujarin. Lo esencial es que el político se haga responsable de sus actos y de los resultados de sus actos políticos. Es la única cosa que se puede exigir tanto de mí como de él; esto no tiene nada que ver con lo que él piensa. Sólo en este caso la cosa tiene interés.

VYCHINSKI: No tengo más preguntas que hacerle al acusado Rykov.

EL PRESIDENTE: Acusado Rykov, en sus declaraciones sobre la actividad de la organización de derechistas en Bielorrusia, ha destacado que, en realidad, su organización

de derechistas en Bielorrusia se había convertido en una agencia de espionaje del estado mayor polaco. ¿Es esto cierto?

RYKOV: Sí.

EL PRESIDENTE: Más adelante, en esta misma declaración, dice que su organización de derechistas en territorio de Bielorrusia recibía instrucciones análogas del estado mayor general polaco, por una parte, y del centro de derechistas, por otra... ¿Cómo hay que interpretar esto?

RYKOV: ¿Análogas en qué sentido?

EL PRESIDENTE: Análogas, porque preconizaban el sabotaje y la destrucción de los rebaños.

RYKOV: Incluso más. Esta orden, como ha dicho Golodied, la habíamos recibido de los polacos en su momento oportuno. No recuerdo que haya dicho que esta orden procediera del centro.

EL PRESIDENTE: ¿Pero las instrucciones que su organización recibía de los polacos sobre Bielorrusia concordaban con las que les daba el centro?

RYKOV: No recuerdo cuáles fueron las instrucciones que nos dieron, pero, en todo caso, no provenían de mí.

EL PRESIDENTE: ¿Su centro les daba instrucciones para el sabotaje de la agricultura y de la ganadería?

RYKOV: No, no recibimos instrucciones sobre estas actividades.

EL PRESIDENTE: Pero si las organizaciones subordinadas a ustedes reciben del servicio de espionaje polaco la orden de sabotear la ganadería -principalmente la cría de caballos- y de cometer otros actos de diversión y usted lo sabe, ¿qué significa esto, entonces?

RYKOV: ¿Entonces? Es una traición. Se me informaba cuando todo estaba hecho. Soy culpable de haberlo encubierto. En todo caso, las organizaciones de este tipo -se trata de organizaciones importantes- decidían por su cuenta y riesgo. (...)

EL PRESIDENTE: En sus declaraciones, usted ha indicado: “Nuestras instrucciones concordaban con las del estado mayor polaco.” Se trata en este caso de las instrucciones del centro Bujarin-Rykov-Tomski.

RYKOV: Al escribir esto pretendía caracterizar definitivamente el resultado político de la cuestión.

EL PRESIDENTE: El resultado es que sus organizaciones de Bielorrusia se transformaron en agencias de espionaje del estado mayor polaco.

RYKOV: Esto expresa un resultado político, y no relaciones de organización definidas en sus mínimos detalles.

Al día siguiente, se trata de las negociaciones de Karajan con los alemanes.

VYCHINSKI: En la instrucción previa y aquí, en este proceso, usted ha declarado que Karajan había sostenido negociaciones con los fascistas alemanes para que le ayudasen en su complot. ¿Es o no cierto?

RYKOV: ¿Para ayudarme en el complot? Si por ello se entiende una ayuda política, entonces se trataba de una actitud favorable al complot.

VYCHINSKI: ¿A cambio de qué?

RYKOV: Ya lo he dicho.

VYCHINSKI: De concesiones territoriales. ¿A qué parte de la U.R.S.S. afectaban estas concesiones?

RYKOV: No lo decidimos.

VYCHINSKI: ¿No lo precisaron?

RYKOV: No lo precisamos.

VYCHINSKI: Pero en su caso concreto, ¿pensaba o no en una parte de la U.R.S.S. o hablaba en general, de una manera abstracta?

RYKOV: Sucedió como ya he dicho.

VYCHINSKI: ¿Es decir?

RYKOV: Habíamos aceptado condiciones favorables a la actividad práctica del centro de derechistas. Esto se plasmaba en el trabajo, en la dirección en lo que concernía a Bielorrusia.

VYCHINSKI: Así, pues, ¿en beneficio de quién se ocupaban los alemanes de Bielorrusia?

RYKOV: No puedo decir de qué se ocupaban los alemanes.

VYCHINSKI: Se preocupaban de saber a quién iban ustedes a entregar Bielorrusia. ¿No iba a ser a los alemanes?

RYKOV: A los polacos.

VYCHINSKI: ¿Y a los alemanes? De ello se deduce que los alemanes hacían gestiones ¿en favor de quién? ¿En favor de los polacos? Los alemanes los ayudan, y ustedes, a cambio, entregan Bielorrusia a los polacos. Pone usted a los alemanes en una situación ridícula.

Sus confesiones también son ambiguas.

VYCHINSKI: ¿Tenían alguna relación usted y Bujarin?

RYKOV: Evidentemente.

VYCHINSKI: ¿Así ambos eran espías?

RYKOV (*calla*).

VYCHINSKI: ¿Y organizadores del espionaje?

RYKOV: No valgo más que un espía.

VYCHINSKI: ¿Era usted un organizador del espionaje, un espía?

RYKOV: Se podría decir que sí.

VYCHINSKI: Se podría decir que era un espía. Le pregunto si organizó el contacto con el servicio de espionaje polaco y con los medios de espionaje correspondientes. ¿Se reconoce culpable de espionaje?

RYKOV: Si se refiere a la organización, en este caso, me reconozco culpable.

Pero se niega obstinadamente a declarar que Bujarin “sabía”.

Los misterios de Iagoda

La actitud del antiguo jefe de la G.P.U. es mucho más alusiva: es un iniciado que habla a otros iniciados, y al que el Fiscal no acosa cuando se calla.

VYCHINSKI: ¿Se reconoce culpable, como usted dice, de la enfermedad de Pechkov?

IAGODA: Todas las explicaciones relativas a este asunto las daré al Tribunal, a puerta cerrada.

VYCHINSKI: Bueno. Pero ¿se reconoce culpable de la muerte de Pechkov?

IAGODA: Lo digo explícitamente: todas las explicaciones relativas a este asunto las daré, enteramente, en la audiencia del Tribunal a puerta cerrada.

VYCHINSKI: ¿Se reconoce culpable, sí o no?

IAGODA: Permítame no contestar a esta pregunta.

EL PRESIDENTE (*al Fiscal*): ¿Se opone usted a que este asunto de la muerte de Pechkov sea tratado en la sesión del Tribunal a puerta cerrada?

VYCHINSKI: No me opongo, dado que los resultados de estas declaraciones podrán ser comunicados en audiencia pública.

EL PRESIDENTE: El Tribunal ha decidido atender la petición del acusado Iagoda; la cuestión relativa a la muerte de Pechkov será tratada en la audiencia a puerta cerrada.

Iagoda ridiculiza la acusación de espionaje en lo que le afecta personalmente a él, sin destruir por ello el tinglado construido por el Fiscal:

VYCHINSKI: ¿Se reconoce también culpable de la actividad de espionaje?

IAGODA: No, no me reconozco culpable de esta actividad.

VYCHINSKI: Pero usted mismo ha dicho que varios espías actuaban bajo su protección.

IAGODA: Esto sí lo reconozco.

VYCHINSKI: ¿Sabía quiénes eran estos espías?

IAGODA: Sí, lo sabía.

VYCHINSKI: ¿Sabía que cumplían las funciones de espías?

IAGODA: Sí, lo sabía.

VYCHINSKI: ¿Y los ayudaba?

IAGODA: Respondo por estos espías exactamente igual que...

VYCHINSKI: ¿Volovich era un espía?

IAGODA: Sí.

VYCHINSKI: ¿Responde por Volovich?

IAGODA: Del mismo modo que Rykov Charangovich.

VYCHINSKI: Ya hablaremos de ellos. De momento, estoy hablando de usted. ¿Reconoce que bajo su protección actuaba todo un conjunto de espías alemanes y polacos? ¿Es esto exacto, sí o no?

IAGODA: Sí.

VYCHINSKI: ¿Conocía sus actividades de espionaje y encubría esta actividad?

IAGODA: Sí.

VYCHINSKI: Considero que, desde el momento en que conocía sus actividades de espionaje y los ayudaba, les prestaba su apoyo.

IAGODA: No, no me reconozco culpable. Si hubiese sido un espía, le aseguro que decenas de Estados se hubieran visto obligados a disolver sus servicios de espionaje.

VYCHINSKI: Esto sería asunto de estos Estados. ¿Volovich era un espía?

IAGODA: Ya lo he dicho.

VYCHINSKI: ¿Lo sabía usted?

IAGODA: Sí, lo sabía.

VYCHINSKI: ¿Y no lo hizo arrestar ni fusilar?

IAGODA: No.

VYCHINSKI: ¿Era un deber hacer arrestar y fusilar a todos los espías que usted descubrió?

IAGODA: Esto es evidente.

VYCHINSKI: Pero no lo hizo; en otros términos, usted ayudaba a los espías a actuar como espías.

IAGODA,: Los encubría.

VYCHINSKI: ¿Los ayudaba?

IAGODA: Los habría ayudado si hubiera reunido información y se la hubiera transmitido.

VYCHINSKI: ¿Pero sabía usted que transmitían informaciones?

IAGODA: No siempre.

VYCHINSKI: ¿Pero en algunos casos lo sabía?

IAGODA: Sí, lo sabía.

VYCHINSKI: Así, pues, ¿transmitían informaciones a los servicios de espionaje extranjeros, sabiéndolo usted?

IAGODA: No.

VYCHINSKI: ¿Estaba usted informado de que transmitían información a los servicios de espionaje extranjeros?

IAGODA: Indudablemente.

VYCHINSKI: Desde el momento en que estaba informado, esto se hacía con su conocimiento.

IAGODA: Bajo mi protección.

Finalmente, el Fiscal deja de insistir.

Las tentativas de Racovski

Los intentos de resistencia de Racovski pueden situarse en un terreno completamente distinto. El decano de los acusados admite sin discusión las más infames acusaciones. Sin embargo, cuando el Fiscal le deja hablar, empieza a utilizar un lenguaje político que el Fiscal no puede tolerar. El 5 de marzo, por la mañana, habla de “la oposición”.

VYCHINSKI: ¿Qué oposición? ¿Cuándo sucedía esto?

RACOVSKI: Esto sucedía a mediados de 1935, aproximadamente, cuando Laval vino a Moscú.

VYCHINSKI: ¿De qué oposición está usted hablando?

RACOVSKI: Estoy hablando de los derechistas y de los trotskistas.

VYCHINSKI: ¿Es una oposición? ¡Es un grupo de bandidos contrarrevolucionarios!

RACOVSKI: Ciudadano fiscal, perdóneme, pero este término es desde hace mucho tiempo...

VYCHINSKI: En general, en sus explicaciones ustedes se permiten en la actualidad utilizar expresiones que hacen pensar que se olvidan de que se les está tratando en tanto que miembros de una organización contrarrevolucionaria de bandidos, espías, agentes de diversión y traidores. Creo que cuando procedo a interrogarles es mi deber recordárselo, y les ruego que se centren en los crímenes de traición que han cometido, que hablen sin filosofar y sin todas estas cosas que, aquí, están completamente fuera de lugar.

El anciano inclina la cabeza, para volverla a levantar algunos instantes después:

VYCHINSKI: ¿Con qué finalidad ustedes, los trotskistas, llevaron a cabo esta lucha contra el Estado soviético?

RACOVSKI: Con la finalidad de hacemos con el poder.

VYCHINSKI: Y después, ¿con qué finalidad ocuparían el poder?

RACOVSKI: La finalidad consistía principalmente en liquidar las realizaciones existentes en la actualidad.

VYCHINSKI: Es decir, en otros términos, ¿liquidar el régimen socialista?

RACOVSKI: Restaurar, no diré abiertamente, el régimen capitalista...

VYCHINSKI: ¿No lo dirá abiertamente?

RACOVSKI: Quiero decir que en mi conciencia no me lo imaginaba como un fin reconocido, claro, pero subconscientemente no puedo dejar de darme cuenta de que consentí a ello. VYCHINSKI: ¿En qué premisa y en qué pronóstico histórico se basaba?

RACOVSKI: El pronóstico era muy vago. Era una aventura: si conseguíamos hacernos con el poder todo iría bien, si no...

VYCHINSKI: Pero, ¿se basaron ante todo en la tesis trotskista esencial según la cual es imposible edificar la sociedad socialista en la U.R.S.S., en un solo país, como consecuencia de su nivel económico y cultural?

RACOVSKI: Esta premisa ideológica ya no existía.

VYCHINSKI: ¿Ya no existía porque había sido sustituida por alguna otra premisa?

RACOVSKI: No existía ninguna premisa ideológica.

VYCHINSKI: ¿No existía ninguna premisa ideológica?

RACOVSKI: No.

VYCHINSKI: Pero la tarea consistía en llevar a cabo una lucha encarnizada contra el Estado socialista, con la finalidad de ocupar el poder, ¿con qué intención, en definitiva?

RACOVSKI: Ciudadano Fiscal, si le dijese que queríamos hacernos con el poder para transmitirlo a los fascistas, seríamos no sólo unos criminales, cosa que, por otra parte, somos, sino también unos imbéciles. Pero...

VYCHINSKI: ¿Pero?

RACOVSKI: Pero pensar que nos adueñaríamos del poder y suponer que podríamos mantenerlo y no transmitirlo a los fascistas, era una locura, una utopía.

VYCHINSKI: En consecuencia, si hubiesen conseguido ocupar el poder, ¿éste hubiera caído inevitablemente en manos de los fascistas?

RACOVSKI: Estoy completamente de acuerdo.

VYCHINSKI: Es decir, ¿querían adueñarse del poder con ayuda de los fascistas?

RACOVSKI: Con ayuda de los fascistas.

VYCHINSKI: Si los fascistas les ayudaban a hacerse con el poder, entonces ¿a manos de quién iría a parar el poder?

RACOVSKI: La historia demuestra...

VYCHINSKI: No, deje la historia en paz.

RACOVSKI: Para esta pregunta hay más de una contestación.

Una vez más invoca motivos políticos -el lazo de continuidad con su pasado- para explicar sus confesiones después de ocho meses de negativas.

RACOVSKI: Es indiscutible que la detención, el aislamiento, obligan a revisar todos los valores. Pero recuerdo, y lo recordaré siempre mientras viva, una circunstancia que me condujo definitivamente por el camino de la confesión. Una vez, durante la instrucción del sumario -era en verano-, me enteré del desencadenamiento de la agresión japonesa contra China, contra el pueblo chino, me enteré de la agresión abierta de Alemania, de Italia, contra el pueblo español...

Me enteré de los febriles preparativos de todos los Estados fascistas con miras a desencadenar la guerra mundial. Lo que generalmente un lector va sabiendo cada día, poco a poco, por los comunicados de prensa, yo lo supe todo de repente en una dosis fuerte y masiva. Me anonadó. Todo mi pasado se alzó ante mí. Ciertamente, este pasado puede no ser tenido en cuenta, y será aniquilado por mi infame acción, pero, como motivo interior, es más fuerte que cualquier cosa. Todo mi pasado y toda mi responsabilidad se alzaron ante

mí y me di cuenta con total claridad de que yo mismo había tomado parte en ello y era responsable, de que, con mis actos de traidor, había secundado a los agresores.

La actitud de Bujarin

Bujarin no niega su responsabilidad política. Pero se defiende con mucha habilidad y tenacidad; es el único que, en determinados momentos de su proceso, no duda en aclarar secretos policíacos. Las cuestiones que plantea a los testigos en relación a su “complot” para asesinar a Lenin en 1918 son tan violentas que el fiscal y el presidente las dejan de lado como ajenas al asunto. Rebúsa prestarse al juego del fiscal al revelar un aspecto de la investigación que hace referencia a su careo con el testigo Karelin.

VYCHINSKI: ¿Conoce a Karelin?

BUJARIN: Sí, puesto que estuvimos juntos en un careo en su mismo despacho.

VYCHINSKI: ¿Y lo había visto antes del careo?

BUJARIN: Lo conocí en 1918 y en 1919.

VYCHINSKI: ¿Es el mismo Karelin que está aquí en calidad de testigo?

BUJARIN: Ha cambiado tanto que me costaría decir que se trata del mismo Karelin, pero, aparentemente, este Karelin es el Karelin de entonces que ha evolucionado.

VYCHINSKI: Todo hombre cambia con la edad. Pero la pregunta que le he hecho es una pregunta seria.

BUJARIN: Lo comprendo, ciudadano Fiscal, y no he querido ser ingenioso. Lo que realmente he querido decir es que, en la actualidad está muy lejos de lo que era entonces.

VYCHINSKI: No he hecho esta pregunta sin motivo. No la he planteado sin motivo. Karelin ha cambiado...

BUJARIN: Pero nos encontramos en su mismo despacho.

Del mismo modo se desembaraça del testimonio de Ikramov:

VYCHINSKI: ¿El informe hecho por Ikramov es exacto?

BUJARIN: En lo esencial, yo era partidario de la plataforma de Riutin.

VYCHINSKI: ¿Es exacta su exposición en líneas generales?

BUJARIN: Depende de lo que se entienda por “líneas generales”.

VYCHINSKI: ¿Le propuso que luchara a su lado contra el poder soviético?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Le habló más tarde de los métodos que debían adaptarse para la lucha?

BUJARIN: De los métodos que forman parte del programa de Riutin. Sólo hablamos vagamente del terrorismo.

VYCHINSKI: ¿Le habló también del sabotaje?

BUJARIN: No, no le hablé de este tema.

VYCHINSKI: Entonces ¿en este punto la declaración que ha hecho es falsa?

BUJARIN: Confunde las cosas, aparentemente.

VYCHINSKI: ¿Quizá usted le habló más tarde de ello?

BUJARIN: El hecho es que, durante nuestro careo, Ikramov negó oda entrevista de tipo político. Le obligué a confesar.

VYCHINSKI: A veces sucede que uno no quiere hablar pero seguidamente se desquita a expensas de los demás

BUJARIN: Y que después uno quiera desquitarse.

Critica el sumario desde el punto de vista de la misma acusación:

BUJARIN: Estoy hablando, ciudadano Fiscal, desde el punto de vista de la evolución de la desviación de la derecha que se ha transformado en un grupo de traición, terrorista y contrarrevolucionario.

VYCHINSKI: ¿Este proceso de transformación acabó su evolución en 1932?

BUJARIN: Si, acabó su evolución y tomó cuerpo ideológicamente.

VYCHINSKI: Lo que me interesa de momento no es la ideología sino la criminología.

BUJARIN: Pero la ideología también puede ser criminal, los que actúan son los hombres que piensan.

VYCHINSKI: Es posible, pero lo que ahora nos interesa son los actos, la práctica.

BUJARIN: Ya se me ha interrogado muchas veces sobre el tema de la plataforma de Riutin. Quizá se trata de un defecto del sumario.

En dos ocasiones, subraya que Vychinski deforma el sentido de sus declaraciones.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿sostuvo usted, en 1926-1927, una entrevista con Ivanov en la que dijo que ustedes, grupo de conspiradores derechistas, preparaban combates abiertos contra el Partido?

BUJARIN: Perdone, pero se trata de una acción abierta y no de combates abiertos.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿tuvo lugar la conversación que acabo de citar?

BUJARIN: Sí, pero las palabras “combates abiertos” no se empleaban en el sentido de combates abiertos en los que se recurriera a la violencia.

VYCHINSKI: Está usted hablando de combates abiertos y de esto mismo habló también con Ivanov.

BUJARIN: No hablé del recurso de la violencia...

VYCHINSKI: ¿Dijo que convenía conservar a Ivanov?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Dijo que Ivanov no debía mezclarse en un combate abierto?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Habló de combates abiertos?

BUJARIN: Ivanov confunde las fechas.

VYCHINSKI: Perdón, él no confunde absolutamente nada. Ya vemos que es usted quien confunde las cosas.

BUJARIN: No hablamos de combates abiertos en el sentido de una insurrección armada.

VYCHINSKI: Estoy hablando de combates abiertos.

BUJARIN: No le acabo de comprender, ciudadano Fiscal.

VYCHINSKI: Perdóneme, usted no me acaba de comprender, ciudadano acusado.

BUJARIN: Doy por terminado el incidente. (...)

VYCHINSKI: Pregunto: ¿había en su actividad una línea orientada hacia el movimiento insurreccional? ¿Es esto lo que usted llama “orientación insurreccional”?

BUJARIN: Sí. La táctica.

VYCHINSKI: ¿Y la organización de los destacamentos insurreccionales derivaba de esta táctica?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Qué hacía usted en este terreno? ¿Qué instrucciones daba?

BUJARIN: No dí ninguna instrucción en este sentido a Ivanov.

VYCHINSKI: Pero Ivanov dice que se dieron instrucciones.

BUJARIN: Es muy natural que Ivanov diga...

VYCHINSKI: Sí, Ivanov lo dice, mientras que usted afirma que no dio ninguna instrucción concreta a Ivanov, pero que dio una “orientación insurreccional”.

BUJARIN: Es evidente que de esta orientación, una persona con experiencia sacaría conclusiones apropiadas. Si estoy en esta orientación, respondo también por las

conclusiones que no he formulado. De manera que, desde el punto de vista legal, pido ser juzgado por lo uno y por lo otro y entonces contestaré...

VYCHINSKI: Le juzgaremos incluso sin que usted formule la de manda.

BUJARIN: Exactamente como usted dice, sin que yo formule la demanda. Opino que ni el lugar ni el momento son muy adecuados para rivalizar en ingeniosidad. Yo también sé ser ingenioso...

VYCHINSKI: No pienso rivalizar con usted en este terreno. Simplemente, quiero decir que su petición no juega un papel esencial, ya que será juzgado independientemente de sus peticiones. BUJARIN: Esto ya lo sé, incluso sin explicaciones autorizadas, ciudadano Fiscal.

VYCHINSKI: Pues si ya lo sabe, no hace falta que hablemos de ello.

Impugna la tesis de la acusación, negando lo esencial, la existencia del “Bloque”:

“Debo decir -porque se está produciendo aquí cierta confusión y cierta incompreensión- que el “bloque de derechistas y trotskistas” no era una organización cristalizada; el único órgano que había cristalizado era el centro de coordinación. Así, pues, era natural que, en el seno de la organización común, no hubiese ni mandato, ni representación”.

Niega sobre todo y hasta el final las acusaciones de espionaje, tratando de provocadores a dos de sus coacusados, sin que Vychinski se atreva a desmentirlo.

VYCHINSKI: ¿Ante todo puedo hacerle dos o tres preguntas de orden biográfico?

BUJARIN: Se lo ruego.

VYCHINSKI: ¿Ha vivido alguna vez en Austria?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Durante mucho tiempo?

BUJARIN: De 1912 a 1913.

VYCHINSKI: ¿No estaba usted en relación con la política austríaca?

BUJARIN: No.

VYCHINSKI: ¿Ha vivido en América?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Durante mucho tiempo?

BUJARIN: Durante mucho tiempo.

VYCHINSKI: ¿Cuántos meses?

BUJARIN: Unos siete meses aproximadamente.

VYCHINSKI: En América, ¿estaba en relación con la policía?

BUJARIN: No lo estuve.

VYCHINSKI: ¿De América se trasladó a Rusia pasando por...?

BUJARIN: Por Japón.

VYCHINSKI: ¿Cuánto tiempo permaneció allí?

BUJARIN: Una semana.

VYCHINSKI: Durante esta semana, ¿no tomó nadie contacto con usted?

BUJARIN: Si se empeña en hacer estas preguntas...

VYCHINSKI: El Código de procedimiento criminal me da derecho para formular estas preguntas.

EL PRESIDENTE: El Fiscal tiene tanto más derecho a hacer esta pregunta cuanto que Bujarin fue acusado, ya en 1918, de haber intentado asesinar a dirigentes del Partido; ya en 1918 se le acusó de haber atentado contra la vida de Vladimir Ilich Lenin.

VYCHINSKI: No estoy saliendo del marco del Código de procedimiento criminal. Si lo desea, puede contestar que no, pero yo puedo interrogarle.

BUJARIN: Perfectamente.

EL PRESIDENTE: No es necesario el consentimiento del acusado.

VYCHINSKI: ¿Entabló alguna relación con la policía?

BUJARIN: Absolutamente ninguna.

VYCHINSKI: ¿Como Chernov, en el autobús? Le pregunto si estuvo en relación con algún organismo de la policía.

BUJARIN: No tuve relación con ningún organismo de la policía.

VYCHINSKI: Entonces, ¿por qué se adhirió tan fácilmente al bloque que se dedicaba al espionaje?

BUJARIN: En lo que se refiere al espionaje, no sé absolutamente nada.

VYCHINSKI: ¿Cómo es posible que no sepa nada?

BUJARIN: Ya lo he dicho.

VYCHINSKI: ¿Y de qué se ocupaba el bloque?

BUJARIN: Se han hecho aquí dos declaraciones sobre el espionaje, la de Charangovich y la de Ivanov, es decir dos provocadores.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿considera que Rykov es también un provocador?

Bujarin no contesta a la pregunta y continúa negando, incluso después de las semiconfesiones de Rykov.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿se reconoce culpable de espionaje?

BUJARIN: No me reconozca culpable.

VYCHINSKI: Usted dirigía la organización de derechistas de Bielorrusia en el momento de su creación; ¿reconoce esto, sí o no?

BUJARIN: Ya lo he dicho.

VYCHINSKI: Le pregunto si lo reconoce o no.

BUJARIN: No me interesaba por los asuntos de Bielorrusia.

VYCHINSKI: ¿Se interesaba por los asuntos de espionaje?

BUJARIN: No.

VYCHINSKI: Entonces, ¿quién se interesaba por esta actividad?

BUJARIN: No recibí ninguna información sobre este tipo de actividad.

No cede ante una larga deposición de Jodiaev. Una vez más, ciertas alusiones al sumario hacen callar al Fiscal.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, estuvo usted en casa de Jodiaev, en su casa de campo?

BUJARIN: Estuve allí.

VYCHINSKI: ¿Mantuvieron alguna entrevista?

BUJARIN: Sí; sin embargo -tenía las ideas suficientemente claras- de ningún modo se puede llegar a la conclusión de que en esta entrevista yo dijera lo que pretende aquí Jodiaev. Nuestra primera conversación...

VYCHINSKI: No importa que sea o no la primera. ¿Confirma que tuvo lugar esta conversación?

BUJARIN: Ésta no, sino otra que también era de carácter clandestino.

VYCHINSKI: No le estoy interrogando sobre sus entrevistas en general, sino sobre esta entrevista.

BUJARIN: En la Lógica de Hegel el término "este" es considerado como el más difícil...

VYCHINSKI: Ruego al Tribunal que explique al acusado Bujarin que aquí no es un filósofo sino un criminal, al que le conviene abstenerse de hablar de filosofía hegeliana. Así, será mucho mejor, ante todo, para la filosofía hegeliana...

BUJARIN: Un filósofo puede muy bien ser un criminal.

VYCHINSKI: Desde luego, especialmente aquellos que se imaginan que son filósofos y que, en realidad, no son más que espías. La filosofía no tiene nada que ver en todo esto. Le estoy preguntando acerca de esta entrevista de la que ha hablado aquí Jodiaev; ¿lo confirma o lo niega?

BUJARIN: No comprendo la palabra “esta”. Sostuvimos una entrevista en la casa de campo.

VYCHINSKI: ¿Qué es lo incomprendible en todo esto? Se trata de la entrevista cuyo contenido ha sido expuesto aquí mismo por Jodiaev. ¿Está claro?

BUJARIN: Si se refiere al contenido de esta entrevista, opino que fue algo distinto, pero efectivamente la entrevista tuvo lugar en la casa de campo.

VYCHINSKI: ¿En qué consiste la diferencia?

BUJARIN: Era la primera vez en mi vida que hablaba con Jodiaev, y sobre temas políticos. Esto explica el carácter de la entrevista. Le dije que se debía estar preparado para derrocar al poder soviético por la violencia y para ello se debía sacar partido de los movimientos de masa eventuales que pudiera estallar allí. Luego...

VYCHINSKI: ¿Y el acuerdo con la Alemania fascista?

BUJARIN: No hablé de un acuerdo.

VYCHINSKI: ¿Acusado Jodiaev, habló Bujarin de un acuerdo?

JODIAEV: Confirmando que dijo en aquella ocasión todo lo que acaba de decir aquí, pero inmediatamente después me habló de un acuerdo con Alemania.

VYCHINSKI: ¿Habló de Inglaterra?

JODIAEV: Sí, habló de ello. Dijo que se estaba intentando llegar a un acuerdo con Inglaterra y que, por su parte, el centro de derechistas tomaría toda clase de medidas para conseguir que se concluyera este acuerdo y que nosotros, el centro de la organización nacionalista de Uzbekistán, también deberíamos por nuestra parte hacer las gestiones necesarias en este sentido.

VYCHINSKI: ¿Principalmente?

JODIAEV: En el sentido de establecer contacto con los residentes ingleses.

VYCHINSKI: ¿Por mediación?

JODIAEV: Bujarin y yo tratamos conjuntamente la cuestión del “intermediario”. Sin embargo, no se trataba de una orden, sino de un simple intercambio de puntos de vista.

VYCHINSKI: ¿Una consulta?

JODIAEV: Sí.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿confirma esta parte de las declaraciones de Jodiaev?

BUJARIN: Le dije a Jodiaev que en la orientación política exterior era necesario utilizar todas las teclas del piano, incluida la tecla inglesa...

VYCHINSKI: Así, pues, ¿no habló usted de orientación inglesa sino de tecla inglesa?

BUJARIN: De tecla inglesa, si quiere.

VYCHINSKI: ¿Podría decirlo en términos más simples?

BUJARIN: En política exterior, nuestra orientación apuntaba exclusivamente a la neutralidad y al apoyo del Japón o de Alemania, lo cual no excluía la necesidad de utilizar las contradicciones internacionales...

VYCHINSKI: ¿Hacia quién era necesario orientarse?

BUJARIN: Perdóneme, estoy hablando yo y no usted.

EL PRESIDENTE: Acusado Bujarin, no se olvide que no es usted quien preside aquí las preguntas y las respuestas.

VYCHINSKI: Le pregunto: según su opinión, ¿hacia quién era necesario orientarse?

BUJARIN: Le dije que debían utilizarse las contradicciones internacionales.

VYCHINSKI: Acusado Bujarin, ¿confirma las declaraciones de Jodiaev?

BUJARIN: Le dije que tendríamos tratos con diversos Estados extranjeros y que no debíamos limitarnos a un solo grupo, sino mantener relaciones también con otros.

VYCHINSKI: Así, ¿le dijo a Jodiaev que era necesario orientarse hacia ciertos Estados extranjeros?

BUJARIN: Mire, no empleé la palabra orientación porque se presta a equívocos y por este motivo estoy precisando...

VYCHINSKI: Pues precise.

BUJARIN: Le dije...

VYCHINSKI: ¿Habló usted de Inglaterra?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Habló del Japón?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Habló de Alemania?

BUJARIN: Sí.

VYCHINSKI: ¿Dijo que era necesario utilizar a unos y otros en beneficio de su lucha contra el poder soviético?

BUJARIN: La cuestión no se planteó así, ya que era la primera vez que hablaba con Jodiaev.

VYCHINSKI: ¿Y esta primera vez habló del derrocamiento del poder soviético?

BUJARIN: Sí, la razón es muy simple, es un error que se muestre sorprendido.

EL PRESIDENTE: Acusado Bujarin, no olvide donde se encuentra.

BUJARIN: En el transcurso de esta entrevista ambos utilizamos términos muy elevados y no se pronunció ninguna palabra...

VYCHINSKI: No le estoy interrogando sobre los términos, sino sobre el contenido de la entrevista.

BUJARIN: Estoy dando las mismas explicaciones que en mis declaraciones en la instrucción previa.

VYCHINSKI: Pero no estoy hablando de las palabras. Me veré obligado a interrumpir el interrogatorio porque aparentemente está usted siguiendo cierta táctica y no quiere decir la verdad, atrincherándose tras una oleada de palabras, embrollando, refugiándose en el terreno de la política, la filosofía, la teoría, etc.; y debería usted olvidarse de ello de una vez para siempre, dado que está usted acusado de espionaje y, aparentemente, según todos los datos de la instrucción, es usted agente de un servicio de espionaje. Por todo ello, basta de embrollos. Si quiere defenderse de esta manera, voy a interrumpir el interrogatorio.

BUJARIN: Contestaré a sus preguntas.

VYCHINSKI: ¿Habló usted con Jodiaev sobre el derrocamiento del poder soviético que había preparado su grupo de conspiradores?

BUJARIN: Hablé de ello utilizando fórmulas oscuras y vagas.

VYCHINSKI: A pesar de semejantes formulaciones, ¿él lo comprendió?

BUJARIN: Perfectamente.

VYCHINSKI (*a Jodiaev*): ¿Lo comprendió?

JODIAEV: Perfectamente.

VYCHINSKI: Así, pues, no se trata de términos, sino del contenido. ¿Dijo usted que, partiendo de las contradicciones internas y de las contradicciones internacionales, era necesario, en las relaciones exteriores, orientarse hacia diferentes Estados extranjeros, en beneficio de la lucha de su grupo de conspiradores contra el poder soviético?

BUJARIN: Perfectamente.

VYCHINSKI: ¿Lo dijo usted?

BUJARIN: Lo dije.

VYCHINSKI: Entonces, ¿tenía razón Jodiaev al decir que usted le habló de contactos con espías ingleses?

BUJARIN: No sucedió así.

VYCHINSKI (*a Jodiaev*): ¿Sucedió así, sí o no, Jodiaev?

JODIAEV: Sucedió así.

BUJARIN: Pero esto es absurdo, no es cosa de espías decidir sobre la ayuda...

JODIAEV: No hablé de espías, sino de residentes.

VYCHINSKI: Entonces no se trata simplemente de espías, sino de residentes.

JODIAEV: Habíamos decidido con él que era preferible actuar, bien por medio de nuestros *tadjiks*, bien enviando a alguien a Afganistán.

VYCHINSKI (*dirigiéndose a Bujarin*): ¿Niega esto?

BUJARIN: Lo niego. Nadie me preguntó sobre este tema.

VYCHINSKI: Yo sí que le pregunto.

BUJARIN: En el transcurso de mi estancia de un año en la cárcel, nadie me preguntó esto.

VYCHINSKI: Lo preguntamos aquí, públicamente, ante el Tribunal proletario, lo preguntamos ante la Corte y ante el mundo entero.

BUJARIN: Pero con anterioridad usted no me había interrogado sobre este tema.

VYCHINSKI: Se lo pregunto una vez más, basándome en una declaración hecha contra usted: ¿quiere confesar ante el tribunal soviético con qué servicio de espionaje estuvo en contacto: con el servicio alemán, japonés o inglés?

BUJARIN: Con ninguno.

VYCHINSKI: De momento, no tengo más preguntas que hacer al acusado Bujarin.

Un edificio coherente

La episódica resistencia de algunos acusados, la tenaz resistencia de otros a ciertos aspectos de la acusación, obligan, evidentemente, a matizar el cuadro esquemático -en general sólo esbozado hasta ahora- de los procesos de Moscú. Sin embargo, sería falso ver a través de estas escaramuzas la manifestación de una verdadera voluntad de resistencia política. En realidad, para los viejos disidentes conducidos al banquillo de los acusados, el proceso representa la última capitulación, el abandono definitivo de las posiciones políticas que habían defendido en tal o cual momento.

La capitulación de Bujarin

Bujarin, el más brillante de los acusados, suministra, a este respecto, el ejemplo más evidente de lo que él llama “el lado objetivo del asunto”:

BUJARIN: Los contrarrevolucionarios de derecha representaban, en un principio, según parece, una “desviación”, una de estas desviaciones que, desde el primer momento, empiezan por mostrar cierto descontento sobre la colectivización, por decir que la industrialización arruina la producción. Esto era, a primera vista, lo esencial.

Luego apareció la plataforma política promovida por Riutin. Cuando toda la máquina del Estado, todos los medios y las mejores fuerzas se movilizaron para la industrialización del país y para la colectivización, nos encontramos, literalmente en 24 horas, al otro lado, nos encontramos al lado de los *kulaks*, de los contrarrevolucionarios; nos encontramos entonces con los restos capitalistas que aún existían, en aquella época, en el terreno de la circulación de mercancías. De ahí la significación especial que se desprende de ello: teníamos una apreciación subjetiva de los acontecimientos. Entre nosotros se produjo un proceso muy curioso de sobreestimación de la explotación individual, con el paso gradual a una idealización, a la idealización del propietario. Ésta fue nuestra evolución. A nivel programático, apoyábamos una explotación individual campesina acomodada; de este modo, el *kulak* se convertía, en el fondo, en una finalidad en sí mismo, y se podía permitir ironizar sobre la organización de los koljoz. En aquella época, nuestra psicología de conspiradores contrarrevolucionarios se afirmaba cada vez más en este sentido: los koljoz representaban la música del futuro. Era necesario aumentar el número de grandes

propietarios. Éste fue el; cambio que se operó en nuestro modo de ver las cosas, en nuestra psicología.

En 1917, a ninguno de los miembros del Partido, incluido yo, se le hubiese ocurrido compadecer a cualquiera de los guardias blancos ejecutados; en cambio, durante el período de la liquidación de los *kulaks*, en 1929-1930, compadecimos a los *kulaks* desposeídos, por consideraciones pretendidamente humanitarias. ¿A quién de nosotros, en 1919, se le hubiese ocurrido la idea de atribuir la ruina de nuestra economía a los bolcheviques, en lugar de imputarla al sabotaje? A nadie. Esto hubiese parecido sencillamente una traición. Y, sin embargo, ya en 1928, yo mismo di una fórmula relativa a la explotación militar-feudal del campesinado, es decir, imputé el coste social de la lucha de clases no a la clase hostil al proletariado, sino precisamente a la misma dirección del proletariado. Esto representaba un giro de 180°. Significaba que, en este punto, las plataformas políticas e ideológicas se transformaron en plataformas contrarrevolucionarias. La economía de los *kulaks* y sus intereses se habían convertido, de hecho, en un punto más de nuestro programa político.

La lógica de la lucha condujo a la lógica de las ideas y nos llevó a modificar nuestra psicología, a convertir en contrarrevolucionarios nuestros objetivos.

Tomemos como ejemplo la industria. En primer lugar, nos quejamos de la superindustrialización, de la excesiva tensión del presupuesto, etc. Y, en el fondo, se trataba de una reivindicación programática, el ideal de un país de *kulaks*, donde la industria sería tan sólo un apéndice. ¿Y en cuanto al punto de vista psicológico? Desde este punto de vista preconizamos, en nuestro tiempo, el industrialismo socialista; por otra parte considerábamos, primero con indiferencia, después con ironía y finalmente con cólera, nuestras inmensas fábricas en desarrollo como monstruos insaciables que todo lo devoraban, que privaban de objetos de consumo a las masas, y creíamos que representaban un cierto peligro. Los esfuerzos heroicos de los obreros de vanguardia...

EL PRESIDENTE: Acusado Bujarin, una vez más no ha entendido nada. No ha llegado aún el momento de su última declaración. Ha sido invitado a exponer su actividad contrarrevolucionaria antisoviética, y usted nos da una conferencia. En su última declaración podrá decir todo lo que quiera. Se lo explico por tercera vez.

BUJARIN: Entonces permítame dar muy brevemente...

VYCHINSKI: Díganos, acusado Bujarin, de qué modo esto que ha descrito se transformó prácticamente en una actividad antisoviética.

BUJARIN: Permítame enumerar ciertos puntos del programa y seguidamente pasaré a exponer mi actividad práctica contrarrevolucionaria. ¿Me lo permite, ciudadano Presidente?

EL PRESIDENTE: Sea breve, por favor. Ya tendrá la posibilidad de pronunciar discursos cuando realice su propia defensa.

BUJARIN: No se trata de mi defensa, sino de mi autorrequisitoria. No he pronunciado ni una sola palabra en mi defensa. En la práctica, mi plataforma-programa, en lo relativo a la economía, sostenía lo siguiente: el capitalismo de Estado, el mujik acomodado, administrador de sus propios bienes, la reducción de los koljoz, las concesiones extranjeras, el abandono del monopolio del comercio exterior y, como resultado, la restauración del capitalismo en el país.

VYCHINSKI: ¿A qué se reducían sus objetivos? ¿Qué pronóstico general daban ustedes?

BUJARIN: Nuestro pronóstico se reducía a que el país daría un brusco viraje hacia el capitalismo.

VYCHINSKI: ¿Y el resultado?

BUJARIN: El resultado fue completamente distinto.

VYCHINSKI: El resultado fue la completa victoria del socialismo.

BUJARIN: Sí, la victoria total del socialismo...

VYCHINSKI: Y el completo fracaso de su pronóstico.

BUJARIN: Y el completo fracaso de nuestro pronóstico. En el interior del país, nuestro programa significaba de hecho -opino que hay que decirlo con todas las letras- un deslizamiento hacia la libertad democrática burguesa, hacia la coalición, porque la libertad de partidos y el establecimiento de coaliciones era la consecuencia ineludible de la constitución del bloque con los mencheviques, los socialistas-revolucionarios y los demás grupos. Era una derivación lógica del bloque organizado para la lucha, porque, desde el momento en que se elegían unos aliados para derrocar al gobierno, era indudable que inmediatamente después de la eventual victoria, coparticiparían en el poder. Se trataba de un deslizamiento no sólo hacia la vía de la libertad democrática burguesa, sino también, en un sentido político, hacia un campo donde indiscutiblemente tenían que aparecer elementos de cesarismo.

VYCHINSKI: Diga simplemente fascismo.

BUJARIN: Si en los medios del “bloque de derechistas y trotskistas” existía una orientación ideológica próxima a la causa el complot militar y la creación de una guardia pretoriana de los *kulaks* y, al mismo tiempo, una orientación política que conducía “la revolución de palacio” y el golpe de Estado hacia contrarrevolucionarios, todo esto entrañaba, evidentemente, elementos fascistas. Si, en el terreno de la economía, se apoyaba al capitalismo de Estado, del que he hablado...

VYCHINSKI: En resumen, usted se pasó al fascismo puro y simple, al fascismo abierto.

BUJARIN: Sí, exactamente, aunque en esta cuestión no hayamos puesto los puntos sobre las íes. La fórmula que nos caracteriza como conspiradores, como restauradores del capitalismo, es exacta desde todos los puntos de vista. Y es muy natural que este fenómeno haya ido acompañado de la degeneración de toda la ideología, de toda nuestra práctica, y de los métodos de lucha.

En su última declaración expone su célebre explicación de la "conciencia desdoblada", al mismo tiempo que una última condena -llena de acentos personales y coléricos- de su viejo amigo y adversario Trotsky.

BUJARIN: ...Me parece verosímil pensar que cada uno de los que estamos ahora sentados en este banquillo de los acusados tenía un extraño desdoblamiento de conciencia, una fe incompleta en su tarea contrarrevolucionaria. No digo que no existiera esta conciencia, sino que estaba incompleta. De ahí esa especie de semiparálisis de la voluntad, esa lentitud de reflejos. Me parece que somos unas personas cuyos reflejos son hasta cierto punto lentos. Esto no proviene de la ausencia de ideas consecuentes, sino de la grandeza objetiva de la edificación socialista. La contradicción entre la aceleración de nuestra degeneración y esa lentitud de reflejos traduce la situación del contrarrevolucionario, o, con más precisión, del contrarrevolucionario que se desenvuelve en el marco de la edificación socialista en progreso. Se crea entonces una doble psicología. Cada uno de nosotros puede comprobarlo en su fuero interno, pero no quiero entregarme aquí a profundos análisis psicológicos.

A veces, yo mismo me entusiasmaba al glorificar en mis escritos la edificación del socialismo; pero poco después cambiaba de actitud debido a mis acciones prácticas de carácter criminal. Se formó en mí lo que, en la filosofía de Hegel, se llama una conciencia desgraciada. Esta conciencia desgraciada difería de la conciencia ordinaria porque era al mismo tiempo una conciencia criminal.

Lo que constituye el poder del Estado proletario no es solamente el haber aplastado a las bandas contrarrevolucionarias, sino también el haber descompuesto interiormente a sus enemigos, el haber desorganizado su voluntad. Esto no ocurre en ningún otro sitio, y no podría existir en ningún país capitalista.

Me parece que, cuando empiezan a manifestarse dudas y vacilaciones en ciertos sectores intelectuales de Occidente y América, a propósito de los procesos que han tenido lugar en la U.R.S.S., es debido, en primer lugar, a que estas personas no tienen en cuenta

una diferencia radical: en nuestro país, el adversario, el enemigo, posee al mismo tiempo esa doble conciencia, esa conciencia desdoblada. Y me parece que esto es lo que hay que comprender ante todo.

Si me permito detenerme en estos problemas, es a causa de que yo tenía en el extranjero considerables relaciones entre calificados intelectuales, principalmente con científicos. Y debo explicarles lo que cada pionero sabe en nuestro país, en la U.R.S.S.

A menudo se justifica el arrepentimiento mediante toda una serie de cosas absurdas como, por ejemplo, el polvo del Tibet, etcétera. En mi caso particular, diré que en la cárcel donde permanecí casi un año, trabajé, estuve ocupado, conservé la lucidez de espíritu. He aquí el mentís práctico a todas las tonterías, a todos los chismes contrarrevolucionarios.

Se habla asimismo de hipnosis. Pero en este proceso he asumido mi defensa jurídica, me he orientado sobre el terreno y he polemizado con el Fiscal. Y cualquier persona, aunque no tenga mucha experiencia en las diferentes especialidades de la medicina, tendrá que reconocer que no ha existido hipnosis.

A menudo se explica el arrepentimiento por un estado de espíritu a lo Dostoievski, por las cualidades físicas del alma (el “alma eslava”). Esto es cierto, por ejemplo, para personajes como Aliocha Karamazov, para los personajes de novelas tales como el Idiota y otros tipos de Dostoievski. Ellos están dispuestos a exclamar en público: “Pegadme, ortodoxos, soy un criminal”.

Pero, no es ésta la cuestión. En nuestro país, el “alma eslava” y la psicología de los héroes de Dostoievski son cosas extinguidas desde hace tiempo: pertenecen al pluscuamperfecto. Estos tipos ya no existen en nuestro país, como no sea en los patios de las casas provincianas, ¡o quizá ni ahí! En cambio, esta psicología subsiste en Europa occidental.

Ahora quiero hablar de mí mismo, de los motivos que me llevaron a arrepentirme. Ciertamente, hay que decir que las pruebas de mi culpabilidad juegan también un importante papel. Durante tres meses permanecí encerrado en mis negativas. Después inicié el camino de la confesión. ¿Por qué? El motivo estriba en que, durante mi encarcelamiento, pasé revista a todo mi pasado. En el momento en que uno se pregunta: “Si mueres, ¿en nombre de qué morirás?”, aparece de repente y con sorprendente claridad un abismo profundamente oscuro. No había nada por lo que mereciese la pena morir, si pretendía hacerlo sin confesar mis errores. Por el contrario, todos los hechos positivos que resplandecían en la Unión Soviética tomaban proporciones diferentes en mi conciencia. Esto fue lo que en definitiva me desarmó, lo que me obligó a doblar mis rodillas ante el

Partido y ante el país. Cuando me pregunto: “Bien, no vas a morir. Si por cualquier milagro quedas con vida, ¿cuál será entonces tu objetivo? Aislado de todo el mundo, enemigo del pueblo, en una situación que no tiene nada de humana, totalmente alejado de lo que constituye la esencia de la vida...” Y en seguida recibo la misma contestación a esta pregunta. En estos momentos, ciudadanos jueces, todo personalismo, todo rencor, los restos de irritación, de amor propio y otras muchas cosas caen por sí mismas, todo desaparece. Y cuando llegan a nuestros oídos los ecos de la vasta lucha emprendida por el pueblo soviético, todo esto ejerce su acción, y nos encontramos ante la completa victoria moral de la U.R.S.S. sobre sus adversarios arrodillados. Una casualidad puso en mis manos un libro de la biblioteca de la cárcel, el de Feuchtwanger, donde se hablaba de los procesos de los trotskistas. Me produjo una gran impresión. Pero debo decir que Feuchtwanger no llegó al fondo de la cuestión, se detuvo a mitad de camino. Para él no todo está claro, mientras que en la realidad todo lo está. La historia mundial es un tribunal universal. Los líderes trotskistas han fracasado y han sido arrojados al foso. Es justo. Pero no se puede proceder como lo hace Feuchtwanger, principalmente en lo relativo a Trotsky, cuando lo coloca en el mismo plano que Stalin. En este punto, sus planteamientos son totalmente erróneos, puesto que, en realidad, todo el país está detrás de Stalin. Él es la esperanza del mundo, es el creador. Napoleón dijo en una ocasión: el destino es la política. El destino de Trotsky es la política contrarrevolucionaria.

Voy a acabar pronto. Estoy hablando, quizás, por última vez en mi vida.

Quiero explicar cómo llegué a la necesidad de capitular ante el poder judicial y ante vosotros, ciudadanos jueces. Nos alzamos contra la alegría de la nueva vida, con métodos de lucha completamente criminales. Rechazo la acusación de haber atentado contra la vida de Vladimir Ilich, pero reconozco que mis cómplices de la contrarrevolución, conmigo al frente, intentaron acabar con la obra de Lenin, continuada por Stalin con un éxito prodigioso. La lógica de esta lucha, bajo una capa ideológica, nos hacía descender paso a paso hasta el más oscuro cenagal. Una vez más se ha probado que el abandono de la posición bolchevique señala el paso al bandidismo político contrarrevolucionario. Hoy el bandidismo contrarrevolucionario ha sido aplastado; hemos sido derrotados, nos hemos arrepentido de nuestros horribles crímenes.

En realidad, no se trata de arrepentirse, ni tampoco de mi arrepentimiento. Incluso sin esto, el Tribunal puede dar su veredicto. Las confesiones de los acusados no son obligatorias. La confesión de los acusados es un principio jurídico medieval. Pero se ha producido la derrota interior de las fuerzas contrarrevolucionarias; y hay que ser Trotsky

para no rendirse. Mi deber es demostrar aquí que, en el paralelogramo de fuerzas que ha trazado la táctica contrarrevolucionaria, Trotsky ha sido el primer motor del movimiento. Y sus más violentas manifestaciones -el terrorismo, el espionaje, el desmembramiento de la U.R.S.S. el sabotaje- provenían ante todo de esta fuente.

Las conclusiones políticas de Radek

Con su estilo personal, más cínico, sin la altura de pensamiento y la desgarrada sinceridad que convierte la última declaración de Bujarin en un documento conmovedor, Karl Radek expresa, en definitiva, las mismas conclusiones.

RADEK: Bien, ciudadanos jueces, voy a terminar mi última declaración con las siguientes palabras. Responderemos de nuestros actos según todo el rigor de la ley soviética, considerando que su sentencia, cualquiera que sea, es justa, pero queremos acogerla como hombres conscientes. Sabemos que no tenemos derecho a hablar a las masas, puesto que no somos sus dirigentes, Pero queremos decir tres cosas a los elementos que estaban en contacto con nosotros:

En primer lugar, la organización trotskista se ha convertido en el centro de todas las fuerzas contrarrevolucionarias; la organización de los derechistas ligada a ella y que estaba a punto de fusionarse con ella, es también un centro de todas las fuerzas contrarrevolucionarias del país. El poder del Estado acabará con todas estas organizaciones terroristas. Basándonos en nuestra propia experiencia, no nos queda ninguna duda.

Pero existen en el país semitrotskistas, cuartos de trotskistas, octavos de trotskistas, gentes que nos han ayudado, ignorando la existencia de la organización terrorista, que sentían simpatía por nosotros y que por liberalismo o por espíritu crítico respecto al Partido nos han ayudado. A estas personas les decimos: cuando hay una paja en la maza de un martillo, el peligro no es aún grande; pero cuando esta paja está atravesada en una hélice, puede producir una catástrofe. Nos encontramos en un período de extrema tensión, en un período de preparación para la guerra. A todos estos elementos les decimos aquí, ante el Tribunal, y en el momento de saldar cuentas: aquel que tenga el menor roce en sus relaciones con el Partido, la más pequeña grieta en su conciencia, debe saber que mañana puede convertirse en un protagonista de actos de diversión, en un traidor, si no procura cicatrizar esta grieta mediante una total sinceridad con el Partido.

En segundo lugar, debemos decir a los grupos trotskistas de Francia, de España y de otros países -existen, sin duda- que la experiencia de la revolución rusa ha demostrado que

el trotskismo es el saboteador del movimiento obrero. Debemos prevenirles de que pagarán con su cabeza si no aprovechan nuestra experiencia.

Finalmente, declaramos ante el mundo entero, ante todos los que luchan en favor de la paz, que el trotskismo es un instrumento en manos de los provocadores de la guerra. Tenemos que decirlo con voz firme, pues lo hemos aprendido, lo hemos sufrido, nos ha sido muy duro reconocerlo, pero es un hecho histórico que vamos a pagar con nuestras vidas.

Aquí radica la profunda unidad del proceso. Radek subraya, con razón, su auténtico significado y el valor de las confesiones para los hombres del poder al añadir:

RADEK: Formamos un grupo bastante unido, pero cuando Nikolai Ivanovich Muralov, el hombre más allegado a Trotsky, que yo creía dispuesto a morir en la cárcel sin decir una sola palabra, cuando este hombre hizo sus declaraciones y las justificó diciendo que no quería morir con la idea de que su nombre pudiera convertirse en la bandera de toda la chusma contrarrevolucionaria -entonces comenzó a manifestarse, a mi entender, el resultado más significativo de este proceso.

De uno a otro proceso: los progresos

De uno a otro proceso, las tesis de la acusación se van reforzando, las confesiones se completan. El 12 de septiembre de 1936, Pravda señalaba: Los acusados se han esforzado en disimular el verdadero objetivo de su acción. Han contestado que no tenían ningún programa. Sin embargo, tenían uno, el de la restauración del capitalismo.

Durante el segundo proceso, Vychinski puede añadir:

El centro zinovievista-trotskista unificado y sus hombres han se obstinado en querer demostrar que su programa no comportaba ninguna reivindicación política, que sólo les guiaba un motivo: “la simple sed de poder”. Esto no es cierto. Era un intento de engañar a la opinión pública.

No puede existir una lucha para la conquista del poder sin un programa que formule los objetivos, las tareas, las aspiraciones, los medios de lucha. Por esto nunca creímos que el centro terrorista trotskista-zinovievista unificado no tuviera un programa. Sabíamos que lo disimulaba obstinadamente. En efecto, tenían un programa, como también lo tenía el

centro terrorista trotskista aquí presente. Este programa pretendía reconocer abiertamente la necesidad de la restauración capitalista en la U.R.S.S.

En la misma requisitoria añade:

El proceso judicial del centro trotskista-zinovievista unificado ya había desenmascarado los contactos de los trotskistas con la Gestapo y los fascistas. El actual proceso ha ido aún más lejos. Ha suministrado un material de excepcional fuerza probatoria que, una vez más, ha precisado y confirmado estos contactos, ha confirmado con toda exactitud, mediante la presentación de las pruebas requeridas en el enjuiciamiento, el papel traidor del trotskismo, el cual se ha pasado abiertamente y sin reservas al campo del enemigo y se ha convertido en una de las sucursales de las “S. S.” y de la Gestapo.

El camino de los trotskistas, el camino del trotskismo ha terminado. A lo largo de su triste e infame historia, los trotskistas se han dedicado a atacar y han atacado efectivamente los puntos más sensibles y peligrosos de la revolución proletaria y de la edificación socialista soviética.

Durante el tercer proceso puede afirmar lo siguiente:

En efecto, en lo concerniente a Trotsky, su relación con la Gestapo ya había sido completamente demostrada en el transcurso del proceso del centro terrorista trotskista-zinovievista, en agosto de 1936, y en el del centro antisoviético trotskista, en enero de 1937. Ahora queda demostrado que su relación con la policía política alemana y los servicios de espionaje de otros países se remonta a un período muy anterior, que Trotsky ya estaba en relación con el servicio de espionaje alemán en 1921. Durante este proceso, Krestinski lo ha declarado con gran precisión. También puede demostrarse que Trotsky estaba ligado al servicio de espionaje inglés, el Intelligence Service, desde 1926. Lo ha declarado con precisión y lo ha demostrado el acusado Racovski. Todo el bloque, a cuya cabeza se encontraba Trotsky, estaba enteramente compuesto de espías extranjeros y de agentes de la Ojrana zarista.

De uno a otro proceso: relaciones internas

Desde otro punto de vista, los procesos de Moscú constituyen un edificio coherente: al descansar los unos en los otros, forman un conjunto cuyas tres partes se articulan, Radek se extiende ampliamente sobre

sus relaciones con Smirnov, Dretser, Mrachkovski, los condenados de agosto de 1936. Rosengoltz suministra los eslabones con la actividad "interrumpida" de Piatakov. La mayoría de acusados confirman con sus confesiones las de sus predecesores. También anuncian otras cosas. Ya en el primer proceso y en respuesta a las preguntas de los jueces, los acusados dan muchos nombres: entre ellos varias vedettes de los futuros procesos, principalmente Piatakov, Radek y Serebriakov, que serán juzgados en el segundo proceso.

En esta ocasión aparecen otros nombres, denunciados como cómplices: el viejo bolchevique georgiano Budu Mdivani, ligado a la sazón a Okudjava, denunciado en 1936.

Las denuncias llueven sobre hombres ya nombrados pero seguidamente rehabilitados como Bijarin y Rykov, y sobre hombres ya denunciados en el proceso Zinoviev, como Putna. Drobnis lanza contra Racovski una acusación de complicidad pasiva. Radek, que va pasando de una acusación a otra, parece denunciar a Tujachevski. Pero al día siguiente, al ser interrogado por el fiscal, lo desmiente:

VYCHINSKI: Acusado Radek, usted dijo en sus declaraciones: "En 1935... decidimos convocar una conferencia, pero con anterioridad, en enero, cuando llegué, Vitali Putna vino a verme con un encargo de Tujachevski..." Quisiera saber con qué motivo cita aquí el nombre de Tujachevski.

RADEK: Tujachevski había recibido una misión del gobierno para la cual necesitaba ciertos materiales que no podía conseguir y que únicamente yo poseía. Me llamó por teléfono para preguntarme si tenía estos materiales en casa. Le dije que sí y entonces envió a Putna, con quien debía llevar a cabo esta misión, a buscar estos materiales. Claro está que Tujachevski no tenía la más mínima idea del papel de Putna ni de mi actividad criminal.

VYCHINSKI: ¿Y Putna?

RADEK: Era miembro de la organización; no venía para hablar de asuntos de la organización, pero aproveché su presencia para hablar de ello.

VYCHINSKI: ¿De modo que Putna fue a su casa en misión oficial con un encargo de Tujachevski que no tenía la más mínima relación con sus asuntos, ya que el citado Tujachevski no mantenía relación alguna con usted?

RADEK: Tujachevski no ha tenido nunca relación con mis asuntos.

VYCHINSKI: ¿Envió a Putna en misión de servicio?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: ¿Y aprovecharon la ocasión para ocuparse de sus propios asuntos?

RADEK: Sí.

VYCHINSKI: Si he entendido bien, Putna estaba en contacto con los miembros de su organización trotskista clandestina y el nombre de Tujachevski ha sido citado sólo porque Putna fue a verle con un encargo oficial de Tujachevski.

RADEK: Lo confirmo, y declaro que nunca he tenido ni podía tener con Tujachevski relaciones sobre la actividad contrarrevolucionaria, porque sabía, por su actitud, que era un hombre completamente fiel al Partido y al Gobierno.

En el mes de junio, varios generales son juzgados a puerta cerrada y fusilados: entre ellos se encuentra no sólo Putna sino también el mismo Tujachevski. En julio, les toca el turno, en las mismas condiciones, a los “terroristas” georgianos Okudjava y Budu Mdivani. Finalmente, en el tercer proceso público comparecen Bujarin, Rykov y Racovski, detenidos, según parece, desde hacía más de un año; en esta ocasión, sus confesiones sirven para abrumar a Tujachevski.

En el banquillo, Krestinski da los detalles, que no se habían obtenido en el proceso a puerta cerrada, sobre la alianza entre los generales y el “bloque”.

VYCHINSKI: Acusado Krestinski, dígame, por favor, lo que sepa sobre la participación del grupo Tujachevski en el “bloque de derechistas y de trotskistas”.

KRESTINSKI: He aquí lo que sé de la participación de Tujachevski. Cuando, en octubre de 1933, me encontré con Trotsky en Meran, llamó mi atención sobre lo siguiente: al orientar nuestra acción hacia el golpe de Estado, en ningún caso debíamos apoyarnos únicamente en nuestras propias fuerzas trotskistas, pues serían insuficientes para conseguir este objetivo, y por esto teníamos que llegar a un acuerdo con los derechistas y los militares. Me hizo fijar particularmente en Tujachevski, quien tenía un carácter aventurero y aspiraba a ocupar un primer puesto en el ejército, por lo cual consentiría, probablemente, en muchas cosas. Me rogó que se lo dijera a Piatakov y que yo mismo hablara con Tujachevski.

VYCHINSKI: ¿Tuvo ocasión de hablar con Tujachevski?

KRESTINSKI: Conversé con él a principios de 1934, después de que Piatakov le hubiese hablado, y le comuniqué mi conversación con Trotsky. En principio, Tujachevski me dijo que no sólo era favorable a la unión de tales fuerzas sino que él mismo se comprometía a llevar a cabo esta tarea. Sin embargo señaló que era preciso examinar la cuestión con detenimiento y dilucidar las posibilidades que ofrecía, después de lo cual trataría a este respecto con Piatakov. En febrero de 1935 me enteré por Piatakov de que habían llegado a un acuerdo. No le pregunté a Piatakov cuándo se había producido tal acuerdo ni cuándo se

había constituido el centro. Más tarde tuve ocasión de conversar con Tujachevski sobre estos temas. Esto sucedía en la segunda mitad de 1935; en 1936 y en 1937 tuve varias entrevistas de este tipo. En una de ellas, en 1935, me citó los nombres de ciertas personas en las que se apoyaba. Nombró a Iakir, Uborevich, Kork y Eidemann. Poco después, en otra entrevista muy importante, que tuvo lugar durante el VIII Congreso extraordinario de los Soviets, Tujachevski planteó el problema de la necesidad de precipitar el golpe de Estado. Indicó que era un hecho que el golpe de Estado estaba ligado a nuestra orientación derrotista y que debía coincidir con el inicio de la guerra, con la agresión de Alemania a la Unión Soviética. Así, pues, desde el momento en que se retrasaba la agresión, el golpe de Estado prácticamente también se retrasaba. En este período se inició la desmembración progresiva de las fuerzas revolucionarias. Piatakov y Radek fueron detenidos, los trotskistas también, y Tujachevski empezó a temer que, si las cosas continuaban de aquel modo, se llegaría a un completo fracaso. Por este motivo propuso que se precipitara el golpe de Estado contrarrevolucionario. Examinamos este asunto con Gamarnik y Rudzutak y llegamos a la unánime conclusión de que Tujachevski tenía razón. Seguidamente pedí por escrito, y por mediación de Besonov, la opinión de Trotsky, del que recibí una respuesta favorable.

Bujarin describe con todo lujo de detalles los planes de lo que él llama “revolución de palacio”, término que no gusta en absoluto al fiscal.

BUJARIN: Ya en aquella época empezaban a manifestarse tendencias terroristas entre los miembros de la organización contrarrevolucionaria de los derechistas. Esto podía comprobarse entre aquellos a los que se consideraba como discípulos míos, en el grupo de Matveev, que gravitaba en torno a Ugalnov, entre los partidarios de Rykov y entre ciertos trabajadores sindicales; esta serie de hechos fue denunciada a su debido tiempo en la prensa. En este período se sitúa la formación del grupo de conspiradores en el Ejército Rojo. Me enteré de ello por Tomski, al que había informado directamente Enukidze, con el que mantenía relaciones personales, y con quien le era más fácil ponerse en contacto, ya que ambos vivían en el mismo corredor del Kremlin.

Había oído decir que ambos, Tomski y Enukidze, o, para ser más exactos -la palabra “oído” no es, tal vez, muy adecuada-, Tomski y Enukidze me habían informado de que en el seno de la dirección del Ejército Rojo se había llevado a cabo una alianza entre derechistas, zinovievistas y trotskistas; al decirme esto, me dieron una serie de nombres. No

puedo asegurar que me acuerde de todos, voy a decir aquellos que ahora recuerdo: Tujachevski, Gork, Primakov y Putna.

El contacto con el centro derechista se llevaba a cabo a través de la siguiente línea: el grupo militar, Enukidze, Tomski y los demás. Más o menos en la misma época, es decir, a finales de 1932 o a principios de 1933, se formó el centro llamado de contacto, que agrupaba a los representantes de diversas corrientes contrarrevolucionarias hostiles al Partido, comprendiendo también a los derechistas.

Volviendo a lo antes expuesto o a mis declaraciones sobre la actividad criminal del bloque contrarrevolucionario de los derechistas, quiero detenerme, en primer lugar, en la idea del golpe de Estado como una de las ideas criminales centrales y, después, en la preparación práctica, porque tanto la idea como la preparación práctica correspondiente han atravesado, según los diversos períodos y la coyuntura política general, distintos estadios de desarrollo.

El nacimiento de la idea del golpe de Estado entre las conspiraciones de derecha puede fecharse en los años 1929-1930 aproximadamente; en esta época, cuando aún era un simple proyecto en embrión, se concebía el golpe de Estado, o, para ser más exactos, se hablaba de él, como de un golpe de Estado sobre una base relativamente restringida. Diría que la idea era un golpe de Estado restringido, o más exactamente una “revolución de palacio”.

Rosengoltz denuncia el papel esencial de Gamarnik en la conspiración:

VYCHINSKI (*a Rosengoltz*): ¿Qué tiene que decir respecto a sus entrevistas con Gamarnik?

ROSENGOLTZ: Confirmando las declaraciones que hice en la instrucción previa.

VYCHINSKI: ¿Cuáles?

ROSENGOLTZ: En cuanto a Gamarnik, el punto esencial es que -aparentemente de acuerdo con Tujachevski- consideraba la posibilidad de apoderarse del edificio del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores en el transcurso del golpe de Estado militar. Gamarnik se proponía conseguir que este ataque lo llevase a cabo una unidad mandada por él, suponiendo que gozase entre las tropas de autoridad suficiente como trabajador político y miembro del Partido. Llegado el caso, contaba con la ayuda de algunos comandantes particularmente impetuosos. Recuerdo que citó a Gorbachev.

También se dan ciertas informaciones sobre los crímenes de que eran acusados los condenados en diciembre de 1937. Karajan es acusado de traición:

BUJARIN: Quería decir que, después de estas conversaciones preliminares, en 1935, no sé qué otros factores pudieron influir en la decisión del centro de derechistas y del centro de contacto no sé si Tomski fue presionado por Enukidze o por los medios militares, o incluso por Enukidze, por los trotskistas y por los zinovievistas a la vez; de todos modos, Karajan se marchó sin haber sostenido una entrevista preliminar con los miembros del centro dirigente, a excepción de Tomski. Ahora quiero exponer al Tribunal lo que recuerdo de las tres entrevistas que tuvieron lugar después de la llegada de Karajan. La primera entrevista fue con Tomski, la segunda con Enukidze y la tercera con Karajan, quien precisó algunos puntos e introdujo en la conversación un elemento nuevo. Recuerdo que Tomski me decía que Karajan había conseguido llegar a un acuerdo con Alemania más ventajoso que el de Trotsky.

Finalmente, según Iagoda, Enukidze ocupaba un puesto clave en la conspiración:

IAGODA: En 1932, en relación con el plan general de los derechistas, orientado hacia el derrocamiento del poder soviético y la toma del poder en sus manos, me puse, por indicación de Tomski, en contacto con Enukidze. Esta propuesta no fue casual. En aquella época, la idea dominante de los derechistas -y el punto de partida de la actividad de la organización- era la orientación hacia el golpe de Estado contrarrevolucionario por medio de la toma del Kremlin. Considero inútil explicar aquí, al Tribunal, que el único motivo por el que se planteaban así las cosas era la imposibilidad de provocar una sublevación de masas, y, en primer lugar, de provocar sublevaciones de *kulaks*, cosa que se había considerado posible, en cierta medida, durante el período de dificultades, es decir, en 1930-1931. A finales de 1932, cuando el éxito del régimen koljoziano eliminó cualquier posibilidad de confiar en las sublevaciones de *kulaks*, empezó a predominar la orientación hacia lo que se dio en llamar la “revolución de palacio”. Evidentemente, esto hizo que mi papel en la organización, el papel de un hombre que ocupaba el puesto de vicepresidente de la O.G.P.U., en cuyas manos se hallaban los medios técnicos del golpe de Estado, es decir, la guardia del Kremlin, las unidades militares, etc., se encontrara situado en el centro de atención, y, precisamente por este motivo, siguiendo la propuesta del centro de derechistas, me puse en contacto con Enukidze (en aquel momento ocupaba el puesto de secretario del

Comité ejecutivo central de la U.R.S.S.), uno de los dirigentes de la actividad conspiradora de los derechistas. (...)

Me puse en contacto con Enukidze a finales de 1931 o a principios de 1932. Hacia finales de 1932, nos encontrábamos sistemáticamente; en múltiples ocasiones, discutí con él los problemas relativos a la “revolución de palacio”. Enukidze me hizo saber que en el Kremlin se había creado una organización militar de conspiradores, dispuestos en cualquier momento a llevar a cabo el golpe de Estado. También me dijo que estaban orientados hacia el fascismo alemán, llegado al poder en 1933.

En 1933 se organizó y cristalizó el centro, el bloque de trotskistas, derechistas y zinovievistas. También supe que, por mediación de Rykov, el bloque estaba en contacto con los mencheviques y que, por iniciativa de Bujarin, lo estaba con los socialistas revolucionarios. Estaba informado de las decisiones de este grupo por Enukidze. Por él me enteré también de que se preparaba para enero de 1934 un golpe de Estado con la detención de los delegados al XVII Congreso del Partido, que entonces estaba celebrando sus sesiones.

Parecen así llenarse, mediante confesiones, los vacíos dejados en la trama de los distintos procesos por las sesiones judiciales a puerta cerrada.

Las brechas

En realidad, cuando se examina el edificio más de cerca, comienzan a aparecer grietas: contradicciones, inverosimilitudes, lagunas.

Así, de los “cómplices” denunciados en el transcurso del primer proceso -una cuarentena de viejos bolcheviques muy conocidos- sólo seis son juzgados en público, y dos en procesos a puerta cerrada anunciados oficialmente. De todos los demás, cinco, Friedland, Gaievski, Iudin, Seidel y Smilga, vuelven a ser mencionados en el segundo proceso, pero no en el último. Sólo Uglanov, un antiguo “derechista”, es denunciado en los tres procesos: sin embargo, nunca comparece en público.

En el segundo proceso hace su aparición una nueva hornada de cómplices denunciados por los acusados: simple prólogo para Bujarin, Rykov, Putna, Okudjava, que serán condenados y ejecutados a los catorce meses, primera y última mención para el ucraniano Kotziubinski, el economista Preobrajenski, el sindicalista Glebov-Avilov, y una veintena más.

En cambio, Beloborodov y Sosnovski volverán a ser mencionados en el tercer proceso, con una treintena de “nuevos”, los Rudzutak, Nesterov, A. P. Smirnov, Rumianstsev, V. Schmidt, etcétera.

En total, de los noventa bolcheviques denunciados como dirigentes o cómplices en el transcurso de los tres procesos, sólo seis comparecen y confiesan. Como que de los cincuenta y cuatro acusados que confiesan, cuarenta y cuatro comparecen sin antes haber sido denunciados públicamente, puede admitirse que una ínfima parte de viejos bolcheviques, detenidos y acusados de conspiración y otros crímenes, confiesan finalmente en público. Entre los recalcitrantes, están representadas todas las tendencias: los antiguos dirigentes de la oposición de izquierda, Preobrajensky, Beloborodov, Smilga, Sosnovski, los antiguos derechistas Smirnov, Schmidt, Uglanov, Slepkov, los antiguos miembros de la Oposición obrera, Chliapnikov y Medvedev, se codean con stalinistas como Rudzutak, Eije, Postychev, Kossior, Mejlauk. Ninguno de estos hombres tenía, en la historia del Partido, la importancia de los Zinoviev, Kamenev, Piatakov, Rykov, Racovski. Sin embargo, todos ellos gozaban de una reputación similar a la de un Ivan Smirnov, un Serebriakov o un Sokolnikov, y, a fortiori, superior a la de los Rosengoltz, Dreitser, Chernov y otros. Denunciados públicamente, estos hombres hubieran tenido que ser castigados o rehabilitados: no fueron ni una ni otra cosa. Se impone de forma inevitable la hipótesis de su resistencia durante los interrogatorios, de su negativa a “confesar”, y de su liquidación final, sin confesiones ni procesos.

Los expedientes “desaparecidos”

En el proceso Zinoviev, no comparecen doce acusados implicados en el asunto, a pesar de que su papel, según acusadores y acusados, fue importante; sus expedientes son “reservados”. Guertik y Karev han sido ya condenados, a puerta cerrada, acusados de haber sido los organizadores del asesinato de Kirov. El comunista letón Gaven, que habría transmitido personalmente las órdenes de Trotsky, no está presente. El comunista Dimitri Schmidt, héroe de la guerra civil y partisano legendario, que habría sido el jefe de los grupos terroristas, tampoco comparece en el banquillo de los acusados. Tal como lo ha hecho notar León Sedov, los expedientes están numerados del uno al treinta y ocho, mientras que sólo hay dieciséis acusados: faltan, pues, veintidós expedientes ya dispuestos. No se puede descartar la explicación según la cual estos hombres, previstos para comparecer, en el último momento no pudieron ser presentados en público. Gérard Rosenthal escribe: “Nada ha permitido conocer la suerte de aquellos hombres que, al parecer, fueron definitivamente aniquilados, demasiado pronto o demasiado tarde para comparecer en la audiencia pública.”

Un minucioso examen de la numeración de los expedientes citados en el segundo proceso muestra una clasificación, no alfabética, que va de Piatakov, número uno, hasta Arnold, número treinta y seis. Pero sólo hay diecisiete acusados: faltan, por consiguiente, diecinueve. En esta ocasión no se “reserva” ningún asunto; los cinco “testigos” cuyas confesiones habría sido posible utilizar no permiten colmar el vacío. De todos los denunciados, al menos dos han sido detenidos y presentados por Radek como dirigentes del Centro: Smilga y Preobrajenski. ¿Siguen con vida? ¿Resisten aún a los interrogatorios? ¿Han sido abatidos en el transcurso de la encuesta? No hay respuesta, pero la cuestión sigue en pie.

En el tercer proceso hay tantos expedientes como acusados. Sin embargo, doce de estos hombres “serán objeto de un procedimiento especial” y otros, miembros de la misma “conspiración”, ya han sido juzgados a puerta cerrada y ejecutados: Tujachevski en junio, Mdivani y Okudjava en julio, Enukidze y Karajan en diciembre de 1937... El policía Zaporojets ha sido el instrumento utilizado por el acusado Iagoda en distintos asuntos: la investigación de su caso, continúa, mientras que su jefe es juzgado. ¿Por qué? No poseemos ningún elemento para responder a esta pregunta. La única hipótesis plausible es que Zaporojets es menos dócil que el acusado Iagoda, o incluso que está menos “presentable”.

Por otra parte, el acta estenográfica pone de manifiesto, en varias ocasiones, la precaución de los jueces instructores en no presentar al tribunal más que acusados bien “preparados”. Así, en el primer proceso, Sokolnikov, es denunciado por Reingold como miembro del “centro unificado”, y por Kamenev como miembro del “centro de reserva”. Sin embargo, no es juzgado con ellos y sigue en la cárcel, como prueba el acta del careo con Kamenev, citada por el fiscal. Tampoco es citado como testigo, a pesar de ser formalmente acusado de participación en el asunto. Por el contrario, seis meses más tarde, comparece, dócil, en unión de Piatakov y Radek. Muralov, detenido el 17 de abril de 1936, lo niega todo durante ocho meses. Mientras

durán sus negativas, son juzgados Zinoviev, Kamenev y otros. Sólo después de haber confesado completamente comparece en público. La última declaración de Bessonov es una prueba, aparte de otras presunciones, de que sólo comparecen en público los acusados que están dispuestos a confesar. En efecto, según informa, fue arrestado el 28 de febrero de 1937, lo negó todo y fue juzgado, a puerta cerrada, ante el colegio militar del Tribunal Supremo el 13 de agosto. No “hizo declaraciones” hasta el 30 de diciembre de 1937. Este hecho le vale el comparecer, esta vez en público, en marzo de 1938. Y este acusado, el más dócil de todos, recuerda Excepcional contrapunto los “diez meses de (su) lucha estéril contra la justicia proletaria, lucha que tiene la triste ventaja de distinguirse por su duración, incluso en este proceso”.

Inverosimilitudes y contradicciones

Hay algo más grave: las mismas confesiones están llenas de contradicciones si se las somete a una comparación. Así, Reingold, Kamenev y Zinoviev designan a Bujarin y Rykov como cómplices. Sin embargo, la causa instruida contra estos últimos en 1936 acaba siendo sobreseída en septiembre. Las declaraciones de los acusados eran, por tanto, falsas, al menos respecto a este punto, y son oficialmente desmentidas: no se puede realizar ninguna comprobación, porque son ejecutados. En cierto momento parece que Radek va a denunciar a Tujachevski, y, de repente, aleja de él cualquier sospecha. Seis meses más tarde el mariscal es “desenmascarado”, condenado y ejecutado. Si consideramos culpables a estos hombres, ¿cómo explicar que Radek, después de denunciar a decenas de cómplices, haya realizado esta maniobra para salvar a uno solo? Y si ha mentido en el caso del mariscal, ¿por qué admitir que dijo la verdad en los demás casos? En 1936, León Sedov apuntó la única explicación posible a estas contradicciones: ciertas denuncias constituyen simples advertencias, o, si se prefiere, una forma de chantaje.

Las confesiones de los acusados del primer proceso sobre la actividad de su centro son contradictorias. El acta de acusación dice que dicha actividad se desarrolló de 1932 a 1936. Pero durante este período, los acusados apenas pudieron participar en este tipo de trabajo. Zinoviev y Kamenev, exilados de Moscú en octubre de 1932, no volvieron hasta el verano de 1933, y fueron detenidos en diciembre de 1934, junto con Bakaiev y Evdokimov. Durante estos años, Mrachkovski estuvo en Kazajstán: así lo hace constar, y el fiscal no intenta contradecirlo. Iván Smirnov, detenido el primero de enero de 1933, ya no abandonaría la cárcel. ¿Cómo pudo funcionar el centro en estas condiciones? En un determinado momento, acusados y acusadores parecen tomar conciencia de tal dificultad: Bakaiev y Reingold declaran que su actividad terrorista quedó interrumpida de octubre de 1932 a octubre de 1934 para el primero, y desde la misma fecha al verano de 1933 para el segundo. Y Vychinski afirma: En 1932-33, Kamenev y Zinoviev estaban exilados, pero el centro continuaba funcionando. Se sabe que en 1934 Smirnov tampoco estaba en libertad (...) pero el centro funcionaba (...). He llegado a la conclusión de que, si el centro funcionaba, era debido a la existencia de contactos bien organizados, lo

que permitió que participaran en la dirección, incluso aquellos miembros que no estaban en libertad (...). Sin embargo, no da ninguna indicación sobre estos “contactos bien organizados”.

Las confesiones realizadas durante los procesos sacan a la luz todo lo que se quiera, excepto contactos bien organizados. Los peligrosos terroristas, los antiguos conspiradores formados en la lucha contra la Ojraza zarista, hábiles en la clandestinidad y capaces, según la acusación, de haber disimulado su actividad durante años, aparecen, sobre todo, según sus propias declaraciones, como incorregibles charlatanes. Si hay que creerles, el asesinato de Kirov se organizó realmente en la plaza pública. Así Bakaiev se trasladó a Leningrado acompañado de un terrorista -cuyo nombre no le fue preguntado- y allí se encontró con cinco personas, a las que, además, pidió que convocaran a otras: al final eran siete en el apartamento de Levin. Este fue a esperar a Bakaiev y le reveló que Zinoviev ya había confiado el asunto a otros tres terroristas. Como, por otra parte, una decena de acusados se enteraron por Zinoviev y Kamenev de sus proyectos, se tiene, sólo para el primer proceso, un total de veinticuatro personas en el secreto del asunto, sin contar, claro está, a Nikolaiev, con quien Bakaiev se entrevistó personalmente, delante de un testigo cuyo nombre no interesó a Vychinski.

Y esto no es todo: si hay que creer las declaraciones del segundo proceso, se produjo una abierta competencia para asesinar a Kirov. Radek afirma ante los jueces que Mrachkovski le habló del proyecto en abril de 1933 y le indicó que el grupo terrorista de Prigojin podía llevarlo a cabo. Además, el mismo Mrachkovski y Dreitser le habían confiado, al parecer, que el asesinato de Kirov se preparaba bajo la dirección de Bakaiev. Sokolnikov, a su vez, había sido informado por Kamenev de todos los preparativos. Se podría pensar que, por fin, la investigación ha terminado y que todos los cómplices han sido desenmascarados. Pero no es así, en absoluto: en el tercer proceso, lagoda, a instancias de Vychinski, precisa que Rykov, Bujarin y Enukidze, estaban presentes en la reunión del centro en que se tomó la decisión de asesinar a Kirov. Y él mismo, por entonces jefe de la policía, había sido puesto al corriente por Enukidze, y se había arriesgado, para facilitar el asesinato, a dejar en libertad a Nicolaiev, detenido cuando llevaba en su poder un revólver y unas notas sobre los itinerarios habituales seguidos por Kirov. Por otra parte, lagoda había juzgado conveniente poner al corriente de los preparativos a su ayudante Bulanov, recomendándole, con amenazas, el mayor secreto... En total, más de veinte personas tomaron parte en la decisión, más de cincuenta personas estaban involucradas en los preparativos, y entre los mejor informados de los proyectos sobre Kirov hay que destacar la presencia del jefe de la G.P.U. y de sus más altos funcionarios, tanto de Moscú como de Leningrado.

La larga lista de alentados no realizados, los “atentados fantasma” según la feliz expresión de Gérard Rosenthal, da a la acusación el mismo aspecto de inverosimilitud. De uno a otro proceso, las listas

de presuntas víctimas son modificadas. En el primer proceso, Molotov no estaba entre las personalidades señaladas y Trotsky vio en ello el indicio de su caída en desgracia. El “atentado” de Prokopievsk -éste “casi” realizado- le proporcionó un brillante desquite. Se da el hecho de que estas listas se parecen extrañamente a la enumeración ritual de los dirigentes en los congresos y ceremonias. Los hombres que “suben”, como los policías Beria y Ejev, son incluidos en ellas en 1937. Postychev, Kossior, Eije, señalados por los “terroristas” en 1936 y en 1937, ya no lo son en 1938: señal de una caída en desgracia cuyo alcance sólo es posible presumir, ya que son ellos mismos los acusados, en esta ocasión, de “terrorismo”. El interrogatorio no aporta nada en concreto sobre estos atentados fantasmas: son “crímenes de intención”, nada más, y uno tiene todo el derecho de preguntarse por qué aberración estos curtidos criminales, estos “monstruos de la simulación” sienten la necesidad de revelar pensamientos tan íntimos. La declaración más desconcertante y más conmovedora a este respecto es, sin duda, la de Rykov al confesar haber encargado a una antigua secretaria “vigilar los coches gubernamentales” y citar esta “misión” como ejemplo de su “actividad”, junto con ciertas “conversaciones de carácter terrorista”.

Quien creyera de buena fe en la veracidad de las declaraciones, se encontraría con el enigma de la pasmosa incapacidad de estos hombres, todos ellos antiguos dirigentes del Partido y del Estado, que charlan, incluso con los mismos policías, de proyectos criminales que ni siquiera llegan a intentar ejecutar, que encargan el asesinato de Kaganovich a desconocidos que ni siquiera podrán aproximarse a él, mientras que sus inmediatos colaboradores, los Livchitz, Serebriakov, Kniazev, son de los suyos.

Las condiciones de la instrucción

El acta estenográfica proporciona, finalmente, algunos fugaces indicios sobre las condiciones en que se llevó a cabo la instrucción. Piatakov, cuya mujer estaba detenida desde hacía varios meses, dice que ha “perdido a su familia”. Radek declara:

Cuando fui detenido, el juez de instrucción comprendió inmediatamente por qué no quería hablar. Me dijo: “Ya no es usted un niño. Existen quince declaraciones contra usted, no puede escapar a ellas, si quiere ser un hombre razonable, no puede fijarse semejante objetivo; si se niega a declarar, es debido únicamente a que desea ganar tiempo y ver qué ocurre a su alrededor. Hágalo, por favor.” Durante dos meses y medio, estuve torturando al juez de instrucción. A aquellos que quisieran preguntarme si nos han torturado durante la instrucción, debo decirles que no es a mí a quien se ha torturado, sino que he sido yo quien ha torturado a los jueces de instrucción al obligarles a realizar un trabajo inútil. Durante dos meses y medio he obligado al juez de instrucción, mediante largos interrogatorios -oponiendo mis declaraciones a las de los demás acusados- a desvelarme el conjunto de la

investigación, para saber exactamente quién había confesado, quién no había confesado y en qué medida habían confesado aquellos que lo habían hecho.

Esto duró dos meses y medio. Un día, el juez de instrucción vino a verme y me dijo: “Sólo queda usted. ¿Por qué pierde el tiempo? ¿Por qué motivo quedarse atrás? ¿Por qué no hablar?” Le contesté: “Sí, mañana iniciaré mis declaraciones.” Todas las declaraciones que hice, de la primera a la última, son verdad. Desarrollé toda la trama de los hechos tal como la conocía; es posible que la instrucción corrigiera algunos errores que cometí concernientes a las relaciones entre ciertas personas, pero afirmo que nada de lo que dije en la instrucción fue omitido y que tampoco se añadió nada.

Otros acusados hacen también alusión a la red de testimonios y denuncias en que se encontraron inmersos y que terminó por persuadirles de que cualquier resistencia era inútil:

SOKOLNIKOV: La primera de las circunstancias que me empujó a declarar, a reconocer mi culpabilidad, fue, precisamente, el hecho de haber comprendido que había llegado el final de la actividad del bloque, que cualquier intento de conservar algo de él, etc., sólo podía conducir a una mayor podredumbre, que era un completo contrasentido, y que debía tener el valor de reconocer mi derrota y de responder por todo lo que había hecho, con el fin de reparar, en la medida de lo posible, el daño cometido.

Es en el transcurso de la instrucción cuando he Regado a esta idea, porque he conocido una serie de documentos sobre las actividades de la organización, documentos de los que, a pesar de pertenecer al Centro, no estaba del todo informado, debido a las mismas exigencias de la conspiración, como ocurría, por otra parte, a los restantes miembros del Centro; debo decir que, evidentemente, los simples miembros de la organización, e incluso ciertos miembros importantes de provincias, no lo sabían todo. Pero tampoco nosotros, miembros del Centro, lo sabíamos todo. Las reglas de la conspiración nos mantenían apartados unos de otros, nos aislaban. Y debo decir que la instrucción me mostró toda la actividad de nuestro bloque, en qué se tradujeron nuestras órdenes -no voy a negarlo, respondo de haber dado ciertas órdenes-, a lo que resultó de todo ello, este cieno, esta ignominia, esta depravación política... Me fue imposible no horrorizarme ante tal cuadro, el cuadro de nuestros crímenes.

Bessonov, que durante el proceso “confundió”, a instancias del fiscal, a Krestinski cuando intentaba negar, explica, al final de los debates, que también él mismo, al negar en el interrogatorio, había sido “confundido”, a su vez, por Krestinski:

BESSONOV: El 28 de octubre pasado, exactamente seis meses después de mi detención, me presentaron una parte de las declaraciones de Krestinski en las que me denunciaba como hombre de contacto del “bloque de derechistas y trotskistas” con el exterior y con Trotsky. Dado que, aparte de Piatakov, Krestinski era el único que conocía mi actividad antisoviética, ya no tuve fuerzas, ya no intenté persistir en mi actitud de negarlo todo; pedí simplemente algunos días para meditar, lo que me fue concedido. Podía elegir: o continuar en mi antigua táctica de negativas, con muchas menos posibilidades de éxito, teniendo en cuenta que la instrucción poseía datos mucho más numerosos sobre mi actividad antisoviética y que estaba además bien orientada, por el camino correcto, en sus deducciones, o bien explicar sinceramente a los jueces de instrucción todo lo que sabía.

Ciertos indicios dispersos permiten adivinar una tenaz resistencia de estos hombres durante la instrucción: en el primer proceso, abierto el 19 de agosto, tres acusados se niegan a declarar hasta el último momento, haciéndolo, finalmente, Evdokimov el 12, Smirnov el 13 y Ter-Vaganian el 14 de agosto. El acta del interrogatorio de Smirnov, encarcelado desde hacía tres años, se reduce, hasta el 5 de agosto, a estas simples palabras: lo niego, sigo negándolo, lo niego.

Después de su fracasado intento de resistencia, Krestinski da una idea de la duración de los interrogatorios al precisar, por petición del fiscal, el tiempo que permaneció resistiendo:

VYCHINSKI: ¿Cuándo se reconoció usted culpable en la instrucción previa?

KRESTINSKI: Del crimen esencial, el que me resultaba más difícil de reconocer, es decir, mi relación con el espionaje alemán y el general Seeckt, lo hice al cabo de una semana, durante mi primer interrogatorio.

VYCHINSKI: ¿Y estuvo negando durante una semana?

KRESTINSKI: No confesé hasta el final del primer interrogatorio.

Finalmente, Bujarin barre con una simple frase toda la argumentación del fiscal sobre el significado de las confesiones, el edificio construido durante meses de instrucción hasta conseguir arrancarlas, diciendo:

La confesión de los acusados es un principio medieval.

La contradicción fundamental

En definitiva, la contradicción fundamental reside en la significación y la esencia misma de los procesos. Todos los acusados, y en especial los antiguos trotskistas, proclaman su odio hacia Trotsky, para quien confiesan haber trabajado. Todos los acusados que, en un momento u otro, han luchado políticamente contra Stalin, proclaman su admiración o amor por aquel contra quien confiesan haber conspirado.

En las últimas declaraciones, la letanía de imprecaciones de los viejos bolcheviques que, en los años veinte, habían sentido por Trotsky, “el viejo”, el respetuoso afecto que todos los militantes tenían en Lenin, se repite a lo largo de las monótonas páginas del acta estenográfica. I. N. Smirnov, que fue su brazo derecho en el V Ejército y compañero de lucha en la guerra civil, declara: Trotsky, que traza planes y órdenes sobre terrorismo y considera a nuestro Estado como un Estado fascista, es un enemigo. Radek, que en Pravda celebraba, en 1923, “la organización de la victoria”, habla de su “podredumbre”, y Serebriakov del “bandidismo” trotskista. Boguslanski se disculpa por el hecho de verse obligado a hablar de él, señalando que Trotsky está aún vivo, (...) su venenosa lengua aún no ha sido arrancada. Drobnis dice que Trotsky vendía, al por mayor y al detall, el país socialista. Muralov, su compañero de siempre, el único miembro de la oposición que, en los años 30, no pagó con una “declaración” su libertad, pide que se le perdone el haber sido un fiel soldado de Trotsky, este malhechor del movimiento obrero, este agente fascista digno del mayor desprecio. Racovski -su único amigo auténtico durante treinta años de combate- lamenta su ausencia, pero predice que no escapará al descrédito vergonzoso, total y definitivo en el que han caído los demás acusados. Es Bujarin, unido desde siempre a Trotsky por afectos personales, pero, al mismo tiempo, campeón de la lucha contra el trotskismo, quien pronuncia, en la monótona condena del contrarrevolucionario, esta sincera declaración, verdadero homenaje, incluso aunque fuese involuntaria: Hay que ser Trotsky para seguir luchando.

No se acaba de comprender por qué, de estos “curtidos criminales”, estas “víboras”, estos “perros rabiosos”, estos “asesinos cubiertos de sangre”, estos “bandidos”, estos “judas”, estos “traidores estigmatizados para siempre por el desprecio, la aversión y la maldición de millones de obreros”, se ha querido hacer un coro que entona alabanzas al genial Stalin.

Qué cruel mentís para el fiscal la desgarradora confesión que hace Bujarin de su propia derrota, cuando Vychinski acaba de calificarlo de “naturaleza hipócrita, falsa, astuta, piadosamente rapaz, decentemente mala, maldito cruce de zorro y de cerdo” y de exclamar: ¿Podía Bujarin acabar su carrera política de otro modo que fingiendo, haciendo el payaso quizás en el mismo umbral de su última hora, de la hora de su muerte?

Sin embargo, todos los acusados cantan a coro, siniestra bufonada bajo la batuta de un siniestro director de orquesta. Kamenev afirma que la política del Partido ha triunfado en el único sentido

en que la victoria política del socialismo es posible, *y exhorta a sus hijos* a dedicar su vida a la defensa del gran Stalin. *Smirnov dice*: El país no tiene otro camino que aquel que él ha iniciado. *Rykov declara*:

Para terminar, quiero aprovechar mi última declaración para intentar persuadir, en la medida de mis fuerzas, a aquellos antiguos partidarios míos a los que no conozco o, simplemente, no recuerdo y que, quizá, aún no han sido detenidos y todavía persisten en su actitud. Debido a mi antigua influencia, en realidad no tan grande como dice Chernov, pero, en definitiva, cierta influencia, no dudo de que, si estas palabras se imprimen, serán leídas e influirán tal vez en algunos de mis antiguos partidarios. En este sentido, deseo, en primer lugar, que mis antiguos partidarios sepan que he denunciado o he entregado, como se dice en los medios clandestinos, a todos aquellos a quienes recordaba.

Deseo, igualmente, que todos aquellos que aún no han sido denunciados ni han depuesto su actitud, lo hagan en seguida y abiertamente. Quisiera que mi ejemplo les convenciera de la necesidad de este gesto y de la rapidez con que hay que realizarlo, cueste lo que cueste; que comprendiesen que ésta es la única forma de liberarse, a pesar del peligro de ciertas privaciones, e incluso del mismo encarcelamiento, de la carga más monstruosa que este proceso ha revelado.

Y Rosengoltz proclama:

Por primera vez, la vida está en su apogeo, desbordante de alegría y de colorido. Millones, decenas de millones de hombres, los niños y los ciudadanos de la Unión Soviética, incluidos mis propios hijos, cantan: “Qué hermosa es mi querida patria, no existe en el mundo otra donde el hombre pueda sentirse tan libre.” Y estas palabras las repito yo que estoy prisionero: no existe país en el mundo donde el entusiasmo por el trabajo sea tan grande, donde la risa suene con tanta alegría y júbilo, donde las canciones broten con tanta soltura, donde los bailes sean tan animados, donde el amor sea tan hermoso.

Yo proclamo: pueda vivir, prosperar y afirmarse la grande poderosa y hermosa Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, que va de victoria en victoria, y sobre la cual resplandece el hermoso sol del socialismo.

¡Viva el partido bolchevique, con la mejor tradición de entusiasmo, heroísmo y abnegación que existe en el mundo, bajo la dirección de Stalin! En el choque inevitable entre ambos mundos, el comunismo triunfará. ¡Viva el comunismo en todo el mundo!

En definitiva, a lo largo de los sucesivos procesos vuelve a plantearse -como una especie de contrapunto- la cuestión ya citada, que enunciará el más cínico de los acusados, el más valioso y, al mismo tiempo, peligroso de los auxiliares de la acusación, Radek:

Si ustedes sólo tienen tratos con simples criminales de derecho común, con soplones, ¿cómo pueden estar seguros de que lo que hemos dicho es la pura verdad, la verdad incontrovertible?

La demolición

Los procesos de Moscú, procesos políticos aunque sus realizadores no desearan que alcanzasen tal significado, pequeña ventana entreabierta sobre una de las más gigantescas depuraciones de los tiempos modernos, sólo alcanzan su pleno objetivo durante un breve lapso de tiempo. Trotsky está aislado y exilado, sin una verdadera organización, contando simplemente con un puñado de amigos: durante estos años de pesadilla en que naufragan conjuntamente, rivalizando en ignominiosas declaraciones, sus compañeros de combate, tanto adversarios como partidarios, él combate con tenacidad, consiguiendo destruir por todos los medios de que dispone, y que son, a veces, ridículamente débiles, el tinglado de los procesos. Y, de hecho, hace falta mucha ignorancia, indiferencia o mala fe para creer, después de los trabajos que Trotsky ha dedicado al tema, en la autenticidad de las declaraciones de los viejos bolcheviques. Sin embargo, para que la tesis de la acusación sea abandonada por todos -incluidos los propios historiadores- hará falta antes que, en Moscú, la abandonen oficialmente los mismos sucesores de Stalin, sus “compañeros de armas” en la época de los grandes procesos.

La acción de Trotsky

Inmediatamente después del proceso Zinoviev, León Sedov, hijo de Trotsky, asesta los primeros golpes con su Libro Rojo sobre el proceso de Moscú. Friedrich Adler redacta un interesante folleto sobre el Proceso de brujería. Trotsky se refugia finalmente en Méjico -el único Estado que violó la no intervención en favor de la España republicana- durante el verano de 1936 y que no dudó en acoger al proscrito para quien el mundo se había convertido en un “planeta sin visado”. Desde allí hace un llamamiento a la conciencia del movimiento obrero, examina minuciosamente las informaciones de la prensa rusa, organiza sus propios archivos, polemiza, lucha, interroga, contradice, con la finalidad principal de desmontar el mecanismo de los procesos, consiguiéndolo en varias ocasiones. A partir del primer proceso, predice las líneas generales que seguirán los siguientes, anuncia con un año de antelación que Iagoda va a ser acusado de asesinato utilizando veneno. Y también prevé que, si Racovski ha sido enviado para una misión al Japón, estando su familia retenida en la U.R.S.S., es para que se le pueda acusar, en un futuro proceso, de espionaje. Gracias a sus esfuerzos se constituye, en 1937, la “Comisión de Investigación sobre las acusaciones hechas contra León Trotsky en los procesos de Moscú”. Alrededor del célebre pedagogo americano John Dewey, personalidades conocidas por su integridad moral y su adhesión a la democracia en el movimiento obrero -el veterano comunista francés Alfred Rosmer, los revolucionarios alemanes Wendelin Thomas y Otto Rühle, primer compañero de Liebnicht, el anarcosindicalista italiano Tresca, los

universitarios americanos John R. Chamberlain, Alsworth Ross, la publicista Suzanne La Follette, y otros como Jacques Madaule y Galtier-Boissière- recogen y verifican documentos y testimonios.

Ante dicha Comisión aportan sus pruebas Trotsky, Sedov, Víctor Serge y Cigila. Abrumadores testimonios demuestran que, entre los acusados del primer suceso, figuran agentes provocadores como el tal Olberg que, desde hacía años, había intentado infiltrarse en los medios de Trotsky. Sedov, en su estudio del proceso de Novosibirsk, demuestra que el “testimonio” de Drobnis sobre la entrevista de Berlín, publicada en primer lugar en Pravda el 22 de noviembre de 1936, fue modificado según las necesidades de la acusación, para sus declaraciones de 1937. Señala asimismo que las declaraciones de Chestov en este mismo proceso no lo encausaban personalmente, según informaba Pravda el 22 de noviembre, pero que, sin embargo, al aludir a Chestov y a este mismo número del periódico, el acusador Roginski lo encausaba desde el 24... y que Chestov, en el proceso Piatakov, había rectificado. Hrasche y Stroilov, ya condenados en Novosibirsk, sirven de testigos de cargo en Moscú dos meses más tarde, lo que constituye un notable indicio en lo que se refiere a su papel de provocadores. Trotsky descubrirá que el Dr. Pletnev, uno de los testigos de cargo del último proceso, también había sido condenado con anterioridad. Sedov destaca que Radek había escrito en Izvestia del 21 de agosto de 1936 que, en 1929, Trotsky había enviado a Sedov al Hotel de Blumkin: Vychinski, al citar esta declaración e indicar que se había hecho “no desde el banquillo de los acusados, sino en la prensa”, declaró que, según Radek, Trotsky había enviado a Sedov al Hotel de Radek. Nadie, y menos que nadie Radek, reveló en Moscú esta contradicción, atolondramiento o burda falsedad de la que dan fe el ejemplar de Izvestia y el acta estenográfica.

Las conclusiones de la Comisión invalidan la tesis de la acusación en ciertos puntos capitales. El acusado Goltsmann afirma, haberse trasladado a Copenhague donde, tras entrevistarse con Sedov en el hall del Hotel Bristol, se dirigió a casa de Trotsky. La investigación revela que Trotsky vivió efectivamente en Copenhague entre el 23 de noviembre y el 2 de diciembre de 1932. Pero los documentos exhibidos ante la Comisión demuestran ante todo que el Hotel Bristol de Copenhague, cerrado desde 1917, había sido destruido antes de esta fecha. La prensa comunista internacional intenta replicar que se trataba de la pastelería Bristol y que el encuentro había tenido lugar en el hall de un hotel cercano. Un pobre remiendo que no hace más que comprometer la declaración: además, Goltsmann no puede rectificar porque ha sido fusilado. Los documentos remitidos a la Comisión Dewey prueban igualmente que Sedov, que se encontraba en Berlín, no pudo obtener la documentación necesaria para el viaje y no fue a Copenhague, según atestiguan sus cuadernos de asistencia al Instituto de Berlín, donde estaba estudiando, la correspondencia sellada y fechada, intercambiada con sus padres, los rastros oficiales de las gestiones que su abogado hizo para obtener el visado danés, los telegramas enviados por la madre de Sedov al presidente Herriot para obtener un visado

para su hijo, y la actitud de todas las personas, incluidos los periodistas, que se habían acercado a Trotsky durante su estancia.

Así, pues, nada probaba la presencia de Goltsmann en Copenhague, todo demostraba que Sedov no había ido allí. La prensa había indicado estas contradicciones durante el proceso, el acusado Olberg intentó rectificar, declarando que quien había hecho el viaje era la mujer de Sedov, que había llevado, al volver a Berlín, una carta de Trotsky para Sedov. Pero el pasaporte de la mujer de Sedov y testigos parisienses atestiguaron que la mujer de Sedov había ido directamente de Copenhague a París. Este pegote no fue mucho más eficaz que el de la pastelería Bristol. Al estudiar los orígenes del asunto, Trotsky trazó la hipótesis de que podía haber sido preparado por la visita, en estas fechas, de un hombre que se hacía llamar Senin, y que se presentó como uno de sus partidarios: este hombre, unos diez años más tarde, fue, efectivamente, desenmascarado en Estados Unidos como un agente ruso y conoció cierta celebridad con el nombre de Jack Soble.

Las confesiones y deposiciones del segundo proceso no resistieron mucho mejor la prueba de la investigación y los interrogantes planteados por Trotsky. Como ya se sabe, Piatakov declaró que se había trasladado de Berlín a Oslo en avión, “en la primera mitad de diciembre de 1935”, y que allí tuvo una entrevista con Trotsky, en la que éste le comunicó, confidencialmente, el alcance de sus conversaciones con Rudolf Hess y le transmitió sus instrucciones. Cuando la prensa publicó esta información, Trotsky desafió al fiscal a que hiciera al acusado preguntas que permitieran verificar su declaración. ¿Cómo había explicado su desaparición a sus compañeros? ¿A nombre de quién estaba su pasaporte? ¿Tenía el visado noruego? ¿Dónde estaba situada la casa en que se había encontrado con Trotsky? ¿Estaba presente la mujer de éste? ¿Cuándo y cómo se marchó Piatakov, ya que, según su declaración, salió de la casa de Trotsky a las 17 horas 30 minutos y Trotsky vivía a dos horas de carretera del aeropuerto más próximo? ¿Dónde pasó la noche Piatakov? Uno de los testigos de Moscú, Bujartsev, intentó responder, al menos en parte, indirectamente, a estas preguntas, al afirmar que Piatakov había utilizado, tanto a la ida como a la vuelta, un “avión especial”. Sin embargo, no se planteó ninguna de las demás preguntas. Por otra parte, llegaron desde Oslo ciertos mentís de peso: la dirección del aeropuerto de Kjeller afirmó que ningún avión extranjero había aterrizado durante el mes de diciembre de 1935. El diputado socialista Knudsen, huésped de Trotsky, afirmó que éste no tuvo ni pudo tener ninguna entrevista con Piatakov durante su estancia en Noruega. La reacción de la acusación fue hacer confirmar a Piatakov que había aterrizado “cerca de Oslo”, en un aeropuerto cuyo nombre ignoraba. El 29 de enero Trotsky declaró a la prensa: ‘Temo que la G.P.U. se apresure, a partir de ahora, a fusilar a Piatakov para que sea imposible que se le hagan preguntas molestas en el futuro. Piatakov, condenado al día siguiente, fue ejecutado el 1 de febrero. La Comisión Dewey recopiló, en su informe, documentos y testimonios que probaban, sin ninguna

clase de discusión, no sólo que Piatakov no pudo encontrarse con Trotsky, sino también que su viaje a Oslo, tal como lo había afirmado, no pudo realizarse.

La declaración de Romn fue asimismo destruida ante la Comisión. Este “testigo” afirmó haberse encontrado con Trotsky en el Bosque de Bolonia a finales del mes de julio de 1933. Trotsky había salido de Turquía el 17 de julio a bordo de un barco italiano que abandonó el 25 de julio, poco antes de llegar a Marsella. De Cassis, se trasladó -conducido por la policía francesa, la Sûreté Générale-, a una casa que había alquilado en Saint-Palais, cerca de Royan. Al hacer esto, consiguió despistar curiosidades intempestivas: la prensa había anunciado su marcha a París, lo que sin duda explica la declaración de Romn. Pero su itinerario fue verificado ante la Comisión por fichas de hotel, registros de policía y ciertas declaraciones. Abandonó Saint-Palais por primera vez para trasladarse a Barbizon, su nueva residencia -siempre bajo la estrecha vigilancia de la policía-, el 9 de octubre. Así, pues, la declaración de Romn no tenía más valor que las de Goltsman y Piatakov.

El examen de las actas del tercer proceso no provocaría revelaciones tan espectaculares como los episodios del Hotel Bristol y del viaje a Oslo, errores tan enormes que es posible entrever en ellos un intento de sabotaje del sumario por algún juez instructor. No fue simple casualidad el que Bessenov explicara con evidente prudencia el viaje de Trotsky a Meran:

Tengo conocimiento, a través de las informaciones del propio Krestinski, de ciertos puntos de la entrevista con Trotsky en Meran. Asimismo las informaciones de Iohanson confirmaban, efectivamente, que dicha entrevista se realizó y, por lo que entendí de lo que explicó, tuvo lugar en Meran en el hotel Meranhof, aunque no recuerdo exactamente el nombre. No hay que olvidar que estábamos en octubre, época en que la vendimia está en pleno apogeo en Meran, y que en este tiempo la posibilidad de un viaje de ida y vuelta resulta mucho más factible para aquellos que quieren pasar la temporada de la vendimia en esta población; admito perfectamente el hecho de que Trotsky pudiese conseguir llegar allí aunque le fuese muy difícil, en aquella época, marcharse de Francia sin que se dieran cuenta.

En cuanto a la declaración ya citada de Krestinski, no sólo no está conforme con las palabras de Bessonov, sino que descubre claramente la obsesión de los jueces instructores, después del asunto del Bristol, por ver “desaparecer” un nuevo hotel:

Cuando le dije que quería ver a Trotsky, me respondió que era posible; entonces le indiqué que me quedaría en Kissingen hasta finales del mes de septiembre y me trasladaría después a Meran hasta el 10 de octubre aproximadamente; le di la dirección del sanatorio de Kissingen, donde acostumbraba a alojarme, y mi dirección de Meran. Me había alojado dos veces seguidas en el mismo hotel y suponía que continuaría existiendo. Le dije que sería fácil encontrarme en aquella dirección (viajaba con mi verdadero nombre).

Estaba aún en Kissingen cuando Bessonov me telefoneó para decirme que la entrevista tendría lugar en Meran. Durante este tiempo traté de saber si *el hotel en que me había hospedado hacía ocho años continuaba existiendo*; era el hotel Baviera.

La erosión

En 1937, se puede pensar que van a tener lugar importantes revelaciones procedentes de Moscú: un veterano comunista polaco, Ignacio Reiss, dirigente de los servicios secretos rusos en Occidente, con el seudónimo de Ludwig, trastornado por el asesinato de los viejos bolcheviques, decide romper con Stalin, e intenta ponerse en contacto con León Sedov y Víctor Serge y, a través de ellos, con Trotsky. Es un hombre de decisiva importancia, pues se encuentra bien situado y está al corriente de lo que sucede en las altas esferas del aparato: es él quien, en julio, previene a la oposición de la decisión de exterminar a los trotskistas, en España y fuera de ella. Posee mucha información sobre el fondo de los procesos de Moscú y la depuración de la G.P.U. que se está llevando a cabo. Pero no acude a la cita: su cuerpo, acribillado a balazos, es encontrado en un camino de Suiza. Stalin le ha cerrado la boca. Va a tener menos suerte con otro agente secreto, Walter Krivitsky que, antes de ser asesinado en Nueva York en 1940, tiene tiempo de publicar una serie de artículos y un libro que contienen importantes informaciones. En conjunto, los elementos aportados por los dos altos funcionarios confirman los publicados por un viejo bolchevique -cuyo anonimato debía ser respetado hasta 1956- en el periódico menchevique Courrier Socialiste a finales de 1936.

En vísperas de la guerra, desaparece Nicolás Ejov. El hombre que, según Pravda del 21 de diciembre de 1937, había “descubierto el complot y la bellaquería de los enemigos del pueblo, destruido los nidos de espías y diversionistas y salvado a la Patria”, es sustituido por Beria y trasladado a los transportes fluviales, preludio de un eclipse definitivo. Como su predecesor, el que había sido enviado y discípulo de Stalin es denunciado como un vulgar enemigo del pueblo. Trotsky escribe entonces: Si una sociedad socialista posee tan poca flexibilidad que, para salvarse, debe apoyarse en un servicio de delaciones omnipotente, universal y totalitario, es que todo va muy mal, sobre todo cuando está dirigido por un criminal como Iagoda, a quien ha sido preciso fusilar, o por Ejov, a quien se ha tenido que expulsar. ¿En quién confiar ahora? ¿En Beria? También para él doblarán las campanas.

En realidad, ni la liquidación de Ejov ni las revelaciones de Krivitsky son capaces de sacudir una opinión pública indiferente. A partir de 1940, los procesos de Moscú parecen pertenecer a un período ya cerrado. Trotsky es asesinado: falta su conocimiento, único, de los hombres y de los hechos, en un momento en que las informaciones son cada vez más escasas. La guerra acapara la atención, rompe los lazos, arroja a otro mundo, al de la “preguerra”, las declaraciones y ejecuciones de Moscú.

Las escasas informaciones que se filtran durante la guerra dejan entrever ciertas rehabilitaciones. Así, el profesor Ramzin, principal acusado durante la audiencia pública de un proceso, el del Partido Industrial, reaparece públicamente cubierto de honores: él también había confesado ser un saboteador. Entre los jefes militares cuyos nombres aparecen por aquella época, algunos han sido sacados de los campos de concentración donde cumplían condena por complicidad desde el tiempo de los procesos: así el célebre constructor de aviones Tupolev, o Rokosovski, que había pertenecido al círculo de Tujachevski, y muchos otros, menos conocidos. En el proceso de Nuremberg, Rudolf Hess forma parte de los dirigentes nazis juzgados: el fiscal Rudenko no hace absolutamente nada para conseguir de los acusados la más mínima indicación sobre sus relaciones con los conspiradores de la preguerra, sobre su pretendido pacto con Trotsky. La tesis de la acusación de 1936-1938 parece insostenible, pero nadie se inquieta por ello. Consolidado por la guerra victoriosa, el poder de Stalin parece no tener necesidad del mito de los saboteadores, de los traidores, asesinos y de los espías. En 1946, declara, a propósito de las “contradicciones del pasado”:

...Muchos miembros muy conocidos de nuestro Partido trataron de una manera sistemática de dar marcha atrás a la trayectoria que se había marcado el partido y se esforzaron por todos los medios posibles por impulsarlo por el camino capitalista “habitual” de desarrollo. Todas estas maquinaciones de los trotskistas y de los elementos de derechas dirigidas contra el partido, toda su actividad de sabotaje contra las medidas de nuestro gobierno, sólo perseguían una finalidad: hacer inútil la política del Partido y frenar la obra de industrialización y de colectivización.

Maurice Merleau-Ponty, escribe al comentar este discurso: Si en lugar de decir “sólo perseguían una finalidad” se dijera “Sólo podían llegar a un resultado” o “tener un solo sentido” la discusión se acabaría. En realidad, no había acabado en absoluto.

En primer lugar, gran número de “personas desplazadas”, que han sobrevivido a los campos de concentración soviéticos, llegan a Occidente. Entre sus testimonios destaca el del profesor Weissberg, físico de fama mundial, encarcelado en 1937 y cuya liberación había solicitado en vano a Stalin, Frédéric

JoliotCurie. En su famoso relato, teñido de humor y de un especial calor humano, revive los interrogatorios en cadena y las denuncias, las sesiones de tortura y las maniobras de los delatores. Weissberg se entrevistó con unos estudiantes de Jarkov acusados de haber intentado asesinar a Kossior, lo cual conocieron en principio, pero que, finalmente, cuando Kossior fue detenido, se vieron obligados a confesar que habían engañado al juez instructor y que lo que pretendían en realidad era asesinar a Kaganovich: así es posible explicarse los “atentados fantasmas”. Sobre los procesos propiamente dichos, Weissberg aporta el testimonio de un médico alemán, deportado juntamente con Bessonov, que le confió que, después de sus negativas durante la audiencia pública, Krestinski había sido torturado a lo largo de tres horas y se había presentado a la sesión del día siguiente con el omoplato izquierdo dislocado y con su voluntad de resistencia completamente quebrantada. Pero el testimonio de Weissberg, al igual que el de los demás ex detenidos que declaran en el proceso David Rousset contra Les Lettres Françaises, no alteran las convicciones de los fanáticos ni la indiferencia de la mayoría. De hecho, el expediente volverá a ser abierto por Stalin y sus sucesores: a partir de 1948, la ola de depuraciones que afecta a las democracias populares se traduce en nuevos procesos públicos y nuevas y resonantes declaraciones. Esta vez no es a Trotsky sino a Tito a quien la acusación intenta relacionar con la Gestapo, el Intelligence Service y la C.I.A. El comunista búlgaro Kostov saca a relucir de nuevo en la audiencia pública el episodio Krestinski: no vuelve a aparecer en público, lo que no es obstáculo para que sea ahorcado. Los veteranos comunistas Clementis, Slansky, el ex trotskista Kalandra, en Checoslovaquia, y el comunista Laszlo Rajk, en Hungría se reconocen culpables de los peores crímenes y son ahorcados. Otros, como el comunista polaco Gomulka, no confiesan: no comparecen en público, y más tarde logran la libertad y el poder. La crítica de los comunistas yugoslavos es demasiado fácil y pone en duda, ineluctablemente, el pasado. Los procesos contra Rajk, Kostov y Slansky son una reedición de los procesos de Moscú: las mismas declaraciones fantásticas y contradictorias, las mismas imposibilidades materiales, los mismos defectos de construcción. Su desarrollo refresca la memoria de algunas conciencias, pero también refuerza el fanatismo de los defensores incondicionales del régimen stalinista. Los grandes procesos de Sofía, Budapest y Praga desgastan el mito de los procesos de Moscú, pero no lo destruyen. El golpe de gracia, las “revelaciones”, vendrán de la propia U.R.S.S.

Las revelaciones antes del XX Congreso

La primera grieta la abrirán -indirectamente- los sucesores de Stalin durante el período que sigue a la muerte del dictador: es la conclusión de un episodio que permanece aún oscuro y del que sólo puede entreverse la aspereza de una feroz lucha en las cimas del Partido y del Estado a fines de 1952 y en 1953. En el XX Congreso, el delfín Malenkov reanuda las viejas diatribas contra los “cobardes” y los “traidores”, los “degenerados trotskistas-bujarinistas”. El 13 de enero se anuncia la detención de 9 médicos, entre ellos uno de los especialistas del proceso Bujarin, el Dr. Vinogradov. Aquellos que la prensa francesa

bautiza en el nombre de “los asesinos de las batas blancas” han confesado haber trabajado en favor del espionaje inglés y americano y haber asesinado a Jdanov y Scherbakov, dirigentes cuya muerte -como sucedió antes de la guerra con las de Kuibychév, Menjinski y Gorke- había sido, en los primeros momentos, presentada como natural. Se avecinan nuevos procesos, nuevas declaraciones y una nueva purga.

Stalin muere el 5 de marzo, y el 4 de abril un comunicado anuncia la puesta en libertad de 13 médicos cuya inocencia se ha reconocido. Entre ellos, siete cuyo arresto se había anunciado el 13 de enero, y seis cuyo arresto no había sido publicado. No se dice nada de los doctores Etinger y Kogan, de los que se había hecho público su arresto y también sus declaraciones. El comunicado precisa que las declaraciones de los médicos les habían sido arrancadas mediante la tortura. De un solo golpe, se hunde la construcción stalinista de los procesos. El texto publicado por orden de Beria, Malenkov, Kaganovich y Jruschov, viene a confirmar lo que Trotsky afirmara en su día sobre la realidad de los grandes procesos de Moscú: maquinaciones policíacas, declaraciones arrancadas por la tortura, procesos públicos con acusados escogidos esmeradamente entre delatores y hombres corrompidos, el silencio sobre los recalcitrantes, los “asesinatos” enteramente inventados, las “declaraciones” que se vuelven contra sus instigadores. Las medidas tomadas en los meses siguientes para limitar los poderes de la policía, la ejecución a puerta cerrada, poco después, del policía Beria con la rehabilitación del viejo bolchevique Kedrov, no añaden nada al cuadro: al rehabilitar a los “médicos asesinos”, los sucesores de Stalin abren la puerta a la rehabilitación de todas sus víctimas pasadas.

La lucha entre los sucesores de Stalin permite, paso a paso, esclarecer ciertos hechos concretos, demoler los últimos muros de un edificio que apenas había sobrevivido a su arquitecto. Así se da un serio golpe a los procesos con el comunicado del 23 de noviembre de 1955, que anuncia el desarrollo, durante el mes de septiembre precedente, de un proceso a puerta cerrada contra varios dirigentes de la policía política de Georgia, Rapava, Rujadzé, Tseretelli y cuatro “jueces instructores”. Estos hombres fueron condenados a muerte y fusilados: se les acusaba de haber “preparado -a instancias de Beria -falsos expedientes sumariales y empleado en los interrogatorios métodos criminales, estrictamente prohibidos por la ley soviética” y de “haber cometido actos terroristas de venganza contra honestos ciudadanos soviéticos acusándolos falsamente de crímenes contrarrevolucionarios”. Los hechos de que se les acusa se remontan a la época de los procesos de Moscú. Es, precisamente, contra Ordjonikidze, muerto brutalmente poco después del proceso Piatakov, contra quien, al parecer, se habían preparado tales falsos expedientes. Entre las víctimas de los “actos terroristas de venganza” de estos policías figura el viejo bolchevique georgiano M. Orachelachvili, condenado a muerte y ejecutado en diciembre de 1937, al mismo tiempo que Karajan y Enukidze, según las informaciones dadas por Pravda. Aunque Enukidze no sea inmediatamente rehabilitado y Orachelachvili sea presentado en la actualidad como con vida hasta 1940, su rehabilitación hace sumamente frágil la tesis

de la validez de las declaraciones del tercer proceso, convirtiendo a Eņukidze en la llave maestra de la conspiración.

Las rehabilitaciones de 1956

La rehabilitación de las víctimas de Stalin en la época de los grandes procesos se suceden desde principios del año 1956. la revista Cuestiones de Historia, en los números de febrero y marzo, menciona a los dirigentes comunistas “desaparecidos” y borrados de la historia oficial en la época de la gran purga, pero no solamente a Postychev, Eije Chubar, S. Kossior, eliminados en silencio, sino también a Rudzuyak, y Gamarnik denunciados por las declaraciones de los acusados del tercer proceso. El diario polaco Tribuna Ludu anuncia la rehabilitación de los dirigentes comunistas polacos ejecutados en 1938, y el húngaro Szabad Nep publica un elogio de Bela Kun, detenido en 1937 y ejecutado al año siguiente. El 22 de abril de 1956, Pravda publica sin comentario una carta de Lenin a Rykov, condenado en el último proceso, cosa que puede considerarse como una rehabilitación indirecta.

Estos son los textos hechos públicos. Pero el famoso “informe secreto” de Jruschov al XX Congreso aborda, también indirectamente, el problema de los procesos de Moscú. El nuevo secretario general declara en su discurso que numerosos viejos trotskistas “vuelto a posiciones leninistas” habían sido suprimidos durante este período. Pone de manifiesto la amplitud de la depuración que constituye el telón de fondo de los procesos al revelar que, de los 139 titulares y suplentes del Comité central elegidos en 1934, 98, o sea, el setenta por ciento, habían sido detenidos y ejecutados, principalmente, en el período 1937-1938, mientras que 1.108 de los 1.966 delegados del XVII Congreso habían sido detenidos bajo la acusación de crímenes contrarrevolucionarios. Y afirma: A raíz del criminal asesinato de S. M. Kirov, se iniciaron represiones en masa y brutales actos de violación de la legalidad soviética. Pone como ejemplo el hecho de que en numerosos procesos amasados se imputó a los acusados la “preparación” de actos terroristas lo que, por decreto de uno de diciembre de 1934, les privaba del derecho de apelación, incluso para denunciar ante el tribunal los malos tratos sufridos y probar la falsedad de las acusaciones.

Más de veinte años después de Trotsky, Sedov, Víctor Serge, Suvarin y Nicolaievski, Jruschov, como si ni él ni ninguno de sus auditores hubiese leído nunca el informe de las declaraciones de Bulanov y Iagoda, afirma que se puede sospechar con todo fundamento que el asesino de Kirov, Nikolaiev, fue ayudado por alguna de las personas encargadas de la protección personal de Kirov. Y recuerda asimismo el hecho, bien conocido desde el tercer proceso, del arresto y puesta en libertad de Nikolaiev un mes y medio antes del atentado. Según el texto publicado por el Departamento de Estado, la lectura de esta parte del informe provoca murmullos en la sala al revelar ante el Congreso ciertos hechos ya

conocidos desde hacía tiempo por los lectores de Trotsky o del Courrier Socialiste: el accidente en que había encontrado la muerte, el 2 de diciembre de 1934, el chequista encargado de la protección de Kirov, la condena a pequeñas penas de cárcel, en 1935, y la ejecución, en 1937, de los dirigentes de la N.K.V.D. de Leningrado. A este respecto, concluye el informe en los siguientes términos: Puede suponerse que fueron fusilados para borrar las huellas de los organizadores del asesinato de Kirov. Como se sabe, otros antes que él habían ya acusado abiertamente a Stalin -basándose en hechos comprobados- de haber sido, por mediación de Iagoda, el organizador del asesinato de Kirov.

Seguidamente, Jruschov presenta al Congreso ciertas precisiones sobre los “abusos” cometidos durante el mandato de Stalin y evoca los casos de dirigentes rehabilitados. Robert Eije, suplente del Comité ejecutivo, que había sido detenido el 29 de abril de 1938, fue torturado y, al fin, aceptó “confesar” y firmar las declaraciones que le presentaron. El 27 de octubre de 1939 escribió a Stalin para denunciar las torturas que sufrió, negar las declaraciones que le habían sido arrancadas por este procedimiento y proclamar la inocencia de Mejlauk, a quien habían pretendido que denunciara: Jruschov lee esta carta en el Congreso y añade que, juzgado a puerta cerrada el 2 de febrero de 1940, Eije negó tenazmente las acusaciones, rechazó las declaraciones arrancadas por la tortura y fue condenado a muerte y fusilado el 4 de febrero. A continuación, da lectura a una declaración de Rudzjutak ante el Tribunal militar que lo condenó a muerte:

La N.K.V.D. fuerza a los inocentes a hablar, nadie puede probar que no ha tomado parte en unos crímenes que los testimonios de varias personas confirman. Los métodos de investigación empleados son tales que se fuerza a la gente a mentir y a calumniar a personas totalmente inocentes.

Jruschov añade que Rudzjutak fue condenado a muerte en veinte minutos y fusilado: lo había negado todo.

Entre los demás documentos leídos por Jruschov figura la declaración de una persona salvada de las purgas, el viejo bolchevique Rozenblum, en la que relata la forma en que, en 1937, un miembro de la G.P.U., Zakovski, le propuso representar un papel en un proceso público.

No tiene que inventar nada, dijo Zakovski. La N.K.V.D. está preparando un plan en el que todo está previsto para cada rama del centro, tendrá que estudiar cuidadosamente y recordar muy bien todas las preguntas y respuestas que el tribunal pueda esperar. Este asunto estará listo en cuatro, cinco o quizás seis meses. Durante este tiempo se preparará de modo que no se comprometa ni a sí mismo ni al sumario. Si miente o declara en falso

no tendrá otra salida que inculparse a sí mismo. Si consigue soportar todo esto, salvará la cabeza: entonces le alimentaremos y vestiremos hasta su muerte.

Finalmente, Jruschov lee una carta dirigida al Comité central, enviada en 1940, desde la propia cárcel, por el viejo bolchevique Kedrov, absuelto a puerta cerrada pero, de todos modos, fusilado, y revela que Stalin había acosado a Ordjonikidze y le había “obligado a suicidarse”.

Del XX al XXII Congreso

El período que va del XX al XXII Congreso se caracteriza, a nuestro entender, por la rehabilitación de los jefes militares. Tujachevski aparece mencionado en el número de Cuestiones de Historia de junio de 1956, es presentado elogiosamente en la Komsomolskaia Pravda de 1957 y, más tarde, en marzo de 1958, reaparece de nuevo en Cuestiones de Historia, antes de que se le conceda un espacio en la Gran Enciclopedia soviética. Durante este mismo período, son mencionados también sus coacusados Eidemann, Putna, Uborevich y Iakir.

Así se inicia la rehabilitación de los acusados del proceso a puerta cerrada de junio de 1937; a partir de 1961, estos hombres ocuparán un lugar importante en la historia oficial del Ejército de la U.R.S.S. Como ya se ha señalado, todas estas rehabilitaciones fueron objeto de disputas en el seno del aparato dirigente y, como ha sugerido Jruschov, tal vez fueron incluso el motivo esencial de la lucha que se desarrolló en este período entre los fieles y el “grupo antipartido” de Molotov, Kaganovich y Malenkov. Esto explicaría, con bastante exactitud, el aspecto caótico y casi anárquico de su desarrollo, las visibles dudas, principalmente tras la rehabilitación de Tujachevski -denunciado con gran escándalo en las declaraciones de los acusados del tercer proceso-, el silencio mantenido durante mucho tiempo sobre ciertas rehabilitaciones como la de Enukidze, anunciada oficialmente en 1962, pero que, al parecer, ya se había establecido en 1959.

Por eso hay que conceder la mayor importancia, en lo que respecta a la validez de las declaraciones de Moscú, a la rehabilitación relativamente discreta, pero innegable, de uno de los acusados del tercer proceso, Akmal Ikramov, antiguo secretario del Partido en Uzbekistán, realizada por Mujitdinov, miembro del Presidium, durante un discurso en Tachkent:³ sin embargo, no es más que un hecho aislado, a pesar de que las declaraciones de Ikramov, de las que hemos reproducido amplios extractos, habían servido a Vichinski para “demostrar” las relaciones de Bujarin con el Intelligence Service.

³ Pravda Vostoka, 28 de diciembre de 1937.

Las revelaciones del XXII Congreso

El “informe secreto” del XX Congreso no ha sido todavía divulgado públicamente. No ocurre lo mismo con los debates XXII Congreso, marcados por las acusaciones lanzadas por Jruschov y sus lugartenientes contra Stalin, y especialmente contra Molotov y Kaganovich, acusados de haber constituido un “grupo antipartido”.

Chelepin, presidente del Comité de Seguridad de Estado, declaró:

Disponemos de numerosos documentos que prueban irrefutablemente que los integrantes del grupo antipartido son culpables de haber ordenado una ilegal y masiva represión contra muchos militantes del Partido y de la juventud comunista, trabajadores de los Soviets y militares, y son directa y personalmente responsables de su exterminio físico.

El asesinato de Sergio Mironovich Kirov sirvió de pretexto a Stalin y a sus allegados, Molotov y Kaganovich, para organizar la represión contra determinadas personas indeseables para ellos y contra destacadas personalidades de nuestro Estado.

Durante este período, se adoptaron leyes penales de excepción, que permitían desacreditar y exterminar a dirigentes honestos, consagrados al Partido y al pueblo. Aparecieron numerosos organismos extrajudiciales. Se ha podido comprobar que la propuesta de su creación partió del propio Kaganovich. El proyecto, escrito de su puño y letra, aún se conserva en los archivos.

Molotov, Kaganovich y Malenkov, abusando torpemente de su alta posición en el Partido y en el Estado, decidieron de un plumazo la suerte de muchos hombres. Produce verdadero asombro comprobar la criminal ligereza con que esto se hacía.

Aparte de lo que ya se ha dicho en el transcurso de nuestro Congreso, me gustaría además informar a los delegados sobre ciertos hechos. En noviembre de 1937, Stalin, Molotov y Kaganovich decidieron pasar a jurisdicción del tribunal militar a un considerable grupo de camaradas militantes del Partido, políticos y destacados militares cuyas firmas se han conservado en este documento. La mayoría de estos camaradas fueron fusilados. Entre los inocentes fusilados y rehabilitados más tarde a título póstumo, hay algunas destacadas personalidades de nuestro Partido y del Estado, tales como los camaradas Postychev, Kossior, Eije, Rudzutak, Chubar, el comisario del pueblo de justicia Krylenko Unschicht, secretario del Comité central ejecutivo de la U.R.S.S., Bubnov, comisario del pueblo de Instrucción Pública y otros muchos.

El cruel comportamiento respecto a unos ciudadanos, a unos camaradas dirigentes sometidos a instrucción judicial, se refleja en las cínicas resoluciones de Stalin, Kaganovich, Molotov, Malenkov y Vorochilov sobre las cartas y peticiones de los prisioneros. Por ejemplo, Iakir, ex comandante de un distrito militar, había dirigido una carta a Stalin donde protestaba de su completa inocencia.

He aquí lo que escribió: “...Soy un honesto soldado, consagrado al Partido, al Estado y al pueblo, como lo he demostrado durante muchos años. Toda mi vida, desde que tengo uso de razón, la he dedicado al trabajo honesto, con plena abnegación, bajo la guía del Partido y de sus dirigentes... Soy honrado en cada una de mis palabras, moriré pronunciando palabras de amor hacia usted, hacia el Partido y el país, con una fe ciega en la victoria del comunismo.”

Stalin escribió sobre esta carta: “Criminal prostituido.” Vorochilov añadió: “Definición perfectamente exacta.” Molotov también estampó su firma. Kaganovich escribió además: “Al traidor, al crápula y... (sigue una palabra obscena), un solo castigo: la muerte”.

En vísperas de la ejecución, Iakir escribió a Vorochilov la siguiente carta: “A.K.E. Vorochilov. En memoria de mis largos años de trabajo honesto en el Ejército Rojo, le ruego que tome medidas para que se vele por mi familia y para que se la ayude, pues está en una situación de completa indigencia y es absolutamente inocente. He hecho la misma petición a N. I. Iejov. Iakir, 9 de junio de 1937.”

Sobre esta carta, escrita por un hombre con el que había colaborado durante muchos años, del cual sabía que se había enfrentado más de una vez con la muerte para defender el poder soviético, Vorochilov escribió: “Dudo del honor de un hombre sin honor. K. Vorochilov, 10 de junio de 1937.”

Spiridonov, secretario del Partido de la región de Leningrado, también interviene:

La organización del Partido en Leningrado ha sufrido pérdidas particularmente importantes de militantes, de trabajadores de los Soviets, de organismos económicos y de otro tipo, debido a la injustificada represión desencadenada en Leningrado después del asesinato de Sergio Mironovich Kirov.

Durante cuatro años, se desencadenó una continua oleada de medidas de represión contra hombres honestos que no habían hecho nada deshonesto. A menudo, asumir un

trabajo responsable implicaba dar un paso hacia el abismo. Muchos fueron exterminados sin juicio ni instrucción, basándose en acusaciones preparadas a toda prisa.

La vieja militante Lazurkina refiere lo siguiente:

En 1937, camaradas, yo corrí la suerte de muchos. Ocupaba un puesto directivo en el Comité regional del Partido en Leningrado y, naturalmente, también fui detenida. Cuando la puerta de la cárcel se cerró a mi espalda (no era la primera vez que esto sucedía, ya había estado muchas veces en la cárcel y también había sido deportada en época del zarismo) sentí un inmenso terror, no por mí, sino por el Partido. No podía comprender por qué motivo se detenía a viejos bolcheviques. ¿Por qué? Y este “por qué” era torturador e incomprensible. (...)

El gran daño causado por Stalin no sólo reside en el hecho de que muchos de nuestros mejores hombres hayan perecido, en que haya reinado la arbitrariedad, en que se haya fusilado sin juicio, en que hayan sido encarcelados muchos inocentes. No es sólo esto. Todo el clima creado en aquellos momentos en el Partido era contrario al espíritu de Lenin, era una disonancia.

Me limitaré a citar un ejemplo que caracteriza este clima. En mayo de 1937, el camarada Jdanov era secretario del Comité regional del Partido en Leningrado. En cierto manuscrito reunió a los dirigentes del Comité regional y nos informó: se ha descubierto en nuestras filas, en nuestra organización de Leningrado, a dos enemigos: Chudov y Kadatski, que han sido detenidos en Moscú. No podíamos decir nada. Parecía como si la lengua se nos hubiese paralizado. Pero cuando la reunión hubo acabado y Jdanov abandonaba la sala, le dije: “Camarada Jdanov, no conozco a Chudov, que hace poco tiempo que está en nuestra organización de Leningrado. Pero respondo de Kadatski. Es miembro del Partido desde 1913. Lo conozco desde hace, años. Es un honesto miembro del Partido. Ha luchado contra todas las oposiciones. ¡Es increíble! Hay que investigar todo esto.” Jdanov me miró duramente y dijo: “Lazurkina, no continúe con estas palabras, o de lo contrario será peor para usted.” Pero nunca pensé en lo que podía sucederme, bueno o malo, al defender la verdad. Sólo me preguntaba si sería o no útil al Partido.

Desde la época de Lenin, reinaba en el Partido una atmósfera de amistad, de fe recíproca, de apoyo, de mutua ayuda. Recuerdo los años de clandestinidad. Cuando éramos detenidos, hacíamos recaer sobre nosotros, sin dudar, toda la responsabilidad de las

acusaciones para proteger a la organización, para alejar las sospechas de los camaradas que estaban aún en libertad, para proteger las publicaciones clandestinas y la imprenta.

¿Cuál era la atmósfera en 1937? Entonces reinaba el miedo, que no ha sido nunca nuestro fuerte, el de unos leninistas. Nos calumniábamos unos a otros, no nos teníamos confianza, uno llegaba hasta el extremo de calumniarse a sí mismo. Se nos asediaba para que nos calumniásemos. Nos daban estas listas y nos obligaban a firmarlas, nos prometían dejarnos en libertad, nos amenazaban: ¡Si no firma, le mataremos! Pero muchos de nosotros no temblamos, conservamos nuestro espíritu bolchevique y nunca firmamos nada.

Serdiuk, vicepresidente del Comité de control del Partido cita un documento:

“Al camarada Stalin.

Envío para su aprobación cuatro listas de personas que deben pasar a jurisdicción militar:

1. Lista n.º 1 (general).
2. Lista n.º 2 (ex militares).
3. Lista n.º 3 (ex funcionarios de la N.K.V.D.).
4. Lista n.º 4 (esposas de enemigos del pueblo).

Pido autorización para condenarlos a todos según la primera categoría.”

“Ejov.”

Y añade para precisar:

“Hay que decir que la condena de la primera categoría era ser fusilado.

Las listas eran examinadas por Stalin y Molotov, y cada una de ellas llevaba la misma nota:

Para J. Stalin.

V. Molotov.”

Nicolás Chvernik, presidente del Comité de control, acusa a Malenkov y Kaganovich:

Tal y como se ha demostrado, Malenkov, con el fin de asegurarse una posición de mando en el Partido y el Estado, mantuvo estrechas relaciones con Ejov y, por consiguiente, con Beria. Con el pretexto de tomar medidas de “vigilancia” organizó una falsificación en masa de los expedientes de los militantes del Partido y de los Soviets activados como enemigos del pueblo. Recurrió a los más infames procedimientos: intrigas, provocaciones, mentiras. Cuando en 1937 se trasladó a Bielorrusia, Malenkov preparó en unión de Ejov la versión de la existencia, en aquella república, de una vasta organización clandestina antisoviética a cuya presunta cabeza estarían los dirigentes del Partido y de los Soviets locales. Una vez perpetrada esta monstruosa provocación, Malenkov organizó la represión contra los cuadros del Partido, de los Soviets, de los sindicatos y de la juventud comunista de Bielorrusia. En su discurso, el camarada Mazurov ha dado a conocer a los delegados estos trágicos hechos. La verificación llevada a cabo por el Comité de control del Partido confirma plenamente la actividad antipartido y criminal de Malenkov, cuya finalidad consistía en deshonar y exterminar los cuadros del Partido y de los Soviets de Bielorrusia. Este tremendo golpe asestado contra los cuadros de la república repercutió duramente sobre toda la vida social política y económica de Bielorrusia, que desempeñaba un importante papel en la defensa del Estado soviético en las fronteras occidentales.

El mismo año, y utilizando parecidos métodos de provocación, Malenkov procedió al aniquilamiento de los cuadros del Partido en Armenia. Malenkov se trasladó a Eriván, sostuvo en Tbilissi una entrevista con Beria y se puso de acuerdo con él sobre el modo de llevar a cabo una “investigación” que confirmarse la versión de la existencia, también en Armenia, de una organización antisoviética ampliamente ramificada. Después de esta provocación y conforme a las instrucciones personales de Malenkov, se procedió al arresto ilegal de casi todos los dirigentes del Comité y del Consejo de comisarios del pueblo de Armenia. El mismo Malenkov interrogaba a los detenidos utilizando métodos ilegales.

Los viajes de Malenkov a cierto número de regiones de la Federación Rusa fueron igualmente siniestros. Cada desplazamiento de Malenkov iba acompañado del arresto de los secretarios de los comités regionales del Partido y de otros muchos dirigentes.

El camarada Spiridonov, secretario del Comité regional del Partido en Leningrado, ha expresado esto con gran claridad. Sobre Malenkov pesa una grave responsabilidad por las brutales violaciones de los Estatutos del Partido y de la legalidad revolucionaria cometidas contra la organización del Partido en Leningrado en 1949 y en 1952.

Otros crímenes no menos graves contra el Partido y el pueblo soviético fueron perpetrados igualmente por otro miembro del grupo antipartido, Kaganovich. Desde octubre de 1934, durante su estancia en Cheliabinsk, Kaganovich, para dar prueba de “supervigilancia”, denunció una actividad pretendidamente hostil de los dirigentes locales. Hizo la provocadora propuesta de instituir, sin tener en cuenta la ley, debates extrajudiciales contra personas perseguidas por acusaciones políticas.

Cuando Kaganovich visitó las regiones de Ivanovo y Yaroslavl, entre otras, quebrantó también bárbaramente las reglas del Partido y las leyes soviéticas. Mediante el chantaje y la provocación, obtenía la detención de numerosos militantes del Partido y trabajadores de los Soviets. Kaganovich engañaba al Comité central del Partido comunicándoles datos falsos sobre la existencia en las respectivas regiones de organizaciones antisoviéticas.

A raíz del nombramiento de Kaganovich como comisario del pueblo de Comunicaciones, se iniciaron los arrestos en masa en los transportes ferroviarios. Acusaba personalmente de delitos políticos desprovistos de fundamentos a inocentes a los que hacía detener. Sugirió a los activistas del Partido y de los organismos económicos la existencia de ocultos enemigos del pueblo que operaban en todos los sectores y exigía que se tomaran las medidas oportunas para su desenmascaramiento y se aplicaran con toda la amplitud y profundidad necesarias.

Al tomar la palabra en una reunión de activistas de los ferrocarriles, el 10 de marzo de 1937, Kaganovich señaló: “No puedo citar ni una sola línea, ni una sola red en la que no se practique espionaje nipotrotskista... más aún, no hay ni una rama de los transportes ferroviarios donde no se encuentren semejantes saboteadores...”

Durante el mandato de Kaganovich, la detención de obreros de los transportes ferroviarios se hacía siguiendo las listas. Así fueron detenidos sin ningún motivo plausible los sustitutos de Kaganovich, casi todos los jefes de línea, los jefes de secciones políticas y otros dirigentes de los transportes. Actualmente han sido rehabilitados muchos de ellos a título póstumo.

El Comité de control del Partido dispone de 32 cartas personales de Kaganovich dirigidas al comisario del pueblo del Interior, en las que exige la detención de 83 dirigentes de los transportes.

Para dar una idea de la ligereza criminal y de la total gratuidad de las acusaciones hechas por Kaganovich, voy a mencionar, en particular, una de sus cartas, dirigida al Comisario del pueblo del Interior, fechada el 10 de agosto de 1937, en la que reclama la

detención de los diez responsables del Comisariado del pueblo de Comunicaciones. Sin el más mínimo motivo, únicamente porque su conducta le parecía sospechosa a él, a Kaganovich, fueron calificados de espías y saboteadores. Su suerte fue tan trágica como la de muchos otros.

¿Qué queda, después de estas declaraciones, de las confesiones de sabotaje en los ferrocarriles hechas en el proceso Piatakov por los Serebriakov, Livchitz, Kniazev?... Por otra parte, Chvernik dio el golpe de gracia a este proceso al destruir la única acusación “terrorista” que se había hecho, a excepción del asesinato de Kirov y de los atentados fantasmas. Citando ejemplos del “comportamiento inhumano” y del “extremado cinismo” de Molotov, Chvernik relata:

En 1934, durante un viaje a Prokopievsk, las ruedas del lado derecho de su coche resbalaron en la cuneta de la carretera. Ninguno de los pasajeros resultó herido. Este episodio sirvió de pretexto para que se hablara de “atentado” contra la vida de Molotov, y como resultado de ello un grupo de inocentes fue condenado. Nadie sabía mejor que el propio Molotov que, en realidad, no había habido ningún atentado, pero él no dijo una sola palabra en defensa de los inocentes.

Finalmente, Jruschov repite una parte de las declaraciones que hizo en el XX Congreso y aporta nuevos elementos.

Deseo recordar al Congreso la actitud adoptada por el grupo antipartido respecto a la propuesta de someter al examen del XX Congreso del Partido la cuestión de los abusos de poder durante el período del culto a la personalidad. Molotov, Kaganovich, Malenkov, Vorochilov y demás cómplices se oponían categóricamente a esta propuesta. En respuesta a sus objeciones declaramos que, si no querían que se planteara esta cuestión, nos dirigiríamos a los delegados del Congreso. No dudábamos de que el Congreso se pronunciaría en favor del examen de este asunto. Ante tal eventualidad accedieron a dar su consentimiento y en el XX Congreso se discutió la cuestión del culto a la personalidad. Pero, después del Congreso, los miembros de la fracción continuaron su lucha, tratando por todos los medios de frenar el esclarecimiento de cuestiones que pusieran de manifiesto el abuso del poder, porque temían, sin duda, que se pusiera al descubierto su papel de cómplices en las represalias masivas.

La represión en masa empezó después del asesinato de Kirov. Aún serán necesarios grandes esfuerzos para que se pueda saber quién fue el verdadero culpable de su muerte. Cuanto más estudiamos los documentos relativos a la muerte de Kirov, más cuestiones surgen. Llama la atención el hecho de que el asesino de Kirov fuese detenido dos veces por chekistas cerca de Smolny, y que en ambas ocasiones estuviese armado. Pero, siguiendo las órdenes de alguien, se le puso en libertad. Y este hombre fue encontrado en Smolny, armado y situado, precisamente, en el corredor por el que habitualmente pasaba Kirov. No se sabe cuál es el motivo de que, en el momento del asesinato, el jefe de la guardia personal de Kirov se encontrara alejado de él, pues, según el reglamento, no debía estar a semejante distancia de la persona de cuya protección estaba encargado.

He aquí otro hecho muy extraño. Cuando citaron al jefe de la guardia personal de Kirov para interrogarlo ante Stalin, Molotov y Vorochilov, se provocó premeditadamente un accidente del vehículo que lo trasladaba, según declaró el propio chófer. Los encargados de conducirlo al interrogatorio declararon que el jefe de la guardia personal había perecido en el accidente, aunque en realidad fueron ellos mismos quienes le asesinaron.

Así fue asesinado el hombre que tenía a su cargo la protección de Kirov. Después se fusiló a los que lo asesinaron. No se trata de un hecho casual, sino de un crimen premeditado. ¿Quién pudo hacerlo? Actualmente se está procediendo a una minuciosa investigación sobre las circunstancias de este tenebroso asunto.

Se ha sabido que el chófer que había conducido el coche en que viajaba el jefe de la guardia personal de Kirov cuando se dirigía al interrogatorio estaba vivo. Según contó, durante el trayecto estaba sentado a su lado, en la cabina, un colaborador de la N.K.V.D. El viaje lo hicieron en un camión (en verdad, es muy extraño que se escogiera un camión para trasladar a este hombre al interrogatorio; ¡como si no se hubiera podido encontrar un coche para esto!).

Sin duda, todo estaba previsto de antemano en sus más mínimos detalles. Otros dos colaboradores de la N.K.V.D. iban en la plataforma acompañando al jefe de la guardia personal de Kirov.

El chófer explicó a continuación que, mientras circulaba por una calle, el hombre que iba sentado a su lado le arrancó, de repente, de las manos el volante y dirigió el coche contra una casa. El chófer pudo hacerse de nuevo con el volante y restablecer la dirección, de modo que el camión sólo rozó la pared de la casa. Más tarde se le dijo que en este accidente había perecido el jefe de la guardia personal de Kirov.

¿Por qué falleció precisamente él, mientras que ninguna de las personas que lo acompañaban resultó herida? ¿Por qué los dos colaboradores de la N.K.V.D. que acompañaban al jefe de la guardia personal de Kirov fueron a su vez fusilados más tarde? ¿Había, pues, alguien que tuviera interés en hacerlos desaparecer para destruir cualquier sospecha?

Quedan aún por explicar muchas de las circunstancias relativas a este asunto y a otros similares.

Nuestro deber es estudiar cuidadosamente y en todos sus aspectos las cuestiones relacionadas con los abusos de poder. El tiempo pasará, moriremos todos somos mortales. Pero, mientras trabajamos, podemos y debemos esclarecer muchas cosas y decir la verdad al Partido y al pueblo. Debemos hacer todo lo posible para establecer rápidamente la verdad, pues cuanto mayor sea el tiempo transcurrido desde estos acontecimientos, más difícil será conseguirlo. Ahora, como se dice comúnmente, no podemos resucitar a los muertos. Pero es necesario que en la historia del Partido se hable de estos hechos con veracidad, hay que hacerlo para que semejantes acontecimientos no puedan volver a producirse en el futuro.

Podéis imaginaros hasta qué punto era difícil resolver estas cuestiones teniendo en cuenta que en el Presidium del Comité central había personas responsables de abuso de poder y de contribución a las represiones en masa. Estas personas se opusieron en principio enérgicamente a todas las medidas encaminadas a denunciar el culto a la personalidad, y luego desplegaron la lucha contra el Comité central, con la intención de cambiar la composición de su dirección, de cambiar la política leninista del Partido y la orientación del XX Congreso.

Ni que decir tiene que no querían examinar estos asuntos. Habéis oído la intervención del camarada Chelepin. Ha explicado muchas cosas al Congreso, pero, naturalmente, no ha contado todo lo que se conoce hasta ahora. Se sabe que perecieron millares de inocentes, pero cada caso es toda una historia. Muchos militantes del Partido, políticos y jefes militares encontraron la muerte.

Es evidente que los miembros del Presidium del Comité central responsables de las infracciones de la legalidad y de las represiones en masa se oponían por todos los medios a la denuncia de los hechos arbitrarios acaecidos durante el período del culto a la personalidad; iniciaron a continuación la lucha fraccional antipartido contra la dirección del Comité central, concentrando sus ataques contra mí, en tanto que primer secretario del

Comité central, ya que, en virtud de mis funciones, era el encargado de sacar a la luz estas cuestiones. Mi obligación era aguantar los golpes y devolverlos.

Los miembros de la fracción antipartido querían hacerse con la dirección del Partido y del país y apartar a los camaradas que tratasen de sacar a plena luz las acciones criminales perpetradas en la época del culto a la personalidad. El grupo antipartido quería situar a Molotov en la dirección. Evidentemente, si lo hubiera conseguido no habría habido denuncia alguna de estos actos de abuso del poder.

Después del XX Congreso, en el cual se denunció el culto a la personalidad, el Grupo antipartido recurrió a todos los medios para que no prosiguieran las denuncias. Molotov decía que en las grandes causas siempre se podían encontrar cosas buenas y malas. Justificaba los actos cometidos durante el período del culto a la personalidad: pretendía que semejantes acciones suelen producirse, e incluso decía que se podía considerar como posible su repetición. Ésta era la orientación del grupo fraccional antipartido. No se trata de un simple error. Es una toma de posición calculada, criminal y aventurera. Querían hacer desviar al Partido y al país del camino leninista, querían volver a la política y a los métodos de dirección del período del culto a la personalidad.

Pero han calculado mal. El Comité central, todo nuestro Partido y todo el pueblo soviético han dado una enérgica respuesta al grupo antipartido, han denunciado y aniquilado a los miembros de esta fracción. Se ha hablado aquí con verdadero dolor de las eminentes personalidades políticas y del Partido que han perecido sin ser culpables. Eminentemente capitanes como Tujachevski, Iakir, Ubovich, Kork, Egorov, Eideman y otros cayeron víctimas de la represión. Eran hombres de nuestro ejército, de gran mérito, principalmente Tujachevski, Iakir y Ubovich. Eran notables capitanes. También Blucher y otros insignes jefes militares fueron víctimas de la represión.

En cierta ocasión apareció en la prensa extranjera una curiosa información según la cual Hitler, que preparaba un ataque contra nuestro país, habría puesto en circulación, por mediación de sus servicios secretos, un falso documento del que se podía colegir que los camaradas Iakir, Tujachevski y otros habrían sido agentes del Estado Mayor alemán. Este “documento”, pretendidamente secreto, habría sido remitido al presidente de Checoslovaquia, Benes, y éste, a su vez, sin duda con buena intención, lo envió a Stalin. Iakir, Tujachevski y los demás camaradas fueron detenidos y poco después suprimidos.

¡He aquí lo que significa el culto a la personalidad!

Se exterminó también a muchos comandantes y eminentes propagandistas políticos del Ejército Rojo. Entre los delegados del Congreso hay camaradas -no voy a citarlos por su nombre para no causarles más sufrimientos- que han pasado muchos años en la cárcel. Se les “persuadía” por procedimientos especiales de que eran espías alemanes o ingleses o de cualquier otro país. Algunos de ellos “confesaban”. Incluso cuando se les había retirado la acusación de espionaje, insistían en sus antiguas declaraciones, considerando que más valía atenerse a ellas, aunque fuesen falsas, para terminar cuanto antes con las torturas, para encontrar la muerte más rápidamente.

¡He aquí lo que significa el culto a la personalidad! ¡He aquí lo que significaban los actos de Molotov y los otros que querían establecer los principios erróneos del período del culto a la personalidad! Ésta era la dirección hacia la que quería arrastrar a nuestro Partido el grupo antipartido; precisamente por este motivo la lucha contra ellos fue tan aguda y tan penosa. Todos comprendíamos lo que significaba. Yo conocía muy bien al camarada Iakir; también conocía a Tujachevski, pero no tanto como a Iakir. Este mismo año, durante una conferencia en Alma Ata, vino a verme su hijo, que trabaja en Kazajstán. Me pidió noticias sobre su padre. Pero, ¿qué podía decirle yo? Cuando, en el Presidium del Comité central, nos interesamos por el examen de estos asuntos, se nos informó de que ni Tujachevski, ni Iakir, ni Vborevich habían perpetrado crimen alguno contra el Partido y el Estado; entonces les preguntamos a Molotov, Kaganovich y Vorochilov:

-¿Están de acuerdo en su rehabilitación?

-Sí, lo estamos -contestaron.

-Pero fueron ustedes mismos quienes castigaron a estos hombres -contestamos con indignación-. ¿En cuál de los dos casos han actuado según su conciencia: antes o ahora?

Pero no contestaron a esta pregunta. Y no contestarán nunca. Ya habéis oído las observaciones que hacían a las cartas de Stalin. ¿Qué pueden añadir después de esto?

En su intervención en el Congreso, el camarada Chelepin os ha dicho cómo eran suprimidos los mejores representantes del Partido Comunista en el Ejército Rojo; también ha dado lectura a una carta del camarada Iakir a Stalin y citado las resoluciones sobre esta carta. Hay que decir que en aquella época Iakir estaba muy bien considerado por Stalin.

Se puede añadir que, en el momento de su muerte, Iakir exclamó: “¡Viva el Partido!” “¡Viva Stalin!”

Tenía tanta confianza en el Partido, tenía tanta fe en Stalin, que no admitía ni siquiera la idea de que las ilegalidades fueran aplicadas conscientemente. Consideraba que unos

enemigos habían formado células de propaganda política en los organismos del Comisariado del Pueblo del Interior.

Cuando se informó a Stalin de la conducta de Iakir en el omento de morir, Stalin empezó a vociferar injurias.

Recordemos, a Sergio Ordjonikidze. Tuve ocasión de asistir a sus funerales. Creí lo que se decía entonces -que había muerto de repente-, pues sabíamos que estaba mal del corazón. Mucho más tarde, después de la guerra, me enteré, por casualidad, de que se había suicidado. El hermano de Sergio había sido detenido y fusilado. El camarada Ordjonikidze se daba cuenta de que ya no podía colaborar con Stalin, aunque con anterioridad había sido uno de sus amigos más allegados. Así, pues, Ordjonikidze ocupaba un elevado puesto en el Partido.

Lenin lo conocía y apreciaba. Pero las cosas llegaron hasta tal punto que Orjonikidze ya no podía trabajar normalmente, y al no querer tener nada que ver con Stalin ni compartir la responsabilidad de sus abusos de poder se suicidó.

La suerte de Alecha Svanidze, hermano de la primera mujer de Stalin, menos conocido en los medios de nuestro Partido, fue igualmente trágica.

Era un viejo bolchevique, pero Beria, recurriendo a toda clase de maquinaciones, presentó las cosas de tal manera que indujo a pensar que Svanidze había sido enviado junto a Stalin por el servicio secreto alemán, aunque, en realidad, se trataba de un gran amigo de Stalin. Svanidze fue fusilado. Poco antes de ser ejecutado, se le transmitieron unas palabras de Stalin según las cuales le sería concedido el perdón si lo pedía. Después de escuchar tales palabras, Svanidze preguntó: “¿Por qué debo pedir perdón? No he cometido ningún crimen.” Fue fusilado. Después de la muerte de Svanidze, Stalin dijo: “Fijaos en este insolente: ha muerto, pero no ha pedido perdón.” No se le ocurrió pensar que Svanidze era ante todo un hombre honesto.

De igual modo encontraron la muerte numerosas personas inocentes.

¡He aquí lo que es el culto a la personalidad! He aquí por qué motivo no podemos mostrarnos tolerantes en lo más mínimo hacia los abusos de poder.

El secretariado del Congreso ha recibido cartas de viejos bolcheviques; dicen que, durante el período del culto a la personalidad, eminentes personalidades del Partido y del Estado, fieles leninistas como los camaradas Chubar, Kossior, Rudzutak, Postychev, Eije, Voznessiensi, Kuznetsov y otros perecieron siendo inocentes.

Los camaradas proponen inmortalizar el recuerdo de las eminentes personalidades del Partido y del Estado que cayeron víctimas de injustas represiones durante el período del culto a la personalidad.

Creemos que esta propuesta es justa.

Es oportuno encargar al Comité central que será elegido por el XXII Congreso que tome una decisión positiva sobre esto. Quizá haya que erigir un monumento en Moscú para inmortalizar el recuerdo de los camaradas que cayeron víctimas de la arbitrariedad.

Rehabilitaciones penales, rehabilitaciones penosas

Dos años después del discurso de Jruschov, aún no ha sido puesta la primera piedra del monumento a las víctimas de Stalin: ¿Cuáles serían los nombres de los antiguos compañeros de Lenin abatidos por los verdugos de Stalin que se grabarían sobre su piedra? En la actualidad, es imposible contestar a esta pregunta. Zinoviev, ha sido objeto de una rehabilitación pública muy indirecta: se le ha permitido aparecer junto a Lenin en la novela de Kazakievich El cuaderno azul. Pero la muy oficial Cuestiones de Historia ha publicado un artículo de A. S. Smirnov sobre El Partido en el período de preguerra (1937-1941), que, después de dedicar una decena de líneas a las “represiones injustificadas” y a los “escandalosos abusos de poder de Stalin”, no dice ni una sola palabra de los procesos de Moscú: lo mismo ocurrirá con el nuevo manual de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., dirigido por Ponomarev, que había colaborado en las ediciones precedentes redactadas durante el mandato de Stalin. Los chequistas colaboradores de Iagoda han sido rehabilitados, pero no se ha dicho nada del papel exacto de los que habían confesado al lado de su jefe. Jruschov ha reconocido que Sergio Ordjonikidze se había suicidado y ha hecho fusilar a aquellos que lo habían perseguido, pero no ha dicho nada sobre Piatakov, cuya vida fue, con toda seguridad, el nudo del conflicto entre Stalin y su viejo colaborador.

La revista ultraconservadora Oktiabr publica un libro de Nikulin dedicado al mariscal Tujachevski, la Academia Militar Frunze organiza una ceremonia en su memoria,⁴ el periódico Estrella Roja elogia a Gamarnik,⁴ pero no se ha dicho nada hasta ahora sobre los que, en 1938, confesaron haber preparado una serie de asesinatos y actos de traición en unión de estos dos hombres. Para abrumar aún más a Molotov, Jruschov ha revelado la “preparación” policíaca del atentado y señalado la condena de muchos inocentes; no ha dicho, sin embargo, que el viejo bolchevique y antiguo trotskista Muralov fue la víctima más destacada de esta maquinación.

⁴ Trybuna Ludu, 1 de febrero de 1962 y 13 de abril de 1962.

Los principales inculpados del proceso a puerta cerrada de diciembre de 1937, desde Enukidze hasta Orachelachvili, han sido rehabilitados. A Enukidze se le proclama “un recto bolchevique” cuya “radiante memoria honra profundamente al Partido comunista y al pueblo soviético”.⁵ Pero no se ha dedicado ni una sola palabra a los desgraciados que fueron ejecutados después de haber declarado en público su acción criminal llevada a cabo por orden del “traidor Enukidze”... Rudzutak es proclamado “un verdadero leninista”, que “conservó hasta su último aliento, su fe en el Partido”, pero no se dedica ni una línea a Rosengoltz quien, un día de marzo de 1938, se declaró el hombre propuesto por Trotsky para servir de agente de los conspiradores en el gobierno...

Dos años después de que Jruschov los acusara públicamente de tener las manos manchadas por la sangre de los viejos bolcheviques, Molotov y Kaganovich disfrutaron de su retiro y “podan sus rosales”, como ha escrito Evtuchenko en su célebre poema. ¿Han sido excluidos del Partido? En tal caso, la medida se ha mantenido en secreto. Jruschov ha dicho a Kaganovich: “Se le dará trabajo, podrá trabajar y vivir tranquilo.” Públicamente denunciados por matanzas de comunistas inocentes de las que no fueron los únicos responsables, los primeros lugartenientes de Stalin no han sido convocados todavía para rendir cuentas; acusados de estar cubiertos de sangre, se les han dado simultáneamente ciertas garantías sobre la suerte que les está reservada: no van a ser juzgados.

Esta curiosa clemencia está evidentemente muy inspirada por preocupaciones políticas. Los actuales dirigentes de la U.R.S.S. con Jruschov a la cabeza, son, juntamente con Molotov y Kaganovich, los “rescatados” de la gran purga, y estuvieron igualmente comprometidos en el desarrollo de aquellos acontecimientos. La publicación de las obras completas de Nikita Jruschov plantearía delicados problemas a los que intentan presentarlo como un hombre que se opuso a los crímenes de Stalin: “fiel discípulo”, lanzó también imprecaciones contra los “infames engendros de manos asesinas” y elogió al maestro omnisapiente. Responsable del Partido en Moscú y, más tarde, en Ucrania durante la época de los procesos, el único sentimiento que puede experimentar Jruschov ante una nueva apertura de los sumarios es el de temor: los sumarios, en efecto, tal vez hundirían aún más a sus antiguos rivales, pero lo más seguro es que también a él le llegarán las salpicaduras.

El 16 de octubre de 1962, el diario yugoslavo Politika se hizo eco de rumores que circulaban por Moscú y que los medios “bien informados” no han desmentido: según estos rumores, un tribunal no identificado habría revisado, en el transcurso del verano anterior, los procesos de Moscú y rehabilitado penalmente a varios condenados, entre ellos Bujarin, Rykov y otros. La rehabilitación sólo habría sido comunicada a las familias de los interesados, liberadas, desde hacía poco tiempo, de la cárcel o el exilio. Los

⁵ “A. Enukidze”, por I. Chaumian, *Pravda*, 9 de mayo de 1962.

Izvestia del 27 de octubre de 1963 publicaron, con motivo del 80 aniversario de su nacimiento, una reseña dedicada a Krestinski, presentándole como a un “diplomático de la escuela leninista”, sin hacer ninguna referencia concreta a las circunstancias de su condena, ni de sus declaraciones, ni de su intento de retractarse de ellas. Evidentemente, puede considerarse como una confirmación indirecta de la rehabilitación póstuma de los condenados que sólo se anunciaría con motivo del aniversario de su nacimiento...

La mayoría de los comentaristas occidentales han manifestado su sorpresa a propósito de esta rehabilitación. Parecía poco probable que se repitieran medidas de este tipo en el contexto del conflicto chino-soviético. En Moscú ya no se hablaba de reeditar a Bujarin, a pesar de lo mucho que se habló de ello en 1962: la “rehabilitación” de los “derechistas” podría llevar agua al molino chino, dar un argumento a sus acusaciones de “oportunismo”. La rehabilitación de “izquierdistas”, antiguos trotskistas, parecía también poco probable en un momento en que, tanto en los Izvestia como en Kommunist, se enarbolaban viejos argumentos antitrotskistas contra Trotsky y sus partidarios, con la finalidad de poder acusar a los chinos de un nuevo crimen. De ahí que ciertos observadores hayan considerado la noticia de los Izvestia como un acontecimiento muy importante, después del cual se impondría lógicamente la rehabilitación pública y oficial de los condenados de los procesos de Moscú.

De hecho, creemos haber demostrado que, en pura lógica, esta rehabilitación es algo que se impone a los actuales dirigentes de la U.R.S.S., al menos desde 1953. Pero la revisión de las sentencias pronunciadas en la época de los crímenes de Stalin no obedece a reglas lógicas y la desestalinización no consiste simplemente en la marcha de la historia en sentido contrario a la estalinización. Es verdad que la madeja se desenreda, pero también es cierto que los que la tienen en sus manos frenan el movimiento, tratan de que no desborde ciertos cauces, se esfuerzan en no jugar a aprendices de brujo. Contrariamente a lo que pensaba Merleau-Ponty en vida de Stalin, no se cierra la discusión con el simple abandono de las acusaciones de traición, de sabotaje y de espionaje. Los dirigentes de la U.R.S.S., obligados a exhumar los macabros sumarios, los manejan con precaución: saben por experiencia que la claridad es revolucionaria y la verdad explosiva, y no olvidan que la revolución húngara se inició con el solemne entierro del rehabilitado Rajk. Es probable que la presión de los jefes militares haya contribuido a la rehabilitación completa y relativamente rápida de sus colegas, de Tujachevski a Blucher. Los burócratas del Partido han creído, al parecer, que confirmarían su propia seguridad y recuperarían cierta dignidad al hacer rehabilitar a los jefes caídos, los Postychev, Kossior, Chubar, Eije... Según parece, la presión de los cuadros uzbecos le ha valido a Ikramov una precoz rehabilitación, obligada concesión al sentimiento nacional, como ponen de manifiesto miles de indicios en la prensa de Uzbekistán. Pero continúa planteada la pregunta hecha por el escritor Aksionov: ¿Cómo pudieron permitir que llegara el año 1937? Todavía no ha recibido contestación, y las rehabilitaciones publicadas con cuentagotas -la de Ikramov anteayer, la de Krestinski ayer, la de Bujarin o Piatakov mañana- podrían muy bien ser una manera de tirar lastre y de ganar tiempo con la finalidad de

no responder a una pregunta fundamental: ¿Qué defendían Stalin y sus colaboradores cuando organizaron esta represión en masa, este sangriento desfile de confesiones? ¿Por qué estos excesos de esfuerzos y crímenes para abatir y desacreditar a Trotsky ante los comunistas de la U.R.S.S. y del resto del mundo? ¿Por qué, si el trotskismo es una curiosidad arqueológica, continuar sosteniendo contra Trotsky las tesis estalinistas clásicas e intentar impedir que la joven generación soviética se ponga en contacto con las ideas que defendía en sus libros?

Esta cuestión podría muy bien encerrar otra todavía más importante y que explicaría la prudencia de los dirigentes de la U.R.S.S. en la apertura de los sumarios de esta época trágica. Si lo hicieran así, ¿no proporcionarían la clave de lo que es la sociedad soviética? ¿No arrojarían una luz demasiado cruel sobre el contraste entre el socialismo tal como era concebido por los fundadores del socialismo científico y la realidad social construida después de la Revolución de Octubre con el mismo nombre? ¿No entregarían, de este modo, un arma inapreciable para facilitar a las nuevas generaciones la toma de conciencia de sus propias exigencias en materia de responsabilidad y democracia y de la incompatibilidad de tales exigencias con un régimen de “despotismo”, incluso “ilustrado”, de partido único controlado por una burocracia de Estado irresponsable? En este sentido se puede admitir que, a partir del replanteamiento de las tesis de la acusación en los procesos de Moscú, se abriría también una brecha en la ideología marxista-leninista tal y como la han planteado y difundido tanto Stalin como Jruschov y Mao, y que esto conduciría a su vez al replanteamiento de todos los mitos que la constituyen, desde la coexistencia pacífica hasta Octubre, pasando por el socialismo en un solo país.

Conclusión: las interpretaciones posibles

Los procesos de Moscú pertenecen ya al dominio del historiador. Sin embargo, no se han despojado aún de su carácter político, en la medida en que, en la actualidad, siguen constituyendo todavía uno de los aspectos de una lucha inacabada. La prueba de ello está en las divergencias que aún suscita su interpretación, en el lugar que ocupa su “explicación” en la profunda conmoción de la U.R.S.S. bautizada un tanto superficialmente con el nombre de “desestalinización”.

Tesis en presencia

La rueda ha girado muy rápidamente: ya no queda nada de las tesis estalinistas. En la actualidad nadie, ni incluso entre los nostálgicos de la época de Stalin, se atrevería a sostener públicamente la letra de las tesis de Vychinski sobre la autenticidad de las declaraciones. Se admite universalmente, al menos de un modo implícito, que la gran parada judicial de Moscú sólo fue un intento -por otra parte relativamente torpe- para “vestir” como procesos de derecho común y de traición unos procesos políticos. Los últimos defensores de Stalin dentro del movimiento obrero, los comunistas chinos, se muestran, en este terreno, sumamente circunspectos. Es cierto que continúan afirmando que uno de los grandes méritos del desaparecido fue el haber conducido la lucha contra los oportunistas de todo tipo, contra los enemigos del leninismo, trotskistas, zinovievistas, bujarinistas y otros agentes de la burguesía. Pero se toman el trabajo de hacer ciertas reservas diciendo que al parecer, Stalin cometió el error de ampliar el marco de la represión entre los años 1937 y 1938: en efecto, ellos tienen mucho que temer de una polémica en este campo, tanto más cuanto que los sumarios completos están en manos de Jruschov. Ahora bien, ya no es una tesis estalinista el afirmar -como ellos dejan entender- que la gran purga fue uno de los aspectos de la resuelta lucha que permitió defender y consolidar el primer Estado socialista del mundo. Y, por otra parte, dejan planteada la cuestión de saber si Stalin, en aquellas circunstancias, no confundió las dos categorías de contradicciones de distinta naturaleza -contradicciones entre el enemigo y nosotros, y contradicciones en el seno del pueblo-, al igual que los distintos métodos para la solución de estas dos categorías de contradicciones. Ésta es una significativa manifestación de prudencia.

La tesis de Jruschov merece más atención, aunque sólo sea porque es defendida por aquellos que tienen en su poder los sumarios de las distintas causas, los archivos de 1936-1938 y las actas de las instrucciones de rehabilitación, y están en condiciones de contestar, si lo creen necesario, a todas las preguntas que aún se plantean.

En primer lugar, hay que destacar que la interpretación política que dan de la represión no es fundamentalmente distinta de la de los estalinistas ni de la de los chinos. Jruschov y sus lugartenientes han afirmado en varias ocasiones y sin ambigüedad, después del XX Congreso y después del XXII Congreso, que Stalin tuvo el mérito de haber combatido victoriosamente a trotskistas, zínovievistas y bujarinistas. Sin embargo, Jruschov ha dado un paso más cuando, siguiendo a Tito, ha denunciado, entre los errores de Stalin, la persecución como trotskistas, zínovievistas y bujarinistas de hombres que habían dejado de serio, como era el caso de la mayoría de los acusados de los procesos.- aprueba la represión cuando es útil, pero reprocha a Stalin una represión inútil ya que, en lugar de atacar sólo a los adversarios políticos, se extendió a auténticos “cuadros leninistas del Partido”, como recuerda Chaumian en un reciente artículo. Este artículo, dedicado al XVII Congreso del P.C. de la U.R.S.S., menciona una vez más el asesinato de Kirov, premeditado y cuidadosamente preparado, y; da consistencia y vigor a la hipótesis -ya propuesta desde hacía tiempo por Nicolaievsky sobre la base de informaciones de Bujarin-, de un conflicto en la cumbre del aparato entre Stalin y la mayoría del Comité ejecutivo situado en torno a Kirov: deja entender que, durante el XVII Congreso, en enero-febrero de 1934, varios dirigentes pensaron en la posibilidad de relevar a Stalin del Secretariado general.⁶ No obstante, la afirmación según la cual el Partido... ha seguido la vía de Lenin incluso cuando ha soportado la pesada carga del culto a la personalidad de Stalin no explica ni la dirección, ni la amplitud, ni las formas de represión, ni, sobre todo, de qué manera un hombre, Stalin, pudo imponer semejante práctica a un partido que, simultáneamente, “seguía la vía leninista”.

La debilidad de la explicación propuesta por Jruschev en el XX Congreso no consiste sólo en mantenerse en un terreno puramente psicológico -muy insuficiente para alguien que se declara marxista-, en atribuir los “excesos” -el baño de sangre- a la “personalidad” de Stalin, a su autoritarismo y a su mórbida desconfianza, a su universal pretensión, a su sed de poder y a su carácter vengativo, sino en dejar de explicar cómo semejante hombre pudo conquistar y conservar un poder absoluto en el Partido y en el Estado soviético.

En efecto, la tesis de Jruschov es inaceptable porque no explica nada. Su denuncia de Stalin, el “análisis” de los procesos de Moscú, adolecen -pero en sentido contrario- de la misma incoherencia que la tesis estalinista. En tiempo de Stalin, se condenaba a muerte a hombres por crímenes que no habían cometido ni intentado cometer, pero en los que confesaban haber pensado. Después de su muerte, se publica la lista de los crímenes cometidos y firmados por hombres a los que no se quiere juzgar, explicando esta indulgencia por el temor de “violar la legalidad” de la forma como lo hacía Stalin, como si juzgar a hombres cuya culpabilidad ha sido probada fuese una “violación de la legalidad” en la misma medida que la condena y ejecución de inocentes reconocidos como tales.

⁶ Chaoumian, *Pravda*, 7 de febrero de 1964.

La tesis de Isaac Deutscher es infinitamente más satisfactoria. El eminente biógrafo de Stalin y Trotsky ha hecho un análisis histórico previo. Ha mostrado, en el marco de la revolución aislada en un país atrasado de campesinos incultos, que la subida del aparato del Partido y de la burocracia que se encarnan en la persona de Stalin, es la contrapartida del secular atraso del país más que la expresión del socialismo moderno. Según él, en 1936 no había ningún peligro interior que amenazara a la burocracia, y sólo un peligro exterior, la amenaza de guerra, empujó a Stalin a apartar, preventivamente y a su manera tosca, toda posibilidad virtual de cambio de dirección que, en caso de una derrota militar, hubiera podido partir de los antiguos oponentes, de los jefes militares o incluso de aquellos de sus lugartenientes que juzgaban inútil o peligrosa una represión de la amplitud de la que estaba preparando. Puede pensarse que las recientes revelaciones sobre el conflicto entre Stalin y Kirov vienen a precisar los contornos del análisis de Deutscher. Sin embargo, hay que destacar que este análisis implica también un estudio de la desestalinización: el estalinismo, con su fuerza brutal, excavó su propia tumba al desarrollar los medios de producción y la enseñanza. Convertido en un anacronismo, debía ser suprimido por los mismos dirigentes de la burocracia, a pesar de ser epígonos de Stalin.

Deutscher ha destacado claramente lo que le separa de Trotsky. Para el historiador, a pesar del descontento general, indiscutible en 1936, no había ningún peligro serio para la burocracia. Para ello faltaba la organización de una oposición que en aquel momento estaba desmembrada, desorientada, ampliamente desacreditada y, en fin, destruida por la represión. Para Trotsky, por el contrario, los burócratas que se habían apropiado de las conquistas de Octubre, después de una severa lucha contra los revolucionarios de la oposición, proscribían ferozmente todo lo que les recordaba “su pasado revolucionario, los principios del socialismo, la libertad, la igualdad, la fraternidad, las tareas pendientes de la revolución mundial”. El espectro de la revolución acosaba las noches de Macbeth-Stalin, que intentaba preservarse él, a los ojos de la clase obrera y de la juventud educadas en el culto a la Revolución de Octubre, mediante la matanza y el maquillaje del crimen, al mismo tiempo que se protegía ofreciendo cargos públicos y privilegios a decenas de miles de candidatos. Stalin, fruto monstruoso y parasitario de un avance interrumpido hacia la revolución mundial, “traicionaba” la revolución al combatir, en nombre de los privilegios que encarnaba, el profundo movimiento de la revolución obrera mundial, tanto en la U.R.S.S. como en los países capitalistas: los procesos de Moscú expresaban el furor del burócrata contra el pasado revolucionario que había hecho posible los fundamentos de su poder, pero, como todos los grandes virajes de la política de Stalin, sólo era, en definitiva, el “paso hacia adelante”, empírico, de una capa social sin futuro que sólo podía intentar ganar tiempo jugando con la historia.

Si se considera que la esencia del estalinismo se corresponde con los hechos denunciados por Jruschov y aparentemente eliminados de la vida social en la U.R.S.S., puede considerarse que la historia ha dado la razón a Deutscher, en la medida en que la misma burocracia, por boca de Jruschov, ha iniciado esta

transformación. Sin embargo, también puede pensarse que sólo se trata de las formas más episódicas y odiosas de la dominación de una burocracia que se ha mantenido a costa de ir tirando lastre y que, en lo esencial, no ha perdido nada con la desestalinización. En este punto el análisis político tiene más alcance que el análisis histórico. Deutscher -que se inclina por la autorreforma de la burocracia y cuya visión reformista se opone al enfoque revolucionario de Trotsky- prefiere dejar a los historiadores de la futura generación el trabajo de enjuiciar la teoría de Trotsky de la “revolución política” necesaria contra la burocracia. No obstante, la línea de demarcación está clara,- es idéntica a la que separa a los que han visto en la Revolución húngara de 1956 una “contrarrevolución” que intentaba restaurar el capitalismo, de aquellos que han visto en la construcción de los consejos obreros húngaros la forma de una revolución socialista, la revolución política anunciada por Trotsky. La polémica será zanjada, evidentemente, por el propio desarrollo histórico.

Cabe añadir que los procesos mismos subsisten como un documento de gran valor para el historiador: la concepción y el contenido de la acusación y de las declaraciones son un testimonio inestimable de lo que era, en aquel período, la sociedad soviética y dan de ella una imagen completamente diferente de la que se tenía, por aquella época, en Occidente.

Instantáneas de la realidad rusa

Dejemos de lado las declaraciones que se sabe fueron obtenidas por la fuerza de un modo u otro. ¿Qué queda de aquello que todo el mundo -podía comprobar, de todas aquellas cosas cuyo recuerdo y cuya explicación por medio de declaraciones eran, precisamente, necesarios para lograr que las declaraciones resultaran plausibles?

Ante todo, el cuadro de una economía paralizada por la planificación autoritaria, infectada a todos sus niveles por un burocratismo minucioso, que se traducía en un caos cuyas primeras víctimas eran la masa obrera y campesina. Se construían edificios que permanecían vacíos, mientras las máquinas se enmohecían en otra parte. Los distintos servicios del plan no llegaban a ponerse de acuerdo y los responsables de su ejecución preparaban y trucaban las estadísticas para evitar que se les acusara de sabotaje. Los trenes descarrilaban, las presas se hundían, las máquinas se estropeaban, los obreros trabajaban meses sin que se les pagara. El mismo fraude se producía en la agricultura: no había mantequilla de calidad corriente, sólo las mantequillas de lujo a precios inasequibles, a las cooperativas de producción les faltaba todo; se encontraba cristal machacado en los paquetes de mantequilla y cáscaras de caracoles en las cajas de huevos. La ejecución de la orden de un burócrata hizo que se cortaran las moreras de una región en que eran indispensables. Bastaba con afirmar que una medida, completamente absurda, era ordenada por el gobierno para que dejara de ser sorprendente y que todo el mundo la aplicara sin rechistar. Detrás de las pretendidas “declaraciones” de los administradores e ingenieros “saboteadores” se disimula, en realidad, una declaración

auténtica e importante: la de la burocracia dirigente que se esforzaba en el transcurso de los procesos, por el mismo contenido de las declaraciones que dictaba, en designar a unas cabezas de turco para encubrir sus propias faltas, pero que, de esta forma, reconocía al mismo tiempo su incapacidad y su omnipotencia a veces con los acentos de un temible candor.

¿Qué mejor afirmación de la omnipotencia de la policía, del carácter fundamentalmente policíaco del régimen estalinista, que las declaraciones del Dr. Levin, médico del Kremlin? Este especialista de fama internacional -cuyas declaraciones, dictadas o no, fueron aceptadas, publicadas y proclamadas para que fuesen creídas- afirma que un hombre como él no era más que un juguete frente al chantaje del jefe de la policía, que no podía utilizar ningún recurso. El doctor, al hablar de su encuentro con Iagoda, explica:

Me dijo: “Recuerde que no puede dejar de obedecerme; no escapará. Desde el momento en que le he confiado este asunto, desde el momento en que se le ha confiado este asunto, usted debe estudiarlo y ejecutarlo. No podrá decírselo a nadie. Nadie le creerá. No es a usted a quien se creerá sino a mí. No lo dude y hágalo. Piense en cómo podrá hacerlo, a quién podrá reclutar. Dentro de algunos días le llamaré.” Repitió una vez más que si no ejecutaba lo que me pedía, esto representaría nuestra ruina, la mía y la de mi familia. Creí que no tenía otra salida, que debía someterme a él. Naturalmente, cuando lo contemplo a distancia, cuando en la actualidad pienso en 1932, cuando veo hasta qué punto Iagoda me parecía -a mí, que era un hombre sin partido- un hombre todopoderoso, comprendo que me resultara muy difícil sustraerme a sus amenazas y a sus órdenes.

Su colaborador, el doctor Kazakov, nos proporciona, en sus declaraciones, este terrible “flash” -una vez más considerado verosímil por los jueces instructores- de los ambientes médicos infectados de provocadores de la G.P.U.:

KAZAKOV: En octubre, Levin me dijo: “Comprenda que Mejinski es, de hecho, un cadáver; ahora bien, si lo cura, si lo hace volver a su trabajo, se pone usted en contra de Iagoda. Comprenda que Iagoda tiene interés en que Mejinski desaparezca, y si no se somete a él, Iagoda tendrá noticias de usted.”

VYCHINSKI: ¿Le intimidó?

KAZAKOV: Sí. “No diga una sola palabra de este asunto a Menjinski, porque es imposible escapar de Iagoda. Iagoda no retrocederá ante nada, le sacaría hasta de debajo de la tierra.”

VYCHINSKI: ¿Era de este modo como le intimidaba?

KAZAKOV: Se expresó en estos términos.

VYCHINSKI: ¿Tuvo usted miedo?

KAZAKOV: Me quedé paralizado. Levin me dijo a continuación: “Sepa que Iagoda va a hablarle.” A decir verdad, estaba completamente desamparado, tenía miedo y no sabía qué hacer.

VYCHINSKI: ¿Qué le contestó a Levin?

KAZAKOV: No le contesté nada.

VYCHINSKI: ¿De modo que en las tres ocasiones no dijo nada, se calló?

KAZAKOV: No sabía qué contestar a estas cínicas palabras. Quizá Levin era un agente de Iagoda, porque no tenía absolutamente ninguna razón para hablarme con semejante franqueza.

En este caso, el testimonio se vuelve contra aquellos que lo provocaron. Es evidente que los médicos no mataron a Gorki, Menjinski, Kuibychev o Pechkov por orden del “Centro terrorista” del bloque de derechistas y trotskistas, como es evidente también que Nikolaiev no mató a Kirov por orden de Zinoviev, Trotsky o cualquier otro “Centro”. Pero nada permite descartar la hipótesis de que fueron asesinados por orden de un jefe de policía -Iagoda- que, efectivamente, estaba a las órdenes, no de los “seudoconspiradores”, sino de Stalin. El mismo Jruschov ha confirmado las hipótesis avanzadas por Trotsky al decir que ciertas ejecuciones habían sido destinadas a “borrar las huellas” de los verdaderos asesinos. Hay que admitir que, en este sentido, continúa planteado el problema de saber si las “víctimas” no fueron realmente asesinadas por orden de Stalin, del mismo modo que Nikolaiev fue, probablemente, el instrumento inconsciente de una provocación que al eliminar a Kirov dio a Stalin un pretexto para la represión, siéndole pues, en definitiva, muy útil. Hace veinticinco años, Trotsky recordaba a este respecto el viejo adagio, tan querido por todos los policías. “Is fecit cui prodest”. ¿A quién podían beneficiar estos crímenes? Igualmente, algunos recientes trabajos sobre las conversaciones secretas que precedieron al pacto germano-ruso sugieren que, también en este caso, Stalin pudo querer “borrar sus propias huellas” al condenar a hombres que, como Radek, habían sido instrumentos o, como Tujachevski, adversarios suyos en el intento de establecer una alianza con la Alemania hitleriana. En cuanto al proceso de Tujachevski, Jruschov se ha hecho eco de la versión, muy difundida en Occidente, según la cual se había utilizado contra el mariscal un infundio de la Gestapo. El problema que se plantea es el de saber si fue la Gestapo la que se sirvió de la G.P. U. y consiguió asestarle un golpe maestro al hacerle decapitar al Ejército ruso, o si la G.P. U. utilizó a la Gestapo para eliminar, en la persona de Tujachevski, a un rival en potencia de Stalin.⁷ Del mismo modo que ciertas

⁷ Esta cuestión, planteada por primera vez por Krivitsky, ha sido a partir de entonces objeto de numerosos trabajos. Los de Peis sobre Maujocks y de Alexandrov sobre Tujachevski, así como las memorias de

“declaraciones” de Krestinski sobre sus “contactos” con von Seeckt corresponden muy posiblemente a negociaciones reales entre estados mayores, igualmente puede suponerse que, por orden de Stalin, hombres como Radek o Karajan mantuvieron contactos con agentes hitlerianos, contactos que después se les forzara a presentar como actos de traición. En ambos casos, el cúmulo de mentiras descansa sobre un mínimo de verdad, del mismo modo que el encuentro real entre Sedov y Smirnov en Berlín sirvió de base para levantar la acusación.

En ciertos casos, la transposición pudo incluso ser involuntaria. De este modo, y a pesar de las protestas de fidelidad a Stalin de todos sus asesinos en potencia, los “directores de escena” llegaron a la conclusión de que existía un odio general contra él entre los miembros de la vieja guardia, e incluso entre sus más allegados, al describir la conjura permanente. De este modo los conspiradores fueron presentados como unos individuos que obedecían ciegamente, pero con temor, a un jefe al que no respetaban ni querían, pero al que sólo se atrevían a oponerse mentalmente, en el secreto de su conciencia. Cuadro inverosímil si este jefe era el exilado Trotsky, privado de cualquier medio para hacerse temer u obedecer, pero que, por el contrario, traduce fielmente el temor lleno de odio de aquellos signatarios que, como dijo Jruschov, temblaban por sus vidas cuando Stalin les preguntaba por qué tenían la “mirada huidiza”. Sólo un estudio psicoanalítico de la condición del policía diría si le es posible al “director de escena” de semejante proceso situar los crímenes que inventa o cuya responsabilidad desplaza en un contexto mental distinto de aquel en el que vive, y por los mismos hechos que se ve obligado a afirmar para ser creído.

El problema de las declaraciones

Se plantea un nuevo problema si se admite la “preparación” de los procesos y el carácter amañado de las declaraciones. ¿Por qué estos inocentes confesaron crímenes que no habían cometido? ¿Por qué confesaron?

Friedrich Adler ha sido uno de los primeros en subrayar que los procesos de Moscú tenían, desde este punto de vista, significativos precedentes. Recuerda que los tribunales de la Iglesia habían recibido en el transcurso de la Edad Media “miles de declaraciones según las cuales el inculpado juraba haber estado en relación con el diablo en persona, haber concluido un pacto con él y, sobre la base de este pacto, haber cometido toda clase de actos de brujería”. Observación pertinente, pero que no responde a esta pregunta concreta ¿por qué causa hombres valientes, instruidos, dirigentes revolucionarios con experiencia, consintieron en hacer las declaraciones deshonrosas que se les exigió? En realidad, ya se sabe que los que

Schellemborg, parece que se inspiraron en esta obra y en la de Hagen (Hoettl) *The Secret Front*. Se encontrarán referencias concretas sobre el intercambio de informaciones entre Benes y Churchill en las Memorias de ambos políticos.

confesaron sólo fueron una minoría entre todos los detenidos. Pero también es verdad que son precisamente las declaraciones de los más eminentes viejos bolcheviques -a excepción de Trotsky y Preobrajenski- las que constituyeron la trama de los grandes procesos.

Desde 1936, se han lanzado muchas hipótesis. Trotsky subrayó que ninguno de los acusados realizaba ya, desde hacía tiempo, una auténtica labor de oposición. Los militantes trotskistas que permanecieron fieles a sus ideas murieron en la sombra. Los que tuvieron que hacer frente a los focos habían renegado, desde hacía tiempo, de las ideas de Trotsky y de su acción, o bien habían sido siempre adversarios suyos. Bujarin, al recordar, para condenarlas, sus propias posiciones “derechistas”, no tuvo ningún inconveniente en condenar en Trotsky al “izquierdista” al que había combatido sin descanso desde 1923. Iagoda, en tanto que jefe de la policía secreta, había hecho detener y condenar a miles de miembros de la Oposición de Izquierda, los había hecho morir a fuego lento antes de comenzar un exterminio que para Stalin tenía como único inconveniente su excesiva lentitud. Su colaborador, Bulanov, acusado juntamente con él, había dirigido personalmente la operación de expulsar a Trotsky en enero de 1929. Los médicos del Kremlin eran, al parecer, los mismos facultativos que, según Trotsky, habían “tratado” a Racovski, detenido después de una evasión, y lo habían atendido en un hospital de Moscú, justo antes de que capitulara en 1934. A partir de diciembre de 1927, Zinoviev, Kamenev y sus amigos políticos habían multiplicado las “declaraciones” denunciando en términos cada vez más violentos e injuriosos a su antiguo aliado, Piatakov, convertido en administrador, no dejó escapar una sola ocasión para proclamar su fidelidad a Stalin: era tan odioso para los miembros de la oposición que Sedov, al encontrarle en Unter den Linden en Berlín, lo injurió públicamente. Según rumores difundidos por Moscú, fue precisamente en la sinceridad de su conversión donde encontró la fuerza necesaria para resistir tanto tiempo a los jueces instructores y para rehusar presentar como crímenes contrarrevolucionarios intenciones que nunca había tenido.

El caso más característico a este respecto es el de Radek, blanco preferido del boletín de la oposición desde 1929: “Vive de chismes, de comadreo, se empeña en escupir sobre su condición anterior”, escribía uno de sus corresponsales. Trotsky lo acusó en varias ocasiones -aunque esto no ha podido probarse y varios testigos niegan tal acusación- de haber denunciado en 1929 a Jacques Blumkin, primer “trotskista” fusilado después de un juicio a puerta cerrada. Llegó a decir de él que era “un histérico acabado” que no se detenía “ante ninguna ignominia”, calificándolo de “el más perverso de nuestros enemigos”. En vísperas de su propio proceso, Radek publicó en la prensa la siguiente requisitoria con el estilo característico de la acusación en tiempos de Vychinski: “El jefe de esta banda de asesinos fascistas, Trotsky, intenta disculparse ante estos testimonios con un simple mentís. El principal inspirador y organizador del asesinato de Kirov, el jefe de toda una banda de instigadores de asesinatos contra los dirigentes del Partido y de la U.R.S.S., piensa que los hechos van a disiparse con simples evasivas. Pero no conseguirá lavar la sangre que corre por sus

manos, pues los hechos son incontrovertibles y constituyen una de las mejores pruebas contra él: en Noruega reside el superbandido Trotsky, organizador del asesinato de los mejores hombres del proletariado mundial.⁸

En su propio proceso, se pudo contemplar cómo salvaba su cabeza después de que sus declaraciones constituyeron la única base de la acusación. Krivitsky escribe que, durante el interrogatorio, empezó por rehusar contestar a las preguntas de su “juez instructor”, el joven Kerdov, y finalmente fue llevado a presencia de Stalin. Cuenta que cuando volvió del Kremlin, Radek había cambiado completamente de actitud. Había concertado un trato con Stalin. Radek sabía lo que el “gran patrón” quería. En esta ocasión, el prisionero fue encargado de redactar sus propias declaraciones: “Puede irse a dormir, Kerdov, yo mismo haré lo necesario.” Y fue el propio Radek quien continuó la instrucción contra él mismo. La explicación de Krivitsky es aceptable teniendo en cuenta lo que se sabe de Radek y de sus declaraciones en el proceso: en su caso la podemos tener en cuenta.

Sin embargo, no puede generalizarse: no todos los acusados de los procesos de Moscú eran decididos enemigos de la Oposición de izquierda. Muralov, viejo amigo de Trotsky, había rehusado, antes de su último arresto en 1936, hacer cualquier “declaración” contra la Oposición. La capitulación de Smirnov había sido discreta, su entrevista con Sedov, en Berlín, amistosa. En el momento de su declaración, Trotsky escribía de Serebriakov -reconociendo que había capitulado de un modo “más digno que algunos”- que era un hombre “tranquilo, de una cordialidad estable y desprovisto de ambición”. Hace falta otro tipo de explicaciones para comprender las declaraciones de estos hombres. Ante la comisión Dewey, el trotskista Tarov insistió sobre la práctica de la tortura. “Después de todo -declaraba- la muerte es a veces una liberación bien recibida de una tortura intolerable. En manos de la G.P.U., el hombre torturado se ve incluso privado de esta “salvación”. Muchos gritan, suplican que se acabe con ellos. Pero las órdenes sólo prescriben la tortura.” Veinte años más tarde, Jruschov hablará en el XX y XXII Congreso en términos parecidos:

Algunos de ellos “confesaban”. Incluso cuando se les anunciaba que ya no se les acusaba de espionaje insistían en sus antiguas confesiones, considerando que más valía atenerse a sus falsas declaraciones para acabar cuanto antes con las torturas, para encontrar más rápidamente la muerte.

Krivitsky indica en sus memorias que eran frecuentes procedimientos tales como el empleado contra el viejo bolchevique Mrachkovski: agotado en primer lugar por un interrogatorio continuo de veinticuatro horas, fue convencido después de la necesidad política de confesar por un juez instructor, viejo bolchevique

⁸ *Izvestia*, 21 de agosto de 1936.

como él, y utilizado finalmente para quebrantar la resistencia de su viejo compañero Smirnov, abrumado por las otras declaraciones.

La célebre novela de Koestler El cero y el infinito presenta al viejo bolchevique Rubachov, en quien aparecen los rasgos de diversos acusados de Moscú: con gran talento, sostiene la tesis -generalmente admitida después de la guerra- del último servicio prestado al partido amenazado, de la capitulación total que descansa sobre la convicción de que la Historia es irreversible y de que el militante debe inclinarse ante el Destino del que no ha sido más que un instrumento. En Humanismo y Terror, Merleau-Ponty, en unas páginas luminosas, ha demostrado hasta qué punto el novelista estaba en este caso alejado del pensamiento marxista, y hasta qué punto Rubachov, materialista positivista, difería de marxistas como Bujarin y Racovski. Y al analizar después las declaraciones de los principales acusados, concluye: Frente a todos los cargos de la acusación, el punto de vista de Bujarin es siempre el mismo: reconoce que, en el origen de su actividad, mantuvo ciertas apreciaciones de las perspectivas Políticas que, en un momento dado, por la lógica de la lucha, llegaron a tener consecuencias contrarrevolucionarias y que, por consiguiente, debe responder de una traición histórica. Para Merleau-Ponty, la clave de las declaraciones se halla en la concepción marxista del mundo, “la ambigüedad de la historia, según Bujarin”: La tragedia (...) llega a su punto culminante cuando el oponente está persuadido de que la dirección revolucionaria se equivoca (...). Entonces no sólo hay fatalidad -una fuerza exterior que destroza la voluntad- sino una verdadera tragedia -un hombre enfrentado a fuerzas exteriores de las que es secretamente cómplice- porque el oponente no puede estar ni en favor, ni completamente en contra de la dirección del poder. Conclusión: La división no está ya entre el hombre y el mundo, sino en el interior del propio hombre. He aquí todo el secreto de las declaraciones de Moscú.

Desde este punto de vista, las declaraciones de Bujarin no serían más que la última capitulación, el reconocimiento de su derrota frente a “la jurisdicción de los hechos”, la renuncia frente al Partido que, por el momento, se equivoca, pero que tiene una misión histórica, mientras que el individuo no puede “hacer valer hasta el final su propio sentimiento contra el juicio del Partido”. La explicación es más sólida que la de Koestler, pues la causa de la capitulación reside en el deseo de prestar un último servicio al Partido, pero, al mismo tiempo, se hace en términos de verdadero mercado, ya que los jalones de una rehabilitación del honor revolucionario personal de los acusados aparecen esparcidos a lo largo de los folios del informe. Es también una explicación notablemente coherente del individuo Bujarin, que podría ser con acierto el esquema de una biografía: el Bujarin comunista de izquierda, entusiasta adepto de la revolución apocalíptica de 1918, hasta el Bujarin comunista de derecha, prudente economista que recomienda el avance “a paso de tortuga” hacia el

socialismo, al que fija como objetivo el “reconocimiento del nieto del kulak”, hay el abismo de la desilusión de una persona que ha visto como se extinguía el entusiasmo revolucionario de una generación y nunca se decidirá a luchar contra la burocracia y la centralización agobiante, por miedo a representar el papel de aprendiz de brujo y a desencadenar ciertos elementos procapitalistas que lo utilizarían contra aquellas conquistas de la Revolución que, a pesar de todo, aún subsisten.

De hecho, Maurice Merleau-Ponty tampoco escapa a la historia y a su ambigüedad. En efecto, recién acabada la segunda guerra mundial, en el momento en que la U.R.S.S. gozaba del prestigio de los vencedores de Stalingrado, declaró que prefería “una U.R.S.S. que “juega con la Historia”, continúa existiendo y detiene a los alemanes” a “una U.R.S.S. que conservara su línea proletaria y desapareciera en la guerra, dejando a las futuras generaciones un ejemplo histórico y cincuenta años de nazismo”: sin duda se trata de los mismos términos del dilema presentado por la policía a los viejos revolucionarios constantemente acosados para arrancar su resignación. ¿Cómo vamos a sostener hoy en día que los viejos bolcheviques abatidos en secreto debilitaban el potencial defensivo de la U.R.S.S., mientras que las declaraciones de Bujarin contribuían -aunque fuera poco- a “mantener su existencia”? ¿Cómo no pensar que Merleau-Ponty ha caído a su vez en la misma trampa? Actualmente, la rehabilitación de los condenados vuelve a poner forzosamente a la orden del día los problemas ocultos tras el dilema planteado por la policía. Los condenados sin juicio, que se resistieron a declarar, los acusados que, aunque confesaran, esparcieron en sus declaraciones, como botellas en el mar, indicios de su inocencia, ¿no estaban acaso defendiendo su pasado? ¿O simplemente soñaban con un futuro que jueces y policías intentaban impedir, pero que cada uno de ellos a su modo y con las fuerzas que le quedaba, trataba a su vez de preservar? ¿Qué significaba el mensaje de estos hombres aplastados por el presente, pero que esperaban de la Historia la verdad y la rehabilitación? ¿De qué les ha servido a los dirigentes de la U.R.S.S. “jugar con la Historia”? La rehabilitación de los revolucionarios asesinos precisamente porque habían sido revolucionarios, ¿no es acaso el desquite de la Historia?

Estos hombres políticamente vencidos, sin perspectivas personales, estos detenidos agobiados por la detención y los interrogatorios en cadena, estos militantes desmoralizados, siguieron, según parece, líneas distintas en sus declaraciones. Es imposible saber si al declarar, e incluso al ser condenados, estaban seguros de ir a la muerte. En vísperas del proceso Zinoviev, un decreto había restablecido el derecho de apelación para los condenados en procesos según el procedimiento de urgencia. ¿Se trataba de una trampa, de una promesa implícita para los acusados? En todo caso, la noticia de su ejecución fue anunciada antes de que expirara el plazo prevista para la apelación. Weissberg ha relatado que en las cárceles se murmuraba que Kamenev, Zinoviev y los demás no fueron en realidad ajusticiados hasta una semana después del anuncio de

su ejecución: hombres como Piatakov vieron con vida, en la cárcel, a hombres que el mundo entero creía muertos. Por otra parte, en enero de 1937 Radek no fue condenado a muerte: en este caso, el acusado, dócil, salvó efectivamente la vida. Para quien se sabe perdido, la aceptación del trato, “salvas la vida a cambio de tu declaración”, es un invite que merece la pena ser intentado, incluso si no se tiene ninguna garantía. Un trato de este tipo fue ofrecido por Rozenblum a Zakovski, según se desprende de unos verosímiles indicios contenidos en las respuestas de los acusados. También es posible que se realizaran tratos sobre otras vidas además de la del mismo acusado. Un hombre que se sabe perdido puede, al menos, desear salvar, si puede, la vida de los suyos, la de su mujer y sus hijos. Veinticinco años después del proceso Bujarin, un hijo suyo vive en Moscú, mientras que toda la familia de Trotsky ha sido exterminada. Abramovich cree que se prometió a Piatakov perdonar a su mujer y a su secretario Moskalov. ¿Qué se sabe con exactitud de la suerte de las familias de los acusados? En la biografía de Tujachevski publicada en 1963 en Moscú, el autor afirma que el mariscal, contrariamente a la afirmación oficial de la época, rehusó declarar. Y escribe: Según varios relatos concordantes, Tujachevski, volviéndose hacia uno de los acusados que daba informaciones sobre sus relaciones con Trotsky, le preguntó:

“Dígame, ¿por casualidad no habrá soñado todo esto?”

Según otras fuentes, dijo simplemente:

“Al oír esto, creo estar soñando.”

De todos modos, el mariscal fue ejecutado y su biógrafo precisa: Según una declaración del mismo Stalin, la mujer del mariscal, su hermana Sofía Nikolaievna y sus hermanos Alejandro y Nicolás fueron aniquilados físicamente. Tres de sus hermanas fueron enviadas a un campo de concentración, al igual que una hija del mariscal, de corta edad, a la que se internó al alcanzar la mayoría de edad. La madre del mariscal también murió.

En definitiva, pueden darse tantas explicaciones como individuos comprometidos en el engranaje. La tortura -de una persona, de un familiar o de un compañero de célula-, la conclusión de un trato, la voluntad de prestar un último servicio al Partido, el agotamiento, la desesperación no pueden darnos de por sí una clave válida para todos los casos. En el estado actual de la cuestión, no disponemos de una respuesta seria para ninguno de los acusados. Queda un problema general, el que estas “explicaciones” hayan podido ser los elementos de un sistema que necesitaba semejante holocausto para asegurar su propia supervivencia, la de una casta privilegiada que, aparte de todo -en este punto Jruschov desmintió cruelmente a Merleau-Ponty en 1956-, debía cargar con la responsabilidad no de las victorias alcanzadas sobre el nazismo, sino del precio fantástico que tuvo que pagar por ellas el pueblo ruso.

Los procesos y el futuro

Nadie sabe todavía de qué mármol será el monumento a las víctimas de Stalin anunciado por Jruschov, ni qué nombres llevará, ni cuándo ni por quién será erigido. Lo que es indiscutible es que no se deja de hablar de ello. Un hombre que “no vive sólo de pan” y a quien se ha dado un pedazo de verdad exige que se la den entera. En la joven generación soviética existen muchos “jóvenes airados”, como aquel estudiante que afirmaba en público: Es lástima que, de esta generación (la de los Procesos), no hayan sobrevivido los que más merecían sobrevivir.⁹ A la presión ejercida por la opinión pública, demasiado extensa para la revelación de estas peligrosas verdades, hay que añadir las voces de los comunistas extranjeros cuyas necesidades no son idénticas y sobre los que no pesan los mismos tabúes: hay en el mundo más de un comunista que no admite que se haya descolgado a Rajk para montar la guardia al pie de la horca de Imre Nagy. Los comunistas italianos que reeditan a Trotsky y a Zinoviev, los jóvenes comunistas italianos y los estudiantes comunistas franceses que reclaman la inmediata rehabilitación de las víctimas, constituyen un auténtico augurio. En efecto, el asunto no ha hecho más que empezar y su posible desarrollo abarcará sin duda los contornos mismos de la historia actual de la U.R.S.S. y del movimiento comunista internacional Tanto si se cree, con Trotsky, que la perspectiva bolchevique de la revolución mundial es aún válida en la actualidad, como si se considera, con los demás, que es un esquema sin vigencia, es forzoso reconocer que este capítulo no se cerrará hasta el día en que los escritos de Trotsky sean reeditados y publicados en la U.R.S.S., ya sea por el tiempo de una revolución política que lo considere como un profeta, ya sea por la aparición de un nuevo régimen lo suficientemente estable para que no tenga nada que temer de su crítica revolucionaria y de sus exigencias sobre la democracia obrera en la tradición del bolchevismo de 1917.

¿Prefigura el régimen de Jruschov una nueva sociedad? Nada permite afirmar que pueda salvar a corto plazo las terribles contradicciones que lo rodean. Sólo a cuentagotas podrá ir administrando la denuncia del estalinismo -hay verdades que matan-, aunque, al mismo tiempo, la propia naturaleza de esta denuncia y la amplitud de las revisiones que comporta la hacen cada vez más necesaria, más urgente, más radical. Jruschov ha podido desmontar las estatuas de Stalin y cambiarle el nombre a Stalingrado, pero la condena del “culto a la personalidad” no es el análisis del pasado: la afirmación de la línea general de la “coexistencia pacífica” no es tampoco una perspectiva con alcance para el futuro, al menos en el plano del pensamiento socialista por el que pretenden guiarse sus autores. Contrariamente al estalinismo, el jruschovismo es incapaz de elaborar una ideología propia: no puede llenar el vacío que ha contribuido a crear. ¿Acaso un jefe de Estado que invoca en su favor el marxismo-leninismo y pretende ser su heredero no debe saber -ésta sería sin embargo la única justificación posible de su empirismo- que los hombres que hacen

⁹ *Le Monde*, 21 de abril de 1962.

la historia no hacen la historia que desean o no saben qué historia hacen? Sólo los soviéticos de las nuevas generaciones, distintas a los de la de Jruschov, contestarán posiblemente a esta pregunta.

De aquí a entonces, tal vez un historiador, sociólogo y psicólogo a la vez, habrá estudiado el fenómeno mundial de alienación colectiva que constituyó, en la historia del movimiento obrero, el período estalinista. Cuando llegue este momento, quizá pueda explicarse cómo fue posible que tantos hombres inteligentes, que se declaraban partidarios del pensamiento socialista, pudieran abdicar de toda inteligencia y de todo espíritu crítico, que hombres tan desinteresados como intrépidos rehusaran ver o buscar la verdad o que, en el caso de conocerla, la destruyeran.

Entonces se podrá calcular mucho mejor la importancia de los procesos de Moscú en la aparición y desaparición de este fenómeno, que las futuras generaciones considerarán sin duda como uno de los grandes hechos del siglo XX, teniendo siempre presente -esperemos que sea así- el respeto debido a los errores de los primeros hombres en el transcurso de su interminable prehistoria.

ÍNDICE

El golpe de teatro	4
1. El último acto	8
2. Hombres que confiesan	18
3. La acusación	32
4. Las declaraciones: Trotsky o la conspiración permanente	37
5. Las declaraciones: los actos de terrorismo	64
6. Las declaraciones: el sabotaje	80
7. Las declaraciones: espionaje y traición	94
8. Denegaciones y resistencias	108
9. Un edificio coherente	141
10. Las brechas	156
11. La demolición	166
Conclusión: las interpretaciones posibles	193